

Boletín de la
INSTITUCIÓN LIBRE
de
ENSEÑANZA



Boletín de la
INSTITUCIÓN LIBRE
de
ENSEÑANZA

Boletín de la INSTITUCIÓN LIBRE de ENSEÑANZA

DIRECTOR

José-Carlos Mainer

CONSEJO DE REDACCIÓN

Gonzalo Anes • Elías Díaz • José García-Velasco
Salvador Giner • Antonio Gómez Mendoza • Diego Gracia
Francisco Javier Laporta • Emilio Lledó
José Antonio Martínez Soler • Francisco Michavila
Javier Muguerza • Elvira Ontañón
Teresa Rodríguez de Lecea • Francisco Ros
Nicolás Sánchez Albornoz • José Manuel Sánchez Ron
Vicente Alberto Serrano • Virgilio Zapatero

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos Wert

II.^a ÉPOCA

DICIEMBRE 2011

N.º 83-84

El *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* es el órgano difusor de la Fundación Francisco Giner de los Ríos y no asume, necesariamente, los criterios expuestos en los artículos firmados por sus respectivos autores; de esta forma sigue la pauta del *Boletín* que lo precedió y del espíritu que desde su fundación siempre defendió la Institución Libre de Enseñanza (art. 15 de los Estatutos).

Información:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA
Paseo del General Martínez Campos, 14
28010 Madrid
Teléfono: 91 446 01 97. Fax: 91 446 80 68
<bile@fundacionginer.org> <www.fundacionginer.org>

Edita:

FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS
[INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA]

Diseño y maquetación:

Vicente A. Serrano

Coordinación editorial:

Federico Romero

Viñeta de portada:

Dibujo de Carlos Marichal López para la portada de
El caballero del caracol, de Juan Marichal



Artes Gráficas Luis Pérez, S. A. - C/ Formación, 16
Pol. Ind. Los Olivos - Ampliación - 28906 Getafe (MADRID)
Depósito legal: M. 14.917-1987
ISSN: 0214-1302

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

SUMARIO N.º 83-84

I. UNA TRAYECTORIA INTELECTUAL

<i>Tres momentos mexicanos de Juan Marichal</i> por Javier Garciadiego	11
<i>La «articulación» de la voluntad de estilo (Juan Marichal en 1957)</i> por José-Carlos Mainer	29
<i>Juan Marichal y la españolización/universalización/europeización de España. (Una nota)</i> por Andrés Soria Olmedo	45
<i>El diseño político-intelectual de Juan Marichal</i> por Elías Díaz	53
<i>Ateneo y Residencia, a propósito de Azaña y Ortega</i> por Santos Juliá	69

II. ENCUENTROS CON MARICHAL

<i>Marichal saca petróleo de Góngora</i> por José Antonio Martínez Soler	93
<i>Algunos encuentros con Juan Marichal</i> por Miguel Ángel Aguilar	105
<i>Juan Marichal: memoria histórica y enlace exilio-interior</i> por Raúl Morodo	117
<i>La huella de un maestro</i> por Christopher Maurer	125
<i>Juan Marichal, reconstructor de la tradición liberal española</i> por José García-Velasco	131
<i>Juan Marichal, la melancolía del hijo pródigo</i> por Juan Cruz	149
<i>Solita Salinas, contrapunto de Juan Marichal</i> por Elvira Ontañón	157

III. TESTIMONIOS DE UNA VIDA

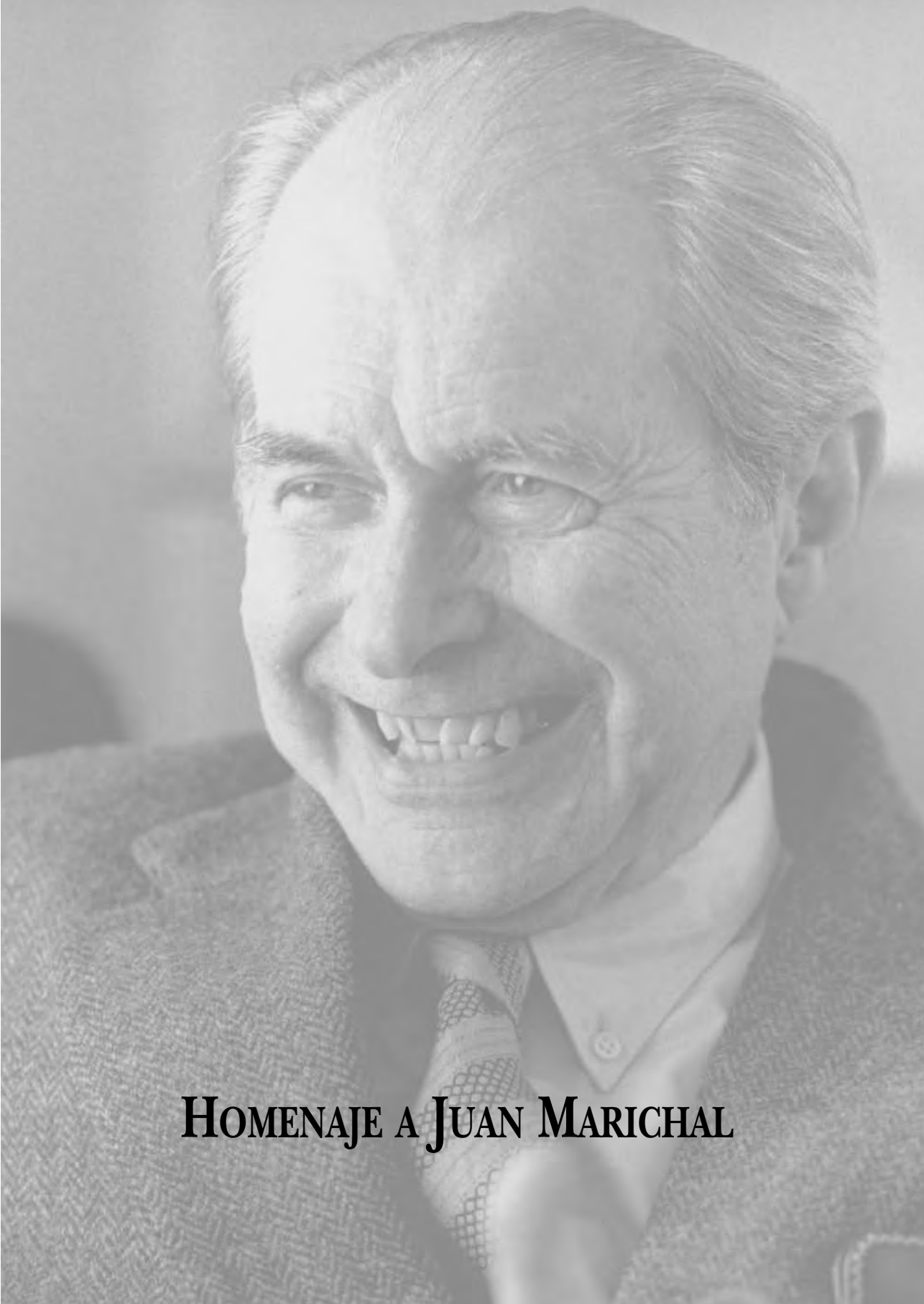
<i>Después de una tragedia personal: nueve cartas de Juan Marichal</i> por Carlos Marichal Salinas	169
<i>La restauración de Manuel Azaña</i> por Juan Marichal	185
<i>Cronología de Juan Marichal</i> por Julia Cela	199
<i>Bibliografía de Juan Marichal</i> por Christopher Maurer y James Valender	203

CRÓNICA

Nuevas actividades en el marco del programa dedicado a Francisco Giner de los Ríos como «autor del año 2011»	213
Curso de formación de monitores de tiempo libre	214
Sexta edición del Máster en Propiedad Intelectual	214
Homenaje a José-Carlos Mainer	214
Presentación del libro <i>Memoria</i> , de José Moreno Villa	215

RESEÑA

José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco (eds.) (2010): <i>100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario</i> por Alfonso Ruiz Miguel y Francisco J. Laporta	217
--	-----



HOMENAJE A JUAN MARICHAL

< Juan Marichal en la casa de la calle Caracas, Madrid, octubre 1999
(Foto: Fernando Villar, *Diario de Alcalá*)

Este número doble del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* es un homenaje de reconocimiento y gratitud a Juan Marichal, que fue su director desde 1990 hasta su muerte, en el verano de 2010, en Cuernavaca (México), «uno de los más ilustres historiadores españoles de la cultura», en palabras de su sucesor al tomar su relevo hace un año. El *BILE* agradece la colaboración de todos los que han participado en este número: colegas, continuadores de su obra, discípulos y amigos y, en especial, la generosa ayuda de su hijo Carlos Marichal Salinas. Las imágenes que acompañan a los textos, cuando no se expresa lo contrario, pertenecen a los archivos de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, la Residencia de Estudiantes o la familia Marichal-Salinas.

I

UNA TRAYECTORIA INTELECTUAL

Tres momentos mexicanos de Juan Marichal

Javier Garciadiego

Resumen: Este trabajo relata los encuentros de Juan Marichal con México a lo largo de su vida. El primero, en su juventud, entre 1941 y 1946, cuando comenzó sus estudios de Historia en el célebre edificio universitario de Mascarones. Recibió allí importantes influencias intelectuales, entre las que destacan las de sus profesores José Gaos y Edmundo O’Gorman. Fue en esta etapa editor de *Acción*, «publicación española republicana independiente», que contó también entre sus editores con Francisco Giner. En ella publicó Marichal los artículos «Unidad y unificación», «La guerra nuestra como fin de la decadencia» y «La disolución del pensamiento político español», que se reproducen en un apéndice de este artículo. El segundo encuentro de Marichal con México no fue físico, sino editorial, al publicar, ya desde Estados Unidos, sus primeros trabajos en editoriales mexicanas de actividad muy vinculada al exilio español, donde vieron la luz sus *Obras completas* de Manuel Azaña. El tercer y último encuentro se produjo desde 2003 hasta su muerte en 2010, años de senectud en los que publicó poco.

Abstract: This paper relates Marichal’s consecutive encounters with México throughout his life. First, during his adulthood between 1941 and 1946, when he began his studies in History in the well-know university building Mascarones. There, he was influenced by important intellectuals, among them his professors José Gaos and Edmundo O’Gorman. At this time, he was an editor in *Acción*, «a Spanish republican independent publication», who also counted among its editors Francisco Giner. It was in this publication that appeared Marichal’s articles «Unidad y unificación» (“Unit and Unification”), «La guerra nuestra como fin de la decadencia» (“Our world as the end of decadence”) and «La disolución del pensamiento político español», which are reproduced in an appendix to this article. Marichal’s second encounter with México was not physical but publishing as he published, even from the USA, his first works in Mexican publishing houses closed to the activity of the Spanish exile where his *Obras completas* de Manuel Azaña brought out. His third and last encounter happened from 2003 until his death occurred on 2010, years of senescence where he hardly published.

Palabras clave: México, exilio, Mascarones, José Gaos, Edmundo O’Gorman, *Acción*, guerra civil española.

Key words: México, exile, Mascarones, José Gaos, Edmundo O’Gorman, *Acción*, Spanish civil war.

Como casi todos los exiliados de la Guerra Civil española que se embarcaron rumbo a América, Juan Marichal tuvo un contacto decisivo con México. En su caso este no fue prolongado, mucho menos definitivo. Más bien tuvo tres encuentros con México, de diferente naturaleza en términos cronológicos, que, sin embargo, fueron decisivos para su vida profesional, en particular los dos primeros.

Juan Marichal llegó a México a finales de 1941, junto con su hermano Carlos —*Chicho*— y su tía Carmen, después de haber pasado cosa de dos años en París y uno

en Casablanca. Arribó a México ya concluida la efervescencia cardenista, el épico momento de la llegada de los primeros exiliados españoles. A finales de 1941 gobernaba el país Manuel Ávila Camacho, procedente del sector cardenista moderado, y los exiliados comenzaban a enfrentar la dura realidad que significa vivir en tierra ajena.¹ Así, el joven Juan Marichal, sin haber cumplido los veinte años, consiguió trabajo de «cajero» en una embotelladora refresquera, la Canada Dry; poco después comenzó a dar clases en el recién creado Instituto Luis Vives,² una de las instituciones fundadas para que los niños y adolescentes que habían llegado con el exilio pudieran hacer sus estudios, de la primaria al bachillerato.

Pronto pudo iniciar Marichal sus estudios universitarios de Historia, en el célebre edificio de Mascarones, gracias a que le revalidaron su diploma de bachillerato francés.³ De hecho, primero se había matriculado en el Palacio de Minería, donde se impartían estudios de ingeniería, pero la lectura de la *Historia como sistema*,⁴ de Ortega y Gasset, le provocó un rotundo cambio vocacional. Mascarones, una antigua casa del siglo XVIII, por cuya fachada le fue adjudicado el nombre, era el edificio universitario donde se cursaban los estudios humanísticos de filosofía, letras e historia.⁵

El propio Marichal escribió unas brevísimas pero muy significativas «memorias» de su paso por Mascarones. En ese pequeño texto plasma sus recuerdos arquitectónicos del bello patio barroco, así como sus remembranzas de tono espiritual, pues estudiar en Mascarones había significado para él «un remanso de paz» frente a la intensidad y el dramatismo de las experiencias que había vivido desde 1936. Obviamente, Mari-

¹ Marichal percibió que a su llegada no hubo «las ceremonias de acogida oficial que habían celebrado la llegada de los primeros barcos». Cfr. Juan Marichal (1993): «Jornada trasatlántica (1941)», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 18: 83-90.

² Fundado en agosto de 1939 por el Comité Técnico de Ayuda a los Españoles en México, con un patronato en el que figuraban distinguidos intelectuales del exilio, como el físico Pedro Carrasco, el filósofo y pedagogo Joaquín Xirau, el bibliógrafo y clasicista Agustín Millares Carlo y el biólogo Enrique Rioja. Sus primeros directores fueron Pedro Pareja Herrera y Rubén Landa, este último hombre cercano a Manuel B. Cossío, lo que permitió infundir en el Instituto Vives los valores de la Institución Libre de Enseñanza. Además de servir para la educación de los niños y jóvenes recién llegados, también fue un centro estable de trabajo para numerosos exiliados.

³ Los estudios de bachillerato los había hecho en el Liceo Michelet, de París, y en el Liceo Maréchal Lijautey, de Casablanca. Antes de salir de España, en 1938, estuvo en el Instituto Nicolás Salmerón, de Barcelona, en el Instituto Blasco Ibáñez, de Valencia, y en el Colegio de Huérfanos de Telegrafistas, de Madrid, luego del fallecimiento de su madre en 1935, cuando él tenía apenas 12 años.

⁴ *Historia como sistema* fue publicada en el año de 1941 por la editorial Revista de Occidente.

⁵ Inició su construcción, en 1766, don José Vivero Hurtado de Mendoza, conde del Valle de Orizaba. A finales del siglo XIX fue adquirida por un grupo de filántropos, quienes decidieron financiar un colegio, que registraron con el nombre de Instituto Científico, acorde con el positivismo imperante por entonces. A partir de 1940 se instaló allí la Facultad de Filosofía y Letras.



Juan Marichal entre un grupo
de amigos, en México, 1942



Juan Marichal, en
México, 1942

chal rememora también sus experiencias escolares, mencionando a varios condiscípulos y profesores.⁶ Entre los primeros tuvo compañeros mexicanos, como Luis Zorrilla, quien con el tiempo sería un destacado diplomático mexicano, y como el poblano Joaquín Sánchez Macgregor, luego reconocido filósofo. También tuvo condiscípulos latinoamericanos, pues en aquel entonces muchos jóvenes caribeños y centro y sudamericanos se trasladaban a México para hacer sus estudios universitarios. Fue así como Marichal pudo hacer amistad con los nicaragüenses Ernesto Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez: el primero habría de hacerse sacerdote católico, poeta y político sandinista; el segundo sería un erudito profesor de literatura, experto en Rubén Darío y Alfonso Reyes.⁷ Comprensiblemente, Marichal encontró allí a otros jóvenes españoles, exiliados como él, a los que le uniría una gran amistad a partir de sus obvias identificaciones: Manuel Durán y Ramón Xirau, ambos catalanes,⁸ fueron mencionados por Marichal, pero seguramente había otros, como el poeta Tomás Segovia.⁹

Además de condiscípulos,¹⁰ Marichal encontró en Mascarones a varios profesores españoles exiliados que trabajaban para El Colegio de México, antes La Casa de España. Entre otros, se reencontró con Eduardo Nicol, quien había sido su profesor de filosofía en el Instituto Nicolás Salmerón, en Barcelona; fue alumno de otro catalán, el filósofo y pedagogo Joaquín Xirau; de Luis Recasens Siches, de «legendaria erudición jurídica», y de don Rafael Altamira, llegado a México hacia 1945: si bien Altamira le parecía «venerable», lo cierto es que en su curso, tomado solo por una «media docena de alumnos», don Rafael «se limitaba a comentar páginas de su muy famosa *Historia*».¹¹

Según confiesa el propio Marichal, fueron dos los profesores que mayor impacto intelectual hicieron en él: uno era exiliado español —«transterrado», como prefería decir—; el otro era mexicano; sus nombres: José Gaos y Edmundo O'Gorman. La influencia

⁶ «Recuerdo de Mascarones», en José Luis Abellán (coord.) (1998): *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. Madrid: Residencia de Estudiantes, pp. 21-28.

⁷ Cardenal llegó a México en 1943; Mejía Sánchez lo hizo al año siguiente.

⁸ Ramón Xirau también escribió un texto autobiográfico sobre aquellos años. Se titula *Memorial de Mascarones* y fue publicado en México por El Colegio Nacional en 1995.

⁹ Recuérdese que Tomás Segovia publicó su primer poema, «Segura angustia», en un periódico estudiantil en el que Marichal figuraba como editor. Fue presentado como estudiante de Filosofía y Letras de «apenas» 18 años.

¹⁰ Marichal tuvo una especial amistad con el joven estadounidense John Phelan, quien se dedicaría al estudio de la historia colonial filipina y latinoamericana.

¹¹ Seguramente Marichal se refiere a su *Historia de España y de la civilización española*, publicada en cuatro volúmenes entre 1910 y 1911. Con varios cambios, esta magna obra alcanzó su versión definitiva en la cuarta edición, de 1928 y 1929. En su otro texto autobiográfico, la «Jornada trasatlántica» —citada en la nota 1—, Marichal es menos irónico y llama a Altamira «verdaderamente venerable», cuyas lecciones «consistían en comentarios muy personales de su propia y famosa obra [...]». De hecho, Marichal recuerda que una lección de Altamira fue «singularmente efectiva en mí».

de ambos fue decisiva. Al seminario de Gaos asistían básicamente profesores, como O'Gorman y el historiador del arte Justino Fernández; de hecho, Marichal era el único auténtico alumno matriculado. Sin embargo, su incorporación al él fue cabal cuando se le permitió ir con todos a «merendar» después de la sesión: según Marichal, el seminario de Gaos fue la «tertulia más animada intelectualmente» de su vida. Es indiscutible que el impacto intelectual de Gaos fue decisivo en su desarrollo profesional, pues el tema del seminario era el pensamiento de lengua española,¹² y el propio Marichal reconoce que fue en él donde encontró su «campo de trabajo», el que sería el tema de su docencia en los Estados Unidos y el horizonte de sus investigaciones.

El otro profesor decisivo fue el mexicano Edmundo O'Gorman. Exitoso abogado postulante, en cierto momento de su vida reconoció su falta de vocación jurídica, reorientándose hacia la profesión de historiador. Comenzó a trabajar entonces en el Archivo General de la Nación y a impartir cursos de historia en la Facultad de Filosofía y Letras, en el edificio de Mascarones. El curso de O'Gorman estaba dedicado a la historiografía hispanoamericana, desde el Descubrimiento hasta los albores de la Independencia. Según el propio Marichal, más que un curso general sobre el tema, lo dedicaba a los protagonistas de aquella historiografía.¹³ De hecho, Marichal reconoce que la influencia académica recibida de O'Gorman fue mayor, considerándolo su «principal maestro», pues lo introdujo a la historia intelectual, mientras que Gaos se reducía a hacer historia de las ideas. De hecho, Marichal luego optó por «el rigor y claridad expositiva» de O'Gorman antes que por «la espesura germánica» de la prosa de Gaos. Además, Marichal debió en parte a O'Gorman su futuro profesional, pues lo recomendó para el puesto de «instructor» en la Universidad de Princeton, la que lo contrató como ayudante de don Américo Castro, si bien es cierto que su mayor recomendación con este se la dio Rubén Landa, director del Instituto Vives, quien conocía a Castro desde los años madrileños por su mutua colaboración en la Junta de Ampliación de Estudios.¹⁴ Fue así como inició su vida de historiador profesional en los Estados Unidos, primero en Princeton y luego en Harvard, en donde se jubiló en 1988.

¹² Los textos que servían de base para el trabajo de los alumnos se publicaron en la *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea*. México: Séneca, 1945.

¹³ Algunos de los trabajos de O'Gorman escritos entonces fueron luego publicados en su libro *Cuatro historiadores de Indias*. México: Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas, 1972.

¹⁴ Su afecto y agradecimiento a este insigne historiador y crítico literario queda evidenciado en las notas preliminares del libro de Castro editado por Marichal con el título de *Semblanzas y estudios españoles*, publicado en 1956 por la Universidad de Princeton a propósito de su jubilación el año anterior. La recomendación de Landa la consigna en su «Jornada trasatlántica».

Como para casi todos los exiliados españoles, la vida en México implicaba la reflexión y discusión constantes sobre el futuro de su patria. Anímicamente compartían la desazón por la derrota y la esperanza en el renacimiento de España, o sea, la caída de Franco, la restauración del Gobierno republicano y el regreso triunfal de los exiliados. Fue en ese contexto en el que varios jóvenes publicaron una gacetilla aparecida un par de veces en la segunda mitad de 1945. Su título, *Acción*; su definición, «publicación española republicana independiente»;¹⁵ sus editores, Luis Fernández, Francisco Giner, Carlos Caridad, José Puche, José Sacristán, Manuel Santullano¹⁶ y los hermanos Juan y Carlos —*Chicho*— Marichal.

¿Cuáles fueron los principios y propósitos que animaron a los jóvenes editores de *Acción*? Para comenzar, se reconocían «nacidos a la política española en el destierro», pero aseguraban que este no había «gastado o disminuido la fe que nos mueve», la que consistía en creer firmemente que la derrota de la causa democrática en España era «transitoria». Como estrategia de acción proponían «unirnos todos frente al enemigo común», sin «bandera de partido», aunque todos eran «apasionados negrinistas». De hecho, se decían conscientes de que «las disensiones han sobrepasado con su pasión hasta ese objetivo primero». Así, el reclamo a los políticos mayores es claro y contundente. En efecto, los jóvenes editores de *Acción* pedían «un estilo nuevo y un afán limpio que nos lleven juntos en lugar de separarnos una vez más»¹⁷.

En rigor, algunos de los editores de *Acción* habían sido miembros de la mesa directiva de la Unión de Jóvenes Patriotas Españoles (UJPE), o al menos simples militantes de ésta. Algunos incluso fueron «núcleo de la redacción de *Independencia*», su órgano. Sin embargo, al poco tiempo abandonaron dicha organización, y con ello su participación en *Independencia*, pues no pudo constituirse en un «movimiento de opinión» y porque en la UJPE militaban «dos generaciones muy diferentes, no tanto por la edad como por la dispar experiencia política», pues había algunos «con largos años de ac-

¹⁵ Pude consultar los dos primeros números —acaso los únicos— de esta publicación estudiantil gracias a la generosidad de mis amigos y colegas Carlos Marichal Salinas y James Valender.

¹⁶ Francisco Giner de los Ríos Morales era poeta y había nacido en Madrid en 1916, lo que lo hacía el mayor del grupo. Llegado a México en 1939, trabajó sobre todo en el Fondo de Cultura Económica. Carlos Caridad era hijo del general republicano Rogelio Caridad Pita, asesinado en Ferrol en 1936. José Sacristán era poco menor que Giner, pues había nacido en 1918. Llegado a México en 1939, se hizo economista, como su hermano mayor, Antonio. Manuel Santullano era hijo del pedagogo fundador del Instituto-Escuela y principal colaborador de don Manuel B. Cossío en las Misiones Pedagógicas don Luis Santullano, quien en el exilio fue «prefecto de disciplina» en El Colegio de México. De entre sus compañeros editores de *Acción*, Marichal escribió una entrañable semblanza de José —Pepe— Puche, su primer amigo en México. Cfr. Juan Marichal (2001): «José Puche Planas (1920-2001). Un acendrado patriota español», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 44: 111-112.

¹⁷ «Propósitos y Principios», en *Acción*, 1 (4.8.1945): p. 1.

tuación», mientras que quienes luego crearon *Acción*, Marichal entre ellos, tenían una experiencia política limitada «a la guerra y el destierro». Otra gran diferencia era que estos últimos estaban «al margen de los partidos». En resumen, los editores de *Acción* reconocen haberse separado de la UJPE por su «desmedida y no muy clara ambición de ser la única organización de la juventud española», siendo ellos «un grupo homogéneo» que requería «entera libertad de acción», contrario a los «conglomerados orgánicos». De cualquier modo, reconocían que estaban dispuestos «a actuar conjuntamente, en forma coordinada pero independiente, para fines concretos», con las otras organizaciones juveniles, como lo eran, además de la UJPE, la Federación de Juventudes Libertarias y las Juventudes Socialistas Unificadas, de la que era miembro al menos José —Pepe— Puche, no así Juan Marichal.¹⁸

Acorde con estos principios, en el número inicial de *Acción*, de agosto de 1945, Juan Marichal publicó un artículo titulado «Unidad y unificación», en el que pretende distinguir ambos conceptos. Para Marichal, «unidad es el agrupamiento político, y hasta social, para la realización de un programa». En cambio, la «unificación» es momentánea y siempre es impuesta por una determinada estructura política. La reflexión del joven Marichal no es solo teórica. Citando —dos veces— a Jacques Maritain, argumenta que la «demasiada unidad» es nociva, como lo demuestran los fracasos de los frentes populares propuestos por los comunistas. Para Marichal lo conducente era pugnar para que en España se reinstalara un Gobierno democrático a partir de «la mera y más efectiva coordinación de fuerzas y acciones», de la cooperación pluralista de todos los partidos democráticos.

En el segundo número de *Acción*, del mes de octubre, apareció el artículo «La guerra nuestra como fin de la decadencia», firmado por Juan Augusto Marichal.¹⁹ En este Marichal intenta una definición generacional, al decir: «nosotros, los que andamos entre los veinte y los treinta años, no seríamos lo que somos de no haber mediado la guerra y su lógica consecuencia, el destierro». Así, su generación se dice compuesta por jóvenes que han tomado conciencia de su condición de españoles en el destierro. «Somos, por la guerra, más españoles que nunca», dice Marichal, pero advierte que afortunadamente están alejados de cualquier chauvinismo: «nada tenemos» de nacionalistas, sostiene, y en cambio somos todos «internacionalistas plenos». En efecto, reconoce que la guerra los había lanzado «al mundo», los había lanzado «sobre estas

¹⁸ «Nosotros y la UJPE», *ibidem*, p. 16. En la semblanza que escribió de su amigo, Marichal reconoce que Pepe Puche «nunca» tuvo con él afanes proselitistas: «éramos dos amigos con muchas afinidades, pero sin que la política fuera un obstáculo para nuestro entendimiento».

¹⁹ Estos dos artículos, junto con otro atribuible a Marichal, aparecen como apéndice documental al término de este artículo.

tierras» americanas, lo que los obligaba a buscar la energía necesaria «en la más pura y más honda tradición española: el afán universalista».²⁰

Acatando su destino vital y cumpliendo su «afán universalista», luego de concluir sus estudios universitarios en México Marichal se dirigió en 1946 a Estados Unidos, donde haría su doctorado en la Universidad de Princeton, bajo la dirección de Américo Castro. Sin embargo, Marichal nunca se norteamericanizó completamente. Siguió siendo español, y parcialmente mexicano. Por eso, al jubilarse regresó en 1989 a España y se trasladó luego a México, en 2003. De hecho, haciendo referencia a su «querido y admirado» Max Aub, «sin duda el ciudadano más ejemplar de la república hispanomexicana de las letras», quien afirmó que se es «de donde se ha hecho el bachillerato»,²¹ Marichal agradeció su paso por Casablanca pero sentenció:

[...] el irrepetible ámbito hispanomexicano de Mascarones fue el clima humano propicio para mi naciente vocación, además de darme el refugio y la amistad de maestros y compañeros, que nunca perdí. Así que yo podría decir que «se es de donde se han hecho los estudios de historia»: uno ES de Mascarones.²²

El segundo encuentro de Marichal con México no fue físico, pero tuvo una enorme importancia en su desarrollo intelectual y profesional. Se trató, más bien, de un encuentro editorial. Ante la censura de la España franquista, la relativa debilidad de los estudios hispánicos en los Estados Unidos y su situación de joven profesor, Marichal tuvo que publicar sus primeros trabajos en México, donde proliferaban las empresas editoriales, las revistas y las instituciones académicas vinculadas al exilio español.

Así, en México publicaría en 1952 su primer libro, titulado *La españolización de España. La edad de oro liberal*, en las Publicaciones de las Españas. Años después, en 1966, dio a la luz otro, titulado *El nuevo pensamiento político español*, en la Editorial Finisterre, la misma que publicó en 1971 un pequeño libro de Marichal y de Octavio Paz: *Las cosas en su sitio (sobre la literatura española del siglo XX)*.²³ Asimismo, en México publicó va-

²⁰ El reconocimiento de estos jóvenes a las tierras americanas de su exilio está claramente expuesto en el artículo del joven poeta Francisco Giner de los Ríos Morales titulado «Experiencia Americana» y publicado en el número inicial de *Acción*. En él dice: «Lo poco que somos, la formación que tenemos, ha crecido aquí, en las generosas tierras del exilio».

²¹ Bien lo sabía por experiencia Aub, nacido en 1902 en París de padre alemán y madre francesa, pero radicado en Valencia desde 1914, cuando su familia tuvo que huir de la Primera Guerra Mundial. Aub, comprensiblemente, siempre se dijo valenciano.

²² Todas estas citas memorialísticas de Marichal proceden de su «Recuerdo de Mascarones», citado en la nota 6, y de su «Jornada trasatlántica», citada en la nota 1.

²³ La Editorial Finisterre era propiedad del poeta Alejandro Campos Ramírez, nacido en Finisterre (Galicia), en 1919. La fundó en París en 1948, y luego la llevó consigo a México.



Juan y Carlos Marichal
en Casablanca, 1940

Cubierta de la reedición, en 1990, del cuento
de Juan Marichal, con ilustraciones de Carlos
Marichal, *El caballero del caracol* (la edición
original se publicó en México en 1946)



rios artículos en revistas de exiliados, como *Las Españas* y *Cuadernos Americanos*.²⁴ Es más, en la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, de El Colegio de México, publicó cuatro ensayos que luego usaría para el libro que lo consagró como el gran historiador intelectual de la España moderna, *La voluntad de estilo*, editado originalmente en Barcelona por la editorial Seix Barral en 1957.²⁵ Sobre todo, en México publicó las *Obras completas* de Manuel Azaña, en Ediciones Oasis, entre 1966 y 1968. Este monumental esfuerzo editorial requirió cuatro gruesos volúmenes, y es evidente que era impublicable en España o en Estados Unidos por razones políticas o comerciales, respectivamente.²⁶

El tercer y último encuentro de Juan Marichal con México fue tardío en su vida, cuando ya estaba muy mermado de sus facultades físicas. En efecto, se trasladó a México a mediados de 2003, junto con su esposa Solita Salinas, luego de radicar trece años en Madrid. Su segunda residencia en México se prolongó por siete años, hasta 2010, cuando falleció el 8 de agosto en su domicilio en Cuernavaca, población cercana a la Ciudad de México. Durante estos últimos años fue poco lo que publicó.

Acaso pudiera hablarse de un cuarto contacto con México, en este caso póstumo: El Colegio de México y la madrileña Residencia de Estudiantes preparan una ambiciosa edición de sus *Obras* en tres o cuatro volúmenes. El objetivo es doble: homenajear al gran ser humano e intelectual que fue Juan Marichal y hacer una auténtica aportación a la historiografía hispanoamericana.

Javier Garcíadiego*

²⁴ *Cuadernos Americanos*, fundada en 1942 por el ilustre intelectual mexicano Jesús Silva Herzog, conjuntaba los esfuerzos de exiliados españoles y latinoamericanos con los de algunos escritores y pensadores mexicanos, como Alfonso Reyes.

²⁵ Me refiero a los capítulos «Feijoo y su papel de desengañador de las Españas», de 1951; «Montaigne en España», de 1953; «Ideas picudas, ideas redondas: Maupassant y Ganimet», de 1954, y «Sobre la originalidad renacentista en el estilo de Guevara», de 1955.

²⁶ Ediciones Oasis era propiedad del catalán José Virgili. La recomendación en favor de Marichal provino de su colega José María Ferrater Mora, también profesor en el *Bryn Mawr College*, donde Marichal comenzó su carrera docente. Marichal agradeció a Virgili la confianza que depositó en un joven profesor, tratándose de un proyecto editorial tan costoso, así como sus habilidades diplomáticas para que la familia de Azaña aceptara a Marichal y, más aún, le facilitara la documentación que conservaba.

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

APÉNDICE DOCUMENTAL

Unidad y Unificación[□]

Por Juan Augusto Marichal

Al hablar de unidad, dice [el Dr. Negrín] que la unificación no es deseable por los republicanos porque España no es un país totalitario, de partido único. Y agrega que todos los españoles deben aspirar a la unidad.

Entrevista de D. Juan Negrín, con la prensa el 21 de julio.

En el destierro español ha imperado el confusionismo. Más que cualquier otro ismo, ése ha sido el soberano. Cosa muy comprensible si se tiene en cuenta el alejamiento de la misma y estricta realidad española. Pero, también, muy triste hecho si observamos los claros intentos de generar y alimentar el confusionismo dicho. Que abarca desde la literatura casi pura, a la politiquería bien impura. Y dato curioso (pero lógico), por aquí y por allá, parecen ser siempre los grandes causantes individuos de diverso aspecto externo, pero de igual mentalidad en el fondo.

Sin duda alguna, la palabra y por ende el concepto que más ha sufrido de ese confusionismo imperante, ha sido la de unidad. Unos, porque solo el oírla les perturbaba. Otros, porque de tanto gritarla no sabían ya, ni saben aún, lo que se dicen. Reconozcamos, en todo caso, que la palabra tal ha hecho su camino y ha entrado de lleno en la Historia. Pero, ahora, lo que nos urge es clarificarla, y lograr así una cierta precisión en la perspectiva de orden político.

¿Qué podemos entender por unidad, por unidad política, por unidad de un pueblo? Ante todo, y en el sentido más general, significaría la reunión de las fuerzas todas de un país, en común tensión, y dirigidas hacia un mismo fin. Así España gozó de unidad, en esta amplia acepción, en los siglos XVI y XVII, cuando los españoles se juntaron para emprender una política, por vez primera real y auténticamente mundial. O sea, que unidad es el agrupamiento político, y hasta social, para la realización de un programa. Es siempre necesario que haya un quehacer, para que la unidad de un pueblo plasme.

Tengamos, ahora, presentes las actuales condiciones de la política republicana. ¿Cómo puede efectuarse la ineludible unidad de los desterrados y en qué forma puede tomar cuerpo tal conjunción de fuerzas políticas? En primer lugar, delimitemos el objetivo. Se trata de restaurar la República, y la Constitución de 1931, y todos los poderes de ella emanados. ¿Es esto, sin embargo, un ulterior programa? No lo creemos

[□] *Acción, Publicación Española Republicana Independiente*, 1: 5 (México, agosto de 1945).

nosotros, y en ello radica el meollo de la cuestión ésta de la unidad republicana, pero nos queremos atener, en este instante, a la superficie y al objetivo inmediato. Para que la República sea restaurada es absolutamente preciso el utilizar los medios legales con que se cuenta.

Igualmente obvio es que los partidos constituyen como los músculos de la realidad política, siendo las Cortes el esqueleto, más bien. Menester es, pues, ante todo, la unidad de los partidos. ¿Cómo hacerla efectiva? Dejando de lado, desde luego, *toda estructura unitaria*. Los Frentes Populares y otros complejos organismos solo sirven, tras la momentánea derrota del enemigo, para ser monopolizados, casi por simples causas mecánicas, por un solo partido. Es esto «querer demasiada unidad», como dice Maritain. Todas las diversas «Uniones» que se han forjado, a instancia y por dirección de los comunistas, han nacido semi-muertas por el justificado temor a los organismos de estrecha convivencia entre partidos y grupos políticos. Y son, precisamente los comunistas los que deben convencerse, como lo señala también Maritain (artículo del 1-XII-1944, en «Résistance Ouvrière»), de que «la cooperación pluralista, reflejo de la estructura orgánica del país, es preferible a los *frentes unitarios*, nacidos de circunstancias en exceso momentáneas». Se condena, pues, *toda unificación*, que a eso quieren llegar, en última instancia, los comunistas, al crear las diversas Uniones que con diferentes etiquetas existen en el destierro. Se impone, por lo tanto, la mera y más efectiva coordinación de fuerzas y de acciones. Y para ello solo hay un medio: el gobierno. Un órgano ejecutivo donde se hallen todos los partidos, y que cuente, así, con el apoyo y la obediencia de todos los republicanos. Fuera del gobierno, cada partido debe conservar su propia personalidad y una entera autonomía. Todo ello es más conforme, en la teoría y en la práctica, a los principios democráticos que no esos extraños conglomerados mencionados. Los medios determinan el fin. Solo con métodos democráticos alcanzaremos el objetivo común: una auténtica democracia española. Unidad, pues, y no unificación.

* * *

La guerra nuestra como fin de la decadencia[□]

Por Juan Augusto Marichal

El tema de la decadencia es tan viejo como España misma. Hay, desde el mismo albor de nuestra patria como nación, un pensar sobre la decadencia en un momento que es lo contrario. Quizá sea propio de culturas infinitas pero cerradas, como la griega, como la nuestra, hispánica, ibérica, esa preocupación, ese objeto de pensamiento. Y algo ausente, sin embargo, en nuestro caso, al surgir la efectiva Decadencia: el desplome en lo político, la caída del Imperio, las guerras dinásticas. Llega 1898: de nuevo el pensar sobre la decadencia con fuerte intento renovador. Mas como castrado, carente de la mística suprema: la de la acción. No que haya sido ineficaz su propia y peculiar acción. Pero 1898 se trasluce siempre. Dejo de amargura, sentimiento de derrota. Les aparece nuestra Historia como la «Historia de una decadencia». También, por necesidad íntima en algunos, un querer echar siete llaves a nuestra puerta. Encerrarse y cerrarse y así salvarse. ¿Salvarse? Mas bien, alimentar su propia miseria, regodearse en ella. Siempre 1898, operante y presente.

Estalla 1936. Desplome de todo un mundo. Guerra ejemplar. Guerra de propósitos, la nuestra. Todo en causa, todo puesto a prueba. El problema del hombre mismo, allí planteado en su forma más diáfana, más sangrienta, más justa: en una forma política. Y todo lo que todos sabemos: la cobardía de unos, la necesidad histórica.

Nuestra derrota. La derrota de España. Y el destierro, con la lucha diaria, por el vivir de cada día, para casi todos. Callemos, ahora, las miserias de los que han tenido mucho oro. Su propia miseria. Callemos eso ahora. Dicen, por allí que eso es la política. Y yo me digo, ¿qué pensar entonces de España misma? Porque, en la política, entre los políticos, ha estado, con reiterada frecuencia, lo mejor de España. Pero, dejemos eso, ahora.

¿Qué ha sido nuestra guerra? ¿Acaso *política* también? Eso menos que nada. Política y politiquería, quién lo dudaría, ha habido en desgraciada abundancia. Mas ¿cuál es el sentido actual de la guerra nuestra? O, por lo menos, ¿qué entraña ese derramamiento de sangre española? ¿Qué entraña, sobre todo, para nosotros, los que hemos surgido a la vida consciente, con *ella* en medio de ella?

Obvio es que nosotros, los que andamos entre los veinte y los treinta años, no seríamos lo que somos de no haber mediado la guerra, y, su lógica consecuencia, el destierro. Pero esto, por patente, es inoperante. Es casi exclusiva cuestión personal. Y lo

[□] *Acción, Publicación Española Republicana Independiente*, 2: 2 (México, octubre de 1945).

personal no importa. Si nosotros sentimos la guerra como algo mucho más extenso y más hondo que una mera eclosión personal es porque tiene un radical y decisivo sentido nacional. Nuestra guerra es la definitiva zanja, el anhelado abismo. Lo de antes: prehistoria de una nueva Historia. Y doblemente porque también nueva será la Historia-relato.

Si. La guerra es el fin de la Decadencia. La exterminación, por ende, de todo pensar sobre la decadencia. El anatema sobre los que, en nuestros mismos días, siguen mentalmente en 1898, como si no hubiera pasado nada. Como si la guerra hubiera sido una «situación anormal», como algún majadero ha por ahí dicho.

La guerra es algo más, sin embargo. Es proyección inacabable hacia el futuro y hacia el exterior. Es lanzarnos al mundo. Abrir España por los cuatro costados. Verternos. La guerra ha hecho esto también. Nos lanzó sobre estas tierras, sobre otras muchas, y tiene también esto su entrañable y pletórico sentido. Su necesidad histórica. Su rasgo providencial, que pudiera decirse.

Somos, por la guerra, más españoles que nunca. Hemos tomado conciencia, gracias al destierro, de nuestra condición de españoles. Y por ello estamos muy alejados de los chauvinismos todos. De nacionalistas, nada tenemos. Si, en cambio, somos, solo podemos ser, plenos inter-nacionalistas. Superación, sin negaciones. Y es esto mucho más que una mera convicción: es una situación vital. Que afortunadamente, puede encontrar fuente de energía en la más pura y más honda tradición española: el afán universalista.

La guerra es nueva Historia. La sangre vertida es nueva vida. La guerra es el pueblo, el pueblo que el abismo colmaba, que se desborda y deja vacío, para siempre, el foso. La guerra es ponernos entre la espada y la pared, es decidirnos a dar la batalla decisiva, no solo contra los Usurpadores, sino contra los que se opongan a la real integración de España. La Guerra es el fin de las otras Españas: la «otra», la de «ellos» y también el fin de ese cuerpo cadavérico que es la Tercera España. La guerra es la hecatombe y el desmentís a los intentos de transformación por medio del refinamiento de la sensibilidad. La guerra es también la condenación de los «capitulards». La guerra es la Revolución.



Juan Marichal, su hijo Carlos y Solita Salinas, con una persona sin identificar, en Boston, 1948

* * *

La disolución del pensamiento político Español[□]

La disolución del pensamiento político republicano. Tal es el fondo real de la crisis crónica en que nos hemos hallado sumidos los desterrados españoles, desde el año de 1939. Crisis, que alcanza, hoy, su fase culminante. Pues, ahora más que nunca, la carencia de convicciones sólidas constituye, a bien abrir los ojos, la mayor de nuestras fallas. Porque, lo acabamos de ver, tal ausencia de una ideología, o de ideologías varias pero firmes, se ha reflejado en la crisis gubernamental de por sí intrascendente, pero de incalculable valor simbólico. Claro está, vale esto para todos, absolutamente todos, los que participaron en las gestiones dichas.

Así hemos visto surgir una extraña situación. Que no puede titularse de reiteración. Porque si era total y perfectamente natural que la República Española, en su etapa de recién nacida, fuera, como la titulara Unamuno, una «república de profesores», en los instantes presentes se convierte el «profesorismo» en la más grande de nuestras rémoras y en la más vacía de nuestras clases políticas. Afirmación que, no implica desdén para el profesorado como tal, pues sería tal cosa incongruente con nuestra misma formación. Además los profesores que nos representan, legalmente, son excelentes profesores, viejos repúblicos. Pero precisamente demasiado profesorales. Y por propia confesión de ellos, en años pasados. Nadie les puede reprochar su ilustre categoría universitaria, todos respetamos su muy notable actuación opositora hace algunos lustros. Fueron los *cuadros naturales de la joven República del 31*. Pero, sin nuestra República no es vieja por los años, sí por los sufrimientos. Estamos en 1945 y hay mucha sangre de por medio. Y mucha hambre. Y mucho dolor. Y mucha geografía.

Todo ello impone hoy, para el enfoque y la solución de los enormes problemas actuales, una mentalidad política. Estrictamente política. Lo que no implica exclusivismo ni maniobrista; todo lo contrario. Se requiere, ante todo, un conocimiento, desde dentro, de los acontecimientos mundiales y no un mero contemplar desde acogedoras tierras lo que pasa en Europa. Solo así, al contacto con la realidad de nuestro tiempo, puede adquirirse el ritmo mental y la capacidad de acción, que son menester para el logro de nuestros objetivos. En tal forma, se subsana, al menos, el alejamiento en que nos hallamos de nuestra tierra misma.

Ese alejamiento de España es, evidentemente, la causa más patente de los males señalados. Pues, en los años pasados, por razón misma del exilio, han dominado en la política y la política, los «procónsules». Las maquinarias políticas europeas en general,

[□] *Acción, Publicación Española Republicana Independiente*, 2: 16 (México, octubre de 1945).

funcionan en dos formas diferentes, que, a veces, concuerdan y casi siempre se oponen el proconsulado y los «comités». El primero es característico de los partidos de difusa ideología y fines vagos, como los partidos republicanos históricos. E, igualmente, priva en las capitales, en los centros directores. El régimen de «comités» es más bien, propio de los partidos proletarios, cuyos fuertes cimientos son los núcleos provinciales y regionales. Esto significa que hay algo más que un mero control por parte de las masas del partido: participan plenamente en su vida. El ritmo del movimiento, en el régimen de «comités», es así centrípeto, mientras que es centrífugo en el de proconsulado. En nuestro destierro hemos vivido el régimen del proconsulado. La necesidad lo impuso, y el control de las masas, de las pequeñas masas, de las élites provincianas, de los «comités», en suma, no ha podido ejercerse, por inexistente. Mas ni siquiera, tampoco, las restringidas masas de los partidos han hecho uso de su fuerza. Así, el proconsulado produjo la división y el fraccionamiento de los grupos políticos. Y su consecuencia y causa, a la par: la disolución de las ideologías políticas.

No hay, hoy, partido político, o sub-partido, que cuente con un cuerpo de doctrina. Nadie tiene, en el momento presente, un conjunto de conceptos políticos que sea real aglutinante de fuerzas y de voluntades. Resta únicamente como elemento agrupador, triste es constatarlo, la ambición de poder y motivos de orden sentimental. Nada más.

Se carece, pues, de convicciones. No se *creen* en las que oficialmente se profesan. Y no vemos, sino en contados casos, un intento de reflexionar sobre esta peculiar situación y la mentalidad que comporta. Hay quienes exteriormente siguen aferrados a ciertos dogmas, sin tener en cuenta que la vida y la historia ponen a prueba todos los ideales, que son siempre concebidos *para una determinada realidad*, y que tiene lugar en ellos una decantación efectiva y sin remedio. Y existe el fenómeno opuesto: ciertos «socialistas», por ejemplo, han olvidado que el fundamento mismo de su filiación es la actitud revolucionaria, y que esta se manifiesta, cuando existe, en todos los actos de la vida. Por otra parte, los republicanos propiamente dichos se hallan, por motivo de la experiencia vivida, en una paradójica posición: más cerca del socialismo que del puro liberalismo que es su fuente originaria. Pero, el ejemplo de Inglaterra les debía ilustrar a dónde conducen los revestimientos e hipocresías beveridgistas. No valen las medias tintas ni los compromisos.

¿Qué queda, por lo tanto, de los viejos marcos políticos? ¿Acaso encuadran comunes convicciones, o más bien, como es patente para el que quiera abrir los ojos y ver, no son sino meras orlas sentimentales?

¿Cuál es entonces el camino? ¿Hacia dónde debe tender nuestro propio esfuerzo? Sin duda alguna, hacia la cristalización de una ideología política que hoy está latente en muchos españoles. Hacia la constitución del cuerpo de doctrina que reclama la nueva realidad que nos ha tocado vivir. Hacia la integración de la Tradición en la Revolución.



Juan Marichal dando clase en Bryn Mawr College
(Pensilvania), noviembre de 1956

La «articulación» de *la voluntad de estilo* (Juan Marichal en 1957)

José-Carlos Mainer

Resumen: La publicación de *La voluntad de estilo*, de Juan Marichal, en la España de 1957 se produjo en un momento capital de la renovación del ensayismo universitario español, tras el paso de Joaquín Ruiz-Giménez por el Ministerio de Educación y en los inicios de un notable despegue de editoriales independientes en Barcelona y Madrid. El libro era obra de un exiliado español de la segunda generación que se declaraba discípulo de Américo Castro y Amado Alonso; en tal sentido, se integraba en una corriente renovadora de corte formalista —la estilística—, pero también en una interpretación apasionada y crítica de la historia ideológica de España.

Palabras clave: exilio español de 1939, estilística, franquismo y disidencia, ensayo como género.

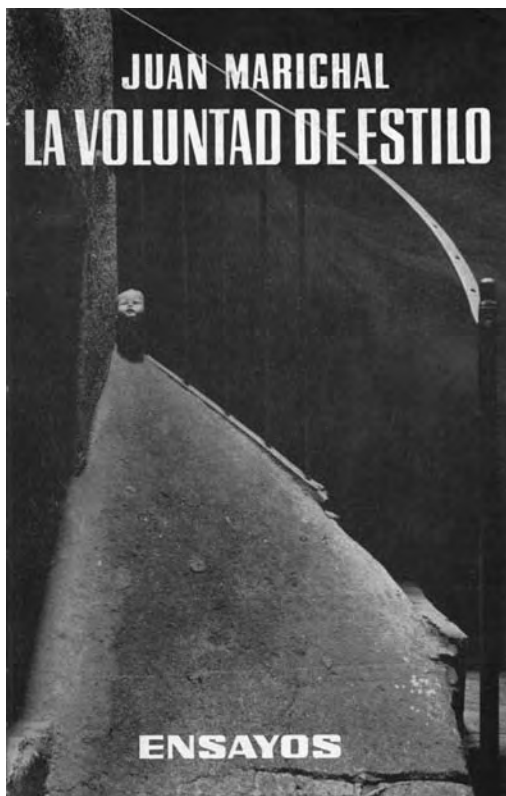
Abstract: The publication in 1957 of Juan Marichal's *La voluntad de estilo* in Spain arrived in a cardinal moment of the Spanish academic essay renovation: once Joaquín Ruíz-Giménez had been the Education Minister and during the beginning of an outstanding boom of the independent publishing houses in Barcelona and Madrid. The book was the work of a second generation Spanish exile who declared himself disciple of Américo Castro and Amado Alonso; to this respect, he was joining a reinventing formalist current -the stylistic one- but also a passionate and critical interpretation of the ideological history of Spain.

Key words: Spanish exile 1939, stylistic, Francoism and dissidence, essay as a genre.

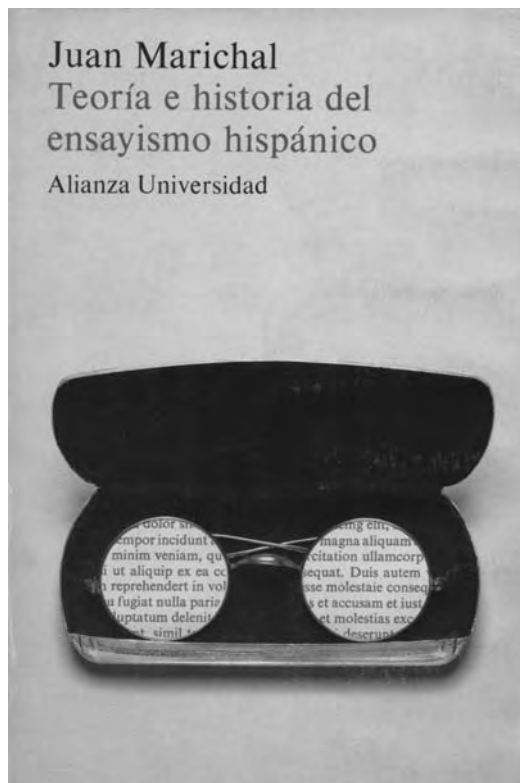
La cubierta del libro de Juan Marichal *La voluntad de estilo: Teoría e historia del ensayismo hispánico* (1957) resulta todavía tan eficaz como todas las de la colección Biblioteca Breve, de Seix-Barral, que recordaban las muy austeras y modernas de Einaudi, los amigos italianos. La ocupa por entero un original fotográfico de Oriol Maspons, en ascético blanco y negro, a medias entre el neorrealismo y la composición abstracta. Sin duda fue elegido con deliberación: representa el inicio de la escalera de una vivienda vetusta y pobre; ahí está el arranque del barandado de hierro, al que le falta visiblemente el pasamanos de madera, y un trozo de pared desconchado que impone un amplio triángulo de claridad en la oscuridad dominante. Y arriba, encajada entre dos barrotes, la cabeza de una muñeca que alguna niña ha olvidado. El conjunto recuerda poderosamente a *El perro*, una de las más conocidas y enigmáticas pinturas negras goyescas, si pensamos por un momento que la cabeza de la muñeca equivale a la del pequeño can que quizá alguien ha enterrado al pie de otra masa abrumadora de color claro y que —quizá también— contempla un par de pájaros que vuelan libres más arriba.

Traer a colación la fecha de 1957 resulta ahora casi obligado: en esas fechas, el perro goyesco —metáfora de la libertad aherrrojada en la pintura que Antonio Saura consideraba la mejor de su autor— o la muñeca de Maspons somos indudablemente nosotros, y la casa vieja, los años de franquismo brutal y cotidiano que dejan ver ya algún que otro desconchado, aunque también haya síntomas de cambios. Ha concluido —como el rosario de la aurora— la mal llamada «apertura» de Joaquín Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación Nacional, pero también se va haciendo inevitable el final de la autarquía económica y, a vueltas de las dos cosas, hay un hervor de inquietudes nuevas en el mundo de la cultura. De la cultura minoritaria, por supuesto, ya que no hay otra que merezca ese nombre... Un ejemplo relevante es precisamente esta Biblioteca Breve de Seix-Barral que se han inventado Carlos Barral y sus amigos de Barcelona. *La voluntad de estilo* tiene el número 23 de una serie que había empezado dos años antes con un libro sobre *La novela moderna en Norteamérica* de Frederick J. Hoffman (texto no muy brillante, pero elegido sin duda para que cumpliera el papel dinamizador que en Francia tuvieron algunos artículos de Sartre sobre el tema —y la publicación del volumen de Claude Edmonde Magny *L'âge du roman américain*— y en Italia los ensayos de Cesare Pavese). Entre los demás títulos de la serie dominan otros igualmente reveladores de un propósito general: cinco de Juan Eduardo Cirlot sobre las claves de las nuevas artes plásticas (surrealismo, expresionismo, abstracción...); el volumen de José María Castellet *La hora del lector*, que versa sobre la nueva novela; el de Joan Fuster *El descrédito de la realidad*, que reflexiona también sobre los rumbos del arte, y el de Juan Ferraté *Teoría del poema*, que enlaza con un ensayo menor y caprichoso de T. S. Eliot, *Función de la poesía, función de la crítica*, cuyo interés descansa en el beligerante preliminar de Jaime Gil de Biedma. En lo creativo domina la literatura francesa del *nouveau roman* —Alain Robbe-Grillet, Michel Butor, Marguerite Duras—, aunque también comparecen Henry Miller, Cesare Pavese o Carson MacCullers (de quienes son los dos títulos que enmarcan la aparición de *La voluntad de estilo*, precisamente *La playa y otros relatos* y *La balada del café triste*).

Marichal es —nos dice la contraportada de la sobrecubierta— un español de 1922 que se ha formado «sucesivamente en España, Francia y EE.UU.». No se dice que sea un hijo de exiliados, quizá por obvio o, mejor, por políticamente inconveniente. ¿Qué hace en esta colección el joven director del departamento de español de Bryn Mawr, autor de un único librito por el momento, aunque el título sea muy significativo (*La españolización de España: La edad de oro liberal*) que le ha publicado en 1952 la revista mexicana *Las Españas*? Seguramente tiene que ver con la historia de la editorial, donde ya había desembarcado Jaime Salinas, su cuñado, pero es de suponer que debió de ser fácil y estimulante para unos hombres en su treintena, provistos de inquietudes parecidas y de experiencias disímiles aunque complementarias: el exilio de Marichal



Juan Marichal en Bryn Mawr, Pensilvania, 1957



y la disidencia manifiesta del grupo de amigos de Barral. La simpatía de estos por los desterrados de 1939 era evidente. No es casual que el número 128 de la Biblioteca Breve recoja *Viviendo y otros poemas*, de Jorge Guillén, y que el 145 sea el importante libro de Gil de Biedma sobre el escritor (*Cántico: el mundo y la poesía de Jorge Guillén*); el 133 correspondió al ensayo *Ortega y Gasset*, de José Ferrater Mora, compañero de Marichal en Bryn Mawr, y algo más tarde, en 1961, el propio Juan Marichal apareció como compilador y prologuista de la edición póstuma de *La responsabilidad del escritor y otros ensayos*, de Salinas. Es patente que la reintegración del exilio de 1939 no fue para Barral y sus amigos un programa tan explícito como lo fue coetáneamente para los intereses de dignificación profesional de Camilo José Cela, al frente de *Papeles de Son Armadans*, o un asunto de lealtad histórica, como lo fue para los dos gestores de *Ínsula*, Enrique Canito y José Luis Cano, pero sí tuvieron muy presentes en su catálogo las letras desterradas. En los primeros sesenta editaron a Guillermo de Torre y Segundo Serrano Poncela; en los setenta, a Francisco Ayala y Max Aub.

En 1984 Marichal reimprimió su libro con un cambio de título, una supresión y algunas inclusiones sobre las que volveremos al final de este trabajo. Y en un breve «Prólogo» que daba cuenta de estos cambios enunció con precisión lo que en 1957 se suponía tácitamente: «[...] aquel libro de 1957 quería ser en primer lugar la manifestación de la propia “voluntad de estilo” de un joven profesor universitario español cuyo aprendizaje literario se había realizado en el marco de la España peregrina». Pero el lector de 1957 no tenía que ser un lince para advertir el alcance de esa vivencia al leer el ensayo «La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación histórica», que es una paladina declaración de discipulazgo con respecto al autor de *La realidad histórica de España*. Casi se diría incluso que este libro quería ser un escolio de aquel título y un testimonio de la fecundidad de conceptos como *morada vital* o *edad conflictiva* que Castro había utilizado. Y no es el único reconocimiento de deuda. Una expresiva cita en el prólogo y, con mayor intensidad, la nota general a este texto mencionan a Amado Alonso —el «llorado maestro que tanto me alentó con sus consejos», a quien se debe «la difusión de los conceptos y la terminología (por ejemplo, “voluntad de estilo”) de la estilística contemporánea». Por supuesto, a Marichal le constaba que el autor de la «Carta a Alfonso Reyes sobre la estilística» no era el único en reclamarse de una corriente crítica que vivía sus últimos años de esplendor en la España del momento. Lo sabe y también sabe de unos límites del método que deseaba franquear: él cree que «el estilo es fecunda vía de acceso a un mundo histórico» y, en tal sentido, advierte que «las investigaciones estilísticas hispánicas de los dos últimos decenios pueden ser tan útiles a los historiadores, a pesar, incluso, del excesivo formalismo de los investigadores». Es patente que los decenios que se mencionan integran desde *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, de Amado Alonso, hasta las más recien-

tes aportaciones de Dámaso Alonso y Carlos Bousoño, pasando por algunas otras que son evidentes merecedoras de la cautela admonitoria.

Pero *La voluntad de estilo* es un ejercicio de estilística, quizá uno de los más tardíos que debemos a esa metodología y uno de los que prevalecerán. Y es, a la vez, un libro de historia de la cultura, como los de Américo Castro. Y también un texto en el que late con fuerza, aunque no tan explícitamente, el vuelo de un comparatista que sabe traer a colación a Montaigne a propósito de sus contemporáneos españoles, a Rousseau, Sénancour y Amiel en relación con Unamuno, el sentido histórico de Jules Michelet al hablar de su maestro Castro o el alcance inglés del término *essay* al identificar los rastros del género entre nosotros. Aunque ese tono quizá sea más perceptible en unas notas bibliográficas de insólita novedad en la fecha que corría y que vale la pena destacar: acerca de la definición del ensayo como género cita, por ejemplo, el seminal artículo que se incluía en el libro juvenil de Georg Lukács *Die Seele und die Formen* (1911), que distaba mucho de ser en una referencia española habitual; la bibliografía del capítulo «El proceso articulador del siglo xv» menciona, además de los muy recientes estudios nacionales sobre los conversos (Francisco Cantera y Antonio Domínguez Ortiz), el estudio de Lucien Goldmann *Le dieu caché* (1955), que —por más que su tema sea el jansenismo francés de Port-Royal en la segunda mitad del xvii— «plantea problemas y métodos que merecen la atención del historiador de la literatura». Un sabio consejo que tardaría todavía quince años en escucharse...

La historia de la literatura —subraya el prólogo de 1957 que leemos— atiende a lo individual, lo singular de cada autor; la de la cultura estudia los textos en cuanto «testimonios fieles de una época». La distinción tiene algo de croceano (o de vossleriano, que viene a ser lo mismo), pero la hegemonía de lo histórico es más rotunda que en sus modelos teóricos; precisamente, subraya Marichal, el estudio de los estilos puede ser «fecunda vía de acceso al mundo histórico», aunque no sea fácil definir qué cosa sea el estilo: tiene claro, en todo caso, que es una decisión individual, pero que se realiza socialmente al constituir al escritor en alguien reconocible para sí y para los demás. Cómo señalaba Unamuno —en una cita muy oportuna del autor—, no es solamente una manía de perfección y atildamiento: «El estilo es camino y es a la vez lo que camina como es un río. No un camino por el que se va sino un camino que nos lleva». Por eso, el joven Marichal declara con cierta autosuficiencia: «Que los procedimientos de la estilística puedan, y deban, coordinarse con los de la historia de la cultura es, por tanto, para nosotros, algo más que una verdad perogrullesca: es el principio que guía más constantemente los trabajos de quien esto escribe».

Con esto quedan formulados los dos itinerarios paralelos de reflexión que se cartografiaban en *La voluntad de estilo*: el *estilo* como construcción de la personalidad y la afirmación de esta como forma de promover la sociabilidad a través de la reflexión

común, lo que nos lleva en derechura al *ensayo*, que es, sin duda, la forma más «maleable» para «articular» (un adjetivo y un verbo que son palabras clave en el léxico del autor) la comunicación de que hablamos. No se trata tanto de conceptos cuanto de funciones que se definen por su uso existencial y que solo se entienden en un vaivén permanente entre la confesión individual y la lectura ajena. Pero hay todavía un tercer itinerario, que se impone y confiere sentido a los otros dos: la dilucidación de España y lo español como formas de vida, como esos supuestos de lo que solo puede dar cuenta la verdadera historia cultural que se defiende.

Toda historia es un proceso e incluso, como hoy se dice a menudo, una narración que organiza el espesor aparentemente arbitrario del pasado. Marichal ha subrayado esta dimensión al efectuar la selección de lo que llama «jornadas» de la conciencia española, aunque también es revelador que ese sugestivo rubro (que alude por igual a las «jornadas» de un viaje y a las «jornadas» en que antaño se dividían las obras teatrales) no comparezca directamente en la titulación de las «partes», porque al cabo se usa esta expresión más aséptica. ¿Por dónde empezar el recuento? El autor no tiene dudas, y en su seguridad ha influido una de las aportaciones más originales de Américo Castro: el convulso siglo xv castellano es el verdadero umbral de la «Edad conflictiva», y esta, a su vez, la matriz de la única España real, la que se ha edificado sobre la difícil convivencia de las castas étnico-religiosas y en el dramático dominio de la cristiana vieja que ha reconstruido el pasado a su imagen y semejanza. Lo que incluye, por supuesto, una España imaginaria e inmemorial que nunca existió como tal: España es una creación del siglo xi, a todo tirar, y designa fundamentalmente un sueño —o una pesadilla— que se ha edificado sobre las brasas de un conflicto de posesión.

Marichal ha elegido su siglo xv sin necesidad de indagar en el pietismo de los jerónimos —sobre el que su maestro había llamado la atención— o sobre el espíritu aristocrático y pesimista del canciller Ayala; ha preferido cifrar su primer trabajo, «El proceso articulador del siglo xv: de Cartagena a Pulgar», en la sensibilidad de una minoría de conversos del judaísmo que han buscado el ennoblecimiento que procura el cultivo de las letras y que, en tal sentido, convergen con los objetivos de los miembros de una «aristocracia culta» (representada, entre otros, por el marqués de Santillana) que «aspiraban a fijarse normas de disciplina espiritual y de *cortesanía*». No importa que, a menudo, acarreen conceptos bastante vulgares y una retórica enfadosa, sino el deseo de comunicarse a través de estos instrumentos y obtener el condigno prestigio social. De ahí que la epístola —de abolengo clásico: Séneca es un modelo fundamental— sea el género que les permite a la vez exhibirse como gentes de cultura mundana y relacionarse con quienes buscan como pares: Alonso de Cartagena, mosén Diego de Valera y Fernando de la Torre son los que mejor representan el tránsito hacia esa «elocuencia común y placible de los discretos» de la que habla el último y que no tiene nada que

con ver con la «elocuencia frairiega». Y a su lado, la monja sorda Teresa de Cartagena, de la misma familia de los linajudos conversos burgaleses, por más que represente una forma de escritura intimista y ascética, deja ver también que «lo que cuenta finalmente es el gesto defensivo, la reclamación del derecho a la voz», algo que se hace todavía más patente en el «tono burgués» de las *Letras* (1486), de Fernando del Pulgar, bien instalado en la corte más propicia de la Reina Católica.

Con buen acuerdo, la edición de 1984 eliminó el artículo «Gutierre Díaz de GAMES y su *Victorial*», aunque el personaje compartiera con los escritores antecedentes algunos elementos: fundamentalmente, el orgullo de artífice de una obra personal y el reflejo de un resentimiento sociopolítico (que, en su caso, sería la identificación con una nobleza menor, desplazada del nuevo poder regio, y que le lleva a complacerse en la fantasía caballeresca). Pero en el alferez del conde de Buelna hay muchas cosas incompatibles con la modernidad que representaban los conversos castellanos del «proceso articulador» de la intimidad: el primero es el relativo anacronismo (ucronismo, mejor) del ritual caballeresco en que se complace; el segundo y principal es haber asumido los prejuicios de aquellos aristócratas contra la emergente «burguesía» de los hebreos castellanos, próximos a los monarcas Trastámara y a sus validos. ¿Cómo revelar ahora el fundamental conflicto de los siglos llamados de oro? Lo hará en las dos partes siguientes (una dedicada al siglo XVI y otra al XVII) mediante la atrayente imagen de un semifalsario, Fray Antonio de Guevara, testigo de los días de Carlos I, al que sigue quien podría ser su contrafigura —una monja que es toda naturalidad expresiva y que inicia la introspección espiritual, armada de la lengua común: Teresa de Jesús, activa en el periodo de Felipe II—, para acabar en un ser complejo, contradictorio y seguramente resentido contra su tiempo, pero escritor genial, que es Francisco de Quevedo (cuyo destino se trenza con el de los primeros «Austrias menores»), tras haber narrado un episodio de recepción cultural semifallida, la de los *Essais* de Montaigne en España.

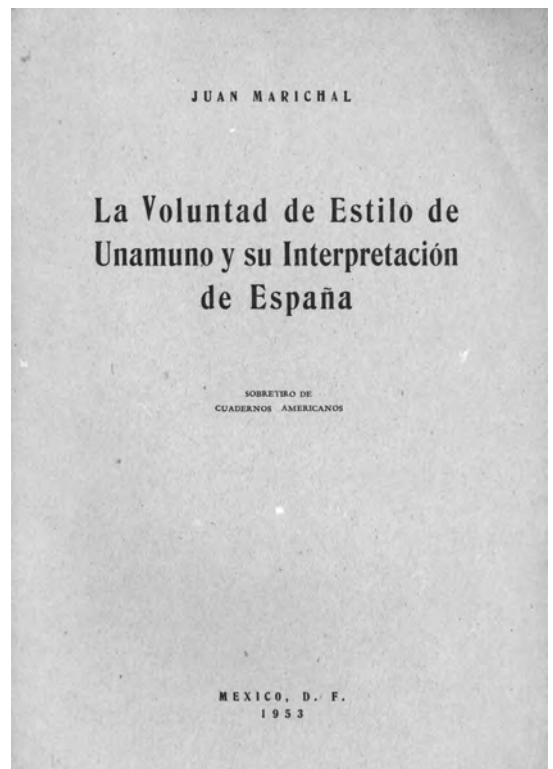
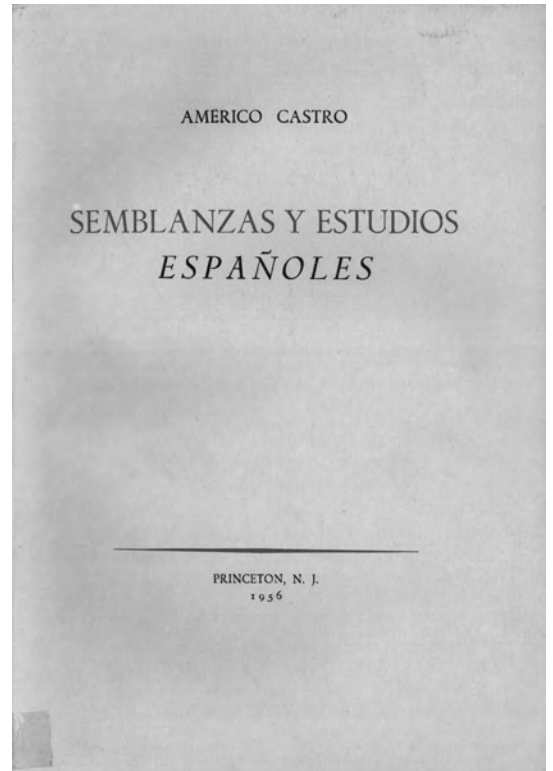
«La originalidad renacentista del estilo de Guevara» es un trabajo tributario de un apunte de Américo Castro de 1945 («Un hombre y un estilo del siglo XVI», luego integrado en el libro *Hacia Cervantes*) y nada ajeno a otro denso artículo coetáneo de María Rosa Lida, «Fray Antonio de Guevara», aparecido en la *Revista de Filología Hispánica*. El primero había señalado las complejas razones de la vanidad nobiliaria de un escritor señalado por la bastardía y quizá por alguna sombra judía en su linaje; la segunda subrayó las deudas de la facundia de Guevara, aparentemente tan humanística, con la retórica bajomedieval. Marichal sabe sintetizar las tesis de uno y otra y, a la par, otear lo esencialmente renacentista de la figura: si, como afirmó Buckhardt y sentenció Cassirer, el Renacimiento fue el «descubrimiento de la individualidad», resulta patente que «la gran originalidad de Guevara consiste precisamente en la crea-

ción de una obra literaria de estricto carácter renacentista sin romper la continuidad medieval [...]. Mientras la retórica medieval era, sobre todo, el tejido conjuntivo de la actividad intelectual y de la vida institucional, en Guevara se transforma en instrumento de “organización personal” [...]. Se inventaba a sí mismo al “derramarse” en forma torrencial por los cauces retóricos seculares». Y sabía para qué hacerlo aquel intrigante que, en las *Epístolas familiares*, se atribuyó un papel de primer orden en la guerra de las Comunidades y que, a despecho de haber escrito un famoso y mendaz *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*, se postuló para una canonjía en Valladolid —siendo obispo en Mondoñedo— y anduvo comprando casas en la ciudad castellana...

«Santa Teresa en el ensayismo hispánico» estudia otro «derramamiento», que en este caso se produce al margen de la retórica por «oposición a toda canalización verbal rígida». Nuevamente, la imagen de la madre Teresa utiliza la que Castro había acuñado en su libro de 1929 *Santa Teresa y otros ensayos*, completada quizá con las páginas de Menéndez Pidal («El estilo de Santa Teresa», en *La lengua de Cristóbal Colón*, 1942) y, sobre todo, con las recientes averiguaciones sobre el linaje hebreo de los Cepeda. En la monja «opera sobre todo un principio espiritual opuesto al del creador artístico», lo que la distancia de cualquier parangón estético pero no la hace diferente de aquel afán «articulador» de sí misma que está en todos sus antecesores: simplemente, ella ha logrado «la primera realización completa del afán individualizador que movió las plumas de aquellos castellanos. Realización finalmente debida a su intensa voluntad de entrega a su afirmación criatural de sí misma y en una palabra, a su amor». El uso de ese adjetivo, *criatural*, puede ser el eco de un fundamental ensayo de estilística (e historia cultural) que no se cita expresamente pero que Marichal seguramente conocía: *Mimesis*, de Erich Auerbach (1946; la traducción mexicana de Antonio Alatorre fue de 1951). Más de una vez, la estrategia de análisis que el autor aplica a sus citas de los autores recuerda poderosamente el principio que Auerbach usa y que Spitzer denominó «círculo filológico», que buscaba la exploración sistemática de todas las vetas —semánticas, sintácticas, alusivas...— de cada palabra del texto. En «Quevedo: el escritor como “espejo” de su tiempo» se recurre al procedimiento al explorar los modos lingüísticos en que el escritor plasma su ideal de hombre de acción y la contraposición entre letrados y capitanes. A aquellos corresponden «borlas y grados», a estos, «reinos y coronas», como en otro lugares anota las correlaciones «victorioso/gradado», «valiente/doctor», «letras/astucia» o «ímpetu/estudio», que ejemplifican valoraciones morales de dos profesiones antagónicas: la que «se gobierna por sumas» (tratados y compilaciones de mucho bulto) y la que lo hace «por aforismos... y conveniencias» (es decir, por afirmaciones crudas, matizadas por el cálculo). Sin duda, Quevedo era un feroz crítico de su tiempo, pero también un hombre ambicioso y defraudado que se identificaba con otra forma de poder político que nada tenía que ver



Américo Castro en Princeton, c. 1960



con la burocracia de su tiempo pero tampoco con la emergencia de nuevos grupos sociales.

No parece casual que el texto sobre Quevedo sea el más breve de todos. De hecho, el autor lo suspende justamente a la hora de enjuiciar si «Quevedo es un fiel testigo de su tiempo», lo que supondría una valoración —sin duda, muy crítica— del anacronismo aristocrático de sus posiciones políticas. Prefiere no responder a su propia pregunta y hace que el caso Quevedo reaparezca, como veremos, a modo de referencia estética de otros escritores que —con razones más generosas— fueron también respondones con la España que conocieron. Tales son los que ocupan la cuarta parte de *La voluntad de estilo*, que aborda con una simpatía que todavía era infrecuente la vida nacional del siglo ilustrado, a través de las figuras de Feijoo, Cadalso y Jovellanos (apenas un año después, el joven historiador español Alberto Gil Novales publicó en Biblioteca Breve otro libro de ensayos breves que formaba parte de ese necesario reconocimiento de las Luces hispanas: *Las pequeñas Atlántidas*). Es indudable que su aprecio más espontáneo se dirige al primero («Feijoo y su papel de desengañador de las Españas»), quizá porque es quien mejor se articula con la línea argumental del libro: «El estilo de Feijoo es como su conversación. Es el estilo de un hombre afable de tertulia conventual, de un catedrático retirado que ya no tiene ocasión de dar amenas conferencias. Hay algunos momentos profesoraes, pero en general el tono es *familiar*; puesto que ya no es necesario alzar la voz. Lo que predomina es la naturalidad, la personalidad de Feijoo». Lo que, por supuesto, no excluye la legítima soberbia —muy sofrenada— de quien se complace en su maestría, como demuestra una oportuna cita de la dedicatoria a la reina María de Portugal en el tomo IV de las *Cartas eruditas y curiosas*.

Pero la admiración de Marichal se encamina a dos seres más complejos que afrontaron, no solo el buen tiempo de Fernando VI, sino los nubarrones que se cernieron sobre la etapa final de Carlos III y el gobierno de Carlos IV. El artículo «Cadalso: el estilo de un “hombre de bien”» se centra en las *Cartas marruecas*, que sitúa en una coyuntura espiritual algo aventurada pero expresiva: por un lado, «equidistante del quijotesco afán “desengañador” del benedictino y del picaresco “desengaño” del catedrático salmantino» (que es Diego de Torres Villarroel, fiel custodio del quevedismo); por otro, lo considera entre «la presencia y el rechazo de las tentaciones de dos “sombras” literarias, la real de Quevedo y la premonitoria de Larra». Lo cual no es tan arbitrario como puede parecer; Quevedo está presente —como señala Marichal— en la fuerte línea neoestoica de las *Cartas*, pero también de modo más literal en dos importantes momentos del libro: la sarcástica dedicatoria que Nuño quiere hacer de su diccionario a «Domingo de Domingos, aguador decano de la fuente del Ave María» (carta VI) y la mención de Quevedo como uno de los tres sabios —los otros son Cervantes y Fray Luis de León— a los que la desagradecida España pagó sus méritos con

el encarcelamiento (carta LXXXIII). Por su parte, Cadalso no pudo leer a Larra, pero Larra sí leyó con aprovechamiento las *Marruecas*. Y el tono de irritación un poco arbitraria y misántropa que afecta Nuño tiene mucho que ver con el carácter del autor ficticio de sus artículos.

El mejor de los ensayos de esta parte es, sin embargo, «La originalidad histórica de Jovellanos», siquiera sea por el hallazgo de dos citas que se comentan con extraordinaria sagacidad: la anotación de los *Diarios* del 11 de mayo de 1794, que es un verdadero bodegón de sugerencias ilustradas, «la arribada literal de una oleada tardía» que fueron las Luces entre nosotros, y la carta I a Antonio Ponz, en la que Jovellanos describe la aspereza del paisaje mesetario castellano, abierto de horizontes, seco y, sobre todo, falto de las lindes o senderos que revelarían su explotación humana. Nada que ver con lo romántico, o —como apunta el autor— con los sentimientos de un británico de quince años después cuando describa el paisaje de la campiña de su país, donde la explotación económica ha arruinado todo encanto (la cosa es, sin duda, mucho más compleja: tampoco Jovellanos era insensible del todo a la peligrosa tentación de lo desordenado, y el redescubrimiento británico del paisaje fue asunto mucho más complejo, como contaría un admirable libro de Simon Schama ocho lustros después; me refiero a *Landscape and Memory*, 1995). La lección permanente (y no sé si bien entendida todavía) de este trabajo de Marichal es subrayar la importancia de un Jovellanos artista, celoso de su estilo y encrucijada de ideas de su tiempo, que va más allá de los elogios que se le han tributado como el «padre de la patria» que escribió el *Informe sobre la Ley Agraria* o la *Memoria sobre la policía de espectáculos*, que siempre veremos en el marco de una «españolísima ensoñación utópica retrospectiva, la de la patria posible, la de aquella oportunidad perdida», pero que Jovellanos —como apunta Marichal— consideró textos insatisfactorios, ya fuera por haber tenido que reflejar el sentir de la sociedad que lo había encargado o por notar su «mi estilo algo redundante, como casi todo lo que escribo» (según anotó en sus *Diarios*).

El siglo XX se agrupa en dos «jornadas» (o partes), divididas por la guerra civil: la primera cuenta con Unamuno y Ortega, sin duda los dos maestros más influyentes del género ensayístico en los términos que aquí se defienden; la segunda escoge a relevantes universitarios de ascendiente institucionista, exiliados tempranos de la guerra civil, que son Américo Castro y Pedro Salinas (de quien se atiende su ejecutoria de ensayista). Los dos capítulos más sugerentes conciernen a Unamuno: «La voluntad de estilo de Unamuno y su interpretación de España» parte del ambicioso propósito de integrar esos dos elementos —un estilo que busca comunicarse y cuya sugestión reside, a menudo, en una concepción simbolista de la realidad (lo que demuestra en un penetrante análisis acerca del alcance de la palabra «nimbo» en el escritor)— y una concepción personal de España y lo español que, por su lado, se apoya en la intuición y el afecto, lejos

de las «ideas picudas» y más cerca de los «escritores neblinosos». En definitiva, se viene a sustentar que a una percepción emocional del tema corresponde una voluntad de estilo y comunicación basada en la intensidad y la pasión confesionales, lo que es materia del segundo ensayo, «La originalidad de Unamuno y su literatura de confesión». Porque ese género —cuyo primer exponente fue Teresa de Jesús— supone algo más que una deuda con los grandes modelos decimonónicos del intimismo: añade una proyección social que convierte el género en «sacramento público» y que le hace ir permanentemente «con su confesionario a cuestas». El análisis del confesionalismo del escritor requiere saber «*por qué y cómo se confiesa Unamuno; luego, qué confiesa; finalmente, para qué y para quién se confiesa Unamuno*». Y el resultado de la pesquisa demuestra que estas confidencias públicas «desempeñaron una función necesaria en la literatura y en la vida de España; además fueron la aportación española a la literatura de confesión».

No a todos gustaron aquellas. Los católicos las condenaron por lo que tenían de secularización de un uso religioso (añadiría yo que tal uso se insertaba en el marco mayor del *libre examen laico* que Unamuno hizo de todo el lenguaje cristiano). A Luis Cernuda le parecieron «repugnantes», y a Ortega, «plebeyas». Precisamente, ese desdén del pensador por el modo expresivo de su compatriota constituye la consideración inicial de «La singularidad estilística de Ortega», escrita a modo de inventario de actitudes de aquel cuya «función histórica en España contemporánea es, sin embargo, extraordinaria y algún día se podrá calibrar debidamente». El destinatario de esta consideración había muerto recientemente y aquellos «sin embargo» y «algún día» no solo expresaban la provisionalidad del juicio, sino aspectos más discutibles para quien escribía desde el lado del exilio: «También es cierto —consignaba Marichal— que como tantos otros intelectuales españoles quiso serlo todo, tuvo que serlo todo, en la vida pública y en nuestro país y que de ahí procedieron amarguras y errores». Que no empecen en cualquier caso lo admirable de la actitud de quien fue «mozo de buena familia en constante rebeldía y en continuo entusiasmo» (una fórmula que expresa inmejorablemente la vitalidad del joven Ortega) y que fue heredero de lo mejor de la Ilustración y la de la pedagogía institucionista —de quienes aprendió la «atención a las cosas»— y también del germanismo del XIX, del que adoptó su proclividad hacia el clasicismo; esas disposiciones, como su «sociabilidad madrileña» y aquel «frenesí visual, un apetito desmedido por absorber las visiones ofrecidas al testigo humano que es fiel a su punto de vista», le convirtieron en otro referente esencial de la articulación del ensayismo español.

No se puede negar que los dos últimos trabajos —«La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica» y «Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica»— cierran muy adecuadamente los itinerarios propuestos: el libro *España en su historia* (convertido en 1954 en *La realidad histórica de*



Juan Marichal en Gott's Island (Maine, c. 1955)

EL NUEVO
PENSAMIENTO
POLITICO
ESPAÑOL

COLECCION PERSPECTIVAS ESPAÑOLAS. I

JUAN
MARICHAL

FINISTERRE

España) y los trabajos literarios que Salinas produjo en el exilio fueron hitos indiscutibles de reflexión personal que buscaba, al comunicarse ampliamente, el mejor entendimiento del legado hispánico. Y en tal sentido, Marichal proclama la obra de Castro como la primera interpretación histórica de España que tiene altura europea, a la vez que, hablando de Salinas y de sus dos ensayos sobre Jorge Manrique y Rubén Darío, los enlaza con otros de estos años, como «el magistral libro sobre Neruda de Amado Alonso, los nuevos trabajos de Dámaso Alonso, los estudios de María Rosa Lida, las grandes obras de Alfonso Reyes, la magna creación historiográfica de Américo Castro», que confirman que «en esos quince años [1936-1951] y los siguientes, la crítica y la historiografía literarias de lengua castellana han dado sus mejores frutos, la más rica cosecha de toda su historia». Se advertirá, sin embargo, que el tono no es tanto el analítico, que ha predominado en los trabajos anteriores, como el propio del reconocimiento y la apología de dos figuras muy cercanas, en el marco de un estimulante marco hispánico del que se siente heredero; no en vano Marichal acababa de redactar las notas que acompañan *Semblanzas y estudios españoles* (1956), una selección de estudios de Américo Castro que la Universidad de Princeton editó en su homenaje, mientras que «Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica» era el texto destinado a prologar, un año después, los *Ensayos de literatura hispánica. De "Mío Cid" a García Lorca*, de Pedro Salinas, en la edición que Aguilar hizo imprimir en 1958.

La voluntad de estilo se concebía ya como un libro abierto y, en tal sentido, obedecía a una de las leyes no escritas del ensayismo: el estímulo intelectual de lo incompleto. Ya el prólogo de 1957 señalaba que «una ausencia se observa en esta serie de "jornadas": la del siglo XIX y por tanto la de autores como Larra, Valera y Ganivet», etapa a la que declara que «estamos dedicando ahora un trabajo especial, centrado en un problema específico de su época —la formación de una conciencia solidaria española— que no es ajeno a algunos de los temas examinados aquí». No parece que este trabajo fuera abordado, por lo menos con la envergadura de los precedentes. En la edición de 1984, el autor suprimió la primera parte del título —que quizá databa excesivamente la filiación metodológica del empeño— y dejó la segunda, más descriptiva (*Teoría e historia del ensayismo hispánico*). E introdujo un trabajo de 1963 (publicado en una efímera serie de libros de la revista *Ínsula*, Tiempo de España) que parece un inteligente sumario del propósito anunciado en 1957 y al que me acabo de referir: «Persona y sociedad en la España contemporánea (1837-1936)». Sus breves páginas intentan una caracterización contrastiva de cuatro generaciones en el lapso temporal considerado (Marichal cifra en treinta años el lapso de relevos generacionales): en la generación de 1837, la rebeldía de Larra contra las arcaicas costumbres nacionales y su voluntad de europeización expeditiva contrastaron con las posiciones de Julián Sanz del Río, que ponían en el centro del futuro la aceptación de lo nacional; en la leva siguiente, la de

1868, Juan Valera fue «quizás el español menos masoquista de toda la historia peninsular» y quien, sin decantarse por ninguna de aquellas opciones, se inventó —como luego haría Santayana— un patriotismo personal, veteadado de clasicismo helenista; en 1898, con Unamuno, volvió el predominio de lo nacional, interiorizado e intensificado, al modo de Valera, pero que se representa como una tarea de heroica reconstrucción espiritual; en 1914, Ortega y Gasset resulta también «intensamente nacional», aunque su objetivo volviera, en cierto modo, al de Larra, «luchar en la sociedad *contra* la sociedad» y de ese modo «acabar lo que el 98 no había realizado».

Los dos artículos de mayor empeño en esta nueva edición proceden, sin embargo, de sus colaboraciones en *Papeles de Son Armadans* y tienen fecha de 1965 y 1966, respectivamente. «Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo» cubre coherentemente el hueco que ya se había apuntado en los ensayos sobre Feijoo y Cadalso: el de aquel divertido sujeto cuyo mercantilismo no es picaresco sino claramente burgués y cuya deliberada bufonería «oculta y revela el sentimiento trágico de la vida». «Dos lecturas de Ganivet: 1937, 1965» menciona otro nombre propio muchas veces citado en la edición de 1957 porque indiscutiblemente fue, como Torres, otro hito en la «personalización» de las formas literarias. Pero, a la vez, el ensayo de caracterización se presenta sugestivamente como una historia personal por parte del autor: el Marichal de quince años y sus compañeros escolares de entonces leyeron a Ganivet en un colegio español de Valencia, el mismo año en que la zona republicana celebraba el centenario de la muerte de Larra (que no dejó huella en la «otra» mitad del país; los lectores de la revista *Hora de España*, sin embargo, recordarían por mucho tiempo la impresionante elegía de Cernuda «A Larra, con unas violetas (1837-1937)», cuya visión de la crueldad bélica fue tan llamativa como imparcial). Marichal confiesa que «leíamos, vivíamos, las páginas de los dos suicidas [Larra y Ganivet] como últimos mensajes de hermanos mayores que entregaban sus vidas a la guerra fratricida». Y recuerda que el mensaje del excéntrico escritor granadino —una apelación a la «individuación» de cada español, al lado de un poderoso impulso de «comunidad» nacional— no dejaba de ser muy parecido al que inspiraba la propaganda republicana que escuchaban todos los días.

Otros dos trabajos, por último, completan la postrera jornada —la del exilio— en la nueva edición de *La voluntad de estilo*. «Américo Castro y la crítica literaria del siglo xx» ratifica el relevante papel que Marichal otorgó a su maestro en la historia intelectual española. «El pensamiento español transterrado» (el trabajo más reciente, publicado en 1981 por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo) puntualizó lo que en 1957 no podía ser más explícito: «Todo exilio revela siempre la densidad cultural de un país; y la de España, en 1936, era la más alta de toda su historia». Ya en 1966, un breve librito *El nuevo pensamiento político español* (publicado en México por

Alejandro Finisterre) había señalado los síntomas de un despertar democrático en la España franquista a través de nombres como Manuel Giménez Fernández, José Luis López Aranguren o Enrique Tierno Galván; ahora, cuando aquellas ideas estaban construyendo la España de la Transición, Marichal esboza las aportaciones de algunos exiliados: la apasionada «historia interna de España» que concibió Américo Castro; la lúcida visión (muy crítica con la anterior) que Francisco Ayala dio del porvenir de los intelectuales en *Razón del mundo* (1944), y las aportaciones más significativas de un filósofo catalán, José Ferrater Mora, en *Las formas de la vida catalana* (1944) y *Cuestiones españolas* (1945).

Es patente que aquel «ensayo abierto» que culminó en la edición de 1984 había alcanzado su más certero sentido ya en 1957. Y más de cincuenta años después sigue siendo un hito memorable de la filología española y una vivaz fuente de sugerencias.

José-Carlos Mainer*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

Juan Marichal y la españolización/universalización/europeización de España. (Una nota)

Andrés Soria Olmedo

Resumen: El trabajo persigue las diversas formulaciones aplicadas por el autor al proceso de las relaciones entre España y Europa en la historia intelectual durante el período de lo que el propio Marichal llamó la edad de oro liberal. Sucesivamente descrito como «españolización de España», «universalización de España» y «europeización de España», el esfuerzo de caracterización denota una tenacidad y una voluntad de comprensión cuyo valor es ejemplar.

Abstract: This paper follows the different names given by Juan Marichal to the process of relationships between Spain and Europe within the intellectual history during the time he called the Liberal Golden Age. Consecutively described as «spanisation of Spain», «universalization of Spain», and «europeization of Spain», the characterization effort reveals an exemplary tenacity.

Palabras clave: Marichal, edad de oro liberal, españolización de España, universalización de España, europeización de España.

Key words: Marichal, Liberal Golden Age, Spanish Spanisation, Spanish universalization, Spanish Europeization.

Entre las muchas incitaciones que levanta la obra ensayística de Juan Marichal, una de las más fecundas ha sido la del estudio del proceso de la historia intelectual durante lo que llamó la edad de oro liberal.

Es un tema de cierta complejidad. Aunque oí esa tesis por primera vez de forma extensa en 1986, en Granada,¹ desde luego no era la primera vez que la formulaba su autor, y es interesante perseguir los matices y ajustes sucesivos de objeto y forma en una argumentación que atraviesa en cierto modo toda su obra.

Ya trasluce, por ejemplo, en «Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica»,² cuando opina que para sostener una crítica literaria como la de don Pedro, capaz de albergar un «propósito evaluador» y de ejercer una «orientación actua-

¹Andrés Soria Olmedo (1980): «La universalización de España (1898-1936)», en *Lecciones sobre Federico García Lorca*. Granada: Comisión Nacional del Cincuentenario, pp. 11-23. Luego en *El secreto de España*. Madrid: Taurus, 1996, con modificaciones y con el título «La europeización de España», pp. 115-129.

² Puesto al frente de los *Ensayos de literatura hispánica* de Pedro Salinas (1957). Incluido en *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid: Revista de Occidente, 1971, pp. 233-246; así como en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid: Alianza, 1984, pp. 201-211. La cita, en la p. 201. Véase Christopher Maurer (1990): «Bibliografía de Juan Marichal», en Biruté Ciplijauskaitė y Christopher Maurer (eds.): *La voluntad de humanismo: homenaje a Juan Marichal*. Barcelona: Anthropos, pp.13-18.

lizadora» que más allá del positivismo y el historicismo relacione la obra elegida «con las necesidades vitales contemporáneas», le es imprescindible «trascender los límites de su cultura nacional» y «absorber el espíritu de nuestro tiempo».

Al hablar de su suegro —Juan Marichal se casó con Soledad Salinas, hija de Pedro—, habla de él al mismo tiempo. Los datos de su biografía lo colocan en una posición muy especial. Nacido en 1922, es uno de los que cumplen sus veinte años en el exilio, a consecuencia de una guerra en la que no pudo participar.

En Madrid desde 1935, estudió el bachillerato en Valencia (1936), Barcelona (1937-1939), el liceo Michelet de París³ y Casablanca, y Letras en la UNAM mexicana (1941-1945) —especialmente con José Gaos, que lo orientó hacia el pensamiento americano en lengua española— y en Estados Unidos, y se doctoró con Américo Castro en Princeton (1948). Luego fue profesor en Bryn Mawr College (1953-1958) y Harvard, hasta su jubilación voluntaria en 1988. Pensándolo mejor, quizá se formó en el país de los ideales y de las ideas. En los ideales de una España democrática que por fortuna llegó a disfrutar en su vejez temprana. En las ideas de esa república de las letras que es la universidad (sus cursos de «comunes» en Harvard adquirieron un «aura legendaria», según Biruté Cipliauskaitė).

De su primer libro, *La voluntad de estilo* (1957), destacaba Manuel Durán⁴ que la coordinación de los procedimientos de la estilística con los de la historia de la cultura, presentada por el autor como principio metodológico, iba respectivamente más allá de la simple suma de cada disciplina, pues la estilística servía como puerta de entrada a un mundo histórico que a su vez se alejaba del positivismo.

Cuatro décadas más tarde, en unas conferencias de 1990, puede apreciarse que ese conjunto de ensayos formaba parte de un ambicioso «estudio de la historia intelectual de lengua española, con más amplitud —y quizá más rigor— que la habitual “historia de las ideas”»,⁵ una de cuyas constantes es el comparatismo o el extrañamiento de la mirada. En distintos lugares, y también al frente de estas conferencias, repite unas palabras de Tocqueville adaptándolas a España: «el historiador que no mire constantemente más allá del Pirineo no podrá entender, ni menos organizar, la historia española».⁶

Una de las ramas de ese estudio se había dedicado a la historia del pensamiento en Latinoamérica; en 1978 anunciaba: «las páginas que siguen responden a la norma

³ Véase la entrevista recogida por Mauricio Jalón y Fernando Colina (*Los tiempos del presente. Diálogos*. Valladolid: Cuatro, 2009, pp. 191-204), fechada el 14 de diciembre de 1996.

⁴ Manuel Durán (1958); «Juan Marichal y sus seis calas en el ensayismo hispánico», *Revista Hispánica Moderna*, 24 (4): 333-334.

⁵ Juan Marichal (1990): «Prologoillo», en *El intelectual y la política en España (1898-1936)*. Madrid: Residencia de Estudiantes, p. 8. Son cuatro conferencias sobre Unamuno, Ortega, Azaña y Negrín.

⁶ *Ibidem*, p. 18.



Pedro Salinas con su nieto Carlos Marichal y
Juan Marichal, en 1951

de trabajo que ha orientado mi tarea universitaria desde hace treinta años: la de esforzarme, diariamente por dar a la historia de los pueblos de lenguas ibéricas la perspectiva universal que sus gestas y sus sueños exigen para poder valorarlas como merecen».⁷ En la misma página matizaba la propuesta de Arthur Lovejoy —el fundador de la historia de las ideas como disciplina— de centrarse en determinadas «ideas-núcleos», recordando con Ortega que las ideas se presentan ligadas a las vidas, y sobre todo, con Unamuno, que no hay opiniones, sino «opinantes», de modo que a su juicio «la historia intelectual [...] se ocupa de la relación entre ideas y *opinantes*, en un lugar y en un tiempo concretos de la historia humana»;⁸ ese anclaje a lo vivo de las circunstancias da nueva presencia y fuerza en zonas periféricas a ideas que quedan difuminadas en su originaria luz natal.

Es el caso de las refracciones de la modernidad en la Península, visible a través del debate que mantuvo con Octavio Paz hacia fines de los años sesenta,⁹ el poeta mexicano («Una de cal...») puntualizaba una «Apología de la literatura española» del ensayista canario, y aun concediendo que «la literatura española no es inteligible sino dentro del contexto de la literatura europea», afirmaba que «gran parte de la literatura española del siglo xx se opone a la modernidad, sea ésta amor a la actualidad o pasión crítica». Marichal, en la derecha línea de las respuestas ilustradas al «que-doit-on à l'Espagne?» de Masson de Morvilliers, se había limitado a levantar acta de un esfuerzo por modernizar la vida y la cultura españolas, logrado, aunque destruido en agraz por la guerra civil.

En un sentido más estricto, las nociones que nos interesan están ya en un folleto publicado en 1952 por la editorial de la revista *Las Españas*, publicada en México. Y desde el mero título: *La españolización de España. La edad de oro liberal*. La revista *Las Españas*¹⁰ fue en cierto modo única dentro de las del exilio republicano, por durar desde 1946 a 1963 y por el pluralismo que promovieron los fundadores, Manuel Andújar y José Ramón Arana, con José Puche y Anselmo Carretero; la publicación de Marichal salió durante la segunda época de la revista (1951-1956), cuando, a pesar de la relativa aceptación internacional del régimen de Franco a consecuencia de la guerra fría y

⁷ Juan Marichal (1978): *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana 1810- 1970*. Madrid: Fundación Juan March, Cátedra, p. 20.

⁸ *Ibidem*, p. 23.

⁹ Los textos aparecieron primero en la revista mallorquina de Camilo José Cela, *Papeles de Son Armadans*: «Apología de la literatura española», en el n.º cxxx (1967), pp. 104-114; el de Paz, «Una de cal...», en el n.º cxl (1967), pp. 174-197. Ambas intervenciones las imprimió juntas Alejandro Finisterre en 1971 con el título *Las cosas en su sitio (sobre la literatura española del s. xx)*. México: Finisterre.

¹⁰ Ascensión Hernández de León-Portilla (1999): «La revista *Las Españas* cincuenta años después», en James Valender y cols.: *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las segundas jornadas*. México: Residencia de Estudiantes, El Colegio de México, pp. 284-303.

en coincidencia con las alteraciones antifranquistas que se produjeron en España a partir de la presencia de Ruiz Giménez como ministro de Educación (1951), la revista consiguió tender un puente de contacto con el interior (recordemos que el mismo año, 1946, en que se funda *Las Españas* en México Enrique Canito funda *Ínsula* en Madrid).

En esa coyuntura, pues, Marichal reivindicó una «edad de oro liberal», que en ese texto se extendía desde septiembre de 1868 a julio de 1936. Edad de oro porque su esplendor —Galdós, Unamuno, Picasso— podía dar la réplica a Cervantes, Quevedo y Velázquez. No «segundo Siglo de Oro», a lo Azorín, por comprender solo 68 años, ni del todo «Siglo de Oro liberal», a lo Marañón, encerrado entre 1874 y 1924.

Edad liberal en todo caso, presidida por un «clima moral» cifrado en el «respeto a la individualidad del prójimo y en aceptar la diversidad de sentires entre los hombres», en la presencia del diálogo, de las voces (frente al silencio de la dictadura, aunque no tiene que decirlo; le basta con citar a Pérez Galdós: «el silencio empeora siempre los asuntos»), de los amigos discrepantes, Menéndez Pelayo y Clarín, Galdós y Pereda.

Era un tiempo presidido por la retórica, y se reivindica la retórica parlamentaria, a Castelar como príncipe de una elocuencia con la que Giner de los Ríos fue indulgente y a Cánovas como europeizador, en disensión con la negativa caracterización orteguiana de la Restauración como «fantasmagoría».

La parte final del texto se centra en la generación del 98 y su «liberalismo literario». Los del 98 no gustan de la tribuna, pero no por antiliberales: Unamuno reconoce la pasión por España de Castelar y Cánovas, pero ahora, dice Marichal con expresión orteguiana, «la realidad se ofrece en perspectivas individuales». En el 98 se concilian «voluntad de arraigo» y «universalismo». No hay contradicción entre individualidad y generalidad, ni es difícil el salto de la patria chica a la humanidad, según Unamuno (está en puertas, podemos añadir, que Juan Ramón Jiménez se autodenomine «el andaluz universal»).

Marichal termina sus páginas convocando a Cajal, Unamuno, Ortega y Picasso para dar una lección de esperanza a sus paisanos, los de treinta años, como él, en 1952, fortificándolos en la «fe en las Españas posibles».

Saltemos a 1986: la «universalización de España» —en el sentido al que se refería Rubén Darío en 1906,¹¹ pero extendiéndola más allá de lo literario— fue la llevada a cabo en el primer tercio del siglo por una serie de innovadores que pretendieron «a la vez ocuparse de asuntos universales y hacerlo con métodos universales».¹² Este proceso es más visible entre los científicos: entre todos, el paradigma es Cajal, paradigma

¹¹ «La liberación de la intelectualidad es un hecho, y más que la europeización, la universalización del alma española», escribía a propósito de los «Nuevos poetas de España» (Rubén Darío [1918]: *Opiniones*, tomo x de las *Obras completas*. Madrid: Mundo Latino, p. 201).

¹² O. cit. p. 12.

de la «universalidad metodológica». Inclinado sobre su microscopio, ofreció al mundo la imagen de la nueva universalidad española.

Ese impulso universalizador se orientó a conocer mejor la misma España, a través de la filología, la historia, la historia del arte, la historia del derecho. Con instrumentos alemanes, por ejemplo. Se canalizó a través del Centro de Estudios Históricos, cuyo propósito puede cifrarse en la sola palabra, *sincronía*. Su logro, de hecho, fue una «prodigiosa sincronización de las actividades universitarias españolas con las del resto de Europa».¹³ La genealogía de ese proceso arranca en Sanz del Río y Giner de los Ríos, en los krausistas y en Romanones, favorecedor de la Junta para Ampliación de Estudios. El beneficiario e impulsor central de esta sincronización fue Ortega («España es el problema, Europa la solución»), un Ortega que en 1940 se acordaba de Ganivet y Unamuno como precedentes decisivos, aunque, como es sabido, los discutiera años antes. Marichal defiende todo el tiempo a Unamuno. Aun reconociendo lo decisivo del matiz universalizador de la generación de 1914, que caracteriza mediante testimonios del matemático Julio Rey Pastor, reserva siempre un nicho a Unamuno, «cuya enormidad es siempre difícil de encasillar». Pero fue Ortega quien «contribuyó de manera decisiva a la universalización de España», alentando el «ritmo emulativo» que recordaba Moreno Villa en su *Vida en claro* y que tantos nombres y ejemplos tuvo.

Hasta el punto de que cuando en 1936 —en «trágica sincronía» y «terrible congruencia» con la Europa de la violencia— entra en la Península «la historia universal marcada ya por la barbarie nazi que había destruido la prodigiosa cultura alemana», España estaba «en el punto más alto de su historia cultural moderna: porque desde la matemática a la física, desde la música a la arquitectura, habían alcanzado los creadores españoles niveles equiparables a los transpirenaicos».¹⁴ El feroz contraataque del reaccionarismo premoderno constituyó, pues, un escándalo para muchas conciencias liberales e izquierdistas.

Este texto, algo abreviado y corregido, se integró en *El secreto de España*¹⁵ con el título «La europeización de España». El sentido de la corrección consiste básicamente en sustituir el término y concepto *universalización* por *europeización*, prescindiendo además de una serie de detalles relativos al ambiente cultural granadino y a García Lorca.

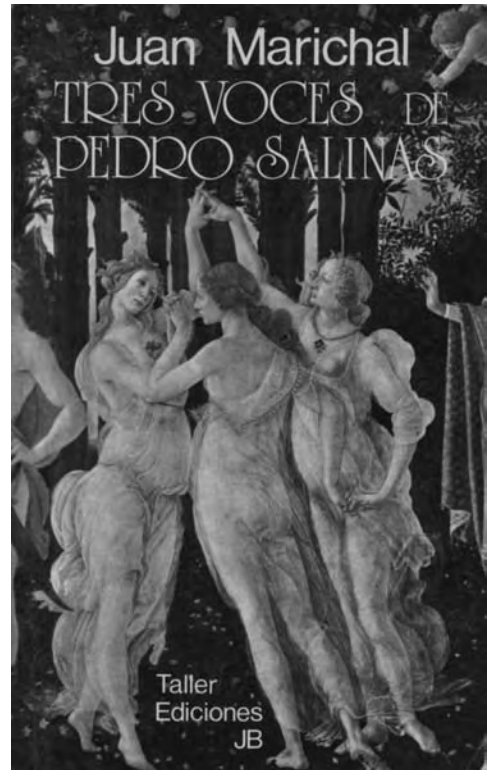
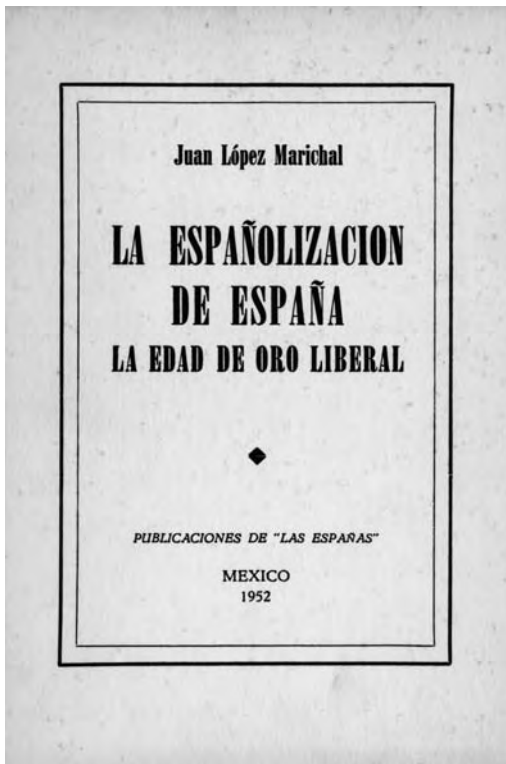
Quizá, en el contexto del nuevo ensayo, *europeísmo* era una denominación más precisa para aludir al designio de Unamuno primero y sobre todo Ortega después, y *universalismo* un concepto demasiado frágil ante la actitud relativista de la postmodernidad.

Pero antes de concluir es lógico interrogarnos sobre su relación con Américo Castro, porque desde la época de su tesis sobre Feijóo —el desengañador de las Espa-

¹³ O. cit. p. 13.

¹⁴ O. cit. p. 22.

¹⁵ Subtitulado *Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid, Taurus, 1995, pp. 115-129.



Juan Marichal y Andrés Soria
en la Residencia de Estudiantes,
mayo de 2001

ñas—, Castro «ya no creía en el racionalismo en el que se había forjado; no creía en la posibilidad, por tanto, de que la acción intelectual pudiera cambiar las cosas».¹⁶ No obstante, Marichal defendió *La realidad histórica de España* (1954) como «primera historiología española de especificación universal»¹⁷ y (al margen de sus grandes *trouvailles* sobre «rasgos y papeles de los conversos») a su autor como «profesor-poeta» frente a la exclusión del canon de los críticos europeos por parte de René Wellek.¹⁸

En cualquier caso, Marichal siguió con tenacidad ejemplar el hilo de esa relación intelectual de la Península con lo otro: *españolización*, *universalización*, *europización* son tres nombres para una tarea que de ninguna manera podemos dar por concluida. Para mí y los de mi edad (yo me licencié en 1976), el mandato era directo: nos tocaba reanudar, literalmente, ese hilo roto por tantas partes cuando la dictadura de Franco daba las últimas boqueadas. Éramos antifranquistas, antifascistas, antiliberales, enemigos de la democracia burguesa que aún no disfrutábamos (cuando la vivimos fue otra cosa). Pero a la vez nos imantaba la España intelectual y artística anterior a la catástrofe y a la mordaza que nos estábamos quitando. En ese punto el trabajo de Juan Marichal y otros exiliados sobre la universalización de España fue decisiva para nosotros. Hoy, por suerte, es asunto banal en la medida en que es corriente la sincronía, aunque ahora Europa sea el problema, y quién sabe la solución.

Debemos terminar este resumen, no sin antes glosar de dónde venía esta frase, la «españolización de España», que despertó en Marichal una serie de reflexiones tan fecunda como hemos visto. No en vano la situó como lema y cita introductoria de su trabajo de 1952. La frase se escribió en 1895 y da testimonio de la fidelidad larga y ejemplar de Marichal para con Miguel de Unamuno, su autor («La labor de españolización de España no está concluida, ni mucho menos, ni concluirá, creemos, si no se acaba con casticismos engañosos, en la lengua y en el pensamiento que en ella se manifiesta, en la cultura misma»¹⁹). Del mismo modo que esta nota quiere hacerlo para con Juan Marichal.

Andrés Soria Olmedo*

¹⁶ Mauricio Jalón y Fernando Colina (2009), o. cit., p. 195.

¹⁷ «La unidad vital de Américo Castro y su significación historiográfica», *Revista Histórica Moderna*, 21, (3-4) (1955): 316-322.

¹⁸ Juan Marichal (1984): «Américo Castro y la crítica literaria del siglo XX», en *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, o. cit. pp. 189-200; la primera versión es de 1971.

¹⁹ Miguel de Unamuno (1998): *En torno al casticismo* (1895). Introducción de Jon Juaristi. Madrid: Biblioteca Nueva, p. 78.

* Dirección para correspondencia: asoria@ugr.es

El diseño político-intelectual de Juan Marichal

Elías Díaz

Resumen: Este artículo repasa los contenidos de algunas obras principales de Juan Marichal, deteniéndose especialmente en *El nuevo pensamiento político español* (México; Finisterre, 1966) y *El diseño de Unamuno* (Madrid: Taurus, 2002). El primero constituye una revisión crítica del pensamiento político español del interior entre 1939 y 1966, que Marichal divide en tres etapas y en el que destacan nombres como los de Pedro Laín, Dionisio Ridruejo, Enrique Tierno, Jaime Vicens Vives, Manuel Jiménez Fernández, Ignacio Fernández de Castro o José Luis Aranguren. Se profundiza especialmente en la etapa neotacitista de Enrique Tierno, sintetizando algunas de sus características principales. La segunda parte del trabajo aborda los estudios que Marichal dedicó a Miguel de Unamuno, de quien destaca su condición de europeísta y español, liberal y demócrata estatal. Profundiza en las tensiones que entraña esa combinación de términos y explica las claves para su resolución en el pensamiento unamuniano.

Palabras clave: pensamiento político español, Enrique Tierno, neotacitismo, aforismo, Miguel de Unamuno, europeísmo, liberalismo, democracia, Estado.

Abstract: This article reviews the contents of Juan Marichal's main works, *El nuevo pensamiento político español* (México; Finisterre, 1966) and *El diseño de Unamuno* (Madrid: Taurus, 2002). The first one is a critical review of the Spanish political internal thought between 1939 and 1966, which Marichal divides in three stages and where names such as Pedro Laín, Dionisio Ridruejo, Enrique Tierno, Jaime Vicens Vives, Manuel Jiménez Fernández, Ignacio Fernández de Castro or José Luis Aranguren stand out. It deepens in Enrique Tierno's *neotacitista* period, summarizing some of his main features. The second part of the paper deals with the studies devoted to Miguel de Unamuno, of whom Marichal emphasizes his condition as a pro-European, as a Spaniard, as a liberal and as a state democrat. Marichal deepens in the tensions involved in this strange combination of terms and explains the key to its solution in the *unamunian* thinking universe.

Key words: Spanish political thought, Enrique Tierno, neotacitism, aphorism, Miguel de Unamuno, pro-Europe, liberalism, democracy, State.

Era la segunda mitad de los años sesenta. Yo tenía mucho interés por conocer a Juan Marichal y hablar personalmente con él, cosa que al fin logré hacer, aprovechando bien un viaje como invitado a los Estados Unidos, visitándole en su casa de Cambridge y en su Universidad de Harvard en el otoño de 1967. Tal interés por encontrarme con el ilustre profesor y exiliado republicano tenía connotaciones, digamos, políticas, pero asimismo, íntimamente enlazadas con ellas, lo eran en modo quizás preferente de raíz y trasfondo intelectual.

En la desde siempre mi dual, no escindida, dedicación académica e intelectual, yo acababa de publicar por aquellas fechas (en 1966) mi arriesgado y secuestrado libro

Estado de Derecho y sociedad democrática y un poco antes (1965) una amplísima *Antología del pensamiento político de Miguel de Unamuno*, cuyo muy extenso estudio preliminar se convertiría algo después en mi libro de 1968 *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*. Y también comenzaba a preparar otros escritos sobre historia del pensamiento español, krausismo e Institución libre de Enseñanza y, en mayor cercanía (ese sería enseguida mi curso de 1969 en la Universidad de Pittsburg), sobre los trabajos producidos por las gentes del mundo de la cultura bajo/contra la dictadura franquista. Ese era a grandes rasgos mi inicial bagaje y esos eran los principales proyectos que darían lugar a los libros de 1971 y 1974, respectivamente, justificativos de aquel interés por la obra y el pensamiento del profesor Juan Marichal cuando abor-daba ese mi primer viaje a las Américas.

Recordemos —casi es obvio hacerlo aquí— que el ya por entonces muy conocido y reconocido profesor de Harvard había venido publicando a lo largo de los años cincuenta muy matizados y sugerentes ensayos sobre diversos y fundamentales aspectos de la obra de Miguel de Unamuno, algunos de ellos recogidos, junto con los referidos a otros autores, en su importante obra *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico* (1957). Incidían aquellos sobre mis lecturas unamunianas constantes desde los muy juveniles tiempos. Con todo, ya en esos años sesenta me vería más con-cernido de manera principal y muy especial por las cuestiones tratadas en su poste-rior ensayo referido precisamente a «Unamuno y la recuperación liberal». Allí Marichal resaltaba con buen empeño e intencionalidad la afirmación de este en 1916: «Pocas cosas me han preocupado más —decía el profesor y exrector de Salamanca— que el lograr que haya en mi patria verdadera conciencia liberal y democrática». Y concluía exigente el exiliado de la España franquista, donde ya se dejaban ver en el poder (neo)liberales tecnócratas de la dictadura: «Esto es, Unamuno afirma así implícita-mente que el proceso de recuperación liberal ha de culminar forzosamente en la de-mocratización efectiva de España». Concordes con ello aquí, en el interior, estábamos ya a nuestra vez debatiendo, dentro de esos mismos propósitos democráticos, sobre las relaciones y contradicciones de Unamuno con el socialismo e incluso, en sus pri-meras etapas, con el marxismo: de ahí ese libro mío de 1968.

Este ensayo de Juan Marichal se publicó en 1966 no en España, sino originaria-mente en una obra colectiva de la Vanderbilt University, en Estados Unidos, como re-sultado (a modo de actas) de un previo congreso de especialistas y, por lo tanto, con difusión casi estrictamente reducida al mundo académico. Pero su autor, abriéndole a otros ámbitos, lo incluyó enseguida, en ese mismo año, junto a otros escritos suyos, en un pequeño, muy debatido e influyente libro sobre algunas implicaciones y con-secuencias intelectuales y políticas de la España del siglo xx, en especial de la guerra civil: llevaba este como título *El nuevo pensamiento político español*, y fue publicado, lo



Juan Marichal, c. 1960

reitero, no en España, sino en México (Editorial Finisterre), en diciembre de 1966. El concreto trabajo que da título al libro había ido apareciendo fraccionado en los tres primeros meses de ese mismo año en *Mañana*, la revista democrática española que editaba Dionisio Ridruejo no en España, sino en París.

En dicho trabajo se lleva a cabo con justo entendimiento y comprensión (en los dos sentidos de la palabra) una muy sucinta pero significativa exposición y revisión crítica del nuevo pensamiento político español del interior entre 1939 y 1966. Dentro de una primera etapa (hasta 1946) se ocupa Marichal de la minoría de intelectuales falangistas discípulos de Ortega y Gasset, como serían, entre otros, Pedro Laín Entralgo o Dionisio Ridruejo. En otras dos etapas, hasta ese 1966, con inflexión en el famoso 1956, sitúa Marichal (quizás con alguna mezcolanza e indeterminación) nombres como los de Enrique Tierno Galván, Jaime Vicens Vives, Manuel Jiménez Fernández, Ignacio Fernández de Castro y, por último, Jose Luis Aranguren. Era, me parece, el primer libro que desde el exilio hacía mención de las protestas en una universidad en ebullición y que, a su vez, se proponía reconocer y contar para la causa democrática con la calidad de unos u otros intelectuales del interior. Este era el propósito, el designio, de Juan Marichal.

Tal libro, medurado y en la mejor estirpe liberal, heterodoxo y del todo inadmisiblemente para el régimen franquista (otro de sus artículos era una «Nueva apelación a la República»), solo pudo ser conocido entre nosotros en condiciones, diríamos, de semiclandestinidad. No obstante, dio también lugar a algunos enjundiosos y significativos debates en el seno del mundo universitario y político-intelectual. Quizás el de carácter más sustancial fue el que se manifestó públicamente en relación con algunos aspectos y momentos de la obra en esos años del profesor Enrique Tierno Galván, que era ya, entre los allí mencionados, el más comprometido en la oposición a la dictadura. En su estudio, Juan Marichal se centraba en los períodos posbélicos iniciales de aquel, en los que pueden ser considerados como años de supervivencia (1939-1953), de refugio en una «cultura de hibernación», de utilización crítica y críptica de los autores del barroco español frente al régimen totalitario del nacionalcatolicismo. Tierno, no se olvide, era (*rara avis* entre los intelectuales profesores en aquella España) un agnóstico y un vencido de la guerra civil. A esa actitud traída del Barroco la calificaba Marichal de «neotacitismo», con fórmula que hizo fortuna, siendo aceptada tanto para la descripción como para la valoración del tal período, con implicaciones también en su siguiente etapa, «funcionalista» (1953-1962). Pero recordemos que cuando el profesor de Harvard escribía y publicaba su trabajo y su libro de 1966, el profesor de Salamanca estaba ya en los años (1962-1968) en los que consolidaba y profundizaba su paso intelectual y político al socialismo y también, de manera personal y flexible, su aproximación al marxismo, todo ello inequívocamente integrable en su con-

cepción dentro de una filosofía política democrática por la que luchaba (teoría y praxis) para la implantación de una democracia en España.

Anotaría aquí que fue, por cierto, en ese contexto político intelectual de los grupos socialistas cercanos a Tierno Galván en el que, a instancias suyas, surgió la posibilidad y la utilidad de que algunos profesores fuesen (fuésemos) invitados a visitar los Estados Unidos: así ocurriría con mi ya mencionado viaje de 1967, en el que, además de a otras gentes y otras universidades y profesores, pude encontrar y conocer a Juan Marichal. Él y Solita Salinas, con sus hijos Carlos y Miguel, nos recibieron a Maite Villar y a mí en Cambridge con su proverbial y confirmada amabilidad y generosidad. Hablamos ampliamente de tantas de estas nuestras cosas comunes y de otras diferentes, de España, del futuro... Nos hicimos amigos ya para siempre: nos reencontramos enseguida en Madrid, al año siguiente, en su provisional primer retorno después de la guerra civil, y desde entonces, con muy grata y enriquecedora asiduidad familiar, a lo largo de los ya casi definitivos tiempos españoles tras su jubilación en Harvard en 1988.

En medio hubo más visitas y más cartas, como aquel añorante tarjetón universitario en los finales de 1978 donde nos escribía con gruesos y entusiastas caracteres: «¡Viva la Constitución del 78! (¡Y también la del 1931!)» Y añadía: «¡Cuánto me gustaría poder celebrar ahí con ustedes, en esas tierras renacidas a la racionalidad gaditana (¡si!) el año que entra!». Evocando otra vez aquella nuestra primera visita de 1967, pienso que tal vez allí la más privilegiada fue una emocionada Maite, en el atardecer en que los cuatro, con el mismísimo Jorge Luis Borges al lado, pendido del brazo de ella, caminábamos por las cercanas y otoñales arboledas. Borges, muy atento, nos iba continuamente avisando con su voz suave y ya casi sin ver apenas: «Mire, mire, los rojos colores de Cambridge». Los Marichal, Borges, Harvard, también los varios encuentros en Princeton, Yale, Nueva York, Charlottesville, Puerto Rico (con Raul Morodo allí como casi exiliado profesor), figurarán así entre los mejores recuerdos de aquel periplo americano de tardía iniciación.

Con Juan Marichal habíamos conversado también, por supuesto, sobre las áridas y eruditas cuestiones derivadas del entonces, en nuestros reducidos ámbitos, casi famoso «neotacitismo», el cual implicaba —no se olvide— connotaciones mucho más concretas y hasta políticas respecto a la situación española y las perspectivas de la relación intelectual de aquel con Enrique Tierno Galván. Creo que resultaría, así, oportuno entrar aquí en la síntesis de algunos de sus principales términos.

«Recordemos —había escrito Juan Marichal explicando el sentido del rótulo por él utilizado para designar esa fase inicial del pensamiento de Tierno— que en la historia europea de los siglos XVI y XVII el llamado “tacitismo” es a la vez una utilización y una atenuación de los principios políticos maquiavelistas en los países católicos». Principios políticos maquiavelistas —se suele advertir— y no tanto «maquiavélicos» en el sentido

ético-político más complejo (¿cinismo inmoral, denuncia encubierta?) que encierra esta expresión. Como es bien sabido, lo que con aquellos, los primeros, se quiere expresar es, sobre todo, una prevalencia de los elementos empírico-descriptivos sobre los prescriptivo-normativos. «Es curioso —añadía por su parte Tierno en este sentido— que de toda la obra de Maquiavelo sólo un libro claramente irónico, *El príncipe*, sea maquiavélico [...]. El maquiavelismo —señala— es esencialmente revolucionario. El antimachiavelismo, antirrevolucionario [...]. El barroco y —añade— la Ilustración parten del supuesto de la inmovilidad fundada en el “derecho divino de los reyes”, en tanto que la doctrina de Maquiavelo parte del supuesto de la lucha por el poder y el éxito del más fuerte o del más hábil». Según no pocas interpretaciones, Maquiavelo, en *El príncipe*, sostiene, con terrible ironía, que hay que hacer lo que en realidad ya se hacía: utilizar el terror, el miedo, la corrupción, la fuerza. Solo se iban a sorprender y escandalizar los que no conocían la realidad o quienes querían ocultársela a los demás. Los consejos del florentino se parecían demasiado a la realidad. En esta perspectiva, además de posibilitar el surgimiento de una ciencia política realista, científica, empírico-descriptiva, los propósitos de Maquiavelo cobran, de hecho, un indudable carácter crítico y moralizante, solía avisar también Enrique Tierno, quien se consideraría más maquiavelista que antimachiavelico (Enrique Tierno Galván [1964]: *Acotaciones a la historia de la cultura occidental en la Edad Moderna*. Madrid: Tecnos).

Juan Marichal, tratando este punto, insiste por lo demás y de modo muy especial en el estilo aforístico que caracteriza a la literatura tacitista. Dirá así: «Los tacitistas publicaron colecciones de aforismos: frente al dogmatismo y a la inflexibilidad de la “suma” oponían el aforismo, producto inductivo de la experiencia histórica e instrumento favorecedor de la maleabilidad y de la movilidad. Diríase —continúa— que los tacitistas españoles —y según un notorio antitacitista de la época, el padre Rapin, “español” y “tacitista” eran casi sinónimos en la Europa transpirenaica— aspiraban a aligerar la vulnerable y rígida armazón de la monarquía filipina. Eran los tacitistas, en gran medida, españoles “modernizantes” que temían (con no poco de razón) que España sería derrotada por la flexibilidad empirista de sus enemigos». Estableciendo una correlación entre su tiempo y aquel pasado histórico, observa Marichal cómo «en Tierno Galván es patente el cultivo del neoaforismo»: ante la realidad española de esos años y a falta de otras mejores posibilidades, frente a las grandes «sumas» dogmáticas (teológicas y políticas) del momento había que actuar, dice, «aforísticamente» y «tacitistamente». Concluye en este sentido: «Tierno Galván, como Vicens Vives y Giménez Fernández, había hecho su “vela de armas” refugiándose en el pasado: su estudio del tacitismo muestra cómo, en gran medida, Tierno Galván encontró dentro del barroco el instrumento táctico que le permitió iniciar su acción política».

Téngase, pues, muy en cuenta, totalmente de acuerdo en esto con Marichal, que —contrariamente a lo que otros intérpretes pudieran pensar— ese «refugiarse en el pasado» no era en modo alguno una cómoda y simplista evasión de la entonces presente realidad española. Tampoco se trataba sólo de «aligerar» esa omnipresente realidad. Al contrario, era un buen pretexto para la crítica más o menos disimulada y solapada a dicha actualidad. Raúl Morodo, recién publicado el libro de Marichal, explicaba y justificaba en cierto modo en ese mismo 1966 aquel tacitismo «críptico» de Tierno Galván, y de otros autores, en función precisamente de las circunstancias de la época en que se estaba de hecho teniendo que utilizar. Escribía así: «Durante muchos años, en nuestro país, como ocurre en todos los países asentados sobre una ideología no liberal, la realidad política era enfocada “crípticamente”. Sobre todo, el escritor político buscaba la evasión histórica o subterfugios y fórmulas barrocas, con un “lenguaje de iniciados”, para criticar lo existente. Había una cultura —decía— que se ha llamado, acertadamente, “cultura de hibernación”. La mentalidad barroca estaba generalizada, porque el barroquismo, por su ambigüedad, comprometía menos que una claridad imposible de expresar. Toda ambigüedad encierra, en el fondo, una actitud defensiva ante el poder y ante los órganos que defienden el poder».

En esa perspectiva seguía allí Morodo: «Juan Marichal, al estudiar el pensamiento político español actual, y en concreto el pensamiento político de Tierno Galván, ha señalado, con agudeza, el carácter “neotacitista” del ex catedrático de Salamanca. En efecto, para entender el pensamiento político democrático de estos años en que Tierno Galván es, sin duda, uno de los exponentes máximos, hay que acudir a la actitud de los intelectuales y políticos “secuestrados” del barroco del siglo XVII. Un pensamiento político democrático en nuestra época —concluía Morodo— tenía que ser también un pensamiento político “secuestrado”, y la expresión literaria del secuestro tenía que ser, forzosamente, el cripticismo y el barroquismo» (Raúl Morodo [1966]: «La politización de la opinión pública. El fin de la criptopolítica en España y la polémica sobre la monarquía y la república, *Ibérica*, Nueva York, 15.10.1966). Pero, aceptado lo anterior, el fiel discípulo de Tierno Galván criticará tiempo después algunas de las implicaciones de esa calificación del maestro: «Esta elaboración e interpretación críptica de Tierno sobre el tacitismo permitió —dice— *encasillarlo* como neotacitista. Esto es —sigue Morodo— lo que, agudamente, hizo Juan Marichal, y, por cierto, tal encasillamiento no gustó a Tierno». Y ello sobre todo —y en esto tendría plena razón— porque, dice, «Marichal *generaliza* la denominación, es decir, cubre tanto la etapa estrictamente barroca de los cuarenta como la etapa positivista (funcionalista), basándose en el contenido aforismático que Tierno adoptara en algún caso: *XII tesis sobre funcionalismo*». (Raúl Morodo [1987]: *Tierno Galván y otros precursores políticos*. Madrid: El País).

Lo que, a mi juicio, desde ahí queda en todo caso perfectamente claro es que, primero, Tierno —supuestamente neotacitista— no fue entonces, ni será nunca después en su biografía, un «reformista desde dentro» (del sistema franquista), debate —anotemos— que convertía entonces en más real y actual el erudito alegato histórico racional; y segundo, que, a pesar de posibles relaciones empiristas y de continuidad en el tiempo, en modo alguno el «neotacitismo» podría ser rótulo a aplicar todavía, o ya, a la posterior etapa funcionalista positivista de aquel. Funcionalismo y positivismo eran en ese momento la respuesta contra el ideologismo delirante, irracional, tanto del totalitarismo político falangista como del iusnaturalismo católico integrista y opusdeista.

De todos modos, tal vez para evitar futuros equívocos, el «viejo profesor» —marcando distancias— se despachó con un artículo titulado precisamente *El aforismo*, donde entre otras críticas se puede leer: «La vacuidad de conciencia histórica del barroco italiano y español se recoge en la permanencia de aforismos o máximas. Son —dice de ellas— afirmaciones extratemporales». Y también: «La didáctica del aforismo es una didáctica clásica que se afirma en el hecho de poseer una educación superior. Cualquier período aforismático es un período histórico de vencedores y vencidos». La guerra civil no estaba tan lejana. Concluirá así: «De este modo, el aforismo, igual que el refrán, significa la voluntad de permanecer inmóvil. Por consiguiente, donde quiera que hay una mentalidad inmovilista aparece el aforismo». Simulando frío distanciamiento y no directa implicación crítica en aquella situación, incluso —como vimos— adelantando avisos sobre las «patologías de la Ilustración», puede muy bien decirse que Tierno, con sus solas armas de la descripción irónica y la disección racional, fue ya por entonces un gran delbelador de la España mítica e irracional y, por ende, también de la dictadura católica e imperial. (Elías Díaz [2009]: *De la Institución a la Constitución. Política y cultura en la España del siglo xx*. Madrid: Trotta).

A la vez que esta su llamada de atención sobre los intelectuales del interior, Juan Marichal va a dedicar gran parte de la segunda mitad de los años sesenta a la preparación (resultarían cuatro volúmenes) de las *Obras completas* de Manuel Azaña, publicadas en México por Ediciones Oasis entre 1966 y 1968. Sus amplios y documentados prólogos a los tres primeros de ellos se convertirán enseguida en su libro *La vocación de Manuel Azaña* (Madrid: Cuadernos para el Diálogo), impreso en 1968 pero que, a causa de los impedimentos de la censura del régimen, no pudo ser distribuido (tres años en singular confinamiento) hasta 1971. Como vemos, están siempre presentes esos buenos propósitos de conexión entre el pasado y el exilio, por un lado, con el presente y el interior, por otro, tarea que va así configurando el diseño político-intelectual de Juan Marichal. Igual ocurrirá, en los años setenta, con sus indagaciones y artículos sobre Juan Negrín, su admirado paisano (este de Las Palmas de Gran Cana-



Juan Marichal y Solita Salinas en Bryn Mawr, Pensilvania, c. 1956

ria, aquel de Santa Cruz de Tenerife), reivindicado por él con toda razón frente a no pocos republicanos e incluso socialistas del exilio y del interior. El incentivo del adelantado, pionero, Marichal serviría como buena base para, después —como es frecuente—, otros posteriores más completos estudios sobre ambas personalidades, por ejemplo los de Santos Juliá o de Enrique Moradiellos, respectivamente.

Tras su jubilación en la Universidad de Harvard en 1988, Juan y Solita se instalaron ya casi definitivamente en Madrid, en continuidad con las estancias cada vez más prolongadas y vividas de los años anteriores. En el diario *El País* (donde colaboró desde entonces) publica precisamente su artículo «La última lección de Harvard» (1 de julio de ese mismo 1988). Allí —me parece muy sintomático destacarlo aquí y ahora—, junto a elogios, desde luego, a aquel país y a sus centros de estudio, Marichal no deja de constatar y reprobar con el presidente de esa su universidad —en contraste, dice, con épocas anteriores— «la insensibilidad ética de la nueva generación intelectual norteamericana» o de otros profesionales «cuya única motivación casi obsesiva es el dinero», con testimonios concretos sobre ese mundo que llevan, dice, a «poner en duda la sinceridad y la seriedad de las intenciones originarias de los graduados universitarios al manifestar que aspiraban a contribuir a resolver los numerosos y graves problemas de la sociedad norteamericana y de todo el planeta. [...] Ese desalentador contraste —apuntaba el presidente de la Universidad de Harvard— se observa aún más en la Facultad de Derecho».

Se manifestaba ya así la fuerte herencia neoliberal, muy conservadora, de Ronald Reagan y de su inspiradora Margaret Thatcher, que habían gobernado en Estados Unidos y Gran Bretaña desde 1979 la segunda y 1980 el primero. Eran ya las muy graves secuelas de un ciclo que llegan hasta nuestros mismos días, incluida la gran crisis económica, política y moral que sacude el mundo (y Europa de manera muy especial) tras los vergonzosos escándalos financieros y especulativos en los Estados Unidos a partir del verano y el otoño del 2008. En ese artículo que avisa de ello y en el espíritu de otros escritos suyos de los años ochenta-noventa, y también de los inmediatamente posteriores al 2000, referidos a la historia del pensamiento español, queda del todo patente y explícita (asimismo lo era en nuestras frecuentes conversaciones) la actitud muy crítica de Juan Marichal respecto del continuismo de aquellos en el fundamentalismo economicista (*neocons*) al igual que en el fundamentalismo religioso (*teocons*), impulsado en nuestro ámbito más cercano por Karol Wojtila en el pontificado romano desde 1978.

La filosofía y la cultura de Juan Marichal eran desde siempre lo más opuesto, como es bien sabido, a esas posiciones de sentido tecnocrático y teocrático. Y así se manifiesta, con su carácter laico y democrático, en los tres libros por él impulsados en estos su años de madurez, de vuelta a España. En 1990 —recordemos— reúne en un

breve volumen las semblanzas de las cuatro personalidades españolas —con sus interrelaciones—, dos intelectuales y dos políticos, por quienes quizás profesó una mayor admiración: Unamuno, Ortega, Azaña, Negrín (*El intelectual y la política*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes). En 1995 hace lo propio en sus ensayos de debate sobre nuestra historia intelectual y política desde Cádiz, en 1810-1812 (con los precedentes europeos), hasta sus maestros transterrados por la guerra civil (Américo Castro, Francisco Ayala y Jose Ferrater Mora) y los ya mencionados españoles del interior hasta 1966. Esta obra, *El secreto de España* (Madrid: Taurus), marca también —como ya señalé— el límite de Juan Marichal con respecto al significado de las generaciones posteriores y, en concreto, con los jóvenes que están irrumpiendo con fuerza en la vida intelectual y política española en ese año simbólico de 1956, gentes que serán importantes en las luchas contra el franquismo y (estudiosos de las ciencias sociales) en la preparación de la transición, la redacción del texto constitucional y la consolidación de la democracia. El tercero y último de esos mencionados libros es el que Marichal, reuniendo los trabajos sobre el principal de sus clásicos (en edición, también en Taurus, al buen cuidado de Julia Cela), va a autenticar como *El designio de Unamuno*. Hay razones para pensar que —«Unamuno como pretexto»— en estas páginas está también en amplia medida la culminación de lo que yo veo como *El designio de Juan Marichal*. Por ello le dedico aquí una muy especial atención.

De modo, pues, muy coherente reivindica Marichal a Unamuno como europeo, frente al excluyente casticista, y con un mayor aprecio hacia la institución estatal de lo que un extremoso liberalismo individualista podría dar lugar a pensar. Este, desde luego, sería también, a mi juicio, el designio de Juan Marichal. Y lo que dota a la obra de ambos de un alto interés para nuestra situación actual. Unamuno, gran europeo además de gran español, demócrata estatal además de liberal: esta sería —por así decirlo— la «tesis» general, la idea guía de esta su obra. Bien consciente de las complejidades y profundas tensiones unamunianas, aquella es, a pesar de todo, la prevalente perspectiva que Marichal, a mi juicio también como buena base, se propone resaltar en estos ensayos. Frente a la imagen reductivamente casticista, escribe: «no creo ser arbitrario si mantengo que, en este siglo, no ha habido un español con un conocimiento del pensamiento y la literatura de Europa *toda* equiparable al de don Miguel». Y este, por su lado, se reconocerá siempre en aquella su irrenunciable declaración de 1916: «Pocas cosas me han preocupado más que el lograr que haya en mi patria verdadera conciencia liberal democrática». Pero enseguida habría que señalar que tanto su europeísmo, su cultura europea, como su defensa del liberalismo y la democracia no fueron nunca para Unamuno cerrados modelos «esencialistas», «eurocentristas», a asumir sin problemas, acriticamente. Mas bien, aduciría yo, lo que en todo momento

encontramos en él son prevalentes actitudes de intensa, dual (con alguna frecuencia también contradictoria) y agónica autocrítica.

Revisión, por tanto, y reinterpretación de Europa, de la cultura europea y también de la democracia liberal desde esa perspectiva agónica y conflictiva. Esa le lleva por de pronto —en polémica con Ortega— a una idea de Europa no reducible a lo que, en ella, Unamuno denomina «lo central», lo franco-alemán, y a su cultura, define aquel, más científica-racional. Europa —insiste— es también «lo periférico», y ahí expresamente —dice— Inglaterra, Italia, España (imposible evitar la relectura de esa referencia a tal división o escisión de Europa en clave —como digo— de la más inmediata actualidad), si bien Unamuno añade también en esa lista a Escandinavia y Rusia. Comenta sobre ello Marichal que «Unamuno reclamaba una descentralización de la cultura europea, una reelaboración del concepto de Europa mediante una visión descentralizada y una perspectiva marginal». Y lo aproxima a la concepción de Karl Jaspers por una nueva concepción de Europa y de la civilización occidental mediante la integración de las dos tradiciones espirituales: la de los «racionales» y la de los «agonistas». También sería esa Europa una «unidad de diversidades» con mayor presencia de «lo marginal». Aun con no pocos problemas dentro de tal concepción, sería cierto que Unamuno marcaría, pues, diferencias y confrontaciones con otros europeístas (de su tiempo o del nuestro) que por unas u otras vías se convierten sin más en exclusivos y excluyentes eurocentristas, en el fondo muy poco universalistas. Para este tema resulta de interés la lectura del muy reciente número 6 (2002) de *Cuaderno Gris*, al cuidado de Pedro Ribas, *Unamuno y Europa. Nuevos ensayos y viejos textos*, editado por el Departamento de Filosofía de la UAM.

Todo ello reenvía, claro está, a la decisiva polémica sobre el potencial universalizador de la Ilustración. En este marco Unamuno se muestra en todo momento radicalmente crítico de una razón europea que —a través de la reducción de la mejor dialéctica de la Ilustración— se iba limitando a ser mera razón instrumental, cientificista, razón de medios, no de fines: reducción bastante cercana a la que hoy nos impone —como se señalaba aquí— el actual determinismo ultraliberal economicista y mercadista. En la justificada crítica a esa posición (positivista), el problema es si aquel acaba aceptando de hecho como insalvable tal ecuación de una Ilustración hecha en nombre de la razón. Responsabilizada esta, subsiste, por tanto, la duda de un Unamuno premoderno, o incluso (sin rizar el rizo) de un Unamuno preposmoderno: ¿más de lo primero que de lo segundo?

Todo esto, y otras cosas más, es verdad que, en una u otra medida, es algo que se tiene en cuenta en estos inteligentes ensayos de Juan Marichal: aunque quizás, digámoslo también, dejando en un muy segundo plano algunos de los riesgos de irracionalidad, de destrucción de la razón y de la democracia, que también surgirían, fácticamente así ocurrió, en algunas de esas dialécticas de la negación y de la contradicción. Unamuno



José Luis López Aranguren, Solita Salinas y
Juan Marichal en la Residencia de Estudiantes,
diciembre de 1994



anduvo en exceso por el filo de la navaja —tal vez veía a la razón como más fuerte de lo que en realidad era—, pero creo que su irreductible defensa de la libertad de conciencia, de su yo (y del yo de los demás), de la individualidad (mejor que del individualismo) le hacían completamente incompatible con cualquier régimen totalitario, con cualquier mundo de silencio u opresión. Y en esto, que es fundamental, coincido plenamente con el profesor Juan Marichal, reenviando sobre ello el capítulo sobre Unamuno de mi libro *Los viejos maestros. La reconstrucción de la razón* (Madrid: Alianza, 1994).

Y también coincido con él en algo que es muy importante en su obra, al resaltar la insistencia de Unamuno —segunda de esas ideas fuerza— en la profunda conexión de ese su (buen) liberalismo con el Estado. Como se ve, lo opuesto a lo que hoy es dogma en la teoría y la práctica política conservadora actual (autoproclamada liberal) y que —Estado mínimo y abstencionista— ya lo era asimismo para los liberales doctrinarios en los tiempos —siglos XIX y XX— de aquel. Sobre esta cuestión, diferenciando muy bien entre esos dos liberalismos, escribía así Unamuno algo muy importante en 1909: «El liberalismo ha sido en España factor del descrédito del Estado, cuando el Estado moderno, hijo del Renacimiento, de la Reforma Protestante y de la Revolución Francesa, es, frente a la Iglesia, el verdadero órgano de cultura». Y señala aquí, con toda razón, Juan Marichal cómo para Unamuno (especialmente en esa su etapa que él considera como la más «sustancial» y que coincide con sus años como rector, 1900-1914) era necesario reiterar que el Estado debía ser el principal instrumento de difusión de «la moderna cultura europea, la cultura liberal, género —decía— de importación en gran parte». Porque «el Estado es hoy en España —recordaba una vez más Unamuno— tal vez lo mejor que tenemos, lo más europeo». Subraya así Marichal que para aquel no había contradicción al afirmar un «estatismo» firme y a la vez considerarse un igualmente firme liberal. Me parece que, frente a ese fácil ultraliberalismo economicista actual, habría de tenerse todo esto muy en cuenta.

Unamuno, de manera muy directa y específica, atribuía al Estado y a la escuela pública un papel completamente fundamental para la cultura y la entera vida de un país. Frente a las pretensiones privilegiadas de la Iglesia (también) en materia de enseñanza —que se alzaban en cruzada contra incluso reformas legislativas tan moderadas de alguna mayor presencia estatal como las implantadas por el ministro liberal Romanones en 1900 (¡un siglo y en tantas cosas es como si siguiéramos allí!)—, Unamuno advertía en su conocido discurso en el Ateneo de Valencia, en 1902: «Observad quiénes son los que más piden esa llamada libertad de enseñanza y veréis que son los enemigos de la actual cultura europea». Y, por otro lado —contra la distorsión de las raíces y connotaciones del buen liberalismo— avisaba de la espuria utilización que, en nombre de esa supuesta libertad y del no estatismo, los conservadores seculares o eclesiales estaban por entonces intentando hacer del «republicanismo krausista» y de

—señalaba Unamuno— algunas «personas sinceras», de «buena voluntad», en más o menos directa vinculación con la Institución Libre de Enseñanza.

El buen liberal no puede, no debe ser antiestatal. Al contrario, y, en virtud de ello, Juan Marichal destaca asimismo con decisión que para Unamuno el Estado es la única garantía de defensa de los derechos individuales y también la única vía de expansión para la «cultura europea moderna». A diferencia de tantos filósofos de la política que, en su tiempo y en el nuestro, contraponen irreductiblemente liberalismo y democracia (libertad e igualdad), en Unamuno, aquí de manera completamente coherente, se produce —como bien resalta Marichal— «una identificación estricta de liberalismo y democracia». De lo que, a mi juicio, se trata (en esto consistiría la democracia, e incluso el socialismo democrático, con el que también tuvo mucho que ver aquel) es de hacer real y para todos aquella libertad de conciencia que define para Unamuno el designio de la vida, el alma humana, el verdadero liberalismo.

Leemos, así, en esta orientación los siguientes textos de Juan Marichal sobre Unamuno: «El Estado es el defensor de la libertad, puesto que sólo instituciones fuertes pueden mantener las condiciones sociales que permiten el desarrollo individual. Este Estado liberal —recuerda siempre Marichal— tiene como principio esencial la libertad de conciencia. Esta es la clave del verdadero liberalismo». Y concluye: «Don Miguel vio claramente en 1916 que no bastaba identificar liberalismo y estatismo, que no era suficiente el llegar a desprender la conciencia liberal de sus gangas oligárquicas: la finalidad de la vida humana —el hacerse un alma personal— sólo podía alcanzarse plenamente en un régimen político fundado en la dignidad del ser humano».

Vinculación, pues, de fondo en Unamuno —a pesar de todas sus contradicciones y «exageraciones hispánicas»— entre su sentido de la vida (entre su filosofía) y su pensamiento político. El designio de Unamuno, y de todos los seres humanos, hacerse un alma en libertad de conciencia, es algo que exige una correspondencia colectiva, social e incluso institucional-estatal en coherencia con esos principios del «verdadero liberalismo» (no el economicista «manchesteriano») y de una democracia capaz de realizar los valores de aquel, haciendo así efectiva y para todos esa libertad de conciencia, esa dignidad (e identidad) humana. A mi juicio, ese verdadero liberalismo democrático con quien mostraría sus más coherentes y radicales connotaciones e implicaciones es, precisamente, con el socialismo democrático de gentes, entre nosotros y en esos mismos años, como Fernando de los Ríos o Julián Besteiro.

Las concretas, fácticas, posiciones políticas de Unamuno, resaltadas de modo muy positivo aquí, como es bien sabido, fueron a lo largo de su vida con cierta frecuencia oscilantes, ambiguas, a veces erráticas y contradictorias. Yo también lo he señalado así, muy en especial como fuerte crítica a su actitud en algunos de los importantes momentos previos e iniciales de la guerra civil, con su adhesión a los militares subleva-

dos. Pero también es de justicia conocer y reconocer al Unamuno final, el de las anotaciones que va a ir redactando al hilo de los graves acontecimientos, persecuciones, fusilamientos, que se producen en la (su) «zona nacional» en esos meses terribles del verano y el otoño de 1936, hasta su muerte aquel 31 de diciembre (en medio, el siempre tan recordado 12 de octubre) y a las cuales él mismo les ha puesto ya título: *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*. Es triste y aleccionador que tuviera que ser así, que fuese ante la tragedia de esa guerra (in)civil. Pero, en todo caso, es verdad que en esos meses finales y en esos papeles hay una verdadera «toma de conciencia» que va a reabrir lo mejor de esa conciencia (ética, democrática) y esa consciencia (más coherente, más racional) del viejo buen liberal que —a pesar de todo— fue siempre Miguel de Unamuno. Así es como acertadamente se le resalta aquí, en estas tan sentidas y reflexivas páginas, puede decirse que en todas las obras, de su casi *alter ego*, pero más laico y más socialdemócrata, que fue nuestro maestro y amigo Juan Marichal.

Elías Díaz*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

Ateneo y Residencia a propósito de Azaña y Ortega

Santos Juliá

Resumen: Manuel Azaña en el Ateneo, José Ortega en la Residencia, parecen haber emprendido desde su primera juventud caminos divergentes que llevaron al primero hacia el compromiso político y al segundo a la pura teoría. Las cosas, sin embargo, fueron algo más complicadas, de manera que, al menos hasta el fin de la Gran Guerra, podría hablarse de unas vidas paralelas que solo se bifurcan cuando el primero permanece en el viejo Madrid del Ateneo, mientras el segundo dirige sus pasos hacia el nuevo Madrid de la Residencia.

Palabras clave: Ateneo de Madrid, Residencia de Estudiantes, intelectuales, generación de 1914, Azaña, Ortega.

Abstract: Manuel Azaña at the Ateneo and José Ortega at the Residencia. They seemed to have undertaken, since their early childhood, diverging paths that led the first to political compromise and, the second, to pure theory. Things, however, were a little more complex, so that, at least until the end of the *First World War*, we could talk about two *First World* parallel lives which only diverge when Azaña stays in the old Madrid the Ateneo and Ortega heads to the new Madrid the Residencia.

Key words: Ateneo de Madrid, Residencia de Estudiantes, intellectuals, the generation of 1914, Azaña, Ortega.

No encuentro mejor elogio de Juan Marichal que su propia identificación como un liberal que sabe escuchar. Trasterrado desde su juventud, supo escuchar las voces que le llegaban desde la lejanía del tiempo y de la distancia con el consciente propósito de poner en valor una tradición de pensamiento y de acción brutalmente quebrada por la guerra civil y la dictadura. Se rebeló, desde su exilio, contra el designio de los vencedores de borrar de nuestra historia el siglo XIX por liberal y el XVIII por ilustrado y fue recomponiendo la tradición liberal española a base de ensayos primorosamente esculpidos, como quien restaura un mosaico destruido tras un incendio.

Ensayos, mosaico, pero no obra fragmentaria, pues esas piezas breves van encajando unas en otras hasta adquirir plenitud de sentido en su proyecto de reconstrucción ideal de una larga y fecunda tradición. A través de sus ensayos, Marichal descubre las raíces y da cuenta de las diversas ramificaciones del liberalismo español, situándolo en una perspectiva europea. De ahí procede su revisión del siglo XVIII como plenamente español, su indagación en el origen de la palabra *liberal* y su cambio semántico en el Cádiz de las Cortes, cuando liberalismo se identifica con desprendimiento, con imperativo de generosidad, o su evocación de las nubes de melancolía que cubrían la frente de Larra el día de difuntos de 1836.

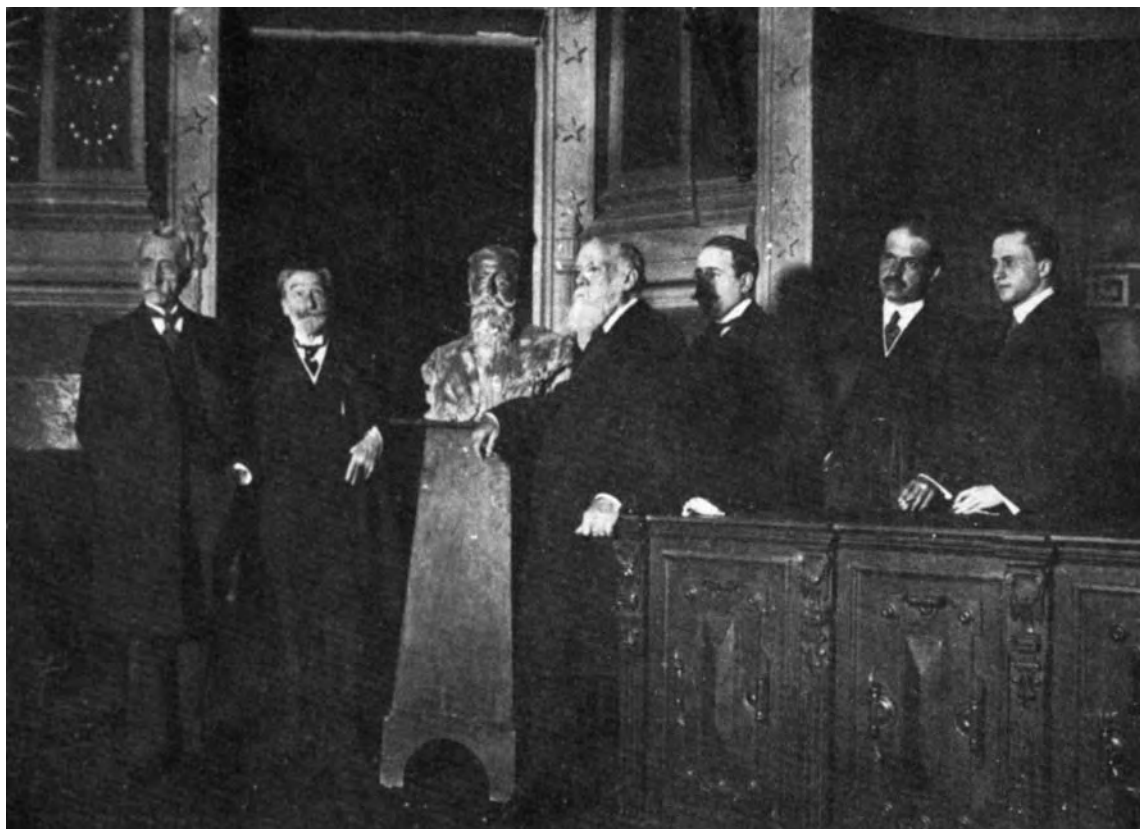
La recuperación liberal que atribuye al Unamuno de principios del siglo xx, el programa de europeización que encuentra en Ortega, por no hablar del ideal republicano de Manuel Azaña, quedaron arrasados por la rebelión militar y la guerra civil, que ya no puede concebirse como una peculiaridad española, sino —y así lo escuchó a un campesino— como una «lucha por la libertad del mundo». En la guerra ve personificado en Juan Negrín el político, de quien destaca su capacidad de resistencia, y en Manuel Azaña el drama del liberalismo español, el de unos hombres que «entran en la acción política para afirmar los principios de la conciencia individual y que al participar en las luchas políticas ven todos los riesgos que para su propia conciencia individual comporta esa defensa, esa afirmación de la primacía de la conciencia».

La guerra, con la tragedia y derrota, podría haber significado, para una mirada dogmática o rencorosa, el punto final a las indagaciones sobre la tradición liberal española. Pero en Marichal no había solo madera de historiador, sino que, por su arraigado liberalismo, su interés por el pasado le mueve a abrir sus oídos a las voces del presente. Por eso, desde Harvard, dedicó también su reflexión a «El nuevo pensamiento político español», una colección de ensayos en los que percibió la voluntad de convivencia intelectual en los falangistas de *Escorial*, como Pedro Laín y Dionisio Ridruejo; el neotacitismo y reformismo de Tierno Galván; la equivalencia entre orden cristiano y democracia efectiva de Giménez Fernández, o la preocupación por las Españas en el historicismo pactista de Vicens Vives.

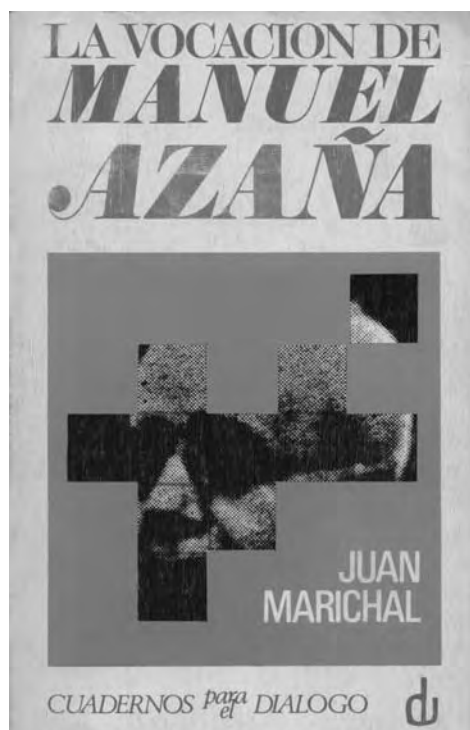
Y así, desde el exilio, Marichal contribuyó no solo a la recuperación de la tradición liberal española, sino también a tender puentes con el interior entrando en fecundo diálogo con disidentes de la dictadura, sin importarle que algunos, en otro tiempo, formaran en la coalición vencedora. Vaya, pues, esta evocación de Azaña y Ortega, dos intelectuales de su querida generación del 14 a los que dedicó páginas luminosas, en recuerdo y homenaje de este gran «liberal que sabía escuchar».

* * *

Al proponer como tema de este homenaje una evocación de Azaña y Ortega tenía yo una idea de su relación con el Ateneo y la Residencia que luego, a medida que acercaba la mirada, se ha modificado sustancialmente. Mi hipótesis de partida consistía en que, desde los años de su juventud, Azaña y Ortega se habían movido en mundos diferentes: que el Ateneo, situado en el centro de la ciudad, como espacio natural del intelectual político, era el lugar de Azaña, mientras que la Residencia, construida más allá del ensanche, como espacio del intelectual alejado o al margen de la política, era el lugar de Ortega. Todo muy claro, pues: Azaña era el Ateneo, Ortega, la Residencia. Si esta hipótesis se cumpliera, la tensión tan perceptible entre estos dos personajes y



Azaña, recién elegido Secretario del Ateneo, semioculto por la sombra del busto de Segismundo Moret; junto a él, a la derecha, Ortega y Gasset; 1913. (Archivo V. A. S.)



sus propuestas, con sus respectivos énfasis en la política o en la educación, quedaría reflejada espacialmente en la tensión entre el Madrid de siempre, encerrado en su cerca, y el nuevo Madrid que se eleva y se ensancha en las primeras décadas del siglo, que rompe barreras, la de la muralla antigua —más que muralla, una cerca—, y se extiende ya por el ensanche y que, por tanto, es ya otro Madrid, del que los edificios de la Residencia son emblema, todavía casi una apuesta. La verdad es que quienes optaron por mudar la Residencia de la calle Fortuny a las alturas del Hipódromo, como eran entonces conocidos estos terrenos, decidieron irse más lejos y más alto y apostaron por el crecimiento de Madrid hacia esa zona, un descampado absoluto cuando comienzan los trabajos de edificación. Tensión ente centro y periferia, entre la altura y la hondonada, entre aire contaminado y aire puro, entre mirar adentro y mirar afuera, entre política y ciencia, entre viejo y nuevo Madrid, entre Ateneo y Residencia, entre Azaña y Ortega. Todo muy claro.

Tanto como lo tienen quienes despachan la relación entre los dos personajes recurriendo a la cita, cientos de veces repetida, de una nota de Azaña, inédita hasta que Juan Marichal la publicó en su edición de las *Obras completas*; en la que, quizá hacia 1923, cuando Ortega funda *Revista de Occidente* y recomienda a los intelectuales dar la espalda a la política, Azaña apunta que Ortega ha puesto al alcance de las damas y de los periodistas el vocabulario de la filosofía. Y añade: «Una cosa es pensar, otra tener ocurrencias. Ortega enhebra ocurrencias. Iba a ser el genio tutelar de la España actual; lo que fue el apóstol Santiago en la España antigua. Quédase en revistero de salones. Su originalidad consiste en haber tomado la metafísica por trampolín de su arribismo y de sus ambiciones de señorito. Como prometió aprender enseguida el alemán, le hicieron catedrático». Este apunte, digo, que nadie pudo conocer hasta su publicación por Marichal a finales de la década de 1960, sirve en muchas ocasiones para despachar sin más detenimiento la relación, unas veces cercana, otras agria, entre estos dos intelectuales; tan clara, pues, como profunda la distancia entre Ateneo y Residencia.

Pero cuál no sería mi sorpresa al tropezar con una serie de datos en las biografías de Azaña y Ortega que, lejos de la impresión de lejanía y confrontación, podrían dar para construir una especie de vidas paralelas desde sus nacimientos hasta los años de la Gran Guerra. Solo a partir de ahí, cuando tienen alrededor de 35 años de edad, es perceptible una divisoria que los aleja durante una década, para volver a confluir en los años finales de la dictadura de Primo de Rivera y primeros de la República, cuando se encuentran de nuevo, casi en los mismos días, el primero pronunciando uno de sus discursos fundamentales, «Tres generaciones del Ateneo», el segundo publicando uno de sus más decisivos artículos, «El error Berenguer», ambos contra la monarquía y por la república, y luego, a los pocos meses, ambos diputados de las Cortes Consti-

tuyentes. No será posible seguirlos a lo largo de todo ese camino, pero les invito a compartir el tramo que va de sus primeras juventudes hasta el fin de la Gran Guerra. Luego, es verdad, Azaña se quedará en el Ateneo, mientras Ortega encamina sus pasos a la Residencia, cuando se traslada de Fortuny a los altos del Hipódromo, donde acabará por asentar durante unos años sus reales.

Vamos, pues, a las vidas paralelas. Azaña es un poco mayor, de 1880; Ortega nace tres años después, en el 83, pero los dos crecen en familias de una burguesía media, ilustrada, con intereses en la prensa o en la política. El padre de Azaña, hijo de un escribano, que hoy llamaríamos notario, y secretario de ayuntamiento, fue muy joven alcalde de Alcalá de Henares. Ortega viene del mundo de la prensa, que durante la Restauración equivale todavía a decir el mundo de la política: cada partido, y hasta cada facción, cuenta con la suya, y cada periódico se define claramente por su cercanía a una opción política determinada. Los dos, por tanto, proceden de una clase social en auge en la España de la Restauración, protagonista del debate público. Los dos, siguiendo el curso de sus vidas paralelas, fueron enviados a estudiar a colegios de frailes. A Azaña lo manda la abuela, al quedar huérfano muy niño, primero de la madre y luego, casi inmediatamente, el mismo día en que cumplía los diez años, del padre, a cursar la carrera de Derecho con los agustinos de El Escorial, después de haber estudiado el bachillerato en el Colegio Complutense de san Justo y Pastor, pasando los exámenes en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid. Ortega, por su parte, niño de ocho años, inicia sus estudios de bachillerato como interno en el colegio San Estanislao de Kotska que la Compañía de Jesús regenta en Miraflores de El Palo, en Málaga.

Hay una diferencia, sin embargo, en la experiencia religiosa de los dos jóvenes internos. En Azaña fue, como dice él, de una violenta cortedad, culminada en un acto de rompimiento, cuando respondió al fraile que le mandaba confesar: «no me confieso». Había cumplido ya los 16 años, y aquella «noche del rompimiento» quedará grabada en su mente hasta convertirla en materia literaria cuando escriba mucho tiempo después *El jardín de los frailes*. Pero conserva, de su infancia en la cercanía de monjas y de su adolescencia entre frailes, una perdurable sensibilidad para la música y para el canto gregoriano, un gusto por las ceremonias religiosas, unos recuerdos y una sensibilidad que, si no son permanentes en su intensidad, van a determinar en buena medida su política respecto a las congregaciones y órdenes religiosas. Mientras que Ortega da la impresión de no haber pasado nunca por una experiencia religiosa, de no haber cultivado nunca la fe católica ni practicado sus ritos y liturgias. Da la impresión de ser, digamos, un laico integral, casi por naturaleza, no un ateo en el sentido militante que puede atribuirse a esta palabra, sino alguien al que la cuestión religiosa no ha inquietado nunca absolutamente nada, que convive con los jesuitas sin que este hecho afecte para nada a su manera de ser, a su manera de situarse en la vida ni a su pensa-

miento, a los problemas que le interesan y que le separan de la generación anterior, tan inmersa en la agonía del cristianismo, sin parar de dar vueltas al llamado problema religioso.

Esta diferente experiencia tendrá luego, cuando se debata en las Constituyentes la cuestión religiosa, cierto interés político, porque Azaña, que se mostrará siempre muy respetuoso con las creencias y ritos católicos, y por tanto no entrará en la cuestión de lo que prediquen los curas dentro del espacio propio, será muy sensible al poder de la Iglesia en el ámbito público y muy militante contra la entrega a las órdenes religiosas de la educación de los jóvenes españoles. Azaña aspira a reducir a la Iglesia al espacio de lo sagrado, propio de la religión, ante el que se detiene respetuosamente pero inflexible en su decisión de que no debe influir de ningún modo en las políticas públicas. Mientras que Ortega, que no es nada sensible a las cuestiones de ritos o liturgias, que no ha tenido que sacudirse de encima una fe de adolescente ni ha pasado por la experiencia del rompimiento, percibe mejor el poder de la tradición católica sobre la sociedad española y la necesidad de elaborar respecto a la Iglesia una política que no provoque y arme una reacción. Curiosamente, los dos van a atraer, de parte de la Iglesia, una respuesta que, en el caso de Azaña, estará expresada en la figura de la «soberbia luciferina», la del tipo que, como Lucifer, quiere arrancar de los corazones tiernos de los niños el sentimiento religioso; mientras que Ortega será percibido como la sinuosa tentación intelectual de la increencia, el atractivo de un pensamiento del que Dios, por no hablar ya del dogma y de la moral católicas, está ausente. Todavía en los años cincuenta, el debate en torno a Ortega consistirá en si era preciso incluir sus escritos en el Índice de libros prohibidos, una cuestión peliaguada para la turbamulta de censores de aquellos años por lo difícil que resultaba encontrar algún escrito que pudiera ser calificado de herético; simplemente, Ortega, a diferencia de Unamuno, condenado en 1942 a la hoguera por el arzobispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, pasaba de esas cuestiones.

En esta especie de vidas paralelas que voy esbozando dejó también una marca indeleble la gran experiencia formativa de la generación nacida en los años ochenta, el desastre del 98, la pérdida de las colonias, el fin de los restos de lo que había sido imperio, vivido como una especie de *finis Hispaniae*. Azaña ha cumplido ya los 18 años, y Ortega, más joven, solo los 15, pero en ambos dejará una impresión muy similar. En uno de sus apuntes de juventud escribió Azaña: «No sólo no éramos ya los mejores del mundo, sino que llevábamos camino de quedarnos fuera del mundo». Y Ortega repetirá en muchas ocasiones aquello de que él había despertado a la «curiosidad razonadora» cuando caían las últimas hojas de la leyenda patria. La patria se les había venido al suelo; o más exactamente, la patria era un problema. Nada de extraño tiene, pues, que cuando comiencen a hablar de España ambos enfoquen el asunto co-

mo si tratara de un problema, de una excepción en el conjunto de las naciones. «El problema español» es el título del primer discurso político de Azaña en Alcalá, en 1911; un año antes Ortega, que ya había tomado para entonces la delantera en notoriedad pública sobre Azaña, había acuñado su celebre: «España era el problema, Europa la solución», cuyos potentes ecos no han dejado de resonar hasta nuestros días.

El desastre pesó lo suyo en esa percepción de España como problema, pero seguramente donde la impresión sobre la decadencia y el problema de España se convirtió en marco de un pensamiento y de una actitud compartida por los dos jóvenes fue en el Ateneo de Madrid. Manuel Azaña ingresó como socio en el año novecientos, a finales de 1900, meses después de haber presentado su tesis doctoral sobre «La responsabilidad de las multitudes» en la Universidad Central. Y Ortega, que habla mucho del Ateneo y que recuerda en más de una ocasión las horas pasadas en su biblioteca, se inscribió tres o cuatro meses después. Al joven Azaña le asignaron el número de socio 7069, y a José Ortega, que fue a inscribirse con su hermano mayor, Eduardo, el 7127 (y por cierto, Alfonso de Borbón, rey de España, tres años más joven que Ortega, se inscribirá como socio tres años después, en 1904, con el número 7777). Cuando se incorporaron al Ateneo, Azaña vivía en la calle Desengaño, y Ortega, en la calle Goya. Mientras el primero encuentra piso en el centro del viejo Madrid, la familia del segundo había saltado Recoletos y se había trasladado al ensanche, especie de augurio de lo que estaba aún por llegar.

En todo caso, Madrid era todavía una ciudad abarcable, con 500 000 habitantes en los primeros años del siglo, muy lejos de Londres, París o Berlín. Todo se cocía en el espacio situado en torno a la calle Alcalá, al sur y al norte de Alcalá, y poco más. Ahí se mueven o ahí confluyen todos. Si uno quería encontrar a alguien, salía a la calle o iba al teatro y ya se tropezaba con Baroja, con Azorín o con alguno de los mayores, con Valle o con Galdós. Ese era el núcleo de la urbe, el limitado por una línea que iba desde Cibeles por Sol a la Plaza Mayor —con la Gran Vía en los inicios de los trabajos de demolición— y bajaba, todo lo más, hasta Atocha. Y en el centro intelectual de ese espacio, el Ateneo, adonde se dirigen todos, los diputados cuando salen del Congreso, los literatos que interrumpen sus tertulias, los jóvenes profesionales que charlan en los cafés. Antes o después, todos van al Ateneo, mezcla de la intelectualidad con la política, lugar de encuentro de diputados, periodistas, escritores, profesionales, que viven en el entorno y que asisten a las conferencias, participan en los debates, toman café o discuten en la Cacharrería. Hasta Juan Ramón, de tan puro pulquérrimo Juan Ramón que, de regreso a Madrid, se encuentra con Ortega en la escalera del Ateneo y, al darle la mano, «me llama —escribe él— efusivamente Maestro, lo que me turbó bastante pues los dos éramos de la misma edad». Odiaba Juan Ramón aquella «casa oscura [...] porque estaba todo el día alumbrada con luces eléctricas, por lo que se gritaba en los

corros de los pasillos y por el olor de sobremesa que siempre había en ella»; sí, pero odiándola y todo, la misma tarde de su vuelta a Madrid ya dirigía hacia ella sus pasos.

Si Ortega y Juan Ramón van al Ateneo, Azaña realizará sus primeros pinitos literarios, para *Gente Vieja*, evocando sus «confortables salones, grata compañía, amena e instructiva conversación, novedad en las ideas, tolerancia en las opiniones, maestros de la oratoria...». No recuerda en esta ocasión el griterío, pero en el Ateneo se gritaba mucho, también desde el estrado. Uno de los que gustaban de dar voces era Joaquín Costa, que presentó, unos meses después de que Azaña y Ortega se dieran de alta, su encuesta *En torno a oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*. Durante esos años de fin y principio de siglo se está debatiendo por qué anda España tan decaída, cuál es la raíz de tantos males como acucian a la nación y cuáles pueden ser los remedios para su urgente regeneración. Toda la problemática de la decadencia de España, o todo lo que se resumía en el enunciado *el problema español*, no lo habían inventado estos jóvenes nacidos en torno a 1880; todo eso lo encontraron o, más bien, lo vivieron en aquella casa.

Fue el 14 de junio de 1901. Cerraba Costa ese día, entre aclamaciones, el debate sobre oligarquía y caciquismo, al que había dedicado dos sesiones en marzo, con la exposición del resumen sobre la información recogida en su célebre encuesta, y al terminar, en medio de un gran fervor, unos doscientos ateneístas, jóvenes en su mayoría, le acompañaron hasta su casa, dando vivas a los hombres de buena voluntad, a don Joaquín Costa, a la regeneración y los regeneradores, y algunos mueras al caciquismo, a la oligarquía, a los políticos profesionales, emocionados todos por aquella fuerza que emanaba de la oratoria de Joaquín Costa. «Yo hablo en carne viva», decía Costa. Pongamos que Azaña y Ortega formaron también parte del público que sintió en su propia carne los estremecimientos de Costa, sus improperios, sus gemidos, sus golpes de pecho. Pongamos que, sin tanto entusiasmo como los más enardecidos de aquella pequeña multitud, también ellos acompañaron al gran tribuno a su casa, quizá sin dar tantas voces como sus vecinos, pero compartiendo con ellos esos sentimientos que Costa era maestro en despertar.

Unos sentimientos que van macerando en el caldo que en los salones del Ateneo cultiva la juventud luego llamada del 98. Si la herencia de Costa quedó impresa para siempre en el ánimo de los jóvenes Azaña y Ortega, no menos decisiva, aunque de signo contrario, fue la impresión causada por el trato, a distancia, con los Azorín, Baroja o Maeztu. A aquel lo respetaron como a un gran patriota inolado en el altar de la regeneración de España; a estos los criticaron, Ortega, por haber prendido fuego a la casa paterna y haber luego corrido despavoridos a campo través, y Azaña, echándoles en cara su egolatría y su exhibicionismo, alimentados por el virus pernicioso del desengaño. De nuevo, vidas paralelas: Ortega había pronunciado en el Ateneo de Ma-



Azaña en el balneario de Sant Hilari, 1934.
(Archivo V. A. S.)



Ortega en la Residencia de Estudiantes, 1925.
(Fotografía de Ricardo de Orueta)

drid, el 15 de octubre de 1909, una resonante conferencia, «Los problemas nacionales y la juventud», en la que censuraba a la generación anterior por no haber dejado en herencia ninguna virtud moderna; Azaña, que recordará esta conferencia en un artículo anónimo publicado en *España* en febrero de 1924, echará dos años después de un «Vistazo a la obra de una juventud» llamando la atención sobre los iconoclastas que pulverizan las viejas imágenes y se apresuran para ocupar ellos las hornacinas vacías.

De manera que este es el caldo en el que se van a educar, y en el que van inmediatamente a mostrar una clara vocación de intelectuales. Son dos jóvenes a los que les gusta escribir y que disfrutan charlando. Azaña imparte una conferencia e interviene en varios debates, con apenas 21 o 22 años de edad, en la Academia de Jurisprudencia, muy cercana al Ateneo, y Ortega tomará también desde muy pronto la palabra por el gusto de probar su fuerza. Los dos, casi simultáneamente, serán típicos intelectuales en el sentido de que perciben por propia experiencia el poder de la escritura y viven y sienten directamente el poder de la palabra. Los dos serán, con muy diferentes registros, ilustres conferenciantes, grandes oradores y, en el caso de Azaña no con la facilidad de Ortega pero sí con mayor fundamento, dos fecundos escritores. Escritor-orador quiere decir que casi escriben como hablan, una cualidad que llamó la atención de quienes oyeron sus discursos en el mítin o en el Congreso de los Diputados. Es curioso que Salvador de Madariaga o Luis Araquistain, escuchando algún discurso de Azaña, opinaran como el mayor de los elogios que lo dicho podía ir directamente a la imprenta, sin necesidad de ninguna corrección. A Juan Ramón, sin embargo, le gustaba más en Ortega el orador que el escritor, y, siempre malicioso, no deja de observar el motivo: hablando, no le da tiempo a Ortega a construir metáforas, mientras que cuando escribe recurre a las metáforas y echa a perder un pensamiento claro. Por eso, quizá con algo de sorna, añade: «porque si yo digo “el tiempo huye”, abro un espacio ilimitado; pero si yo digo “el tiempo huye a lomos de un potro...”, estoy cerrando la huida del tiempo. Diga usted: el tiempo huye, y ya está, señor Ortega, no diga usted “el tiempo huye a lomos de...”».

De manera que, desde muy jóvenes, Azaña y Ortega frecuentan el Ateneo, escuchan y critican a sus mayores, comienzan a hablar en público y escriben en los periódicos. Hay otra experiencia más, decisiva en este tramo de sus vidas paralelas: los dos salen al extranjero. Los dos habían tomado conciencia del problema de España a raíz de las impresiones que fueron acumulando en su vida de estudiantes y en los debates y torneos de ideas en tertulias y conferencias. Pero hay algo que, en tiempos diferentes de sus vidas, condiciona la futura trayectoria de ambos, y es que los dos toman distancia física de su nación en ruinas. Ortega pasa por esta experiencia mucho más joven que Azaña, mucho antes, quiero decir; sale pronto, siendo casi un muchacho se va a Ale-

mania. Y por tanto pensará el problema de España a partir de lo que más define a Alemania, que es la ciencia, como ya había leído en Renan a propósito de las causas del atraso francés. Alemania va por delante porque está organizada, porque funciona, porque es un país con rigor, con ciencia, base de la competencia de sus gentes. El énfasis tan orteguiano en la competencia procede de ese vivir entre alemanes. Y, aficionados como eran a ver a España en la imagen que les reflejaba el espejo de una nación extranjera, Ortega diagnosticará que la decadencia de España era resultado de la falta de ciencia. Aquí no hemos pensado, no disponemos de pensamiento científico, no somos competentes.

Azaña saldrá más tarde, cuando ya ha cumplido los treinta años y ha sacado la oposición a letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Azaña va a Francia y, como ya antes había sido el caso con Ortega, mirará España desde París, y desde París lo que ve, como ya habían visto los exiliados liberales y los viajeros del siglo XIX, es Madrid como un «poblachón manchego» capaz de asimilar lo que llega de fuera pero incapaz de proyectar nada al exterior, de irradiar nada fuera de sí. ¿Qué es eso de irradiar? Pues lo que hace París. París irradia a toda Francia. Madrid, ¿qué puede irradiar?, ¿el casticismo? ¿Quién compra el casticismo madrileño? Es la pregunta que hace Azaña. Nadie lo compra. ¿Quién compra lo que produce Madrid? Nadie. Se compra, curiosamente, lo que produce Andalucía, pero no lo que produce Madrid. Madrid, cisterna de cultura, había escrito Ortega; Madrid, poblachón manchego, escribe Azaña. Capital de un estado en la ruina, rodeada de desierto. Y si Ortega, por el contacto alemán, reivindica la ciencia, Azaña, por la vivencia de París como capital de la Tercera República, reivindicará la democracia como único camino para volver a la corriente general de la civilización europea.

Los dos —y seguimos con las vidas paralelas—, que cultivan una clara vocación de presencia en el debate público, de participar en las instituciones en las que se discute, de escribir en la prensa, van a procurarse por medio de unas oposiciones un sustento que les permita llevar el tipo de vida propia de los intelectuales que ellos quieren ser. Ortega, a su vuelta de Alemania, pasará primero por la Escuela Normal Superior, para desembocar muy pronto en la cátedra de Metafísica de la universidad. Azaña, cuando ya ha cumplido treinta años, pero antes de su primera estancia en París, se presenta a oposiciones y obtiene, como número uno en una lista de dos, su estable y bien reumerado empleo de auxiliar en la Dirección General de los Registros. A Ortega nadie le discutirá lo ilustre de su posición; en el caso de Azaña, sin embargo, su fulgurante ascensión de 1931, desde un lugar discreto en el rutilante mundo intelectual madrileño al primer plano de la escena, le valdrá desde muy pronto —y todavía hoy en el diccionario de la Real Academia!— la imagen del pobre funcionario que pa-

sa el día detrás de la ventanilla atendiendo los expedientes de últimas voluntades. No puedo detenerme en esto, pero nada que ver con la realidad.

Lo que interesa para el caso es que después de haberse asegurado una posición estable como funcionarios del Estado es cuando entran claramente en una acción política, ambos también. Es una acción política que parte de un rechazo: ninguno quiere saber nada de los partidos dinásticos. A Ortega, porque le venía de familia, podía haberle tentado su incorporación al partido liberal dinástico, donde habría podido llegar a lo que hubiera querido. Y lo mismo Azaña: la tradición de la familia era el progresismo, y luego el liberalismo templado de la Restauración. Pero no quieren saber nada con los partidos dinásticos, no con el conservador, desde luego, pero tampoco con el liberal. Y, sin embargo, los dos piensan que el futuro está en lo que Ortega, siempre más dado a la coloratura del lenguaje, llamaba la «renovación del entusiasmo liberal». Los españoles tenían que volver a renovar su compromiso con el liberalismo, pero desde fuera del Partido Liberal, y ese *desde fuera* consiste hacia 1910 en un acercamiento a la nueva clase obrera que se está formando en las ciudades, que está abriendo casas del pueblo, que está entregada a una obra pedagógica a largo plazo, la clase obrera organizada en la Unión General de Trabajadores, que tiene en el Partido Socialista Obrero Español su vocero y en Pablo Iglesias su líder. No por casualidad, Manuel Azaña pronuncia su primer discurso político en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, por el mismo tiempo en que Ortega proclama santo —laico, desde luego— a Pablo Iglesias, el primero de la santa trinidad que, con Joaquín Costa y Francisco Giner, sube a los altares como santo tutelar de la nueva nación española que habrá de convocar a la acción un día no muy lejano.

Y si en 1901, Azaña con toda seguridad, pero también posiblemente Ortega, escucharon en el Ateneo la tonante voz de Joaquín Costa, ahora, en 1910, Ortega con toda seguridad, pero también posiblemente Azaña, escuchan en el mismo Ateneo la llamada de atención de Ramiro de Maeztu sobre lo ocurrido un año antes en Barcelona. Maeztu avisa a los intelectuales: aquí está pasando algo y, si no nos ponemos en cabeza de esto que está ocurriendo, la clase obrera tomará la delantera. Es en ese marco donde van a pensar los dos, muy simultáneamente, lo que se llama el «problema de España». Ortega habla en la Sociedad El Sitio, de Bilbao, y Azaña, como ha quedado dicho, en Alcalá de Henares, pero la sustancia de las conferencias es muy similar, excepto en la salida que cada uno de ellos propone a eso que llaman los dos el «problema de España». Sin duda, el problema consiste en haberse quedado fuera de la corriente general de la civilización europea. La solución, por tanto, es relativamente simple: hay que volver otra vez a la corriente general de la civilización europea.

De ese mirar hacia fuera en busca de inspiración para actuar hacia dentro se derivarán sus primeras y acerbas críticas a las gentes del 98, Miguel de Unamuno incluido,

y la elevación de sus miradas hacia la generación anterior, la de Costa y Giner, la de la Institución Libre de Enseñanza, con la que los dos se relacionan: Azaña por amistades juveniles y su asistencia a las clases de doctorado impartidas por Giner, Ortega por una reverencia expresa y por una opción cultural situada en la dirección que había marcado la Institución Libre de Enseñanza, la de crear una minoría culta, capaz, profesionalmente competente, que diera densidad a una sociedad que él veía fragmentada, desestructurada, sin una columna vertebral. La consigna de acción será, sin embargo, diferente en su énfasis. Para Azaña: hagamos política, hagamos política todos, desde el municipio al Estado. La de Ortega: hagamos pedagogía, formemos esa minoría selecta que será la que eduque la conciencia pública de los españoles. Un pueblo libre es un pueblo educado para Ortega; un pueblo libre es un pueblo que ha tomado en sus manos los destinos políticos para Azaña. Pero durante estos años se trata solo de una cuestión de énfasis. Actuar como minoría selecta consiste en intervenir en política. Pronto, sin embargo, ese acento dará lugar a diversas sinfonías, cada una con su propio aire.

Pero antes de que cada cual tome su camino, estos dos jóvenes cuando el 98, al llegar a lo que Ortega consideraba la mitad del camino de su vida, como catedrático de Universidad el más joven, como letrado de un ministerio el mayor, con vocación los dos de intervenir en el debate público, dotados para la escritura y el discurso, compartiendo ambos un profundo sentimiento de alienación respecto a la política oficial, regeneradores también cada cual a su manera, estaban condenados a encontrarse de nuevo. ¿Dónde? Pues en el Ateneo, dónde si no, doce años después de su incorporación como socios de la casa. Acababa de morir su presidente, Segismundo Moret, y se convocaron elecciones para el 6 de febrero de 1913 con objeto de cubrir todos los puestos de la junta directiva. El conde de Romanones, que aspiraba a la presidencia, aparecía a la cabeza de una candidatura en la que figuraban Manuel Azaña como candidato a la secretaría primera y sus amigos Rafael Sánchez Ocaña y Juan Donoso Cortés, un asiduo acompañante en conferencias, conciertos y excursiones a El Escorial, como candidatos a las secretarías segunda y tercera.

Una confabulación de las nuevas generaciones de ateneístas dio al traste con las aspiraciones de Romanones, que se vio obligado, tras recibir un varapalo en primera convocatoria, a dejar el camino libre para que ocupara la presidencia Rafael María de Labra. Lo que importa, en todo caso, es que una hornada de gente nueva acompaña a los secretarios incorporándose como vocales de la Junta y como presidentes o secretarios de las diferentes secciones. Por allí aparece Ramón Pérez de Ayala, que está a punto de publicar —o acaba de hacerlo— sus *Troteras y danzaderas*; por allí anda también, como vocal primero, Antonio Royo Villanova. Salvador de Madariaga será secretario primero de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, que preside Melquiades Álvarez,

consagrado ya como líder del nuevo Partido Reformista. Miguel Salvador ocupa la presidencia de la Sección de Música, y Honorato de Castro es elegido secretario primero de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En fin, pero no en último lugar, José Ortega y Gasset, Pepe convertido ya en don José, se sentará en la presidencia de la mesa de la Sección de Filosofía, que el Ateneo acaba de crear para él. Una pléyade de gente nueva, nacida en torno a 1880, dispuesta a inaugurar uno de los periodos más fecundos, más vivos y, por la sistemática destrucción de documentación interna emprendida por las hordas franquistas que ocuparon el Ateneo tras la caída de Madrid, peor conocida de su historia.

Y Azaña es elegido secretario de una junta que va a estar presidida no por el conde de Romanones, porque la primera actuación de estos jóvenes consistió en impedir que saliera elegido, sino, como ya he indicado, por Rafael María de Labra, que era por entonces un señor muy mayor, autor de una historia del Ateneo, que no estaba para dirigir nada, y menos que nada a aquel grupo de gente nueva que se le habían subido a las barbas, literalmente, y a las que mal hubiera podido dirigir. Cuando se insiste tanto en que Manuel Azaña no pasó de secretario del Ateneo, no se tiene en cuenta que el presidente nominal no aparecía mucho por aquella casa y que quien dirigió realmente el Ateneo durante los años que van de 1913 a 1919 fue su secretario, Manuel Azaña, que no paraba de organizar debates y que convirtió sus salones en centro de agitación en defensa de la causa de los aliados cuando, año y pico después de su elección, estalló la que pronto sería conocida como Gran Guerra.

Porque los tiempos en que esta nueva generación se hace cargo del Ateneo fueron de una gran efervescencia política, dentro como fuera de España. Los profesionales e intelectuales que se encontraban a diario en las instituciones culturales radicadas en el limitado espacio del viejo Madrid —redacciones de periódicos y revistas, bibliotecas, tertulias más o menos institucionalizadas en torno a valores ya consagrados— percibían con expectación los síntomas de agotamiento del sistema canovista. En enero de 1913, dos meses después del asesinato del liberal José Canalejas, un mes antes de la que la gente joven se hiciera con la dirección del Ateneo, el jefe del Partido Conservador, Antonio Maura, había recomendado a Alfonso XIII que buscara, entre los conservadores, un político «idóneo» para seguir con el juego del turno, que él ya no servía para seguir con la farsa. Ocurría en enero de 1913, el mismo mes en que Ortega, tras su particular arreglo de cuentas con las gentes del 98, enunciaba como tarea de la nueva generación la necesidad de «hacer la experiencia monárquica». Entendía Ortega que la labor de destrucción, de romper ídolos, de irrumpir como salvajes en el páramo español, estaba ya realizada y que era preciso hacer algo, pasar a otra cosa.

Y en la alta política, mientras tanto, la que se cuece en la cámara regia, Alfonso XIII parecía dispuesto a abrir una puerta a la esperanza de renovación del sistema



Azaña en la finca La Barata, Tarrasa, 1938.
(Archivo V. A. S.)



con la resonante visita a palacio de tres distinguidos intelectuales de la generación mayor el día 14 de enero de este mismo año de 1913: Manuel Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico y de acentuada significación republicana; Santiago Ramón y Cajal, acompañado de José Castillejo, presidente y secretario, respectivamente, de la Junta para Ampliación de Estudios, y para rematar el día, Gumersindo de Azcárate, que acudió en su calidad de presidente del Instituto de Reformas Sociales, pero cuyo acendrado republicanismo nadie ignoraba. El rey, por primera vez en su vida —y no habrá más—, recibe oficialmente en palacio a gente de significación republicana, excluidos del juego de la política dinástica que se reparten conservadores y liberales. Los jóvenes, Ortega, Azaña también, interpretarán esa apertura como una llamada del rey a llevar a cabo lo que Ortega llama el «experimento monárquico». Lo intentarán desde las instituciones cercanas a la Junta para Ampliación de Estudios, o más bien hijuelas suyas, con una conexión directa o, mejor, personal con el Partido Reformista.

Solo unos meses después de aquella espectacular visita al rey, este grupo de jóvenes de la nueva generación sale de su aparente indiferencia por los asuntos políticos y se lanza a la palestra con un «Prospecto de la Liga de Educación Política Española», que comenzó a circular, como ha contado Juan Marichal, a mediados de octubre de 1913, con «las firmas de varios jóvenes ilustres», según los definía *El Socialista*. Vidas paralelas, otra vez, porque los nueve que aparecían con su firma al pie del manifiesto eran, por este orden: José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, el marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, Constancio Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales. De ellos, nada menos que cinco —Ortega, Gancedo, De los Ríos, el marqués de Palomares del Duero y Palacios, pero no Azaña— eran miembros del Patronato de la Residencia de Estudiantes, nacida «chiquitita en la calle de Fortuny, en la acera de los pares, en su último tramo, inmediato al Obelisco», como la recordaba Ramón Carande, pero decidida desde agosto de 1913 a emprender el vuelo hasta los Altos del Hipódromo.

Bueno, este es el momento en el que se produce la más cercana confluencia de estas dos vidas paralelas. El prospecto lo firma en primer lugar Ortega, miembro del Patronato de la Residencia, pero el segundo en el orden de firmas es Azaña, secretario del Ateneo. Comentando la aparición del prospecto, Juan Marichal escribe: «no deja de ser marcadamente significativo el ver en esta breve lista como firmantes a Ortega y a Azaña». Es sin duda significativo, pero a quien haya seguido la trayectoria pública de estos dos intelectuales hasta ese punto no le sorprende. Era lo que podía esperarse. Se habían hecho de España una figura muy similar, habían participado —y a veces compartido— en idénticas experiencias, oído las mismas voces, habían emprendido unas carreras muy similares, tenían prácticamente la misma edad, estaban muy bien relacionados los dos a partir del Ateneo y de las tertulias con ese mundo que había

crecido en Madrid a medida que la ciudad se iba transformando; en resumen, no es nada sorprendente que en el año 13 se encuentren todos en torno a Ortega, que es en ese momento el guía intelectual de su generación, y en torno a Melquiades Álvarez, que es el referente político del reformismo como vía a la democracia dentro de la monarquía.

Valdría la pena detener aquí la mirada para seguirlos luego en los resultados finales, más bien frustrantes para toda la generación, de aquel experimento monárquico. Pero lo que interesa ahora es que, cuando se convoca la reunión a la que acuden todos ellos, un banquete al líder reformista, un banquete en el Palace —signo de la modernidad madrileña recién abierto en ese momento, construido por una firma belga, pero del que emana un aire a París, como emana también del barrio pegado al Retiro que se construye entonces, dotados ya sus edificios de agua corriente y de ascensores que igualan a los inquilinos del quinto con los del principal, lo más parecido a París que se construye en Madrid—, las crónicas resaltan el hecho de que asiste la intelectualidad al completo. Ya no son los intelectuales, o un grupo de intelectuales, sino la intelectualidad. Es cuando este sustantivo invade el léxico político hasta recalar, en la forma de *crema de la intelectualidad*, en Chicote, en el arranque de la nueva Gran Vía. Ortega es el partero de la intelectualidad española, en el sentido de que es el primero en convocar a la acción, en su Liga de (o para la) Educación Política, a una masa de intelectuales: abogados, catedráticos, científicos, periodistas, artistas, empleados y muchos jóvenes ateneístas, dispuestos a renovar la vida pública española.

De manera que el camino que hasta aquí llevamos recorrido nos conduce desde aquel Ateneo abigarrado, en continua mezcolanza de intelectuales y políticos, situado en el centro de Madrid, a esta crema de la intelectualidad, profesionales competentes que entienden y hablan alemán, francés o inglés y que en número de dos mil acuden al banquete del Palace porque quieren intervenir en política desde una plataforma propia, una liga que no es un partido, aunque incorporándose a un partido que tiene mucho de liga, que no es dinástico ni antidinástico, sino gubernamental reformista; que viene del republicanismo, pero ha dejado la república para un horizonte *sine die*, porque lo que le importa es llegar al gobierno para proceder desde el poder a la reforma democrática del sistema.

Este propósito de hacer la experiencia monárquica se va a disolver muy pronto, dura relativamente poco. Los factores que explican esta prometedora pero efímera aventura no son para despacharlos en un santiamén. Cabe imaginar, sin embargo, que otra habría sido nuestra historia si aquella generación entonces nueva hubiera decidido jugar más a fondo su cartas en el sistema de la política, conquistando la opinión, extendiendo la organización, ganando en las urnas concejalías de ayuntamientos o escaños en el Congreso, conquistando parcelas de poder, antes de disolverse por el can-

sancio, la rutina, el escepticismo, los problemas acuciantes de la vida diaria. Como otra habría sido también la historia si en el momento crítico, cuando se acercaba el fin de la Gran Guerra, la corona y la clase política del régimen, liberales y conservadores, se hubieran puesto al frente de un programa de reformas democráticas, como exigía una buena parte de la opinión. Si hubieran procedido a introducir reformas, a limitar el poder de los estamentos militar y eclesiástico, a democratizar los comportamientos políticos, a convocar lo que Maura llamó elecciones sinceras, en resumen, si hubieran arriesgado y si, sobre todo al final de la Gran Guerra, hubieran apostado por el futuro y hubieran abierto el sistema e incorporado a toda esta gente, es posible que nuestra historia del siglo xx se hubiera escrito de otra manera. Pero, en fin, no lo hicieron; más bien el sistema echó el cierre con la Gran Guerra, y los intelectuales emprendieron cada cual su propio rumbo.

En la relación de Azaña y Ortega hubo un momento que podría servirnos de colofón a modo de símbolo de unas vidas paralelas a punto de bifurcarse, un momento que pasó desapercibido a todo el mundo y que seguramente no tiene mayor enjundia, pero que me interesa, ya digo, como símbolo. La última circunstancia en la que Ortega y Azaña aparecen juntos en el Ateneo —o, por lo menos, la última con la que he tropezado— fue con motivo de un ciclo de conferencias anunciado como *Guía espiritual de España*. Para confeccionar esa guía espiritual de España se encargaron conferencias a distintas figuras muy destacadas de la intelectualidad madrileña, comenzando el 28 de marzo de 1915 por Benito Pérez Galdós, que preparó una pieza sobre Madrid, leída por Serafín Álvarez Quintero, y terminando por Manuel Azaña, que cerró el ciclo con una conferencia sobre Alcalá de Henares. El texto manuscrito de esta conferencia de Azaña, por cierto, desconocido hasta hace bien poco, se conservaba entre los papeles que aparecieron en un armario en 1984 y que volvieron a desaparecer, para gran desconsuelo de Juan Marichal, poco después, devueltos por el Ministerio de Cultura a su viuda y no recuperados hasta el día de hoy. Pero, en fin, afortunadamente, alguien tuvo la precaución de microfilmarnos y en fechas recientes han podido saltar del microfilm a la nueva edición de sus *Obras completas* publicada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales en 2007. «Los días del Campo Laudable» es el título de esta preciosa pieza, como «El Escorial. Una meditación» fue el de la conferencia impartida por José Ortega dentro del mismo ciclo.

Azaña comenzó su evocación de Alcalá con estas palabras: «Hace ya bastantes años, no quiero saber cuántos, algunos adolescentes se solazaban una mañana de abril orillas del río Henares». Y de ahí arranca la historia de un maestro que lleva a los niños de excursión por la vera del río, uno de estos maestros que enseñaban también fuera de las aulas hasta quedar asfixiados por la invasión de órdenes religiosas que inunda la villa de Alcalá. Azaña, en una pieza muy poética, cuenta, pues, una historia, un hecho po-

lítico: la invasión de las órdenes religiosas a finales del siglo XIX, acelerada tras el fracaso de la ley del Candado, que llegará a su apoteosis con la dictadura y que constituye hasta el día de hoy un elemento fundamental de nuestro mapa escolar. Ortega, sin embargo, no cuenta una historia, sino que se entrega a una meditación, que comienza: «Sobre el paisaje de El Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimento de sus aristas». Esa piedra de El Escorial vuelve otra vez a la piedra. Cada cual, se podría decir, su propio destino: Azaña cuenta una historia; Ortega construye una metáfora.

Pero lo interesante del asunto, para nuestras vidas paralelas, es que la segunda parte de la conferencia de Ortega ya no la imparte en el Ateneo, sino que sube hasta la Residencia a pronunciarla. Todavía dirige la revista *España*, domiciliada, cómo no, en la calle del Prado, la misma del Ateneo, unos números más arriba, pero no será por mucho tiempo: antes de que finalice el año, deja la dirección de *España*, abandona el Partido Reformista y tal vez deja de frecuentar la calle del Prado, donde nada se le había perdido. De la excitación que acompañó los inicios del experimento monárquico, y tras la última frustración provocada porque aquí no pasa nada, así la Gran Guerra termine con el triunfo de los aliados y Araquistain hable desde España de un saldo de coronas, el interés político y más aun la dedicación a la política serán en adelante, para Ortega, el gran obstáculo que impide acceder a la teoría. El pensamiento se turba y se ensucia cuando uno se implica en la actividad política.

Y será al llegar a esa conclusión, al cultivo de la figura del intelectual dedicado todas las horas del día a la reflexión, al puro debate, a la obra de iluminación, cuando la Residencia se convertirá en su lugar preferido. Muchas cosas están cambiando en la ciudad. Madrid, al socaire de la guerra, se entregó a lo que muy pronto se conocería como «la orgía constructora». Crecía y se transformaban a ojos vistas; los extrarradios se inundaban de un proletariado que se incorporaba a los sindicatos y se movilizaba en huelgas generales; los ensanches se colmataban a buen ritmo, recibiendo a una clase media de nuevo tipo, más profesional, más diversificada que la del siglo anterior; los jóvenes hacían visible su presencia en cafés, ateneos, sociedades literarias y científicas; las mujeres comenzaban a entrar en las fábricas, más aún en las oficinas, y llamaban a las puertas de la universidad. Madrid se desperezaba con el ruido de los trenes que desembarcaban pasajeros y mercancías en las nuevas estaciones de ferrocarril, el traqueteo de los tranvías eléctricos que hacían sonar sus campanillas por las calles, los barullos ante las nuevas salas de teatro, la apertura de cines, el ir y venir en torno a los grandes hoteles a la moda francesa, los mercados y hospitales. La higiene y la comodidad habían llegado a las nuevas edificaciones, y con ellas, el cambio de costumbres: ascensores y cuartos de baño con sus *bidets* y su agua corriente en las casas de nueva construcción eran los signos del progreso de los nuevos tiempos.

Y en ese Madrid nuevo surge, por impulso de la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, que en sus actividades y convocatorias no será ya aquella mezcolanza de intelectuales y políticos que caracterizaba al Ateneo. En la Residencia se debatirá sobre derecho, arte, arquitectura, arqueología, economía, música, pintura, sobre todo lo que constituye la vida humana, pero no sobre política. La política es algo que hacen otros, los intelectuales no se meten en política ni hacen política. Cuando Ortega llegue a esta conclusión será en el año 1923, el año de la botadura de *Revista de Occidente*, que en su presentación no dice ya que la teoría necesita aislarse de la política, sino que el intelectual en busca de claridad tiene que vivir de espaldas a la política. La consigna del primer número de *Revista de Occidente* es «vivir de espaldas a la política». Esta será la principal conclusión de unas experiencias que datan de 1913, que pasan por el trance de 1918 y que se remansan en 1923, cuando el proyecto reformista y el experimento monárquico se disuelven en la nada y los intelectuales no consiguen definir un espacio propio para una acción específicamente intelectual que incida desde plataformas propias en la vida política

¿A quién puede atraer en el año 1923 subir hasta la Residencia? Pues va a atraer, como sujetos activos, a intelectuales de primer nivel, no solo españoles, sino también extranjeros. Por allí pasarán Einstein y los grandes arquitectos de la Bauhauss; a la residencia acudirán Keynes y Le Corbussier, y toda esa pléyade de nombres que pueden encontrar en los números de *Residencia*, tan pulcramente reeditados. ¿Quiénes van a oírlos? Alfonso Reyes, que escribió una deliciosa pieza sobre la Residencia en una noche de conferencias, los ve subir la cuesta, pero no a pie, como se iba al Ateneo; ahora los que acuden «la tarde en que hay reunión suenan los autos por la calzada del Pinar, y el salón se puebla de damas y diplomáticos». Ahora es de buen tono ir en coche a los altos del Hipódromo: «A poco suenan las bocinas, y las espadas iguales de los faros, entrecruzando luces, a segar el Cerro del Aire». La minoría selecta se ha mecanizado. Apostaron, quienes trasladaron la Residencia a estas alturas, por sacarla de la oscuridad del Ateneo —abrieron ventanales, abrieron grandes ventanas—; se sacudieron el pelo de la dehesa; eran todos muy limpios y andaban muy bien trajeados, de sport, a la inglesa; famosamente, no había una colilla en los suelos, porque si acaso alguna cayera por descuido o mala educación, venía el señor Jiménez Fraud a recogerla, y quien la hubiera tirado quedaba corrido para el resto. Eran los residentes muy deportistas; y jardineros. «Medio jardineros, medio futbolistas», escribe Alfonso Reyes, que era un observador muy fino. Gentes de familias con posibilidades, y por tanto dispuestas a imprimir sobre Madrid un sello cosmopolita, sacándolo de su ensimismamiento castizo, de ese continuo mirar hacia dentro. No, estos no tienen nada de castizo; son europeos, miran a Europa, viven con Europa, pero para vivir con Europa han tenido que sacar a Madrid de su cerca. Esa podría ser la continuación de es-

ta historia. Tuvieron éxito, indudablemente; la Residencia ha quedado como el lugar de la modernidad intelectual. Ganaron su apuesta: traer a Madrid a estos «campos no ya desnudos, sino desollados, campos terreños de sola y pura tierra, de tierra de co-cer ladrillos y pucheros, más que de pan llevar, de tierra de maleza rala y escueta, donde se arrastra el simbólico cardo borriquero» (como los verá Miguel de Unamuno en 1932), tirar de la ciudad en esta dirección y a la vez crear un tipo de intelectual nuevo que quienes apostaron por esta idea pensaban que España necesitaba, el intelectual competente, educado, europeo, que tiraba las colillas en los ceniceros, a quien le resultaba familiar la universidad extranjera, ya fuera alemana, francesa o británica; que podía oír y entender lo que Einstein decía —¡y comentarlo!— y que ha dado lugar a este esplendor cultural de cuyo final... Más bien, para no ponernos tristes, lo vamos a dejar aquí, en el comienzo del esplendor, cuando Ortega trasladó a la Residencia su palabra mientras Azaña seguía afanándose en el viejo Ateneo, organizando debates sobre la democratización de España.

Santos Juliá*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

II

ENCUENTROS CON MARICHAL

Marichal saca petróleo de Góngora

José A. Martínez Soler

Resumen: Los alumnos del profesor Juan Marichal en Humanities 55 le aplaudíamos siempre al término de sus clases; caso único en la historia de la Universidad de Harvard. Un profesor republicano exiliado, con España a cuestas, ayuda a los hispanoamericanos y españoles en clase a descubrir quiénes somos y de dónde venimos, y a los estudiantes norteamericanos los guía a descubrir una historia y una literatura prodigiosas de España y América Latina. A los hispanos, logra reconciliarnos pacífica y orgullosamente con nuestras raíces históricas, literarias, culturales y sociales, y siembra Norteamérica de generaciones de hispanófilos. Su asignatura célebre de Humanities 55, de apariencia inofensiva, nos cambió la vida. Y no soy el único que lo dice. Muchos otros alumnos de don Juan Marichal (durante los casi 30 años de clases) comparten mi opinión.

¿Cómo consigue el profesor Marichal ese milagro de transformar el rechazo en amor, la vergüenza en orgullo, el pasado triste y oscuro en futuro luminoso? Eso es lo que trato de explicar mediante esta narración de los hechos tal como aún los recuerdo como alumno de don Juan en el curso 1976-1977.

Palabras clave: aplausos, Harvard, exilio, republicano, unanimiano, cervantino, reconciliación, Humanities-55, España, amor.

Abstract: The students of professor Juan Marichal in Humanities 55 always applauded at the end of his lectures, a unique case in the history of the University of Harvard. An exiled Republican professor, with the weight of Spain on his shoulders, helped the Hispanics and Spaniards in class to discover who we are and where we came from, while guiding American students to discover a prodigious history and literature of Spain and Latin America. For Hispanics, he succeeds in peacefully and proudly reconciling us with our historical, literary, cultural, and social roots and seeds America with generations of hispanophiles. His celebrated course of Humanities 55, with its inoffensive appearance, changed our lives. And I am not the only one who says so. Many other students of don Juan Marichal (throughout almost 30 years of classes) share my opinion.

How does professor Marichal achieve this miracle of transforming rejection into love, shame into pride, and a sad and dark past into a luminous future? This is what I will try to explain through this narrative of those classes, as I still remember them as a student of don Juan in the class of 1976-1977.

Key words: applause, Harvard, exile, Republican, Unamuno, Cervantes, reconciliation, Humanities-55, Spain, love.

¿Galdós, el garbancero? ¿Machado, el comunista? Asignaturas manipuladas, bibliotecas amputadas, tertulias con las ventanas cerradas, miedo al conocimiento, librerías clandestinas, maestros represaliados... ¡Válgame Dios!

Tuve que ir a Estados Unidos en 1976 —huyendo de las torturas, de mi secuestro por paramilitares franquistas y de amenazas de muerte— para que un profesor republicano exiliado, con España a cuestas, me descubriera quién soy y de dónde vengo.

Y, lo que es mejor, para reconciliarme pacífica y orgullosamente con mis raíces históricas, literarias, culturales y sociales. Una asignatura prodigiosa, de apariencia inofensiva, me cambió la vida. Y no soy el único que lo dice. Muchos otros alumnos de Juan Marichal (durante los casi 30 años de Humanities 55) comparten mi opinión.

¿Cómo consigue el profesor Marichal ese milagro de transformar el repudio en amor, la vergüenza en orgullo, el pasado triste y oscuro en futuro luminoso? Trataré de explicarme mediante la crónica de los hechos tal como aún los recuerdo.

Don Juan Marichal, boina, bufanda, gabardina larga, antigua, y cartera de cuero con brillo de décadas, camina cabizbajo y a paso lento desde su casa de Cambridge hasta el Harvard Yard, el centro del campus. «¡Ahí viene!», avisan desde la puerta del Hall. Más de doscientos alumnos (entre oficiales y oyentes) de toda escuela, raza y condición nos acomodamos en una enorme aula, que se abre desde el estrado y asciende como anfiteatro en forma de medio cono invertido.

Allí nos enseña don Juan la asignatura más famosa y aplaudida entre los hispanos e hispanófilos de la Universidad de Harvard: Humanities 55. La Literatura de los Pueblos de Habla Española. Y allí acudimos, dos veces por semana, los enamorados de la literatura, de la historia y de la vida españolas, tal como nos la enseña y contagia el profesor Marichal. Procedemos del Harvard College, de la Kennedy School of Government, de la Law School, de Ingeniería, de Ciencias y hasta —¡quién lo diría!— de la mismísima Harvard Business School, cuyos alumnos se redimen cruzando el río Charles para oír al maestro con fruición y recogimiento.

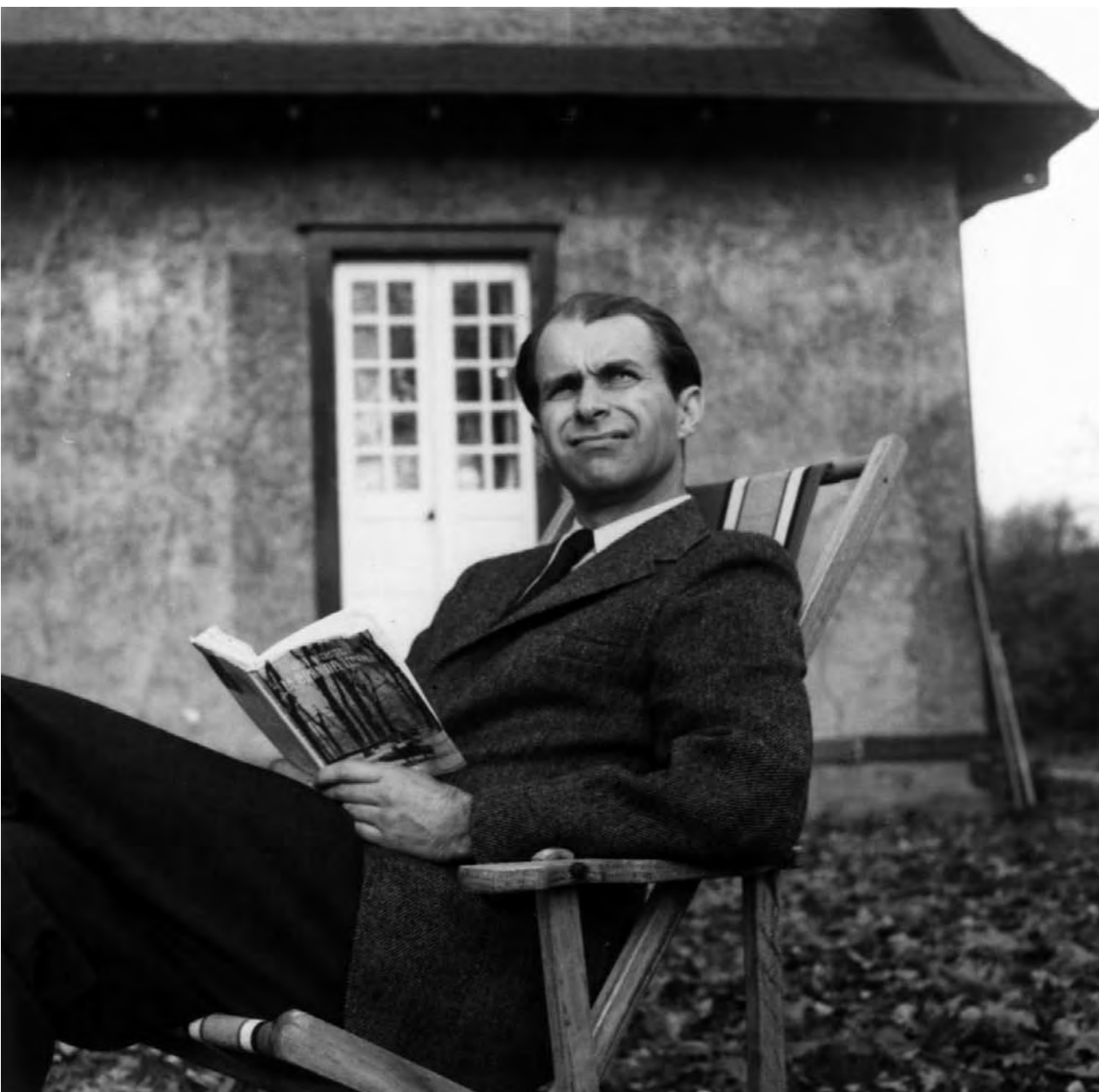
Al entrar en el aula, don Juan nos saluda en voz muy baja y sonríe con timidez. Para repartir, deja en la primera fila un montón de fotocopias con el texto del día, ya sea «Aldebarán» o «Escrito está en mi alma vuestro gesto», «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones»..., en inglés y en español.

Sube torpemente al estrado y, ya sin gabardina ni boina, comienza su clase magistral, su transformación. Con tiza, garabatea en la pizarra unas palabras sueltas y desordenadas, para subrayar el tema del día: «noche oscura», «Juan de la Cruz», «Orlando furioso», «sentimiento trágico de la vida», «sor Juana Inés», «soledades», «vasallo», «Inquisición», «Machado», «Borges», «destierro», «liberal»...

Se hace el silencio y es otro hombre el que toma la palabra.

Don Juan pasea por el estrado. Habla despacio, voz alta y grave, pronunciación impecable. Sus silencios son largos, premeditados, sonoros. Sus clases son aparentemente sencillas y de comprensión fácil para los estudiantes del Harvard College y doctorandos con nivel de español avanzado. Solo en la forma.

En el fondo, bajo esa suave apariencia formal, el profesor Marichal ataca la línea de flotación de los alumnos y nos cautiva con un contenido profundo y turbador, bellísimo y tremendamente original.



Juan Marichal, en Boston, c. 1957.
En sus manos, el libro de Josep Maria Castellet *La hora del lector*

* * *

Juan Marichal tiene, no cabe duda, el don de enseñar y encarna a las mil maravillas el papel de profesor de Harvard, director del Departamento de Literatura Española. Luce el vestuario de rigor para la ocasión: chaqueta de lana a cuadros con coderas gastadas de cuero y corbata aburrida, prudente. Ordena sus tarjetas de apuntes, pasea por el estrado, escudriña al público y saca esa voz potente, grave y profunda, desconocida fuera del aula.

Abrimos los ojos y nos convertimos, de pronto, en discípulos entregados. El profesor, en provocador, en perturbador de aquellos alumnos a quienes mantiene en vilo. No me extraña que sus clases superen con mucho a sus libros, por excelentes que estos sean. Maestro de la oratoria y de la retórica, don Juan administra sus silencios a la perfección.

La tensión y la atención obedecen al sube y baja de una sonora montaña rusa, porque su discurso, con premeditada improvisación, está construido en dientes de sierra, como el minutado de un telediario. Su entonación es un recurso pedagógico muy bien aprovechado. Como también la pronunciación de las palabras clave, que silabea con parsimonia y traduce cortésmente al inglés.

He dicho que aplaudimos todas las lecciones que daba de esta asignatura (caso único en Harvard). No exagero nada. Un día llegamos a aplaudir —lo nunca visto— a un magnetofón. Les cuento como fue. A las 12 en punto aparece en el estrado un ayudante de don Juan llevando un enorme magnetofón y una cinta de un palmo de diámetro. «El profesor Marichal está de viaje y no podrá dar personalmente la clase de hoy. Por eso, les pide disculpas y les deja esta grabación para que nadie se pierda la lección.» Acto seguido pone en marcha el aparato y, en el silencio habitual del aula, resuena la voz de maestro... Al cabo de cincuenta minutos, oímos su tradicional «Muchas gracias» y el clic final de aquella tremenda caja sonora. Tras unos segundos de desconcierto, comienzan nuestros aplausos de rigor, más fuertes y largos, si cabe, que cuando don Juan está presente.

* * *

Lo que más nos sorprende es la vigencia, la rabiosa actualidad, de lo que nos cuenta. Desde el Mío Cid hasta los poetas de la generación del 27 y el despertar latinoamericano, pasando por el Siglo de Oro, el maestro desgrana la vida y la obra de cada autor en su contexto histórico, filosófico, íntimo, vital.

Con finísima habilidad y sensibilidad, entronca el pasado con el presente y, burla burlando, lo proyecta al futuro. Cada autor aparece inmerso en su época y nosotros

entramos en ella con él. El análisis es, naturalmente, comparativo con todo lo que se cuece, a la vez, en otros países y por otros autores coetáneos de distintas lenguas.

Cada día nos cuenta, nos recrea, una historia. Y convierte en descomunal algún detalle que hasta ese momento nos pareció irrelevante. «¡Hay que ver! ¿será posible?», es nuestra reacción silenciosa. Y nos cruzamos miradas cómplices llenas de sorpresa, de admiración. Y así va formando una legión de hispanófilos norteamericanos que completan su formación científica o técnica con la fascinación por España y América Latina. Al cabo de los años, he sabido que miembros destacados de las actuales élites culturales, sociales y políticas latinoamericanas descubrieron sus orígenes y se reconciliaron con su historia gracias a *Humanities* 55.

Estas clases, preparadas para el gran público universitario, no para especialistas, son una obra de arte escénico, de orfebrería literaria, con una técnica oratoria capaz de hacer soñar incluso a un alumno de la Harvard Business School. Si no habláramos de España y de América Latina, cada lección podría muy bien comenzar con el consabido «Érase una vez...» y concluir con «... y comieron perdices». Pero, ¡ay!, en la literatura, en la historia y en la cultura de los pueblos de habla castellana no siempre acaban los autores ni los personajes «felices y comiendo perdices».

Él se preguntaba si no tendríamos los españoles, a lo largo de los siglos, un regusto por hurgar en nuestras heridas históricas, por alimentar el unamuniano sentimiento trágico de la vida, por tropezar a menudo en la misma piedra del pesimismo o del fatalismo —¿victoria, acaso, del sino sobre el libre albedrío?— y por lapidar, con frivolidad inmisericorde, a los mejores profetas de nuestra tierra.

Y te hace pensar: ¿Acaso nos viene el despilfarro y la liberalidad de los hidalgos arruinados, de la influencia de la Inquisición, que sospechaba como judaizante de toda inclinación al ahorro? ¿Es nuestra envidia una herencia de al-Ándalus? ¿Tiene algo que ver el exceso de deuda nacional y nuestra secular incapacidad para el ahorro con la persecución y la expulsión de los judíos?

Y así, verso a verso, prosa a prosa, caminando de un lado a otro de la tarima, don Juan nos cuela reflexiones sorprendentes por su originalidad y verosimilitud. De pronto se para en seco, se regodea en el silencio, recorre el anfiteatro con su mirada y nos suelta una frase corta y explosiva de Cervantes, de San Juan de la Cruz o de Miguel Hernández que nos deja de una pieza.

«La física y las matemáticas son extranjeras en España», nos dice que escribió el padre Feijóo, un reformador del XVIII —al que dedicó su tesis doctoral, bajo la dirección de don Américo Castro— que atribuía el declive nacional a que «los españoles no han estudiado ciencias experimentales». A menudo, sus citas, admiraciones e interjecciones son como el rayo, como el relámpago inesperado, que te estremece y te ilumina a la vez.

Su discurso penetra dulcemente, sin apenas resistencia. Sin embargo, al cabo de un tiempo, fuera del aula, estalla, a partes iguales, en el corazón y en el cerebro de sus discípulos. Se diría que es capaz de subyugar e iluminar al alumnado diseccionando, desmenuzando, el texto más complejo, oscuro y aburrido de cualquier clásico de la lengua castellana. Así lo resume un alumno venezolano procedente de Geología: «Marichal saca petróleo de las piedras más duras de Góngora». Y no le falta razón.

Además, al término de cada una de sus clases tengo la sensación inquietante de que, bajo la ominosa dictadura de Franco, he vivido casi treinta años engañado acerca de lo que es España y de lo que somos los españoles, de lo que es América Latina y de los que son los latinoamericanos.

Hasta entonces, estudiante de Ciencias, yo no he sabido que mi lengua madre era tan rica, tan bonita, ni que podían expresar sentimientos tan bellos y pensamientos tan profundos. Recuerdo, eso sí, que los maestros perdieron la guerra civil, fueron represaliados, y que los frailes del nacionalcatolicismo nos enseñaron otra literatura y otra historia. Siento que la lengua, la literatura, la historia de España y mis propias raíces me han sido escamoteadas por falta de maestros auténticos, de referentes intelectuales y morales, como este que tengo delante de mí en un aula extranjera.

* * *

Y me pregunto por qué sus palabras tienen, en la mayoría de los casos, un milagroso efecto balsámico, pacificador, sobre nuestras heridas históricas, sobre «los males de la patria» de Lucas Mallada. Apenas tengo respuesta. Quizá el enigma de Marichal reside en que su investigación histórica, su voluntad didáctica, su habilidad pedagógica y su propia crítica literaria, en la práctica docente, están llenas de amor; amor al ser humano en general y al que se expresa en castellano en particular.

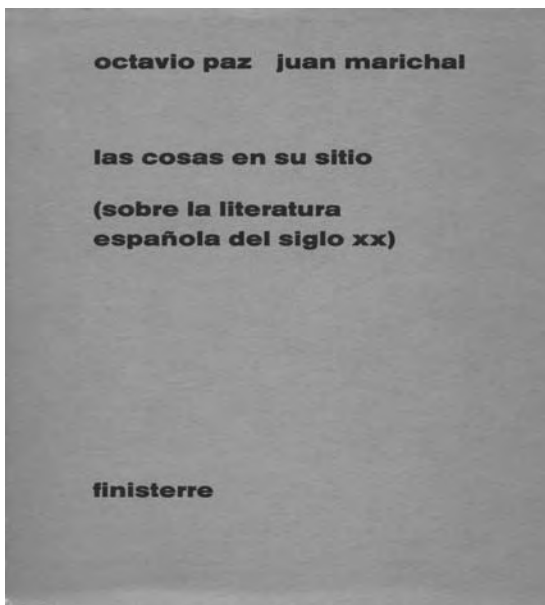
Su discurso va enriquecido por una pertinaz introspección en la vida y en el alma de los pueblos, en su *intrahistoria*. Siempre que puede, cita de rondón a don Miguel de Unamuno. Lo cita, si cabe, más que a Ortega o a Giner de los Ríos. Por eso decimos que don Juan Marichal es nuestro Unamuno particular. Con su doble tragedia personal a cuestas (el largo exilio y la muerte prematura de su hijo Miguel), don Juan «unamuniza» y engrandece todo lo que toca.

* * *

En la prodigiosa asignatura Humanities 55 hay una línea argumental finísima, casi imperceptible en el día a día, que deja un poso potente al final del curso. Las lecciones rezuman erasmismo, disidencia, compasión, heterodoxia, amor a la creación,



Juan Marichal y José Antonio Martínez Soler en Cuernavaca (México), 2008



< Texto para los alumnos de Juan Marichal
del curso Humanities 55, 1976

a la imaginación y, por encima de todo, a la libertad. Presenta a los autores casi en parejas antagónicas o complementarias: San Juan de la Cruz y Santa Teresa, Quevedo y Góngora, Lope de Vega y Calderón, Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, Machado y García Lorca, Borges y García Márquez...

Solo Cervantes y Unamuno —y no por llamarse ambos don Miguel— le merecen clases únicas, exclusivas. Los apuntes ya amarillentos de esos días me ponen aún la carne de gallina. Don Juan —un día cervantino y otro unamuniano— se debate entre ambos, los vive, los pregona, los goza y los sufre compasiva y agónicamente. Y en ambos ve el dolor y el clamor de las dos Españas: la que vence y la que convence, parafraseando a Unamuno.

Vemos la tensión y el miedo que produce esa dualidad desde el Mío Cid (frontera móvil, exterior) hasta nuestros días (frontera fija, interior): cristianos y musulmanes, cristianos viejos y cristianos nuevos, eclesiásticos bélicos (inquisidores, en latín) y evangélicos (erasmistas, en castellano), ortodoxos y disidentes, conquistadores y conquistados, católicos y protestantes, dominicos (aristotélicos) y agustinos (platónicos), conservadores y liberales, nacionales y republicanos...

Y nos pone mil ejemplos. Fray Luis de León (nieto de conversos perseguidos en Belmonte) ganó su cátedra a un dominico (próximo a la Inquisición) que le denunció por ser un profesor «afecto a novedades». ¡Qué denuncia tan tristemente española!

Nos desmenuza la lengua y nos sorprende con las influencias de la frontera móvil Norte-Sur, desde Asturias a Granada. («¿Acaso hay algo más español que el *olé* de las tardes de toros? Pues viene de *Alá*».) Indirectamente, hace guiños a los WASP (blancos, anglosajones y protestantes, que son mayoría entre los alumnos) con la mezcla de inmigrantes en EE. UU. y su frontera móvil Este-Oeste («go west!»). Y también se gana a los judíos y musulmanes norteamericanos con la rica acumulación cultural del *melting pot* de España, Sefarad y al Ándalus.

* * *

Como buen sabio y erudito de mil disciplinas, don Juan es modesto, muy trabajador y extremadamente austero. Los piropos le turban. Si viviera y leyera esto que escribo hoy con tanto cariño y nostalgia y a modo de obituario incompleto, me impediría publicarlo y me llamaría «aleluyero» o, peor aún, «periodista!», por exagerado. Pero, en lo que a su sabiduría, pedagogía, humildad y timidez se refiere, me quedo corto.

Don Juan tiene arranques de ira, eso sí, pero en defensa de valores —hoy casi desvanecidos— como la integridad, el rigor intelectual, la investigación seria, no sesgada, la exigencia de calidad, el desprecio por la riqueza material, el trabajo duro, sin descanso, o la búsqueda de la excelencia.

Un día, comparando la literatura de Miguel de Cervantes, de Benito Pérez Galdós y de Gabriel García Márquez, exclamó: «Siento una enorme vergüenza al decirles que a García Márquez nunca le permitieron la entrada en los Estados Unidos». El agradecimiento a su tierra de acogida (tenía pasaporte estadounidense) no le impedía criticar con firmeza la política de Washington contra uno de los mayores escritores vivos en lengua castellana.

Claro que don Juan no es perfecto. Es un ser humano excepcional, muy especial —también en el sentido de raro— y quizás excesivamente estricto. Marcado por el exilio, «transterrado» lejos de su añorada España, que idealiza sin remedio desde la lejanía, el maestro tiene un perfil algo triste y a veces doliente, casi agónico. Le gusta reír, pero es tacaño con la risa. Todo lo contrario que su esposa Solita Salinas, una sonrisa viviente.

Don Juan es delgado, enjuto y tiene bastante nervio, pero parece físicamente frágil y se mueve con esa torpeza que solemos atribuir a los sabios despistados. Y como catedrático durante más de treinta años y gran académico, no se priva, desde luego, de sentir los celos típicos de una profesión de envidiosos. Ataca a algunos de sus competidores con ironía compasiva («cervantina»), no exenta de cierta soberbia intelectual, pese a su modestia aparente. Insobornable y cabal, critica duramente a los intelectuales que cree que se han vendido al poder o a intereses económicos. Tampoco se priva de lanzar contra ciertos colegas anécdotas humorísticas de pellizco de monja, dignas del peor Quevedo, que prometo no contar.

* * *

Por sus enseñanzas compruebo que la guerra «incivil» española nos cortó de raíz los grandes troncos de nuestra cultura: los maestros y líderes intelectuales y morales de referencia. Gruesos olivos poéticos que acumulaban y transmitían cultura milenaria, como Antonio Machado, Federico García Lorca o Miguel Hernández, fueron segados de golpe. Otros tuvieron que huir o fueron represaliados. Perdimos la crema de España. Y volvió, otra vez, la secular tensión interior que Marichal llama «la frontera interior». ¿Frontera imprecisa entre las dos Españas de siempre? ¿Acaso no sufrieron persecución, destierro o cárcel San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Quevedo, Jovellanos, Goya o Blanco White?

Durante la Dictadura, huérfanos de maestros en ese prolongado y negro paréntesis de «frontera interior», vimos, a escondidas, algunos brotes meritorios de aquellos troncos. Pero en España no pudimos oír, ver ni leer a los exiliados, como Pedro Salinas (padre de Solita, esposa y auténtico motor de Marichal), Américo Castro (maes-

tro de Marichal), Vicente Llorens, los tres grandiosos Pablos (Casals, Neruda y Picasso) y tantos otros grandes.

La Universidad de Harvard cuenta entre sus glorias con el profesor Marichal. Y Marichal, durante décadas, acoge y mim a todos los españoles e hispanoamericanos que acudimos a él. Sus aulas, la Kirkland House (a la que ambos estamos afiliados) y su casa (con bandera republicana, naturalmente, y motivos canarios) son lugar de peregrinación, casi de culto, para quienes buscamos raíces literarias, históricas, políticas, vitales, y —cómo no— el entronque con un pasado más libre, creativo y digno, alejado de la vergüenza, la humillación y la miseria de la dictadura de Franco o de las dictaduras latinoamericanas.

En privado, don Juan habla poco y pregunta y escucha mucho. Le complace compartir lo que Giner de los Ríos llamó «el santo sacramento de la conversación». Qué buenas tertulias montan Juan y Solita con invitados de categoría (Octavio Paz, José Ferrater Mora, Raimundo Lida, Josep Lluís Sert o Vicente Llorens) mezclados con jóvenes estudiantes, como yo mismo, o el matrimonio de Francisco Ros (más tarde secretario de Estado en el Ministerio de Industria) y Clemen Millán (luego catedrática de la UNED).

Por eso decimos que de las manos de Juan Marichal y de Solita Salinas salen otra España y otra Latinoamérica de las que podemos presumir y no sin razón. Los Marichal-Salinas nos tienen en acogida generosa y cálida en su particular isla hispana anclada en Cambridge, un refugio para estudiantes en el corazón universitario del imperio norteamericano.

* * *

Después de escucharle, se nos hace muy difícil volver, sin más, a nuestra facultad. Sus clases nos empujan a hacer novillos en nuestra especialidad. ¡Qué le voy a hacer! Cuando salgo del aula de Marichal, contagiado por su pasión por los grandes escritores en lengua castellana, cruzo el Harvard Yard, camino de las clases de Federalismo Fiscal con mi tutor Samuel Beer, y me paro en seco al pie de la escalinata de la descomunal Widener Library («Ahí están todas las traducciones del Quijote —nos ha dicho don Juan— y hasta el manuscrito de Fortunata y Jacinta»).

Mi duda es razonable: hacer novillos, entrar en la biblioteca y leer al autor del día, elegido por Marichal, o seguir mi camino hacia el despacho del simpático profesor Beer (exayudante de Roosevelt, lleno de ricas anécdotas) y mejorar mi tesina de Nieman Fellow. Más de un día —lo reconozco— el placer superó al deber y me encerré en aquella inmensa biblioteca, la catedral de los libros, en el área de lengua español-

la. Me di a la lectura. Y a esas lecturas, gracias a la guía del maestro, debo mucho de lo que soy y de lo que pienso.

En la primavera de 2007, tres años antes de su muerte, visité a don Juan en su casa de Cuernavaca (México) con su hijo Carlos. Le encontré, con 85 años, muy delicado de salud. Ambos sabíamos que ese podría ser —como fue— nuestro último encuentro. Al despedirme, le abracé emocionado y le ayudé a sentarse en su sillón. Cuando yo estaba a punto de salir, ya en la puerta de su sala de estar, el profesor Marichal, con la mirada algo perdida en sus estanterías de libros, pronunció con su antigua voz, fuerte y grave —la misma voz, reconocí, que utilizaba treinta años atrás en sus clases de Humanities 55—, las célebres palabras de don Manuel Azaña: «Paz, piedad, perdón».

Nunca sabré a qué se refería, por qué me lo dijo ni en qué pensaba, con esa mirada perdida en los libros y su salud tan frágil. Pero, como en el curso 1976-1977, el profesor Marichal consiguió, una vez más, lo que solía lograr con sus clases. Lo consiguió, sí: me dejó descolocado, perturbado, y como siempre... me obligó a pensar.

¡Maestro!

José A. Martínez Soler*

* Dirección para correspondencia: jamsoler@gmail.com



Juan Marichal, c. 1960

Algunos encuentros con Juan Marichal

Miguel Ángel Aguilar

Resumen: Se parte del primer encuentro del autor con Juan Marichal, en 1976, para profundizar, con la perspectiva de los años transcurridos, en los primeros pasos titubeantes de la transición española y en el papel desempeñado en ella por algunos de sus protagonistas, como el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez, hasta llegar a la consolidación democrática tras la intentona golpista del 23F, momento en que los viajes a España de Marichal comenzaron a hacerse frecuentes. Uno de estos viajes tuvo lugar en 1986, cuando el historiador fue invitado a participar en el ciclo *Periodismo y periodistas en la Guerra Civil*, organizado por la Asociación de Periodistas Europeos con el propósito de «ayudar a la recuperación de la memoria histórica y de la gran tradición periodística hispana». Marichal dictó en él la conferencia «El escritor y la política», en la que Unamuno, Ortega y Azaña le sirvieron para reivindicar la memoria del periodo 1898-1936 como una de las épocas más valiosas y alentadoras de la historia de España.

Palabras clave: transición democrática, Juan Carlos I, Adolfo Suárez, guerra civil, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, liberalismo.

Abstract: It starts from a first encounter between the author and Juan Marichal, in 1976, to study in depth, with the perspective of the years gone by, the first hesitant steps of Spanish transition and the role played by its main characters as King Juan Carlos and Adolfo Suárez until the democratic consolidation after the attempted coup, on February 23rd, when Marichal starts to visit Spain more often. One of these visits took place in 1986 when he was invited to the series *Periodismo y periodistas en la Guerra Civil* (Journalism and journalists during the Spanish Civil War), organized by the European Journalist Association with the intention «to help in the recovery of historical memory and the Hispanic journalistic tradition». Marichal gave a lecture, «El escritor y la política» (The writer and politics), for which Unamuno, Ortega and Azaña helped him to claim the memory of the period between 1898 and 1936 as one of the most encouraging and valuable times in Spanish history.

Key words: democratic transition, Juan Carlos I, Adolfo Suárez, civil war, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Liberalism.

Juan Marichal era la Universidad de Harvard, las obras completas de Azaña de la editorial mexicana Oasis, la memoria reivindicativa de Juan Negrín, el amor de Solita Salinas, la cercanía de Jorge Guillén, el discípulo amado de Américo Castro, la dulce fonética y prosodia canaria, la España trasterrada, peregrina o extraterritorial, según la expresión preferida del inolvidado Arturo Soria y Espinosa. La primera vez que estuve con Juan Marichal fue en agosto de 1976 durante un viaje de 30 días por los Estados Unidos con dos colegas periodistas —Luis Carandell y Lorenzo Contreras—. El recorrido, que había sido de libre elección, incluía en Boston encuentros con el profesor Marichal y con el poeta Guillén. En aquel entonces todavía las noticias las traían los últimos viajeros llegados del país que envenenaba los sueños de los ausentes. Para el

caso de nuestros anfitriones, España. Quedaban muchos años antes de que la información de los hechos estuviera disponible en igualdad de condiciones y de manera simultánea e ilimitada para todos y de que la simultaneidad entre el acaecimiento de los hechos y su impacto informativo diera lugar a las interacciones desastrosas que ahora observamos. Pero, ignorantes de lo que nos sobrevendría con el advenimiento impensable de las nuevas tecnologías, el tiempo parecía seguir la regularidad de un cronómetro, sin aceleraciones que nos fuera dado añadir, de forma que nuestra susceptibilidad a la impaciencia era incapaz de desencadenar efecto alguno sobre la actualidad en curso. El tiempo cronológico consumible entonces estaba blindado a esas interacciones que se desatarían al instaurarse la sociedad de la información.

Las horas de Boston fueron de conversación ansiosa interminable sobre los avatares de aquellos primeros balbuceos inciertos de la transición. El rey Juan Carlos acababa de lograr el 1 de julio la dimisión de Carlos Arias Navarro —un *unmitigated disaster*, según la indiscreción de *Newsweek*—, que era el presidente del Gobierno heredado del general Franco. Todo se había incoado mediante una maniobra, cuidadosamente calculada, que partía del discurso pronunciado en el Capitolio de Washington, en una sesión conjunta de ambas cámaras celebrada el miércoles 2 de junio de 1976. Es decir, poco más de dos meses antes del encuentro con nuestro Juan Marichal. Don Juan Carlos había tomado allí un compromiso democrático definitivo al decir aquello de que «la Corona asegurará el acceso al poder de las distintas alternativas de Gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados». Habría, pues, distintas alternativas y el pueblo elegiría libremente entre ellas. La fraseología del Movimiento Nacional, impregnada de inercias totalitarias, quedaba abolida. Desaparecían aquellos eufemismos del «legítimo contraste de pareceres» o de la «ordenada concurrencia de criterios», se avistaba el reconocimiento de los partidos políticos y de las organizaciones sindicales. El 3 de julio el Consejo del Reino cumplía su último servicio, dejándose llevar de la mano para incorporar a Adolfo Suárez a la terna de la que el rey debería extraer al nuevo presidente del Gobierno.

Con aquel nombramiento las esperanzas parecían defraudadas de plano, porque el designado venía de ser ministro secretario general del Movimiento en el gabinete cesante. Buena prueba fue que en el recién nacido diario *El País*, que con apenas dos meses ya era la referencia dominante, se le recibiera a Suárez con una columna bajo el título «¡Qué error, que inmenso error!». Tendrían que transcurrir algunos meses antes de que se comprobara la utilidad de que fuera un falangista quien acabara con el falangismo, un azul quien blanqueara las camisas del *Cara al sol*, un flecha quien desguazara el régimen franquista. Su idoneidad para la tarea le venía precisamente del conocimiento del terreno y de su camaradería con los alistados tras las banderas al viento. Las señales de humo que se dejaban ver eran muy contradictorias. Unas, aper-



Juan Marichal con Rafael Lapesa en la Residencia de Estudiantes, mayo de 1991



Miguel Ángel Aguilar y Juan Marichal en Madrid, abril de 1986

turistas, lanzaban desde dentro del sistema ya en fase de eclipse guiños de complicidad hacia las fuerzas democráticas en gestación. Otras, inmovilistas, procedían del búnker donde los más recalcitrantes se habían encerrado para resistir en la defensa final de las esencias y de los pingües intereses amasados durante cuarenta años. En casa de Juan Marichal andábamos sopesando las fuerzas en contraste con tanta pasión, esperanza e incierta, que nadie quería levantar aquel improvisado fuego de campamento democrático que calentaba la noche de Boston.

La conexión informal así establecida entre el historiador, tantos años a distancia, y los periodistas, con entrada de abono al burladero del ruedo ibérico, quedó forjada de manera irrompible, como probaría la correspondencia sostenida, si algún día se recuperara. La intentona golpista del 23 de febrero de 1981 mostró la profundidad del abismo que salvábamos, y enseguida empezaron a menudear los viajes de Juan Marichal a España y de los periodistas españoles a Estados Unidos. El 20 de junio de 1983 fue la primera visita a Washington del presidente del gobierno Felipe González, invitado por el presidente Ronald Reagan. Fue una ocasión de comprobar, según escribió Elías Canetti, cómo la alegría del más débil es darle algo al más fuerte. También de volver a encontrar a Juan Marichal. Un año después, en 1984, la encomienda de dictar seis *lectures* como *visiting profesor*, invitado por la Universidad de North Carolina a Chapel Hill, facilitó que el profesor Marichal maquinara una invitación del Centro de periodismo Edward R. Morrow de la Universidad de Harvard. Y de que, llegado el momento de oficiar la presentación del ponente, procediera, conforme a su estilo parco y generoso, alineando al invitado con esas «cabezas valientes» de las que hablaba Mariano José de Larra.

Al cumplirse diez años de aquel encuentro en la primera fase hasta la madrugada de Boston, en abril de 1986, nuestro historiador, que andaba por Madrid, aceptó la invitación para participar en el ciclo *Periodismo y periodistas en la Guerra Civil*, organizado por la Asociación de Periodistas Europeos con el patrocinio del Banco Exterior de España. En su conferencia se ocupó de «El escritor y la política», sirviéndose como balizas de tres figuras excepcionales: Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Manuel Azaña. El ciclo se impartía en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. A Marichal le emocionaba pisar la iniversidad de sus maestros. Otra cosa es que a su llegada faltara reciprocidad emocional y que ni el decano, Ángel Benito, ni autoridad académica alguna acudieran aquella tarde a recibir al profesor de Harvard, que tanto fervor tenía por las aulas de sus mayores. La ambientación visual de la Facultad era inhóspita. Los *grafitti* y la cartelería hacían camppear lemas y consignas zafias, primarias, aptas para el chafarrinón de brocha gorda. Se detectaba una ola de antifranquistas oportunamente surgidos a la muerte del general superlativo. Avanzamos hasta el final de aquellos pasillos donde se encontraba

el aula asignada, donde aguardaban los justos, los devotos contados. Juan traía consigo a Solita Salinas y habló con el mismo rigor y la misma pasión con los que lo hubiera hecho con el paraninfo a reventar.

Ahora, cuando algunos insolentes se alzan como propietarios exclusivos de algunos conceptos o pretenden a cada paso haber inaugurado épocas, es oportuno recordar que en el prólogo del volumen donde quedaron recogidas las intervenciones de ese ciclo se declaraba el propósito de los organizadores «de ayudar a la recuperación de la memoria histórica» y de la gran tradición periodística hispana. Una tarea que se juzgaba imprescindible para establecer nuestra propia genealogía profesional y evitar que se nos considerara descendientes de los cantores de gestas de los sublevados con ayudas nazifascistas y de los pícaros engolfados en el franquismo de las ventajitas a los vencedores, al modo de Emilio Romero y demás compañeros funambulistas, que se aseguraron largo predominio indiscutido, una vez eliminados los mejores colegas por fusilamiento o por exilio. El caso es que faltaban veinte años para que se hiciera una ley sobre la memoria histórica, pero, sin esperarla, ya estábamos haciendo la tarea. Buena prueba es que junto a las aportaciones de Marichal figuran otras de los historiadores Maricruz Seoane, Gabriel Jackson, Mirta Núñez Díaz-Balart, María Dolores Sáiz o José Altabella, la del abogado José Mario Armero y las de los periodistas Eduardo de Guzmán, condenado a muerte en 1939, Modesto Sánchez de las Casas, Eusebio Cimorra y Elfidio Alonso, director que fue del *ABC* republicano, por citar algunos de los supervivientes que exhibieron sin alardes su generosidad de vencidos. Allí se trató también de los corresponsales extranjeros en la guerra civil, tanto de los que la siguieron desde la zona controlada por la República como de los que lo hicieron en la de los sublevados, y de figuras como Corpus Barga o Javier Bueno.

Marichal entiende a Miguel de Unamuno como fiera lanza, a José Ortega por sus ambiciones movilizadoras y a Manuel Azaña por el drama mayor que representa. Las hostilidades personales que se profesaron entre sí le confirman que la historia no es un idilio y en absoluto son obstáculo para reconocer que aquellos tres egregios españoles hicieron de la España de 1898-1936 una de las épocas más valiosas y alentadoras de su historia. Se fija Marichal en la pretensión definitoria de Unamuno de izar la bandera de la cultura arguyendo que en España una minoría de europeos tenemos el deber y el derecho de imponernos a una mayoría de berberiscos. Y que debe prevalecer el derecho del Estado frente a los poderes eclesiásticos. Por eso estimaba sin contradicción alguna la afirmación de un «estatismo firme» y a la vez considerarse igualmente un firme liberal. Para el rector de Salamanca el liberalismo había sido en España factor de descrédito del Estado, siendo así que el Estado moderno, que resulta ser hijo del Renacimiento, de la reforma protestante y de la Revolución Francesa, es, frente a la Iglesia, el verdadero órgano de cultura. Cuando la dictadura del gene-

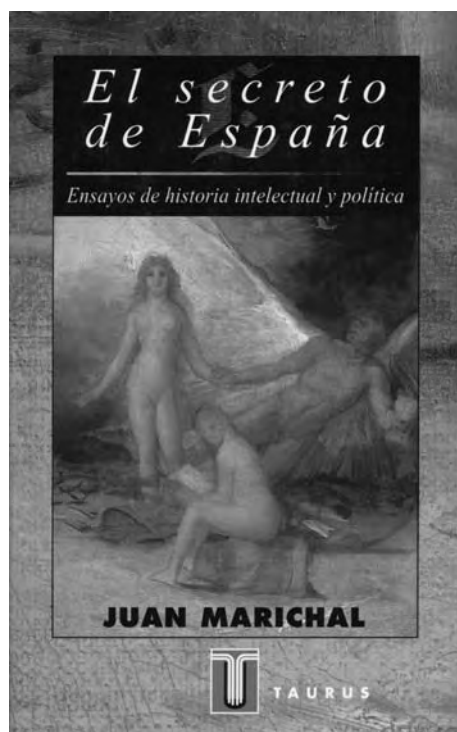
ral Miguel Primo de Rivera, desterrado en la isla de Fuerteventura y exiliado después en París y en Hendaya, Unamuno adquirió renombre universal como símbolo de la cultura española frente al anacronismo militar mientras, altivo, invertía la situación para sostener que era él quien perseguía al Gobierno de Primo de Rivera. Reconoce Marichal la contribución de Unamuno al advenimiento de la Segunda República y detecta que enseguida se sintió temeroso de un futuro siniestro para España. Por ahí llegó a mediados de agosto de 1936 a declarar que el ejército sublevado representaba la civilización frente a la barbarie para frustración de sus lectores y admiradores, a los que recuperó el 12 de octubre siguiente con su aterrador augurio —«venceréis, pero no convenceréis»—, replicado por el grito de «¡muera la inteligencia!» del general Millán Astray. Encarnaba así de nuevo la lucha entre el sable y la palabra que había definido Larra cien años antes.

De Ortega subrayó que venía con un programa de renovación liberal esbozado en octubre de 1907 en un artículo de *El Imparcial* donde invitaba a los *intelectuales* para que, superando un falso buen tono que los mantenía apartados de los problemas públicos, se conocieran obligados a renovar la emoción liberal y con ella el liberalismo, que en su opinión había de ser socialista. Aunque dejara claro que ese pensamiento liberal no se identifica con ninguna clase social. Dos años después, en diciembre de 1909, en la conferencia que pronunció en la Casa del Pueblo de Madrid, Ortega sostuvo que la tarea del socialismo en España era imponer la cultura, es decir, la seriedad científica, la justicia social y la europeización de España. Ortega, que había fundado la revista *Faro* en 1908 y el semanario *España* en 1915, inició en 1916 la publicación de su revista unipersonal *El Espectador*. Ese mismo carácter había sido adoptado en Viena por Karl Kraus, quien a partir de 1911 se encargó de escribir los números completos de la revista *Die Fackel* (La Antorcha). Al presentar esa última iniciativa, Ortega confesaba que había querido tener un refugio literario, enteramente fuera de la política. Pero solo un año más tarde, en 1917, le vencía de nuevo su vocación pública y se sumaba al industrial y financiero vasco Nicolás María de Urgoiti en la fundación del diario *El Sol*. Después, en el verano de 1923, apareció la *Revista de Occidente*, donde Ortega se aferraba al principio de que el intelectual solo puede ser útil como intelectual, esto es, buscando la verdad, mientras trazaba un balance doblemente negativo de la actividad política de los intelectuales españoles en el plano de la política y de la cultura.

Seguía la intervención de Juan Marichal señalando que la tercera de sus figuras, Manuel Azaña, se alzaba, incluso para discrepar, sobre los hombros de gigantes como Unamuno y Ortega. Hacía alusión a su lamento sobre el carácter áspero y frío, duro e impenetrable de la vida en España y a su llamamiento para disolver ese ambiente y cambiarlo por otro más conforme a nuestra sensibilidad. Porque para Azaña la inteligencia activa y crítica, presidiendo la acción política, es la señal de nuestra libertad de hom-



Francisco Tomás y Valiente y Juan Marichal
en la Residencia de Estudiantes, noviembre de 1994



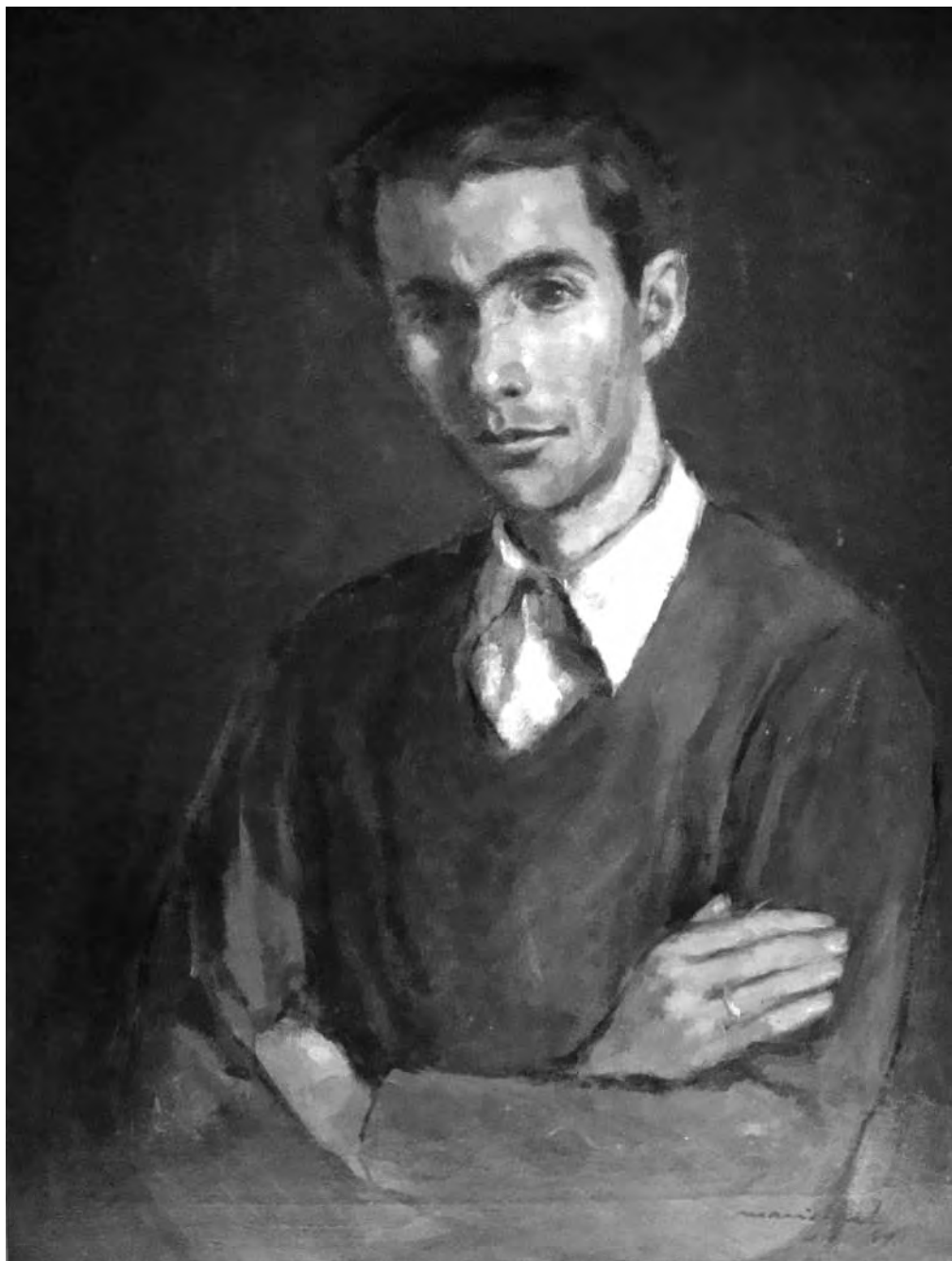
bres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional. Marichal remitía a sus oyentes al libro *La vocación de Manuel Azaña*. Ponderó el afán de don Manuel por legar el testimonio de un español que condenaba la violencia y la destrucción fratricida y su convicción de la imposibilidad de vencer en una guerra civil que haría a todos los españoles forzosamente perdedores. Se acogió a su maestro Américo Castro para recuperar su concepto de lo historiable como aquello que subsiste en la vida de un pueblo como una constante incitación a adelantar en su proceso de humanización. Y cerró su ponencia inscribiendo los escritos de Unamuno, Ortega y Azaña en la categoría de textos historiables y alentando a que fueran utilizados como un legado de paz y civilización.

Juan Marichal buscó su encaje en la iniversidad, pero su reinserción se probó imposible. El nuestro es un país donde se prefieren las admiraciones profesadas a distancia. Y la endogamia se había convertido, cada vez más, en una característica dominante en la grey universitaria, sujeta a una creciente mecánica clánica y a sistemas internos de cooptación, que de manera tan precisa describe Jorge Vigil Rubio en su *Diccionario razonado de vicios, pecados y enfermedades morales*. Nuestro historiador quedó para sus trabajos y sus días y para sus conferencias y sus reclamos canarios. Pero todavía dio a la imprenta algunos de sus ensayos, como los relativos a la historia política y cultural española desde Jovellanos hasta 1996, fecha de la edición de *El secreto de España*, editado por Taurus y presentado en la Residencia de Estudiantes. Se trata, como dijo uno de los presentadores, de un devocionario, una colección de esencias que siguen el rastro de los episodios de más calado de la vida intelectual y política española. El libro adquiriría en esas fechas valor acrecentado porque nos encontrábamos en plena campaña electoral. Momento en que algunos de los partidos contendientes habían decidido dotarse del correspondiente *grupo de historiadores de combate*, conforme a sus propósitos de reescritura del pasado a medida de su mejor conveniencia. Marichal, ajeno a lo largo de toda su obra al deporte del sectarismo, insistía aquella tarde en que el libro quería ser un esfuerzo por restaurar figuras y tiempos españoles que solo ocurrieron una vez.

Diez años más se sumaron hasta la muerte de Solita Salinas, en noviembre del 2007. Al calor de su hijo Carlos y de sus nietas, se replegó sobre Cuernavaca (México) y allí rindió su vida en agosto del 2010. Quienes alcanzaron a tratarle y supieron de su trabajo, de la veneración por sus maestros, de su entrega, de su amor por la cultura y por la historia de nuestro país, de su generosidad con quienes venían detrás, mantienen viva y encendida su memoria. Rindámosle nuestro tributo.

Miguel Ángel Aguilar*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org



Retrato de Juan Marichal por su hermano Carlos Marichal López

El cuadro de la página siguiente acompañó en el exilio a Pedro Salinas, primero, y a su hija Solita y Juan Marichal después, y hoy es propiedad de la Residencia de Estudiantes.

Pedro Salinas se refiere a él en varias cartas dirigidas a Moreno Villa durante la guerra mundial. En una de enero de 1942, que se reproduce abajo, le escribe desde Baltimore que, ante la insistente demanda de los americanos de que les explicara el significado del cuadro, ha debido inventarse una interpretación conforme a los tiempos: «El árbol es el Imperio inglés con sus riquezas y dominios. El ciervo Hitler, codicioso, que espera que le caiga en la boca. La escalera el pacto de Munich por donde quiso llegar a su objeto. El charco y las aves, la guerra submarina y la aviación, con que espera Hitler derribar el árbol. Y la damisela que se peina ante un tocador, ausente de todo, es... la neutralidad americana»

Baltimore 3 de enero de 1942

Si hay un caso en que las apariencias condenan, es este mío, querido José Moreno Villa. Me sé muy bien mi capítulo de cargos. El regalo de su hermosa pintura, sin darle expresamente gracias, mi silencio.... Y sin embargo su persona y su arte han estado muy presentes a este ingrato, como V. le dice.

En primer lugar el cuadro, que nos encantó a todos, ha sido el tema de la habitación donde vivimos, lo mismo en nuestra casa alquilada y provisional de Wellesley, que en esta, un poco más segura (¿?) de aquí. Está colgado encima de la chimenea. Es la "pieza de resistencia". Y como los americanos necesitan saber lo que significa una pintura he tenido que explicarlo unas docenas de veces, sin exagerar. Lo que ocurre es que como a mí no me parece bien meterme en esas averiguaciones de lo que significa, me inventé una interpretación conforme a los tiempos que satisfacía a los americanos y les dejaba tranquilos. ¿Quiere V. saberla? El árbol es el Imperio inglés con sus riquezas y dominios. El ciervo Hitler, codicioso, que espera que le caiga en la boca. La escalera el pacto de Munich, por donde quiso llegar a su objeto. El charco y las aves, la guerra submarina y la aviación, con que espera Hitler derribar el árbol. Y la damisela que se peina ante un tocador, ausente de todo, es... la neutralidad americana. ¿No le gusta? Bueno, V. y yo sabemos que todo eso es un camelio. Pero ni V. ni yo vamos a revelar lo que de verdad significa, no es cierto, querido D. José?

Segundo motivo externo de recordación. He leído, ayudado a escoger y a traducir, ~~xxxxxxx~~ unas poesías hace muy poco. Misa Turnbull, mi traductora, por indicación mía, va a hacer un antología de poesía moderna española, en inglés. V. la abra. Y no ~~xxxxx~~ discutió con Misa Turnbull muchos pasajes, y hasta me he atrevido a dar mi interpretación. Creo que quedan bien. La antología será breve y de gusto, hecha por amor y afición a la poesía, y no por baja envidia, e innoble rencor hacia los poetas, como la que V. y yo sabemos. Va despacio. No diga nada porque en ese cotarrillo mejicano tengo miedo que se suera cualquier noticia.

Aun otro motivo. El arreglo en una alacena de aquellos animalillos de barro que compramos una mañana con Arbolé, en un mercado de México. Las conversaciones con Pasqua... Y lo más importante de todo, el motivo de la amistad a la persona, que actúa irregularmente, pero con fidelidad. En resumen, lo único que no ha actuado, hasta esta noche, es la máquina y la letra. Ahora, y después de estas líneas me creo con derecho a pedirle perdón, por esta falta, que siendo la única parecía envolver todas en ella.

Pero la llegada del librito, tan simpático, su lectura, donde un nuevo Moreno Villa, no desconocido, pero sí revelado, se asoma de vez en cuando, y la noticia que a tenía de su paternidad han vencido todas mis resistencias, o perezas, casi mortales.

Necesito que me escriba V., que se prepare a des-culificarme de ingratitud, que me cuente cosas de su criatura, su vida, y su obra.

¿Cuanto recuerdo México! Como me ayudó a recordarlo su "Gornocopia", tan viva, graciosas y gráficas! Pero le confieso que me faltan noticias directas de México, y a través de las indirectas me hago una idea, quizá exagerada, de las infimas y reboltonos de los intelectuales españoles. Y eso me enfurece mi deseo de volver. ¿Sabe V. que sale poco al mundo, y que cultiva su mundo de mujer, vástago, libro, cuadro y fantasía!

Yo estoy muy contento en esta Universidad de Johns Hopkins. Tengo un trabajo grato y nada pesado, muy al estilo europeo. Compañeros excelentes. Cada día me gusta más América y los americanos, por su sencillez y su bondad. A veces se me olvida que lo he perdido todo en España y mi nueva casa se me representa como la primera. Mi chica sigue en Wellesley College, y ~~xxxxxx~~ este año. (Otro motivo de recuerdo: hace un trabajo ahora sobre la influencia de la popular clásica en la poesía del XX, y sule V. a relucir, también). Mi chico va a la escuela secundaria de los Friends (o los cuáqueros). Los dos están encantados a. u.!

Claro... la guerra. La gran sombra, sobre todo, y todas. Pero coincido por completo con Churchill en opinión. Creo que ahora se va de veras a la extinción de Hitler y partiquinos. Camino duro, quizá, pero final claro. Tiene uno la tranquilidad, dentro del peligro, de la enfermedad que dejó ya de ser enbozadura, que se declaró y que se combate por lo que es, y con los remedios justos. Este país va a hacer un esfuerzo estupendo y está muy bien.

De amigos, ví a Jorge Guillén en el verano. Trahe mucho, con fervor y constancia, a ejemplo en su poesía. Aquí veo a Pascal. Ha voy a New York, así que no vi a Onfi ni a su grupo hace mucho. Con los Lorca y los de los Ría estuvimos en Hildesbury este verano.

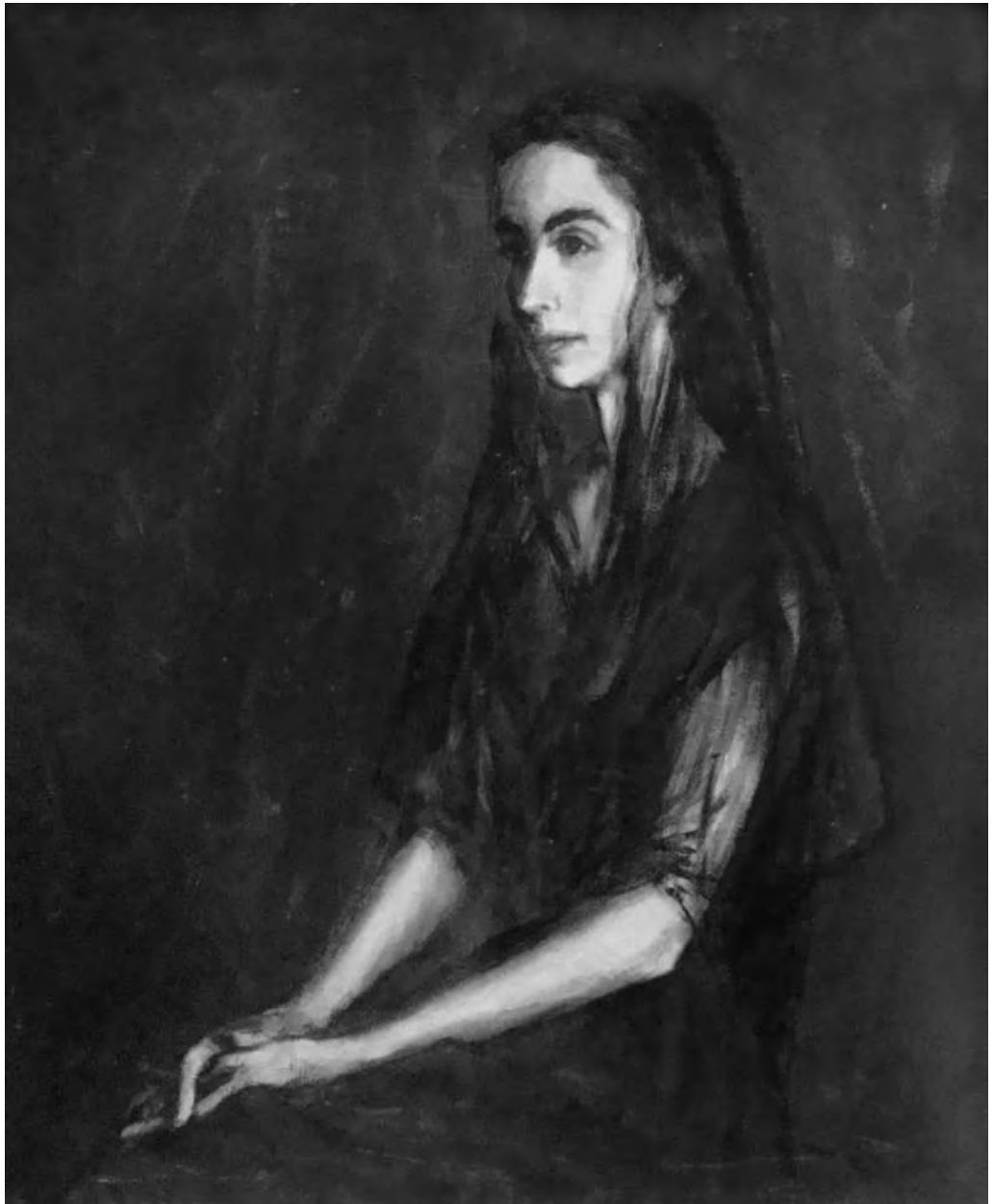
Me temo para España rayos malos, la invasión por Hitler, con la complicidad de Franco. ¡Baja herida, está siempre abierta! Me ha llegado mucho su poesía del librito "En Tierra."

Y hasta pronto, deseo. Perdona esta carta, tan extensa y general. Recuerdos a Candela, a Alfredo Reyes, a Arbolé, la gentileza todos esos amigos de allí. A su dama, mis respetos y el debido lugar en mi memoria. A la sucesión, mis esperanzas. Y a V., con muchas gracias un abrazo

Su casa: 3521 Newland Road, Baltimore, Md.



José Moreno Villa: *El árbol de las joyas*, h. 1938



Retrato de Solita Salinas por Carlos Marichal López

Juan Marichal: memoria histórica y enlace exilio-interior

Raúl Morodo

Resumen: Se analizan en este artículo ciertos aspectos de la labor intelectual de Juan Marichal durante su etapa como catedrático en la Universidad de Harvard, centrada en el doble objetivo de recuperar la memoria histórica republicana y ayudar al entendimiento y el enlace entre el exilio español y la intelectualidad interior. Del afán por recuperar los valores republicanos surge su acercamiento al pensamiento de Manuel Azaña y la labor de edición de sus *Obras completas*, que Marichal convirtió en una tarea vital de recuperación del liberalismo ético y progresista que Azaña representa y que entronca con el segundo objetivo, el de acercarse al mundo español del interior desde la cultura del exilio. El interés por el emergente pensamiento político disidente o democrático dentro de la España franquista lo lleva al estudio de figuras como Jiménez Fernández, Vicens Vives, Fernández de Castro, Dionisio Ridruejo y, sobre todo, Enrique Tierno, a quien Marichal consideró, por razones que se explicitan en este trabajo, un «neotacitista».

Palabras clave: exilio, Manuel Azaña, liberalismo, República, pensamiento disidente, Enrique Tierno, neotacitismo.

Abstract: This article analyzes part of Juan Marichal's intellectual work, focused on two aims by the time he was a professor at Harvard University. The first aim was to recover the republican historical memory and to help understand and be the liaison between the Spanish exile and the domestic intelligentsia. From his effort to recoup republican values emerges his rapprochement to Manuel Azaña's thought and the publication of his *Obras completas*. Marichal devoted himself to recoup the progressive and ethical liberalism represented by Azaña, which was linked to his second aim: to approach the inner Spanish world from the point of view of exile. His interest in the merging democratic or dissident political thought under Franco leads him to study several well-known figures such as Jiménez Fernández, Vicens Vives, Fernández de Castro, Dionisio Ridruejo and, above them all, Enrique Tierno, who Marichal considered, based on reasons specified in this article, a «neotacitista».

Key words: exile, Manuel Azaña, liberalism, República, dissident thought, Enrique Tierno, neotacitismo.

Con algunos recuerdos y reflexiones quiero sumarme al muy merecido homenaje que la Institución Libre de Enseñanza hace ahora, con esta publicación colectiva, al profesor Juan Marichal.

Conocí personalmente a Juan Marichal y a su esposa Solita, hija del gran poeta don Pedro Salinas, en 1963, en su casa norteamericana de Cambridge (Boston, Mass.). Juan, en este año, era ya catedrático de la Universidad de Harvard, desde 1958, y enseñaba historia del pensamiento español y latinoamericano, dentro del Departamento de Estudios Hispánicos. Harvard, a partir de esa fecha, constituirá para él su plaza fuerte, su atalaya y asentamiento académico, desde donde se centrará en su doble objetivo: recuperar la memoria histórica republicana y ayudar al entendimiento y el enlace exilio-interior.

Habrà en la vida de Juan Marichal un antes y un después de Harvard. El antes, corresponde a su adolescencia y primera juventud. Sus estudios de bachillerato, debido a la guerra y exilio, fueron muy itinerantes: los comienza en Tenerife (en donde nace en 1922), los continúa en Madrid, Valencia y Barcelona, ya en la preguerra y la guerra; al salir de España, en 1938, todavía hace un alto en París, en el Liceo Michelet, y los finaliza en Casablanca, en 1941, en el Liceo Lyantey. En fin, ese año, acogiendo, como otros muchos españoles, a la generosidad del Gobierno mexicano, se instalarà en México, D. F.

En la UNAM mexicana, el joven bachiller Juan Marichal estudia en la Facultad de Filosofía y Letras. Allí será alumno de maestros españoles también trasterrados, entre ellos Rafael Altamira, Joaquín Xirau, Luis Recasens Siches y, sobre todo, José Gaos, al que siempre considerará su primer maestro, como también a su profesor mexicano Edmundo O'Gorman. Bien avalado, Juan Marichal, ya licenciado, ampliarà estudios con una beca en la iniversidad americana de Princeton, en donde será alumno, ayudante y discípulo de don Américo Castro. Bajo su dirección, hará su tesis sobre el padre Feijóo. Todavía, antes de su instalación definitiva en Harvard, enseñará en las universidades John Hopkins y Brym Mawr.

Por los acontecimientos bélicos y la salida al exilio, la biografía académica de Juan Marichal puede tener datos comunes con la de otros españoles trasterrados de mayor edad o con las de sus hijos, que comienzan o terminan sus estudios y se integran por tierras americanas, de norte a sur. Pero, en todo caso, en Juan Marichal, habrá una singularidad diferenciadora y que será constante en su juventud y madurez. Me refiero a algo que he indicado anteriormente: producto vital e intelectual del gran drama del fin de la República, se afanará por recuperar los valores sobre los que esta pretendía establecerse. Y de aquí su acercamiento y estudio de don Manuel Azaña, y, más tarde, de don Juan Negrín. Pero habrá también una intencionalidad adicional: esta recuperación del liberalismo ético y progresista, que encarnará en Azaña, le llevará a querer conocer el mundo español, ya lejano, en su emergente vida intelectual para actuar de puente, cara al futuro, entre un exilio y un interior que se desconocían mutuamente: enlace, así, entre dos orillas que la larga posguerra impedía.

Serà en este contexto en que conoceré a Juan Marichal: primero, epistolarmente, en 1962, y ya con su ayuda, un año más tarde personalmente. No recuerdo bien si la dirección de Juan me la dio Tierno o tal vez Jorge Enjuto, que estaba exiliado en Puerto Rico. En todo caso, comenzamos a escribirnos, y él, con su habitual generosidad, se ofreció hacer gestiones para una beca en la Escuela de Derecho de Harvard. Por su parte, Jorge Enjuto —más tarde fraternal amigo— ayudaba también para conseguirme un contrato en la universidad puertorriqueña de Río Piedras. Estas dos iniciativas, solapándose, pretendían además, y como algo previo, que tuviese el pasa-



Juan Marichal y Solita Salinas en Boston, c. 1968



porte. Por aquellos años ya lejanos, en los comienzos de los sesenta, este documento —el pasaporte— no era un derecho normal de los ciudadanos, sino una concesión graciosa y discrecional de la policía. Y además del pasaporte, estaba la cuestión del visado norteamericano. Como Estados Unidos no era la Francia volteriana —y Puerto Rico, con su anacrónico «estado libre asociado», era tierra norteamericana— las invitaciones fueron eficaces y, así, después de siete años, pude recuperar el pasaporte, conseguir la visa y viajar por primera vez a América.

Después de un semestre en Puerto Rico, en donde conocí a viejos exiliados españoles, y tras una breve estancia en Nueva York, donde también traté a Victoria Kent (que dirigía la revista *Ibérica*, en la que sería ya un colaborador frecuente), llegué a Harvard, en donde el matrimonio Marichal me recibió con sumo afecto: me buscaron alojamiento en una «república» de estudiantes, conversábamos sobre la vida en España, sus vidas azarosas, y con Juan de su tema permanente: Azaña y la edición que preparaba de sus *Obras*. En esta etapa conoceré a dos grandes maestros también: a don Américo Castro y a don Vicente Llorens. Lamentablemente, me quedé poco tiempo en Harvard y regresé a Madrid: se había convocado una cátedra de mi campo (derecho político) y decidí presentarme.

En Juan Marichal, la idea de desarrollar su singular liberalismo integrador y abierto tal vez viniese inicialmente de las biografías familiares canarias. Sin duda era un liberal, pero en un sentido más amplio que el que damos hoy a este término, y también con una connotación más peculiar que la de un liberal americano. No fue nunca radical, sin duda, sino que, como buen canario, era por temperamento apacible y comprensivo, buscaba puntos de encuentro integradores y conciliación entre próximos y, así, ideológicamente, conjugar la virtud republicana y una socialdemocracia humanista.

Cuando años más tarde, en 1979, Luis González Seara, por mi iniciativa, gestionaba una cátedra universitaria para Marichal que llevaría el nombre de Historia del Constitucionalismo Español, me envió un *curriculum vitae* que el mismo Juan preparó y que permite, desde estos datos familiares, aproximarse a su ideología ilustrada de enlace. Copio literalmente parte de este currículum, que decía así:

Juan Marichal nació en 1922, en Santa Cruz de Tenerife, en una familia de la burguesía insular muy destacada en la política canaria: su tío, Rubén Marichal, fundó el Partido Republicano Autonomista Tinerfeño, y su tío Domingo Pérez Trujillo fundó, en el Puerto de la Cruz, la primera organización socialista (PSOE) [...]. Acompañando a éste (diputado socialista de las Constituyentes de 1931), marchó a México en 1941.

Para Juan Marichal, como he señalado, la recuperación de la memoria histórica republicana, entendida como modernidad, se centrará en Azaña, y así preparará sus *Obras completas* (no del todo completas, como señalará en el prefacio), que saldrán en México, en la editorial Oasis, en 1966. En sus palabras de presentación, se encuentra claramente expuesta su intencionalidad objetiva, «ni partidista, ni proselitista», sino como una «obligación histórica» recuperadora. Y se quejará también del «silencio» del exilio: «... hace más de veinticinco años que empezó el peregrinaje de los liberales españoles y sin embargo, en este largo lapso, ni los principales ex-gobernantes de la Segunda República, ni siquiera las figuras menores, han publicado memorias o estudios histórico-políticos sobre aquella España». Su trabajo compilatorio constituirá una forma de ayudar a escapar a este silencio, concretándose en la personalidad más emblemática de la República, y, de esa manera, ofrecer este testimonio para las nuevas generaciones del interior de España.

Porque, en efecto, esa recuperación histórica se enlazará con otro objetivo que en Juan Marichal estará muy presente: conocer el emergente pensamiento político disidente o democrático que, dentro de la España franquista, con tanteos y dificultades, iba fraguándose. Conocimiento previo para enlazar exilio e interior. Si muchos intelectuales trasterrados, con sus dramas personales, se encerraban en sus nuevas vidas, sin duda con un meritorio trabajo académico, lo que pasaba en el interior de España era un arcano difícil de comprender. Marichal, aparcando el pesimismo, intentará acercarse a una nueva cultura democrática, minoritaria pero que pretendía abrir caminos. El pequeño libro que Marichal titulará *El nuevo pensamiento español*, que saldrá, también en 1966, en la editorial mexicana de su amigo Finisterre, pseudónimo este de Alejandro Campos, se inscribe en esta intencionalidad de enlace dinámico para el futuro. Esta obra no es un tratado, sino simplemente un conjunto de ensayos, y su mérito está fundamentalmente en estudiar lo distante para hacerlo próximo.

Sobre este libro, tuve correspondencia epistolar desde Madrid con Juan Marichal, y en Harvard charlamos sobre los personajes que quería estudiar, y que yo conocía personalmente (Laín, Giménez Fernández, Dionisio Ridruejo, Fernández de Castro). Yo le envié los diversos ensayos que ya había publicado Tierno y algunos de sus libros. Inicialmente, estos ensayos los publicará en la revista *Mañana*, que Dionisio Ridruejo lanzaba desde su exilio en París (en 1962, a raíz del congreso europeísta de Múnich). En su libro, Marichal incluirá también un epílogo y un breve discurso que titulará «Nueva apelación a la República» y otros artículos anteriores (sobre Larra, Ganivet o Unamuno).

Es evidente que la periodificación que hace Juan Marichal (en tres etapas) comenzaba en 1939 y terminaba a comienzos de los sesenta y que desde esa época ha sido ya muy perfilada (por ejemplo, por Elías Díaz). Sin embargo, su importancia hay

que verla desde esta función pionera y con la finalidad que he reiterado, de enlace y comprensión. Hay, en efecto, reconocimiento de tímidas «brechas de diálogo» en los años cuarenta (Dionisio, Laín), que se acentuarán en la década siguiente (Tierno, Giménez Fernández, Vicens Vives, Fernández de Castro) y que irán configurándose en tendencias políticas diferenciadas.

¿Cómo cualificaba Marichal este emergente pensamiento ideológico con vocación política *in fieri* dentro del sistema totalitario-autoritario español? A Enrique Tierno, al que Marichal dedica más atención, y que además conocía personalmente (Tierno había estado dando un curso en Princeton), lo ve como un «neotacitista»; a Vives, como un «historicista pactista»; a Giménez Fernández, como un «solidarista», y, en fin, a Fernández de Castro, fundador del FLP, como la «revolución de los cristianos».

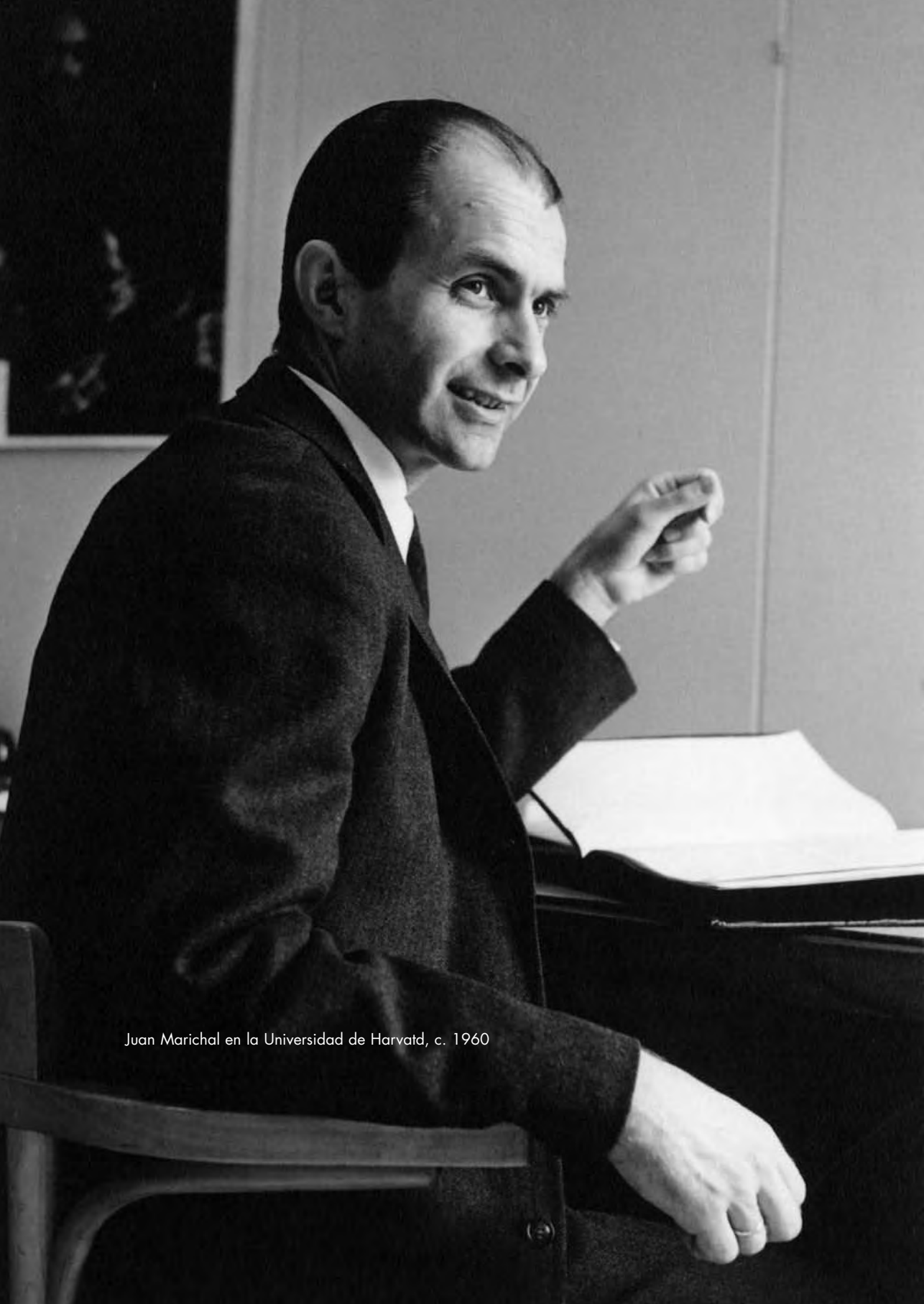
No voy en estos breves recuerdos a desarrollar esos bosquejos de Marichal, aunque sí su apreciación de Tierno como «neotacitista», juicio que, por cierto, al «viejo profesor» no le gustaba. Sobre ello, algo escribí en mi libro acerca de Tierno (Ediciones El País, 1987) y en mis *Memorias* (Taurus, 2001). Aunque Marichal no era un especialista en el Barroco español, sí le habían interesado algunos de sus exponentes políticos, y Tierno, a su vez, había leído su tesis doctoral sobre *La influencia de Tácito en los escritores políticos del Siglo de Oro español* (Murcia, 1948), y sobre el Barroco en general tendrá una reflexión constante; Marichal conectará la teoría y la praxis política de Tierno con el Barroco y, así, dirá que Tierno actuaba desde «aforismos» y no por «sumas». Es decir, disolver con cautela. «El Barroco —dirá Marichal— encontrará el Tierno el instrumento táctico que le permitió iniciar su acción política». Esta observación era, desde luego, correcta. Para Tierno, en los años cuarenta de la posguerra, acercarse al Barroco y estudiarlo no era tanto una evasión como un pretexto para debilitar la «suma» franquista. ¿Por qué a Tierno le molestaba este juicio? Yo creo que por dos razones: la primera, porque Marichal —a juicio de Tierno— no penetraba bien en un dato importante, a saber, que el tacitismo histórico actuaba dentro del sistema establecido (el absolutismo) con la intencionalidad de suavizar y racionalizar al poder, y que él (Tierno), aunque actuaba dentro de España, no estaba dentro del Régimen (oposición ilegal, pero no clandestina). Y añadía Tierno que su finalidad iba hacia la acentuación de las contradicciones para, así, avanzar hacia la democracia. La otra razón, que ni Marichal y Tierno explicitaban (su relación personal fue siempre cordial), creo que residía en lo siguiente: Marichal era un republicano histórico del exilio con la natural fijación en la República, al menos simbólicamente; en Tierno, aun habiendo sido soldado republicano en la guerra, en su planteamiento político, la salida democrática era el objetivo fundamental: la República, sin excluirla, quedaba subordinada a esta finalidad prioritaria.

Por razones familiares, Marichal, al final de sus vidas, después de volver a España, terminará su vida en México, en Cuernavaca. En Madrid lo veía con alguna frecuencia, ya que vivíamos en el mismo barrio: siempre amable. Creo que tuvo una frustración intelectual, una idea que no pudo culminar: Negrín y su recuperación histórica, pero que, como pionero, señaló el camino para otros investigadores jóvenes.

Para los amigos y admiradores que lo conocimos y tratamos, Juan Marichal, por su honestidad intelectual, por su humanismo dialogante, por su gran trabajo para unir pasado y futuro, quedará sin duda como una figura señera de nuestra historia intelectual contemporánea.

Raúl Morodo*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org



Juan Marichal en la Universidad de Harvard, c. 1960

La huella de un maestro

Christopher Maurer

Resumen: Maurer, un antiguo colega del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Harvard, recoge, en este documento, el legado de Juan Marichal como profesor, mentor e intelectual público.

Palabras clave: Juan Marichal, mentor, enseñanza en la Universidad de Harvard, intelectuales públicos, hispanismo.

Abstract: A former colleague of Juan Marichal in the Department of Romance Languages, Harvard University, reflects on his legacy as a teacher, mentor, and public intellectual.

Key words: Juan Marichal, mentoring, Harvard University teaching, public intellectuals, Hispanism.

En la universidad de Harvard algunos profesores tienen su despacho en la prodigiosa biblioteca Widener, y cuando se trataba de un catedrático esos despachos se asignaban no hasta la jubilación, sino de por vida. ¿Existirá esa costumbre todavía? Era así cuando se jubiló Juan Marichal y se marchó a España dejando su despacho de Widener a mi cuidado. En la penumbra de esa oficina, ante su bien ordenada colección de libros (con marginalia no solo de Juan, sino también de Pedro Salinas), tuve ocasión de reflexionar sobre lo que había representado mi querido colega en la universidad de Harvard y en mi propia vida.

No sé qué hacía Juan Marichal para darnos la impresión —tanto a mí como a sus estudiantes norteamericanos— de que formábamos parte de cierta España liberal que se remontaba a los tiempos de Feijóo y Jovellanos y a la España representada por este mismo *Boletín*, del que fue director. Era la España «universal» que retrataba él mismo en libros, artículos y conferencias, la España que ofrecía lo mejor de lo suyo al mundo y que sabía aprovechar los grandes aportes a la cultura de donde pudieran provenir. Marichal sabía compartir sus vastos conocimientos sobre esa España, incluyéndonos de alguna forma en ella, como si al estudiarla colaboráramos todos en un noble proyecto que hoy llamaríamos transnacional. En el aula, en su despacho de Widener, al recordar tal o cual anécdota de Unamuno, algún dicho de Azaña o alguna observación de

«mi maestro don Edmundo O’Gorman», hablaba en tono de complicidad, como si se dirigiera a «buenos entendedores» norteamericanos bien dispuestos a adentrarse en el mundo ibérico. Nos sentíamos (sé que sus estudiantes sentían lo mismo) halagados de formar parte de un grupo privilegiado. Entre guiños y alusiones, apartes y sonrisas benévolas —y en esa voz tranquila, a veces risueña y siempre prudente, con un dejo de fragilidad—, Marichal parecía confiar en nuestra comprensión, nuestra simpatía y buena voluntad. Tenía discípulos en todas partes del mundo hispánico y anglosajón, y no dejó nunca de hablar orgullosamente de los triunfos de cualquiera de nosotros. Recuerdo que cada clase suya acababa —cosa insólita en Harvard o en cualquier universidad de EE.UU.— con un aplauso de sus estudiantes, y en ese detalle cordial iban el agradecimiento y la admiración, no solo por la claridad y elegancia de las lecciones que impartía, sino porque nos dejó siempre con la impresión de formar parte de una venerable comunidad intelectual. En uno de sus ensayos recuerda Marichal lo que significaba la Institución para Américo Castro: «una huella de sutil humanidad, de emoción ante el porvenir de España, de afán de mejora, de tolerancia, de liberalismo...». Algo de ese afán nos transmitió a nosotros.

Puede resultar extraño ese *nosotros*, y quizás hago mal en hablar a la vez por mí y por sus estudiantes de Harvard, algunos de los cuales fueron también los míos. A todos —a mí, a Marichal, a ellos— nos separaban años. Pero creo que a todos, por lo menos a los yanquis, nos debió de conmovir lo mismo: si compartíamos el amor de Marichal por España, compartía este el nuestro por Norteamérica. De «marginado» no tenía nada y, aunque nos habló de su propio exilio, lo vio siempre como un componente de un drama más general; reconocía que en su propio caso le había dado una perspectiva privilegiada, pero también la responsabilidad de compartirla y explicarla. Con razón se sentía orgulloso de lo bien que se había integrado en la vida intelectual de Harvard. Poco tenía que ver Marichal con otros catedráticos extranjeros, aislados a veces —por su escaso dominio del inglés— dentro de sus propios departamentos y casi ignorados por sus propias universidades. El corazón de Marichal estaba en España, pero en los Estados Unidos vivía plenamente la vida política del país que lo había acogido. Formaba parte de una generosa corriente liberal norteamericana hoy en día casi extinta.

He hablado de un «nosotros», pero en cierta forma siempre sentí que Marichal se dirigía solo a mí, a modo de mentor, de amigo mayor. Me hablaba a veces de los que le habían precedido en su cátedra de Harvard: el poeta y traductor Henry Wadsworth Longfellow, James Russell Lowell, el historiador George Ticknor. O del amigo de este, William Hickling Prescott, historiador bostoniano de las conquistas de Perú y de Granada... Nueva Inglaterra —Boston, Cambridge— había sido la cuna del hispanismo norteamericano, y esos primeros hispanistas disfrutaron de gran prestigio en la re-



Juan Marichal con Victoria Ocampo en la ceremonia de concesión a esta del doctorado *honoris causa* por la Universidad de Harvard, junio de 1967

pública de las letras del XIX. Comentaba Marichal que esas Españas imaginadas o reales —tanto la romántica de Ticknor como la del exilio o la que era partícipe en una nueva democracia— necesitaban a alguien, a un norteamericano, a varios, que las explicaran, que las interpretaran desde las páginas de las mismas publicaciones en las que se llevaba a cabo la difusión cultural más importante del país: el *Times*, o el *New Republic*, o la *New York Review of Books*. Por mucho que respetara las labores de la filología (editó a Salinas, a Azaña y a otros) y el rigor de los grandes estudiosos especializados, Marichal no escribía principalmente para otros catedráticos. Comprendía muy bien que una de las funciones del hispanismo norteamericano era la de «evangelizar»: entusiasmar o casi enamorar a la gente —y no solo a los estudiantes que tuviéramos delante— con la historia, la cultura, la pintura, la literatura españolas y latinoamericanas (en Harvard defendió con ahínco los estudios latinoamericanos). Tal propósito —el de la difusión de la cultura hispánica— requería un estilo claro, comprensible, en una época (estoy pensando en los ochenta) en que se añadía humo a las tintas teóricas. Podría decirse que los géneros predilectos de Marichal —la conferencia y el ensayo— eran también los que mejor se acoplaban a esa tradición humanística y que invitaban —invitan— a pensar y a sentir de manera más inteligente y tolerante. En realidad, los afanes cívicos de Marichal se extendían mucho más allá del hispanismo. Ante la alarmante popularidad de Ronald Reagan, conocido en EE.UU. como «The Great Communicator», Marichal se preocupaba de la falta de intelectuales públicos. No abundaban —decía— entre sus colegas de Harvard ni en el mundo académico norteamericano profesores que tuvieran —como Reagan— la capacidad comunicativa para educar fuera del aula. Creía firmemente, antes de que esta noción se hiciera objeto de estudio en la academia, en la imperiosa necesidad del intelectual público y en los valores que implicaba: valentía, compasión, conciencia moral.¹

No sorprende, pues, la excepcional claridad, la «voluntad de estilo» de sus clases en Harvard. Esa claridad se combinaba con una visión de la literatura como «la expresión y la fuerza creadora de una forma de vida». «Lo que buscamos —decía a los estudiantes de su famoso curso sobre el humanismo hispano (Humanities 55)— es entender cómo diversos escritores han vivido la vida, han pensado la vida, han hecho la vida...». Encontraba el equilibrio perfecto entre lo colectivo y lo individual: entre el texto literario como manifestación de un «estilo vital» o de tal o cual generación y como voz singular. Hablaba, como su maestro Américo Castro, de «intransferibles singularidades». «No hay opiniones sino opinantes», decía, citando a Unamuno y

¹ Habló del tema en una serie de conferencias sobre el intelectual (siglos XIX y XX) que dio en la Fundación Juan March en 1998. Cito de la última, «1998: la desaparición del “intelectual”», que puede escucharse en la Red: <www.march.es/conferencias/antiores/voz.aspx?id=772>.

evocando el aforismo de Hipócrates (no hay enfermedades sino enfermos). Y añadía: que «no debemos decir que hay romanticismo sino románticos, de la misma forma que no hay Renacimiento sino renacentistas y no hay Barroco sino *barroquistas*». Palabras memorables de un maestro y amigo, tan atento a la fortuna de «las literaturas en lengua castellana» como a las peculiaridades de un escritor, o del joven hispanista que tenía a su lado.

Christopher Maurer*

* Dirección para correspondencia: chmaurer@bu.cdu

Juan Marichal, reconstructor de la tradición liberal española

José García-Velasco

Resumen: Juan Marichal definió a Unamuno como «*Weathermaker*, fabricante de clima» intelectual. Así se considera a Marichal en este trabajo, dada su temprana voluntad no solo de investigar y dar a conocer la tradición liberal que hizo posible una segunda Edad de Oro de la cultura española, sino de comprometerse activamente para restablecer la continuidad con esa tradición bruscamente interrumpida por la guerra civil de 1936-1939. En este doble sentido se denomina a Marichal «re-constructor», tanto por lo que hizo en su vida, de cuya última etapa se citan algunos episodios, como por sus aportaciones a la historia intelectual, centradas en el estudio de dicha tradición liberal española, con especial referencia a dos ensayos que dedicó a Giner de los Ríos.

Palabras clave: Juan Marichal, historial intelectual, tradición liberal española, Institución Libre de Enseñanza, Residencia de Estudiantes, Francisco Giner de los Ríos.

Abstract: Juan Marichal described Unamuno as an intellectual «*Weather maker*». In this work, Marichal is considered as such given his early wish not only to research but to make known the liberal tradition that led the second silver age of the Spanish culture, and, also, by his commitment to re-establish the continuity of this tradition sharply interrupted by the civil war of 1936-1939. These two reasons confer Marichal the name of «re-constructor»: as for what he did throughout his life - incidents from his late days are included; as for his contributions to the intellectual history focused on the study of the Spanish liberal tradition, mainly in two essays devoted to Giner de los Ríos.

Key words: Juan Marichal, intellectual history, Spanish Liberal Tradition, Institución Libre de Enseñanza, Residencia de Estudiantes, Francisco Giner de los Ríos.

*Para Emilia Gil Herrera, la mejor
cuidando de la amistad, como hizo
con Solita y Juan.*

Cuando se cumplen los noventa años de su nacimiento y no llega a dos de su muerte, la vida y obra de Juan Marichal van cobrando un nuevo sentido. A Marichal se le han dedicado diferentes estudios y homenajes —algunos pudo disfrutarlos en vida—, pero es ahora cuando se están poniendo las bases de un conocimiento sistemático, con la edición de su obra fundamental, que preparan conjuntamente El Colegio de México, la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Estudiantes —tres instituciones con las que Marichal mantenía estrechos vínculos—, gracias al cuidado de su hijo Carlos. Me parece un anticipo muy adecuado de este lan-

zamiento que el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (que Marichal dirigió desde 1990 hasta el final de su vida), por feliz iniciativa de su nuevo director José-Carlos Mainer, dedique un número extraordinario a estudiar diferentes aspectos de su biografía intelectual.

Mi conocimiento de los Marichal se remonta a finales de la década de los setenta o comienzos de los ochenta del siglo pasado, en el entorno de la Fundación José Ortega y Gasset, que daba sus primeros pasos. Quizá fuera en el piso de la calle Génova, donde estaba entonces instalada la Fundación, o en casa de Soledad Ortega, con motivo de uno de los frecuentes viajes a España de los Marichal, a quienes vería ya con asiduidad en la antigua Residencia de Señoritas, rehabilitada en 1983 como sede de la Fundación Ortega, en el año del centenario de su titular. Entre el grupo de intelectuales y familiares vinculados con el mundo de la Institución, de la Junta para Ampliación de Estudios y de la Residencia de Estudiantes que pude conocer en las numerosas reuniones organizadas en la nueva sede de Fortuny (todavía quedaban unos años para la refundación de la Residencia), guardo todavía fresca la imagen de Juan y Soledad Salinas caminando por el jardín con esa peculiar combinación de fragilidad y elegancia (y un indiscutible aire anglosajón) que los caracterizaba. El contraste entre la circumspecta corrección de Marichal y el sutil pero cordial, e incluso a veces surrealista, humorismo de Solita me cautivó inmediatamente.

No puedo precisar el momento en que comenzó nuestra amistad; recuerdo las visitas a su domicilio provisional, un luminoso piso en la calle Tamayo y Baus, frente al Teatro María Guerrero, que le habían alquilado a un colega norteamericano, luego en su primera casa en propiedad, en la Cuesta de San Vicente y, finalmente, en el ático de la calle Caracas, que Marichal llamó «el mirador de Solita» (e incluso diseñó un membrete con el que encabezaba sus cartas), sin duda refiriéndose a sus espléndidas vistas del barrio de Chamberí, escenario madrileño de buena parte de la historia institucionista y en el que transcurrieron también los mejores años del regreso de los Marichal a España.

Así las cosas, cuando Alicia Gómez-Navarro y yo emprendimos el proyecto de recuperación de la Residencia de Estudiantes no tuve ninguna duda a la hora de proponer que se encomendara a Marichal la lección inaugural de la nueva etapa. Fue un acto sencillo pero solemne, al que ya me he referido en otras ocasiones, celebrado la alegre mañana del 12 de junio de 1986, que reunió a un buen número de antiguos residentes y amigos de la Residencia, de la Institución y de la Junta para Ampliación de Estudios. Muchos de ellos no habían querido volver a pisar la Colina de los Chopos desde 1936. No sé bien cómo logramos hacer llegar la convocatoria a tantos. Creemos que algunos, como Justino de Azcárate, Paco Bozzano o Paco Grande Covián, fueron particularmente activos en la difusión. Lo cierto es que fue un



Juan Marichal en Princeton, 1946

día muy especial, y a ello contribuyó sin duda la lección de Marichal, «Una colina legendaria», que, después de citar la evocación de José Moreno Villa, concluía con una afirmación vibrante y entusiasta, que resultó afortunadamente un muy buen augurio:

No podía sospechar aquel *residente*, en su melancólico exilio, que *su* colina volvería a recobrar aquel añorado ritmo emulativo, en una España nuevamente dueña de su destino político y social.

Desde entonces quisimos vincular a Juan a la refundada Residencia de Estudiantes, y, cuando supe que había adelantado su jubilación en Harvard y los Marichal preparaban su instalación definitiva en Madrid, le escribí para proponerle una colaboración regular con la Residencia y ofrecerles alojamiento en ella para que se instalaran provisionalmente hasta encontrar un domicilio adecuado. Juan me contestó en seguida, el 2 de junio de 1988:

Estas líneas quieren, sobre todo, repetirte mi agradecimiento porque tu invitación equivalía a abrirme las puertas de España para el retorno al final del verano. Y quiero darte las gracias, en nombre de Solita también, por tu ofrecimiento de alojarnos en la Residencia mientras buscamos alojamiento. Éste, por suerte, ya lo teníamos y te lo indico a continuación: Tamayo y Baus, 7, sexto dcha. [...] Los dos estamos muy impacientes por llegar a Madrid, y ver a los buenos amigos que como tú tan generosamente nos acogieron. Queremos ser útiles, en lo que podamos, y sepamos, a la España de hoy, que es la *nuestra*. Al jubilarme a la edad tradicional (66), en vez de seguir hasta los 70, tendré una pensión menor, pero no quería retornar a España hecho un «viejito». Nada más instalarnos en Tamayo, 7 te llamaremos y hablaremos de planes diversos.

Como consecuencia indirecta de este doble ofrecimiento, aceptó dar un curso en la Residencia, compuesto por cuatro resonantes conferencias, dictadas en el mes de abril de 1989, que tuvieron gran éxito y supusieron la *rentrée* de Marichal en España. Él mismo, al prologar esas cuatro lecciones reunidas con el título «El intelectual y la política», evocó «el clima emocional de atención cálida y expectante que mostró el alto y variado número de oyentes aquellas cuatro tardes de un abril que fueron, para mí, memorables». Tampoco es en absoluto casual que este libro iniciara un año después la nueva etapa de las Publicaciones de la Residencia, ya que las ediciones que habíamos preparado anteriormente (los primeros facsímiles de la revista *Residencia* y del *Archivo de la Palabra*, y la historia de la Residencia de Margarita Sáenz de la Calzada) aún se habían publicado bajo el sello editorial del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

De este modo, Juan Marichal se convierte en uno de los primeros asesores de la Residencia en esta nueva etapa y, en algunos de sus textos más significativos de esos años, va refiriéndose a la continuidad que había restablecido la nueva Residencia con su tradición fundacional, la vista puesta en «los iniciadores del designio modernizador con la voluntad de proseguirlo». Por citar un ejemplo, la última versión de su texto significativamente titulado «Presencia de Giner» (1998), concluye así: «Lo real es que hoy, aquí, en esta Residencia que realizaba y realiza lo que él soñaba para España, Giner está aquí, ahora».

Como el libro de Juan Marichal fue el primero de los que hoy son ya más de un centenar de títulos, decidimos incorporar en la solapa una declaración de intenciones que quería ser un homenaje a Alberto Jiménez Fraud, reproduciendo casi literalmente parte de sus palabras en el primer prospecto de las publicaciones, cuando se iniciaron en 1913, repetidas después e incorporadas por don Alberto, ya con su firma, en *Ocaso y restauración*. Asumo enteramente la responsabilidad de este piadoso latrocinio, que emocionó a Marichal:

Estas publicaciones responden a la necesidad de buscar una expresión de la actividad que en la Residencia y en torno a ella se ha ido, de nuevo, desenvolviendo [...]. La obra de la Residencia ha sabido, hoy como entonces, atraer la atención y el apoyo de artistas, científicos y políticos, que trabajan unidos a su lado como si se tratase de una obra propia, y este núcleo, formado en torno de la Residencia, se ha dispuesto con devoción y entusiasmo a sembrar en ella y desde ella la cultura del futuro.

Ese mismo año 1990 Marichal había sucedido a Antonio Jiménez Landi en la dirección del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que ya había recogido en el número 1 de su segunda época, de marzo de 1987, el texto completo de «Una colina legendaria»¹ (ya que los trabajos de recuperación de la actividad pública en la Institución y en la Residencia arrancaron prácticamente a la vez y han transcurrido paralelamente desde entonces, cada vez en más estrecha colaboración).

Desde el primer momento Solita y Juan se incorporaron a la vida de la Residencia, formando parte de un extraordinario grupo de amigos y bienhechores que, trabajando «unidos a su lado, como si se tratase de una obra propia», fueron sin duda los nuevos «espíritus de la casa». Esta tarea de siembra en la Residencia y desde la Residencia de «la cultura del futuro» —sin la que no hubiera sido posible el éxito de nuestro plan de recuperación— requería, requiere y seguirá requiriendo numerosas gestiones discretas a favor de las diferentes necesidades del proyecto. Los Marichal

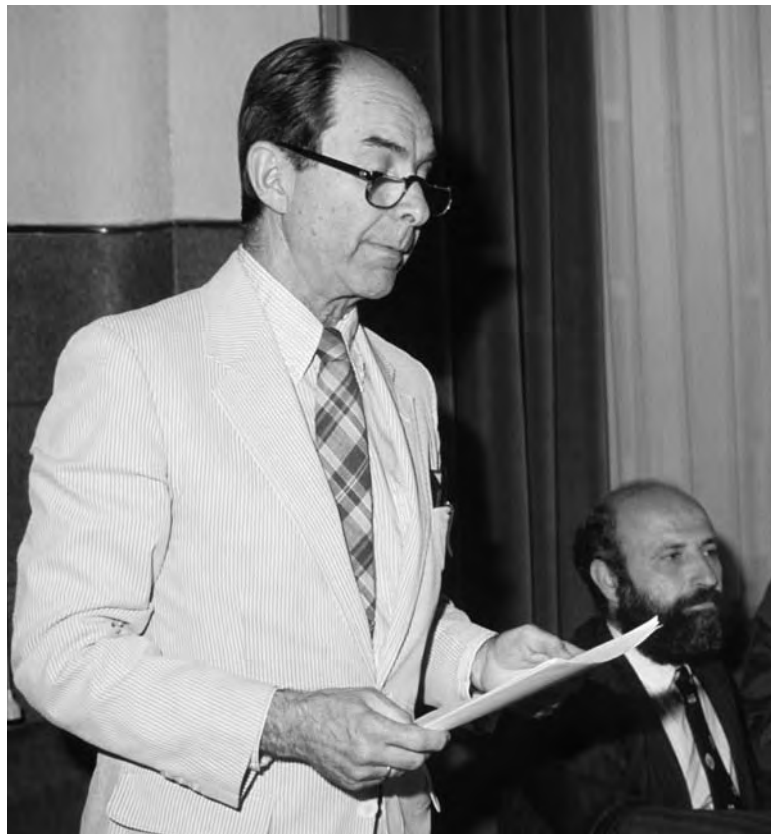
¹ Omito la referencia completa de cada una de las publicaciones de Juan Marichal citadas en este trabajo, ya que todas ellas están recogidas en la bibliografía publicada por C. Maurer y J. Valender en este número del *BILE*.

siempre lo apoyaron con entusiasmo, y en ese tipo de gestiones se desenvolvió con su característica elegancia y delicadeza Solita Salinas. Por ejemplo, en la recuperación de las fuentes documentales y bibliográficas. Cuando llegamos a la Residencia no quedaba ni un papel ni un libro de lo que había constituido su rico patrimonio en 1939, antes de ser ocupada por las tropas de aviación franquistas. Nos propusimos recuperar no solo los fondos de la Residencia, sino todos lo que pudiéramos reunir de quienes estuvieron relacionados con ella, con la Junta y con la Institución. Al frente de ese programa tan ambicioso (que se había iniciado con la generosa donación por parte del CSIC en 1989 del archivo de la Junta y la biblioteca del Museo Pedagógico) se nombró a Jaime Salinas. Ya habían llegado los fondos de la Fundación Federico García Lorca y, para acompañarlos, el hijo de José Moreno Villa nos envió la biblioteca y el archivo de su padre en diciembre de 1990. Un año después, gracias a la intermediación de Jaime y de Solita Salinas, su primo Pablo Sánchez Bonmatí nos vendió en unas condiciones inmejorables el fabuloso fondo reunido por su padre, el residente León Sánchez Cuesta, casado con Andrea Bonmatí (hermana de Margarita, la mujer de Pedro Salinas), mítico librero de la España de entreguerras, con una riquísima correspondencia, una excelente biblioteca y una colección única de revistas de vanguardia. Desde ese momento comenzó un camino que ha permitido a la Residencia reunir una de las colecciones documentales más importantes, si no la principal, para el estudio de su historia, de la historia de la Junta y de la Institución Libre de Enseñanza.

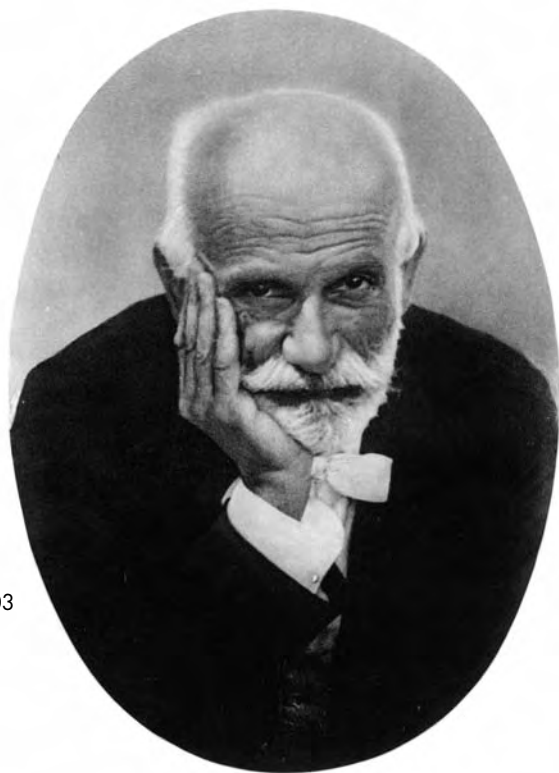
Otro aspecto en el que brillaba el genio de Solita era su facilidad para manifestar su afecto, para agradecer cualquier cosa. Conservo notas exquisitas. Por ejemplo, tras la sencilla fiesta que reunió en la Residencia a un grupo de amigos de los Marichal, con motivo de sus bodas de oro, en junio de 1997; o del proceso de reedición en las Publicaciones de la Residencia de su magnífico estudio sobre Alberti.

Ya me he referido al sentido del humor de Solita. También lo tenía Marichal, pero eran muy diferentes. El de Juan estaba decantado en sus años de formación académica, yo diría que iniciado en su trato con su maestro O'Gorman, en quien se fusionaba la ironía anglosajona con el barroco mexicano. Era muy frecuente escuchar o leer un comentario jocoso de Marichal, pero sin que abandonara nunca su fuerte impronta ilustrada. En la iluminadora y emocionante correspondencia con su padre que publica Carlos Marichal en este *BILE*, se encuentran excelentes ejemplos de ese humor, como la burlona visión que da de sí mismo en la carta del 13 de septiembre de 1976, al citar un diálogo con un asistente a una conferencia suya en Colombia:

² Las citas que haré en lo sucesivo proceden en su totalidad de la correspondencia entre Juan Marichal y su hijo Carlos que se publica en este número del *BILE*. Omito la referencia completa, ya que se puede encontrar en dichas páginas.



Juan Marichal, junto a Juan M. Rojo, leyendo su conferencia «Una colina legendaria» en el acto de restitución de su nombre a la Residencia de Estudiantes, 12 de junio de 1986



Francisco Giner de los Ríos en 1903

[...] un marxista me acusó de ser un historiador romántico. Y yo le dije que desde ese momento iba a ostentar esa designación, pues ya estaba un tantito cansado [...] de estar en el siglo XVIII.²

Solita era mucho más expansiva, y su alegría siempre tenía un toque popular. Aunque guardo algunas de sus cuartetas, escritas en unos divertidos billetes con los que te invitaba a comer o te felicitaba por alguna razón, lamento infinitamente haber perdido las aleluyas, algo malévolas, *comme il faut*, que me envió con motivo de mi incorporación en 1996 al patronato de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, a propuesta del presidente, Julián de Zulueta, y de Juan Marichal.

También me he referido a la apariencia de fragilidad en los Marichal. En Solita se complementaba con su maravillosa humanidad, compuesta a la vez de inteligencia y sentimiento, de la que pudo sacar fuerzas y clarividencia hasta el final. Juan ese punto de fragilidad lo conjugaba con una firmeza moral de la que siempre hizo gala. Por lo que a mí se refiere, son muchas las cosas que tengo que agradecer a ese carácter de Juan, capaz de sobreponerse a la adversidad y hacer valer lo que consideraba justo.

También supo ser generoso. Una delicada cuestión en la que me tocó jugar un papel mediador fue la edición de algunos libros de don Pedro Salinas, como el de su correspondencia con Katherine Whitmore. Juan, que se resistía enérgicamente a publicarla, me pidió que hablara en nombre de ellos con su editor, mi buen amigo Enric Bou. Después de hacerlo, una tarde me senté en la sala de estar de la calle Caracas, amueblada con aquel inolvidable aire entre nórdico e institucionista, y Juan escuchó en silencio mi caluroso alegato a favor de la publicación. Pasó un tiempo y llegaron las navidades de 2001, especialmente duras para los Marichal, ya que Juan estuvo bastante enfermo. El día de Nochebuena fuimos a verles Beatriz, mi mujer, nuestros dos hijos y yo, y estuvimos unas horas charlando, escuchando divertidas historias y cantando villancicos. De vuelta a casa, a media tarde, sonó el teléfono, y Solita, con su alegre hilo de voz, me dijo: «Hemos estado pensando qué regalo hacerte por Reyes y hemos decidido que puedes decir que autorizamos que se publiquen las cartas con Whitmore».

El proyecto de recuperación de la Institución Libre de Enseñanza y el de la Residencia de Estudiantes tienen también contraída una deuda con Juan Marichal como historiador, debido a las materias a las que consagró la mayor parte de su labor, referidas a esa «segunda Edad de Oro liberal», para decirlo en sus propias palabras. En carta a su hijo Carlos del 12 de agosto de 1975, Marichal dice del primer tercio del siglo XX, especialmente en literatura y pensamiento: «Creo que son las tres décadas más significativas de la historia moderna de España en términos universales». Y en un texto recogido en *El designio de Unamuno* (2002), añade: «En la historia de la cultura es-

pañola hay dos épocas de significación universal: la de Cervantes y Velázquez (1547-1660) y la de García Lorca y Ortega (1898-1955)».

En numerosas ocasiones se ha referido Marichal a lo largo de su obra al carácter proyectivo que tiene el estudio de la historia, su vinculación con el presente y con la construcción de un futuro mejor. Marichal solía citar los versos de Machado con los que quiso encabezar uno de sus últimos libros:

[...] hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

Pero esta conciencia de las relaciones pasado-presente (muy viva en la historiografía anglosajona en los años de mayor producción de Marichal) no menoscaba el rigor de su producción desde sus primeros textos, en los que ya se manifestaba esa «voluntad de estilo», que no lo es solo en cuanto al cuidado formal de la escritura, sino a la intrínseca relación que esa manera de contar tiene con el rigor conceptual. En una lectura cronológica de la obra de Marichal se aprecia ese trabajo continuo por aquilatar el relato, por dotarlo de una densidad cada vez mayor, para que sea capaz de dar cuenta de la complejidad de los hechos históricos. Por eso en las sucesivas reediciones de sus ensayos se pueden encontrar las huellas de esta labor de depuración. Hay que advertir que en Marichal la palabra *ensayo* está crecientemente impregnada de un significado institucionista: ensayo no como divertimento, sino como proceso por el que la ciencia va alumbrando el conocimiento por el método de prueba y error, porque el pensamiento de Marichal evoluciona al tiempo que recorre una senda iniciada en su juventud por encontrar una voz propia. Como escribió en el prólogo de *La voluntad de estilo* (1957):

«El estilo es camino, y es a la vez lo que camina como es un río. No un camino por el que se va, sino un camino que nos lleva», así describía Unamuno en 1924 (recordando probablemente un texto de Fray Luis de León) la función impulsiva de un estilo literario. Pero es también cierto que la formación de una personalidad literaria participa del carácter dramático de toda vida humana: que en ella se da un conjunto significativo de aceptaciones y rechazos ante las posibilidades expresivas y comunicativas de un idioma. O sea que el estilo es simultáneamente «un camino que nos lleva» y un esfuerzo del escritor por encauzarse a sí mismo: de ahí que el concepto y la expresión de «voluntad de estilo» —procedente del término alemán *Stilwille*— recoja tan apropiadamente las dos condiciones apuntadas.

El acierto de Marichal estriba en haber sido, gracias a este método de trabajo, capaz de alumbrar un «tono» caracterizado a la vez por la sencillez y por la eficacia pa-

ra mostrar la complejidad que es propia de la historia intelectual. Es preciso advertir que en sus textos, de exquisita factura, hay mucho más de lo que parece en un relato aparentemente ligero, contado sin la menor afectación y con una marcada economía de medios. La citada correspondencia con su hijo Carlos contiene diferentes muestras, entre bromas y veras, de ese rechazo suyo de la pedantería, muy propio de la herencia ilustrada a la que siempre se mantuvo fiel.

Esa riqueza y fuerza interior que tiene la obra de Marichal es posible, ante todo, por una intensa labor de acopio y selección de datos que luego son transformados para convertir en conocimiento la nueva erudición, lo que tampoco se podría hacer sin una firme voluntad de trascender el recuento de hechos aislados con la mirada propia de un maestro de historiadores. Como se refleja en la carta del 22 de agosto de 1975, cuando Juan Marichal menciona que ha animado a su amigo Bill Callahan:

[...] a emprender trabajos de gran alcance, de «alto vuelo», como decía don Américo [...]. Hay tanto por hacer en historia de los países «nuestros» —y de tanta importancia que hay que evitar lo que Tierno llama las trivialidades de los eruditos.

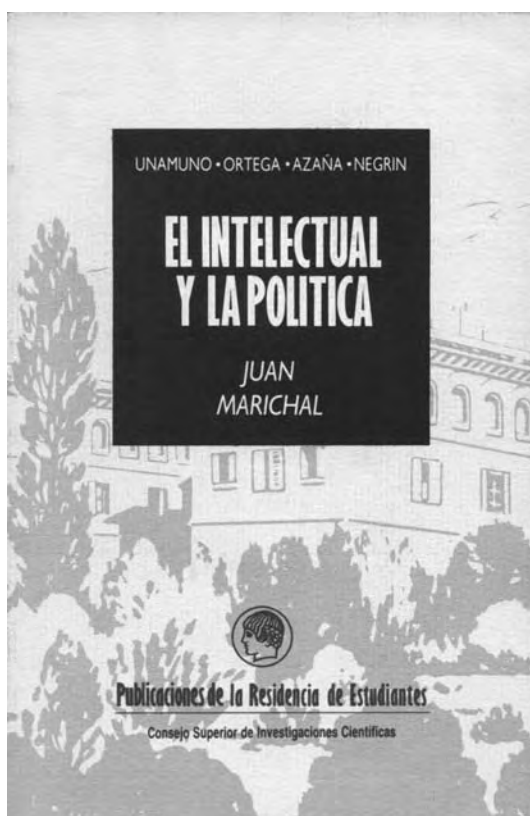
Tal vez debido a este anhelo, hay en la obra de Marichal más audacia de la que un lector no familiarizado con las disputas de escuela pueda percatarse con facilidad. Al cabo, en esa obra no muy extensa, pero inspiradora, cada vez más aquilatada y enjundiosa, Marichal ha conseguido proyectar su influencia sobre el quehacer de historiadores coetáneos y posteriores, y es posible que su vigencia sea aún mayor en el futuro, cumpliéndose así el sueño que confesaba a su hijo Carlos en la mencionada carta del 22 de agosto del 75:

[...] me vas a decir [...] que soy un pedantón que quiero soñar con Tucídides («escribir para la eternidad...»).

Una de las aportaciones que considero sustanciales de Marichal es su perspectiva comparatista de la historia de España, una perspectiva que se ha ido afinando a lo largo de su obra. Ya desde sus primeros trabajos Marichal hace una historia europea, o si se prefiere occidental, de España, y descarta *de facto* el clásico punto de vista del hispanismo que consideraba la cultura española desde la diferencia y, a menudo, como una corriente marginal de la historia europea, mientras que, especialmente para el último Marichal, para decirlo con sus propias palabras, la española es una historia «enteramente europea». Sin embargo, hay una evolución en este punto de vista. Todavía en *La voluntad de estilo* considera que:



José Luis Yuste, Juan Marichal y José García-Velasco
en la presentación del libro *El intelectual y la política*
en la Residencia de Estudiantes, junio de 1990



[...] a pesar del gran trabajo de los eruditos españoles del siglo XVIII, en la historiografía trans-pirenaica no se llegó a sentir (con agrado por parte de muchos) la presencia de España. De ahí que Guizot estuviera hasta cierto punto justificado al afirmar que podía explicarse la historia de la civilización europea sin necesidad de tomar en cuenta el «factor España».

Probablemente está presente en esta ambivalencia la que mantenía su maestro Américo Castro:

Ha habido, desde luego, en la vida de Américo Castro y en la historia de su pensamiento un momento semejante al del «relámpago de julio» (1830) de Jules Michelet: la guerra de 1936-1939 hizo sentir al historiador español, agónicamente, la confirmación de su idea sobre la peculiaridad dramática de la historia de España.

Pero esa ambivalencia lleva también la simiente de un pensamiento que vuelve a situar la historia intelectual hispánica dentro de las corrientes universales, gracias a la influencia de la Institución Libre de Enseñanza, y singularmente de Francisco Giner y Manuel B. Cossío:

En Cossío, veía Américo Castro, la continuidad, intensificada, de la actitud de Giner: la transformación de España habría de apoyarse en la «deleitosa contemplación de las raíces hispanas». Añadiendo: «este hombre ultramoderno se extasiaba ante la España vieja, que él sabía hacer revivir». Palabras que, evidentemente, se podrían aplicar a don Américo y su obra desde 1939. Cabría, por lo tanto, mantener que en la formación del pensamiento literario e histórico de Américo Castro, la *Institución* encarnada por Giner y Cossío desempeñó una función intelectual decisiva: la de mostrar que podía exaltarse «la fascinante singularidad de España» sin abandonar las aspiraciones modernizadoras del liberalismo hispánico contemporáneo.

Ya en este último texto, de fecha muy posterior (publicado en un volumen de homenaje a don Américo por la Universidad Complutense en 1978), es posible detectar una evolución del pensamiento de Marichal, que se había ido distanciando cada vez con más claridad de la perspectiva castiza, convirtiéndose en uno de los primeros historiadores españoles que van a estudiar nuestra historia intelectual en su contexto «natural» europeo, del mismo modo que será de los primeros en abordar los fenómenos latinoamericanos en su conjunto. A lo largo de su producción podemos comprobar cómo se va entreverando el análisis de autores, obras y hechos históricos con otros procedentes de diferentes países europeos y americanos, desde una perspectiva crecientemente comparatista. El propio Marichal advierte en *El intelectual y la política*, obra de

madurez pero de fecha todavía temprana para una tendencia historiográfica que hoy podemos considerar afortunadamente consolidada:

No es, por tanto, ocioso volver a recordar unas palabras de Tocqueville adaptándolas a España: el historiador que no mire constantemente más allá del Pirineo no podrá entender, ni menos organizar, la historia española.

Otro aspecto que muestra la manera de trabajar de Marichal es que su análisis de cada autor, obra o fenómeno siempre está sometido al contexto histórico. En *El intelectual y la política*, al denunciar la escasez de obras completas y ediciones críticas de autores españoles, lamenta que muchas de las existentes carezcan «de orden cronológico», «de orden genético», como solía decir don Miguel de Unamuno, y añade:

Es, pues, necesario prestar atención cronológica (por así decir) a la biografía intelectual de Unamuno, para poder reconstruirla con fidelidad a la amplitud de su espíritu.

Me parecen muy ilustrativos de esta «manera» sus dos textos sobre Giner, dos pequeñas joyas que considero especialmente adecuadas para el *Boletín de la Institución*. Marichal hace un retrato del maestro analizando su producción en dos momentos muy diferentes: un escrito de juventud, publicado seis años antes de la fundación de la Institución, y una correspondencia, fechada en los últimos años de su vida, con el joven Ortega, quien le sucedería en el liderazgo de la cultura española de su época. Hace así dos calas en esa «segunda Edad de Oro» de la cultura española y, a través del análisis de esos dos episodios escogidos de la vida de Giner, traza una línea que apunta un nuevo enfoque, una historia más general, «de gran alcance».

El primero de estos breves ensayos fue escrito originalmente como contribución a una de las cinco mesas redondas programadas por la benemérita Asociación de Mujeres Universitarias en el centenario de la Institución Libre de Enseñanza, en su sede del Instituto Internacional de Miguel Ángel, 8 —publicadas el año siguiente en la editorial Tecnos—. El texto se leyó el 5 de marzo de 1976 y posteriormente fue reelaborado y ampliado con motivo del homenaje a Marcel Bataillon editado en 1978 por el Collège de France. Finalmente Marichal publicó una versión que matiza y complementa las anteriores en una de sus últimas recopilaciones (*El secreto de España*, 1996), que, a mi juicio, eran también —en el sentido que he venido exponiendo en estas páginas— reformulaciones. Al analizarlo someramente emplearé las dos versiones que considero complementarias. La de 1977 comienza por presentar en su contexto, primero internacional, luego hispánico, el ensayo de don Francisco:

En un año tan cargado de historia como el de 1870, el año de la proclamación de la infalibilidad papal, el primer año de la unidad nacional italiana, el año final del segundo imperio francés y también el año de la elección por las Cortes de Amadeo de Saboya para la corona española, sin olvidar, claro, el asesinato del general Prim; en ese año, tan marcadamente transitivo de la historia europea, publicó el joven Giner uno de los ensayos más reveladores de su biografía intelectual: *La juventud y el movimiento social*. Es un ensayo de introspección colectiva, con la acritud usual de todo examen de conciencia juvenil, pero también con la afirmación esperanzada de quien se sabe en el camino cierto de la advocación. [...] Giner sabía, desde luego, que a la generación española de entonces había tocado vivir una etapa histórica, no sólo española, singularmente difícil. Escribía: «Es heroica empresa la de vivir en la transición más radical y profunda que hasta hoy contemplara Europa».

En medio de esta crisis finisecular que estaba alumbrando la modernidad, las jóvenes generaciones, según Giner, se veían abocadas a una encrucijada:

A esta juventud inteligente, activa y enérgica, que quiere vivir, no vegetar, y a quien no arredra la lucha, se le ofrecen dos caminos harto diferentes. Comienza el uno en la abdicación de todas las ideas generosas que siente hervir en su espíritu y conducen a la gloria y al éxito. El otro, fiel a esas mismas ideas, lleva las más veces a la oscuridad y casi siempre al infortunio. ¡Y ha de elegir entre ambos!

No es difícil, desde una visión retrospectiva, considerar que este último camino de «oscuridad», e incluso de «infortunio», fue el escogido por don Francisco, pero Marichal procura analizar la complejidad de una propuesta como la que hace Giner, capaz de aunar —en rara pero característica síntesis— radicalismo y pragmatismo.

Para Giner, la política práctica no podía desdeñarse, puesto que solamente así, ejerciéndola, podían hacerse gacetales, como él decía, las buenas ideas. Casi me atrevería a afirmar que considero que Giner tuvo una simpar capacidad política, en la más noble acepción de la palabra, en la España de su tiempo. De ahí, sin embargo, aunque esto pueda parecer sumamente paradójico, que Giner desde 1870 practicara a la vez el apartamiento, o sea, el rechazo del camino profesional político, y la dedicación constante a un firme ideal. [...] Giner, el joven y lúcido Giner de 1870, quizá por aliarse precisamente en aquel dramático año de encrucijada espiritual y política europea, pide a los jóvenes intelectuales españoles de su tiempo que no cejen en querer mejorar la vida nacional, pero les muestra cómo levantarse sobre los intereses subalternos para así poder ser políticos efectivos, gacetadores, por así decir. En verdad, Giner aconsejaba finalmente, a la juventud coetánea suya, que tendría que mantener



Alicia Gómez-Navarro y Solita Salinas en los jardines de la Residencia de Estudiantes, julio de 2002



Solita Salinas, Jaime Salinas, Juan Marichal y José García-Velasco en la Residencia de Estudiantes,
marzo de 2001

siempre convicciones firmes, inflexibles, [...] pero sobre todo, y citemos otra vez sus palabras, «mientras nuestra juventud no se decida a rendir en el altar de la patria la esperanza de sus propios medros personales, todos los planes de reforma social, imposibles sin su cooperación, serán ilusorios y frustrados».

En la última versión de este mismo estudio, Marichal completa su análisis con importantes aportaciones. Discrepando de la corriente interpretativa mayoritaria (representada por opiniones tan cualificadas como las de Cacho Viu, López Morillas y, sobre todo, Castillejo), niega que en este ensayo de Giner se destile una opinión enteramente desengañada sobre el legado del Sexenio Democrático:

Estimo, no obstante, que del ensayo de 1870 —leído dentro de sus precisas circunstancias españolas— se desprende una imagen de Giner sensiblemente distinta a la trazada por los comentadores aludidos. Aunque la carencia de datos cronológicos y bibliográficos —en el texto del ensayo impreso en las *Obras completas* (vol. VII) de Giner se indica escuetamente el año, 1870, sin mención del lugar de publicación originaria— dificulta evidentemente la ubicación del ensayo de Giner en su contexto histórico.

Precisamente por las razones expuestas anteriormente, al analizar cómo plantea el joven Giner resolver la alternativa entre acción y principios, Marichal concluye ahora que «el ensayo de 1870 muestra una muy singular aleación de firmeza ideológica y de cordura táctica». Finalmente subyace en esta nueva posición hermenéutica de Marichal el análisis de los textos del último Giner, valorando positivamente el legado de «la Gloriosa»:

No había duda para Giner —en la primera década de este siglo, la de su más efectiva acción intelectual— que la llamada *Gloriosa Revolución* de 1868 había marcado el comienzo de un lustro excepcional en la historia de España [...]. Así, en 1911, en el volumen de homenaje a la memoria de Nicolás Salmerón [...] Giner alude al «relámpago casi europeo de la Revolución de Septiembre». Cuyo efecto en la vida universitaria española fue, según escribe en 1902 [...], «un desarrollo que maravilla por lo rápido al cual no ha vuelto [la universidad española], ni con mucho, todavía». Aunque también señala Giner que en los años aludidos «las turbulencias estudiantiles» abundaron, motivadas por el «ambiente general de rebeldía propio de las épocas revolucionarias». Mas la actividad universitaria cobró entonces, rememora Giner, una significación enteramente nueva en la vida española («la sociedad empieza a penetrar e interesarse en la Universidad, que le abre sus puertas de par en par»). [...] En suma, para el Giner que establece, treinta años más tarde, el balance del lustro 1868-1873

—o sea, el balance de la acción política e intelectual de su propia generación, la de los jóvenes profesores universitarios de 1868—, el saldo es manifiestamente favorable.

El segundo ensayo fue el fruto de otra invitación que pude hacerle para hablar en la Residencia, con motivo de la presentación de la edición definitiva y ampliada de la historia de la Institución Libre de Enseñanza de Antonio Jiménez-Landi, quien también participó en el solemne y emotivo acto celebrado en el aula magna del Instituto Rockefeller el 20 de enero de 1997 (la Residencia estaba en plenas obras de rehabilitación). El texto se publicó en el número 28-29 del *BILE*, de diciembre de 1997, y posteriormente en el número 5 del boletín que editaba la Residencia, con fecha de abril de 1998. En él analiza el epistolario de Giner con José Ortega y Gasset. En los años que median entre su regreso de Marburgo a finales del verano de 1907 y febrero de 1915 es cuando Ortega va a estrechar su breve e intensa relación con don Francisco. Juan Marichal cita la sabrosa carta del maestro a un joven Ortega, al que incita a la ironía frente a una cierta propensión al dogmatismo:

Quizás en una carta a Ortega (cuando el joven profesor estaba en Marburgo) expresó Giner muy claramente lo que constituyó su creencia intelectual: «siempre vuelvo a mi tema que usted conoce bien: lo de Hamlet a Horacio, “la realidad es mucho más compleja que nuestras fórmulas”». Giner «modernizaba» así las famosas palabras de Hamlet [...]. Y cabe conjeturar si no habría en dicha cita una alusión a conversaciones entre don Francisco y su joven amigo, que gustaba de las «fórmulas». Mas lo admirable en esa amistad de dos grandes cabezas valientes del comienzo de este siglo español es, sin duda, su coincidencia en un depurado patriotismo.

He aquí reunidos, en esta preciosa cita, algunos de los ingredientes que he venido analizando en el arte de Marichal: la complejidad de lo humano y, específicamente, de la historia intelectual; la fina ironía de don Francisco y la de Marichal, y, por encima de todo ello, un depurado patriotismo, en Giner, en Ortega y también en el propio Marichal, en todos ellos afincado en la tradición liberal. Su continuidad hasta nuestros días ha sido analizada por Marichal en sus diferentes ensayos, que abordan otros tantos momentos en ese continuo:

La amistad de Ortega con Giner fue particularmente reveladora de una afinidad intelectual [...]. La amistad [...] muestra también un rasgo de la historia de España que debe acentuarse: la continuidad intelectual (¡y política!) de la España europeísta representada por tres generaciones sucesivas, la de Giner [...], la de Unamuno [...] y la de Ortega [...]. Y en esa continuidad espiritual, Giner [...] se destaca por una aleación única de humildad y firmes convicciones.

Una aleación a la que tampoco fue ajeno Marichal, para quien «la virtud máspreciada [es] la que podría llamarse “pudor del pensamiento”, la más opuesta a las feas ostentaciones dizque intelectuales de tanto exhibicionista» (en elogio de Francisco García Lorca, recogido por Manuel Fernández Montesinos en sus memorias [Tusquets, 2008]).

Marichal definió a Unamuno en «Una colina legendaria» como «*Weathermaker*, fabricante de clima» y, aunque él nunca fue ni aspiró a ser un agitador intelectual como el rector de Salamanca, lo cierto es que su obra ha contribuido decisivamente, a mi juicio, a la reconstrucción historiográfica de esa «otra» gran tradición española que es la tradición liberal. Si hoy, de nuevo, se considera casi unánimemente que forma una parte sustancial de la historia de la cultura española y universal, es gracias a aportaciones como la de Marichal, quien también trabajó junto a su inseparable Solita Salinas por recuperar la continuidad en nuestros días del proyecto modernizador encarnado por la Institución Libre de Enseñanza y los centros vinculados a ella, como la Residencia de Estudiantes.

Así, en su vida y en su obra, Marichal fue fabricante, constructor de puentes entre la España con la que hubo de transterrarse y la nueva democracia española que ayudó a construir, escribiendo (pues «no está el mañana —ni el ayer— escrito»), como historiador y como ciudadano, páginas magistrales, algunas de ellas citadas aquí, en testimonio de gratitud y homenaje.

José García-Velasco*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

Juan Marichal, la melancolía del hijo pródigo

Juan Cruz

Resumen: El artículo es una semblanza biográfica de Juan Marichal evocándolo en los lugares y paisajes de su infancia y juventud a los que regresó en los años finales de su vida, sobre los que se proyecta la insalvable distancia de los años de exilio. El texto comenta y se apoya, además de en los propios recuerdos del autor, en la biografía de Juan Marichal, *Testimonio de un isleño*, de Julia Cela.

Palabras clave: Juan Marichal, biografía, exilio, Julia Cela.

Abstract: The article includes a few words on Juan Marichal's life. Cruz recalls him in the places and landscapes of his childhood and early adulthood where Marichal came back at the end of his days and over which he projected an insuperable distance after years of exile. The text comments and supports Juan Marichal's biography, *Testimonio de un isleño*, by Julia Cela, besides the memories of the author.

Key words: Juan Marichal, biography, exile, Julia Cela.

Escribo frente a la última casa en la que vivió Juan Marichal en Madrid. La describe muy bien, con todo lujo de detalles, Julia Cela en su hermoso retrato de este hijo pródigo de la España más cruelmente azotada por la guerra, la España de los nacidos en los años veinte del siglo XX.¹

Era una casa para estar, la última casa, quizá, de su vida, pero don Juan, acaso como Solita, su mujer, la hija del poeta Pedro Salinas, tuvo una sola casa, y esta era una casa mental, la geografía desprendida de su vida, aquel hogar movable que fue la experiencia de la República, cuyo fracaso fue también el fracaso de su generación y de su vida.

A lo largo del tiempo esa historia de desasimiento se fue restaurando, pero ahí quedaba el dolor de la diáspora, como un símbolo; el exilio terrible que él (como tantos) sobrellevó tan solo porque nunca perdió la inveterada costumbre de aprender.

Pero aquí está la casa; ahora hay luces, pero ya no son las luces de Solita leyendo y don Juan leyendo también, a la luz baja del atardecer, buscando entre los libros viejos y los periódicos del día la razón esencial de la vida: estar con otros, vivir la historia, sentir que la historia no pasa sino que se queda, que es parte de una historia más grande, y en esa historia más grande están las aventuras, los viajes, pero sobre todo los sinsabores, el alimento, fértil a veces, amargo tantas otras, de la melancolía.

¹ Juan Marichal (2011): *Testimonio de un isleño*. Las Palmas: Gobierno de Canarias.

La casa está habitada, otra vez; durante algún tiempo, desde 2003, cuando los Marichal se fueron a Cuernavaca (México), con Carlos, el hijo, y la esposa de este, Soledad, la casa ha sido para mí y para los que entonces nos ocupamos de la pareja Juan-Solita (Salinas de Marichal) como un faro, una cuenta pendiente, un lugar que fue sitio de encuentro y que ahora está dominado por el aire opaco de las ausencias. No están Solita y don Juan, y para muchos de nosotros esa presencia, la posibilidad de su conversación sosegada, pero a veces también inquieta, azotada por el malestar de tantas experiencias pero animada por la sabiduría de tantas enseñanzas, era como la posibilidad de vivir no solo la historia que estaba ocurriendo, sino aquella que ellos vivieron en tiempos oscuros o en tiempos de mayor mansedumbre.

Esa casa es un ático en la calle Caracas; desde 1989, cuando regresaron definitivamente a España, jubilado ya don Juan de su cátedra en Harvard, el matrimonio buscó de todas las maneras posibles vivir justamente aquí, en el cogollo del barrio de Chamberí, cerca de la Institución Libre de Enseñanza, al lado de la Fundación Ortega y Gasset, instituciones que tuvieron la generosidad de alentar, en esos años de retiro forzado por la edad, que no por la inteligencia, el entusiasmo de don Juan por seguir aprendiendo para seguir enseñando. Vivieron cerca del Teatro María Guerrero, en la cuesta de San Vicente..., fueron también a hoteles hospitalarios adonde don Juan trasladó los materiales de su obsesión por la escritura comprometida con la historia, pero esos eran círculos que ellos superaban en busca del verdadero destino: el barrio donde él fue un adolescente atribulado por un tiempo terriblemente sombrío e inesperado.

Este barrio tenía mucha significación para él, y Julia Cela lo destaca en su libro. Don Juan y su hermano Carlos, que eran inseparables, y desde niños ya sabían que uno sería escritor y el otro pintor, se vinieron a Madrid cuando murió la madre de ambos. Se vinieron a vivir con un tío, destacado político socialista de la isla, porque no quisieron quedarse con su padre, un comerciante cuyo luto duró, a juicio de Juan, demasiado poco. Aquí los agarró, en los primeros años de la adolescencia, la guerra incivil (así la llamaba don Juan), y fue en este barrio de Chamberí donde Juanito presenció los efectos de esa construcción del odio que dio al traste con la ambición republicana de un pueblo que empezó a matarse.

Desde entonces, desde esa etapa cruel de los bombardeos, desde aquella diáspora que lo llevó a distintos lugares de España y del norte de África hasta el exilio final en México y su posterior trabajo académico en Princeton (con don Américo Castro, uno de sus grandes maestros) y en Harvard (hasta su jubilación), Marichal vivió pendiente de aquel hilo argumental que marcaría su memoria y su conciencia: la raíz incivil de la guerra entre españoles.



Juan Marichal en Gott's Island (Maine), c. 1960



Solita Salinas en su estudio, c. 1960

Una vez restauradas las libertades civiles, otra vez la democracia entre nosotros, don Juan quiso vivir los últimos años de su vida allí donde la vida, en 1936, no era sino maldad e incertidumbre. Como si quisiera reducir a metáfora los tiempos del oprobio (la guerra, la razón del exilio, la diáspora, que fue un tesoro, porque aquilató el valor de los que se fueron, en contraste con la pobreza intelectual que alentó el franquismo), Marichal regresó al instante de su vida en el que había sido feliz. Pero era tan tarde ya, el hijo pródigo tenía ya incrustada en el alma la razón de su melancolía.

Pero aquí estaban, buscaban la paz, el regreso, la normalidad en una historia que desde 1936 siempre se mantuvo entre sobresaltos que acentuaron su melancolía. Por eso esta casa, que es la casa de la paz, es tan importante en las vidas de don Juan y de Solita. No resulta extraño, pues, que el carácter que tenía la casa de metáfora del reencuentro de ambos con la felicidad infantil que truncó la guerra ocupe en el libro de Julia tanto espacio. En realidad, es el espacio central del libro, pues este nace de conversaciones que precisamente tuvieron ella y don Juan en el soleado espacio que servía de salón-biblioteca donde el escritor leía ávidamente la prensa (*El País*, el *Herald Tribune*), que era como el alimento espiritual de una vista físicamente cansada pero intelectualmente siempre ávida de conocimiento.

Así pues, aquí escribo, evoco esta figura que Julia asocia a la del hijo pródigo que regresa allí donde hubo desolación para reencontrarse con un país que finalmente celebra (y él lo celebra) su empeño de vivir en paz y se encuentra de nuevo experimentando la democracia como punto de discusión y de encuentro.

Este nuevo momento de España le lleva a don Juan a sentir un impulso que venía animando su espíritu desde que empezó sus estudios históricos y filológicos: España estaba preparada para ser feliz, lo fue a veces, tuvo algunos instantes (como los tuvo él) en que disfrutó de luces que duraron más o menos, pero que fueron sustento de esperanzas verdaderas.

La naturaleza de esa esperanza, que él creía que ahora ya era una certeza duradera, fue el sustrato de su libro *El secreto de España*, donde buscó esos momentos históricos en los que España experimentó la claridad de la inteligencia política frente a la mezquindad habitual de sus distintas y sucesivas inquisiciones.

Este retrato de Julia nos gratifica y nos conmueve a los que tuvimos oportunidad de conocer al matrimonio en su primera visita a la isla donde don Juan nació. Era 1968, cuando él todavía enseñaba en Harvard. Ahí, en esa visita, y en esa presencia que le juntó en Tenerife con amigos tan entrañables, verdaderos y profundos como Domingo Pérez Minik, Marichal fue otra vez el muchacho que se había ido demasiado pronto, demasiado triste, demasiado desasistido.

Como si volviera a la raíz y de pronto, en su mirada, en sus ademanes, incluso en su acento, volviera a ser aquel adolescente que se le arrancó a la tierra para ir, preci-

samente, al barrio de Chamberí, donde siguió criándose y donde además terminaría su vida en España. Ese Marichal de 1968, cuando solo contaba 46 años y ya era un destacado profesor universitario, era un trasunto de aquel otro que seguimos viendo, en México, en Madrid; a medida que pasó el tiempo, por la madurez intelectual que mostró en ensayos memorables, en sus trabajos sobre Azaña o sobre Galdós, en sus preocupaciones políticas o históricas sobre Negrín y la República, ese Marichal que investigaba y contaba, con un estilo cuidadísimo de narrador airoso, era muy distinto al Marichal de carne y hueso, el que teníamos delante; este Marichal era, en cierto modo, aquel Juanito, o al menos, en momentos especialmente duros o dubitativos de su vida, era el hombre que arañaba el horizonte del pasado para que de él surgiera el niño que fue. Juanito nunca dejó de ser Juanito, esa fue su enseña, pero también su señal de nostalgia. Cómo quisiera rescatarlo para darle el imposible abrazo del melancólico hijo pródigo.

Ese Marichal que veíamos era el muchacho extrañado por la violencia de la guerra, perplejo ante la maldad de los hombres, amargado también por la prematura muerte de su madre. Como si fuera siempre un adolescente azotado por una historia que pudo haber sido feliz (la historia de la familia republicana y de la ambición republicana, la cercanía de la madre, la vida en común con el hermano Carlos...) y terminó siendo parte de la desgarradora experiencia de la diáspora.

No se lo escuché decir, pero en su actitud, en su manera de ser, en la propia expresión (*guerra incivil*) con que definió la razón primera de su dolor duradero se basó su manera de ser, su tristísima mirada hacia atrás, hacia un país que fue tan cruel con sus criaturas, al que él volvía como si quisiera verlo otra vez compacto, sin las rasgaduras tremendas por las que se fueron su sangre y su energía inteligente.

Esas rupturas y esas ausencias están contadas en el libro citado con la mirada conmovida de Julia Cela, que sin duda asistió a ese desvalimiento personal que mostraba siempre don Juan y que en los últimos tiempos se hizo aún más hondo, más visible y por tanto más penoso. Aquel ser humano tan frágil, que vivía siempre pendiente del hilo de los dramas del pasado, tenía, sin embargo, un increíble vigor intelectual, era capaz de superar las inhibiciones de su timidez para convertirse en un profesor aguerrido, un polemista incansable, un investigador capaz de desabrochar el irrespetuoso silencio que este país mantuvo sobre figuras como las de Azaña y Negrín, que fueron sus dos héroes civiles en tiempos en que era tan difícil seguir hallando héroes en una geografía humana devastada por el fascismo.

¿Era dos personajes en uno, el tímido y el luchador? Quizá. Era, sobre todo, un adolescente, siempre lo fue, alguien a quien la historia lo había dejado en medio de una calle en la que caían los cascos de la guerra, en el barrio de Chamberí, y nunca se recuperó de esa impresión paralizadora. Pero tenía que seguir adelante; no su-

peró el trauma de la muerte de su madre, no perdonó al padre (hasta más tarde, cuando ya vivía con Solita) que se hubiera casado de nuevo, no entendió cómo la vida les arrebató a Miguel, su segundo hijo, el hermano de Carlos.

La extrema delicadeza con la que Julia Cela aborda estos dramas humanos no le quitan encarnadura, dureza, pues de esos lances tortuosos de su existencia se fue haciendo el semblante de don Juan. Al final, cuando ya vivía cerca de Soledad y de Carlos en Cuernavaca, ese rostro alcanzó el paroxismo de su desesperación: se ve en las fotografías que Carlos ha aportado al libro que don Juan estaba, en efecto, soportando un dolor que era físico, pero que era también el precipitado vertiginoso de dolores que Solita le ayudó a sobrellevar, aunque ambos sufrieron desesperadamente el dolor más cruel, el suicidio de Miguel en 1975, que ya los sumió en la terrible depresión de la que despertaron cíclicamente, pero que siempre estuvo ahí y que, al final, en ese rostro tenso de don Juan, hizo que su mirada pareciera la de un hijo desasistido de un siglo que a él y a tantos les resultó tan esquivo.

Algunos amigos suyos (Julia Cela, Pepe Álvarez Junco, Santos Juliá, Carmelo Angulo...) fueron a verle a Cuernavaca, donde Carlos Marichal Salinas, el hijo, tanto hizo por alentar la sonrisa esquiva del padre triste. Esa España que le devolvía lo que él hizo por ayudar a entenderla le trajo sin duda muchas resonancias de su antiguo magisterio, pues íbamos a verle no solo para saberlo cerca, sino para saber más.

Pero en los últimos tiempos ya don Juan estaba sumido en el inmenso letargo de su rabia; la muerte de Solita, en 2007, tres años antes que la suya, que fue en agosto de 2010, lo entregó a la desesperación, ya no soñaba con volver nunca más a esa casa de la calle Caracas. En ese periodo posterior a la muerte de Solita, su sustento, su amor, la razón poética e inteligente de su vida de adulto que no consigue dejar de ser un adolescente hijo pródigo, le sumió en un mutismo malhumorado que solo deseaba la desaparición del sufrimiento alevoso del cuerpo.

En esos días fui a verlo a su hermosa casa terrera, muy cerca de la de Carlos y Soledad. Allí tenía, como siempre, el periódico; le conté algunas cosas que me vinieron a la memoria; su primer viaje de regreso a la isla, a ver a sus amigos epistolares (don Domingo Pérez Minik, don José Arozena Paredes, don Aristides Ferrer, sus parientes, los Capote..), vino a mi memoria nítidamente: don Juan charlando de historia y de literatura con Pérez Minik: parecían dos hermanos reconstruyendo una autobiografía común, pero tan distinta como si en esa conversación incesante que mantenía en el salón de la casa santacruzera (muy cerca de donde él había nacido, en la rambla del 11 de Febrero) residiera una razón feliz de eternidad o de supervivencia.

—Era usted tan feliz ahí, don Juan —le dije.

Él no me dijo nada, él no decía nada ya. Pero de pronto Carlos decidió llevarlo a una habitación más oscura, más sosegada, lejos del ambiente donde unas mujeres se-



Juan y Solita en la casa de la calle Caracas (Madrid), octubre de 1999.
(Foto: Fernando Villar, *Diario de Alcalá*)

guían velando la memoria de Solita, recién fallecida; entonces don Juan se sentó en aquel cuarto oscurecido y a mí me dio por evocar un momento especialmente hermoso de su biografía. Ese momento es el tiempo que vivió, de niño, en la playa donde ahora tengo yo mismo una casa, El Médano, un pueblo arenoso y ventoso del sur de Tenerife. Cuando le dije el nombre del pueblo, don Juan abrió mucho los ojos, esbozó una sonrisa que parecía el resumen de una historia, dijo algunas frases sobre lo que para él significaba ese sitio, donde fue tan feliz, y yo me fui de allí pensando, verdaderamente, que este hombre jamás dejó aquel espacio en el que fue feliz, nunca dejó de ser el niño o el adolescente en las arenas de El Médano, jamás dejó de pensar, como tantos españoles de la diáspora, que la historia de este país interrumpió memorias que jamás se reconciliarían del todo con este suelo infeliz en el que don Juan buscaba afanosamente razones para creer que sí, que España algún día disfrutaría de una armonía que está al final de una empinadísima cuesta de desarreglos. Esa armonía perdida era para él, en esos instantes finales de su vida, la arena hospitalaria del pueblo del sur.

Releí la biografía de Juan Marichal volviendo de México, donde siempre lo recuerdo, aquel territorio que tanto honor hizo a la palabra hospitalidad; y escribo sobre él justo enfrente de esa casa en la que él se reencontró con la otra geografía de su adolescencia, en Madrid. Los dos lugares son partes imprescindibles de la vida de Solita y de Juan, y en los dos sitios se asienta el retrato que Julia Cela ha hecho con una dedicación indesmayable, como la que le enseñó su maestro.

Juan Cruz*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

Solita Salinas, contrapunto de Juan Marichal

Elvira Ontañón

Resumen: Solita Salinas, como contrapunto en su larga relación con Juan Marichal. Una vida marcada por la familia y por el exilio. Presencia de la poesía y de la amistad en su entorno. Solita Salinas y Juan Marichal, punto de unión entre la España cultural de los años treinta y los que se han dedicado al estudio y la recuperación de aquella época a partir de los años ochenta, con vistas al futuro.

Palabras clave: Pedro Salinas, Juan Marichal, poesía y poetas, familia, exilio, amigos de siempre y nuevos amigos, amistad, enlace entre el mundo añorado y una época nueva, perspectiva de futuro.

Abstract: Solita Salinas, as a counterpoint in her lengthy relationship with Juan Marichal. A life marked by her family and exile. Friendship and poetry in her social milieu. Solita Salinas and Juan Marichal, a juncture between the Spanish culture of the 1930s and those who dedicated themselves to the study and the recovery of that time after the 1980s, looking forward to the future.

Key words: Pedro Salinas, Juan Marichal, poetry and poets, family, exile, close friends and acquaintances, friendship, link between a longing world and a new time, future in perspective.

Cuando dos personas comparten una larga vida —estamos hablando de sesenta años largos— de modo fluido e inseparable y superando duras pruebas, hay que pensar en unas circunstancias que necesariamente habrán contribuido a cimentar esta relación.

En primer lugar consideramos los afectos, el amor, el sentido familiar, las afinidades, los intereses, me refiero ante todo a los espirituales, intelectuales, estéticos; en muchos casos —que no en este— también los otros, los materiales. Pero a mi juicio el equilibrio más logrado es el que se basa en las diferencias, incluso disparidades, compensadas o armonizadas como en un contrapunto musical. El diccionario de la Academia Española define la palabra *contrapunto* (procedente del latín) como ‘concordancia armoniosa de voces contrapuestas’ y también ‘arte de combinar según ciertas reglas dos o más melodías diferentes’. Creo que ambas definiciones encajan para un buen entendimiento de la relación entre Solita Salinas y Juan Marichal a lo largo de sus días, en la cual sobre todo Solita hizo el papel de contrapunto.

Juan Marichal era una persona ante todo racional: un intelectual puro, estudioso infatigable y con aguda capacidad de crítica y de análisis. Algunos de estos rasgos pueden recordar la faceta intelectual de Manuel Azaña, personaje admirado y estudiado

por Marichal a través de un intenso trabajo que desembocó en la publicación de sus *Obras completas* por primera vez, lo cual supuso para muchos el descubrimiento de una figura esencial del siglo XX español. Juan Marichal era un hombre más bien callado, serio, quizás algo tímido, pero que cuando se sentía cómodo mostraba un sentido del humor lleno de sabiduría y de ironía aguda.

Solita Salinas era pura poesía: imaginativa, cariñosa, acogedora, culta, siempre con un aire algo ingenuo, etéreo y de una finura exquisita. Esa especie de alegría que sobrevivió a profundos y dolorosos sinsabores revelaba el poso que deja una infancia feliz. Y la suya lo fue realmente hasta 1936, esa fecha nefasta en la historia española que tantas cosas destruyó como un huracán maldito; para Solita fue también el final de la adolescencia. Era hija de Pedro Salinas, uno de los poetas más importantes de nuestra literatura, y en su vida el amor de su padre y la influencia que ejerció sobre ella fueron fundamentales. Además de poeta, Pedro Salinas fue catedrático de Literatura Española, primero en la Universidad de Sevilla y luego en la de Madrid, antes de su establecimiento en Estados Unidos tras el exilio. Excelente maestro, muy cotizado por sus alumnos en las dos orillas del Atlántico.

La madre, Margarita Bonmatí, era hija de un acaudalado hombre de negocios alcantino establecido en Argelia, primero en Orán y luego en las proximidades de Argel, en Maisson Carreè, que Solita describe así:

Maisson Carreè es el pueblecito donde nace y vive Margarita Bonmatí hasta que se casa. Cuando tenía quince años su padre compró una gran casa rodeada de huerta y jardín: tenía treinta y dos habitaciones, alrededor de un gran patio de azulejos y con tres terrazas. El jardín con sus plantas y árboles tropicales y sus flores era el lugar favorito de Margarita y sus hermanas [...].¹

Esta casa fue el lugar de encuentro veraniego de toda la extensa familia, incluidos Solita y su hermano Jaime, con sus padres, y de ella salieron el verano de 1937 hacia el exilio a Estados Unidos. También allí tuvo noticia Solita, con incredulidad y estupor, de la trágica muerte de Federico García Lorca el verano del 36. En muchos aspectos este lugar marcó su vida, lo mismo que la casa de Santa Pola, Lo Cruz, construida por el abuelo cerca de la playa del Altet, en una extensa propiedad agraria, para reunir en verano a la familia; también era frecuentada por numerosos amigos: Gabriel Miró y su familia, Jorge Guillén, Juan Guerrero Ruiz, cuya hija Fuensanta fue amiga de Solita desde la infancia, y tantos más. Precisamente en Santa Pola se habían conocido en 1911

¹ Pedro Salinas (1986): *Cartas de amor a Margarita (1912-1915)*. Edición de Solita Salinas de Marichal. Madrid: Alianza Tres. Nota de la p. 89



Solita Salinas con sus alumnas del Bryn Mawr College (Pensilvania), noviembre de 1956

Pedro Salinas y Margarita Bonmatí en una casa de amigos comunes. Margarita era una joven que, como todas sus hermanas, había recibido una esmerada educación francesa en el aspecto social, pues sus padres querían integrar a sus cinco hijas en la un tanto exclusiva sociedad francesa de Argel, cosa que lograron. El noviazgo de Margarita y Pedro duró desde 1912 hasta el 29 de diciembre de 1915, fecha de la boda en Argel. Durante esos años solo se veían en verano, durante un mes, en Santa Pola, y el resto del tiempo se escribían diariamente. Esas más de seiscientas cartas son para Solita la primera obra poética de Salinas. En su libro *El defensor*,² Pedro Salinas defiende la carta y la correspondencia epistolar como una forma de encontrarse el autor consigo mismo. Solita editó una selección de cartas de su padre³ con abundantes notas y una interesante presentación en la que describe la evolución, casi el nacimiento del poeta Pedro Salinas desde el juvenil estudiante hasta el hombre maduro y gran poeta que llegó a ser. A través de las cartas se pueden conocer las vidas de la pareja, seguir sus añoranzas, vivir sus estados de ánimo. A través de ellas se aprecia cómo Salinas hace el papel de Pigmalión, introduciendo a Margarita en la poesía y la literatura. Ella, que era gran lectora —a veces a escondidas de su madre—, aprovechaba con afán de conocimiento las lecciones y sugerencias, hasta el punto de ser capaz de aprender inglés, que su amado no conocía, para traducirle a Shelley, Keats y Coleridge.

El fino análisis de Solita Salinas en su edición de las cartas y en las notas que dan forma al libro es una presentación de la creación poética de su padre desde su origen y a través del amor sentido y vivido en la distancia por medio de la palabra escrita.

Soledad Salinas Bonmatí nació en 1920 en Sevilla, en cuya universidad su padre Pedro Salinas era catedrático de Literatura. Siempre sintió cariño especial por su ciudad natal y un grato recuerdo de los años vividos en ella, lo mismo que su padre. En cambio la madre nunca se sintió a gusto en Sevilla, hasta el punto que cuando en 1925 nació Jaime, su segundo hijo, prefirió que el acontecimiento tuviera lugar en Argel, junto a sus hermanas y su madre, al calor de esa familia casi exclusivamente femenina que tanto se arropaba.

En 1927 la familia Salinas-Bonmatí se trasladaba a Madrid al obtener el padre la cátedra de Literatura en la Universidad Central. Inicialmente se instalaron en un lugar típicamente madrileño, en la calle Don Pedro, junto a la calle Toledo, donde la familia Salinas tenía su casa, para trasladarse después a un extenso piso del barrio de Salamanca, en la calle Príncipe de Vergara esquina a Diego de León,⁴ una casa abierta a los amigos, muchos de ellos poetas, que eran visitantes habituales: Federico García Lorca, Rafael Alberti, Jorge Guillén cuando pasaba por Madrid desde Sevilla, con

² Pedro Salinas (1986): *El defensor*. Madrid: Alianza Tres.

³ Pedro Salinas (1984): *Cartas de amor a Margarita (1912-1915)*, o. cit.

⁴ Jaime Salinas (2003): *Travesías*. Barcelona: Tusquets, p. 16.

su esposa Germaine y sus hijos Teresa y Claudio, León Sánchez Cuesta, propietario de una prestigiosa librería, que años más tarde se casó con Andrea Bonmatí, hermana de Margarita: una tía que casi fue segunda madre para los hermanos Salinas, así como su hijo Pablo, un hermano menor.

Solita recordaba en un delicioso texto de 1992 el barrio en que vivió, cuando los niños jugaban en el frondoso bulevar de la calle Príncipe de Vergara; el juego favorito de las niñas era el corro, con sus canciones de sencillas melodías que narraban costumbres, amores, desgracias y daban vida a unos personajes casi exclusivamente femeninos: la carbonerita, la viudita del conde Laurel, la jardinera. Por cierto que varios de estos personajes populares del mundo infantil forman parte de *La pájara Pinta*, de Alberti, farsa que escenificaron en su estreno (1932) los alumnos del Instituto-Escuela en los jardines de la Residencia de Estudiantes y en el Campo del Moro ante las autoridades de la República.

Solita y Jaime Salinas fueron alumnos de la Escuela Internacional, una creación de Castillejo, en busca de un centro más moderno y cosmopolita que el Instituto-Escuela o la Institución Libre de Enseñanza. Su directora era Jacinta Landa, viuda de Vicente Vigueira, sobrino de Cossío por parte de su esposa. Jacinta era una mujer muy valiosa, inspirada básicamente por los principios educativos de la Institución, de la cual sus hijos eran alumnos. A los pocos años buscó mayor independencia en su Escuela Plurilingüe, situada en el entorno del entonces final de Serrano y hoy plaza de la República Argentina. Esta escuela introdujo la novedad de acoger por las tardes a alumnos de otros colegios en unos cursos para el aprendizaje de idiomas. La Escuela Internacional se mantuvo, y Andrea Bonmatí tuvo protagonismo en la labor directiva.

La proclamación de la República en 1931 fue acogida con júbilo en casa de Pedro Salinas, que se sumó activamente al movimiento cultural que impulsó de modo especial Fernando de los Ríos. Dentro de él, en 1933 se creó la Universidad Internacional de Verano en Santander, con sede en el Palacio de la Magdalena, que había sido residencia real, y Salinas fue nombrado secretario general de la misma, es decir, rector. A partir de 1934 la familia dividió el verano entre Santa Pola y Santander. Solita tuvo ocasión de disfrutar el ambiente brillante, intelectual y cosmopolita que se creó en esta nueva universidad: conoció gente nueva, asistió a seminarios de su interés, intensificó la práctica y el conocimiento de idiomas iniciado en su escuela, y su dominio del francés —los hermanos Salinas lo hablaban en casa con su madre desde niños— le permitió aprovechar intensamente los veranos de Santander. También dejó un hondo recuerdo la salida precipitada el verano del 36, cuando la ciudad quedó aislada del Gobierno y las tropas sublevadas avanzaban haciendo inminente la caída de Santander en sus manos. Se aceleró la evacuación de los estudiantes en barcos extranjeros, que los desembarcaron mayoritariamente en Francia. En uno de ellos viajaron los her-

manos Salinas, ya que sus padres esperaron la salida de todos los universitarios, profesores y alumnos. Se ocupó de Solita y Jaime la hispanista francesa Mathilde Pomès, desde el desembarco en San Juan de la Luz —donde encontraron a Teresa y Claudio Guillén con su abuela— hasta que por fin recuperaron a sus padres en Bayona.

Pedro Salinas había aceptado una invitación para impartir un curso prorrogable en Wellesley College, prestigiosa universidad femenina de Estados Unidos, y debía incorporarse a ella inmediatamente. Margarita y sus hijos se fueron a Argelia para esperar junto a la familia Bonmatí la organización del viaje de todos a América. En agosto de 1937 Salinas recogió a los suyos en Argel y comenzó una etapa nueva en la vida de Solita y de toda su familia, ya que la proyectada estancia limitada en el extranjero se convirtió en un exilio indefinido en los Estados Unidos, del cual Pedro Salinas no volvió y los demás tardaron veinte años en hacerlo.

Esta salida de Argel produjo en Solita —como recordaría siempre— una serie de emociones encontradas: fue un viaje lleno de inquietudes, de renunciadas y de angustia, con la despedida de la familia Bonmatí y de los hábitos anteriores, pero con la fascinación de París —primer objetivo del viaje—, del París de la Explosión Internacional, donde la gran atracción era el *Guernica* de Picasso en el Pabellón Español del Petit Palais. Un nuevo reencuentro con Teresa y Claudio Guillén, y el descubrimiento de París. Después, la travesía marítima y la llegada a Nueva York, con un nuevo y diferente impacto de la gran ciudad, y el establecimiento indefinido en un nuevo mundo desconocido y distinto.

Solita terminó su bachillerato con una beca en una escuela selecta, de gran prestigio: Dana Hall, muy vinculada al Wellesley College; allí fue discípula de María Díaz de Oñate, que fue en cierto modo su mentora.

El verano de 1938 la familia Salinas fue por vez primera al Middlebury College, cuyos cursos de verano representaron un refugio y una fuente de recursos para los intelectuales españoles exiliados en Estados Unidos que habitualmente fueron invitados a enseñar en ella. Estuvo dirigida por Juan Centeno hasta su muerte en 1953 y a partir del final de la guerra mundial acogió también a una representación del «exilio interior español», con los consiguientes reencuentros. Entre los españoles casi fijos en los cursos de verano de Middlebury, situados en un hermoso emplazamiento a orillas del lago Waban (en Vermont), se pueden contar Fernando de los Ríos, la familia García Lorca, la familia Salinas, los Guillén, Casaldueiro, Navarro Tomás... En este lugar tuvo Solita su primer trabajo, como ayudante de Sofía Novoa, profesora de música, que había ejercido antes en el Instituto-Escuela y en la Escuela Internacional, donde se habían conocido como profesora y alumna. También en Middlebury se encontraron Juan Marichal y Solita el verano de 1945 y se casaron en 1947.

La familia Salinas pasó estrecheces económicas hasta que Pedro fue invitado a Puerto Rico, en 1943, y en la Universidad de Río Piedras se graduó Solita. Después de su



Solita Salinas y Juan Marichal, c. 1960



Solita Salinas y Elvira Ontañón en la Residencia de Estudiantes, mayo de 1998

matrimonio, la nueva familia Marichal-Salinas fijó su residencia en Boston, ya que Juan era profesor de Harvard, y allí nacieron sus dos hijos, Carlos y Miguel. La salud de Pedro Salinas estaba quebrantada y, buscando la proximidad de Solita, se trasladó con Margarita a Boston, pero la estancia duró poco, ya que en diciembre de 1951 falleció el gran poeta, a los sesenta años. Margarita Bonmatí buscó de nuevo refugio junto a la familia y, acompañada por su hermana Andrea, regresó a España. Solita la visitó en Santa Pola el verano de 1952, pero al año siguiente, estando de nuevo en Middlebury, ese lugar escenario de tantos momentos importantes de su vida, recibió la noticia de la muerte de su madre.

La muerte de Juan Centeno en 1953 no interrumpió la labor de la Universidad en sus cursos de verano, ni le hizo perder su prestigio y su carisma, que se mantuvieron bajo la dirección de Francisco García Lorca con la ayuda de Laura de los Ríos. Incluso se intensificaron las relaciones con profesores y estudiantes españoles.

En 1955 Juan y Solita vienen por primera vez a España con Jaime y los niños, a visitar a la familia en Santa Pola. Antes pasan unas inolvidables semanas en París. Ya entrados los años setenta, se instalan definitivamente en Madrid, en una casa de la calle Caracas con terraza, próxima a la Institución Libre de Enseñanza, al Instituto Internacional y a la Residencia de Estudiantes, que fueron el centro de su vida, con los reencuentros y actividades consiguientes. Solita trabaja en diversos proyectos literarios, desde la edición de las *Cartas de amor a Margarita* (1984) a la colaboración en las obras completas de su padre o la reedición de su trabajo sobre *El mundo poético de Rafael Alberti* (Gredos, 1968) en una edición nueva, corregida y aumentada, publicada por la Residencia de Estudiantes en 2004, obra de la cual estaba muy satisfecha, especialmente por lo que le había gustado al poeta. Es uno de los estudios más lúcidos y más completos de la poesía de Alberti.

La vida del matrimonio Marichal-Salinas fue bastante activa, con su participación en la vida cultural madrileña de los últimos años del siglo xx, especialmente —como se ha mencionado— en torno a la Residencia de Estudiantes y la Institución Libre de Enseñanza. Juan era patrono de la Fundación Francisco Giner de los Ríos y director del *Boletín de la Institución (BILE)* en su segunda etapa, cargo que desempeñó hasta su muerte.

Creo que fueron unos años relativamente felices para ellos, que se sentían queridos por los viejos amigos que les recordaban toda una vida, y también supieron integrarse con las numerosas amistades nuevas que representaban el futuro. Eran conscientes de ser uno de los eslabones que reunían dos etapas fundamentales en la historia cultural española: una era el pasado glorioso; los representantes de la otra estaban decididos a no perder este pasado, a revivirlo y a mantener sus principios y actitudes con vistas al futuro. Solita y Juan Marichal ayudaron a ello y les gustaba su papel.

Pero la lejanía de su hijo Carlos, catedrático de la Universidad Autónoma de México (UNAM), y de sus nietas los llevaron a la decisión de instalarse en México cerca de ellos. No fue en principio una despedida definitiva de España; conservaron un tiempo su casa, y la Residencia de Estudiantes tenía siempre sus puertas abiertas para ellos.

Pero no volvieron, y fue difícil acostumbrarse a su ausencia. A lo largo de las memorias de Jaime Salinas, *Travesías*, citadas ya en este trabajo, aparece constantemente Solita, sobre todo de niña y adolescente; trepando a los árboles, organizando funciones de teatro con los niños de la familia y siempre leyendo. Después, en los años del exilio, apoyando en todo momento a sus padres cuanto le era posible. En la nota necrológica que Juan Cruz escribió en recuerdo suyo⁵ la presenta como una enamorada de la poesía, de la belleza y de la amistad.

No creo que nadie haya podido dejar de querer a Solita Salinas ni sea capaz de olvidarla. A esta mujer de apariencia frágil, pero de profundas convicciones y sentido del deber, día tras día junto a Juan Marichal, ejerciendo el papel —no siempre fácil— de contrapunto en la melodía de sus vidas. Sin abandonar nunca el recuerdo del mundo en que se había formado, mantuvo siempre la vista puesta en el futuro.

Elvira Ontañón*

⁵ Juan Cruz (2007): «Una hija del 27», *El País*, 11.11.2007.

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org



Jaime Salinas, Pedro Salinas y Solita Salinas en la playa de EL Altet, 1926



Solita Salinas y Soledad Ortega en la Residencia de Estudiantes, mayo de 1991

III

TESTIMONIOS DE UNA VIDA

Después de una tragedia personal: nueve cartas de Juan Marichal

Carlos Marichal Salinas

Resumen: Tras un breve repaso de la biografía de Juan Marichal y Solita Salinas, el autor del artículo, hijo del matrimonio, se refiere al hito que supuso en sus vidas el suicidio de su hijo Miguel en 1975, mientras España vivía el final del régimen franquista e iniciaba una transición democrática todavía incierta. Del verano de ese año y la primavera del siguiente son las nueve cartas que se transcriben en este trabajo, remitidas por los Marichal a su hijo Carlos y su mujer Soledad, en las que se refleja tanto ese clima de incertidumbre respecto a la situación política en España como el dolor del matrimonio por el trágico suceso familiar y su afán de superarlo a través del desempeño de sus actividades cotidianas, la continuación de su trabajo intelectual y el apoyo de la familia y los amigos más cercanos.

Palabras clave: Juan Marichal, Solita Salinas, Miguel Marichal, género epistolar, transición democrática, *La realidad y el poeta*.

Abstract: After a brief review of Juan Marichal and Solita Salinas' biography, the author of this article, their son, refers to the landmark left by Miguel, their other son, when he committed suicide in 1975, while Spain was living the end of the military dictatorship and an uncertain democratic transition was starting. During that summer and the upcoming spring were written the nine letters transcribed in this paper, sent by the Marichals to his son Carlos and his wife Soledad. These letters reflect both the uncertainty in Spain's political situation, and the grief of the couple due to the tragic family event and their effort to overcome it by living their daily life, carrying on their intellectual work and the support of their family and their closest friends.

Key words: Juan Marichal, Solita Salinas, Miguel Marichal, epistolary genre, democratic transition, *La realidad y el poeta*.

El 18 de agosto de 2010 murió Juan Marichal, mi padre, a los ochenta y ocho años de edad en la ciudad de Cuernavaca, mejor conocida como «el jardín de la república» en México, por su clima templado, sus calles arboladas y la abundancia de flores en muchos de sus barrios. Mi padre se había jubilado en 1987 de la Universidad de Harvard, donde fue catedrático durante casi treinta años. Luego, por insistencia de mi madre, Solita Salinas, se mudaron a Madrid y vivieron en el castizo barrio de Chamberí hasta 2003, cuando mi esposa, Soledad González Montes, y yo resolvimos que era hora de traerlos más cerca de nosotros para poder cuidarlos y que tuvieran la oportunidad de convivir con sus nietas y luego bisnietos.

Juan había nacido en Santa Cruz de Tenerife en febrero de 1922, en una familia de clase media, aunque sus padres tenían relativamente pocos recursos; así lo indica el hecho de que su madre, Concha, había estudiado para telegrafista. Su padre era empleado en un almacén de plátanos, el principal producto de las islas a principios

del siglo xx. Juan siempre se sintió profundamente identificado con Canarias, donde pasó una infancia que él describió como feliz.

Desde temprano mostró una vocación por el estudio y, luego del traslado de la familia a la Península en 1934, tuvo la fortuna de poder asistir a varios institutos de buen nivel. Tras la muerte de su madre en 1935, entró a estudiar en la escuela de hijos de telegrafistas en Madrid. Poco después, él y su hermano Carlos se fueron a vivir con su tío Domingo Pérez Trujillo, quien había sido el primer diputado socialista de Canarias en las Cortes de la Segunda República. En 1937, las Cortes sesionaron en Valencia, por lo que los jóvenes Marichal fueron a vivir allí, y más tarde, en 1938, a Barcelona. En un texto autobiográfico, mi padre relata:

Durante la catástrofe que fue la llamada Guerra Civil mi itinerario fue el de la geografía bélica, puesto que de Madrid pasé a Valencia y de Valencia a Barcelona. Debo ahora expresar mi agradecimiento a los profesores del instituto que tuve en Valencia y Barcelona. Es decir, en el Nicolás Salmerón y el Instituto Blasco Ibáñez de Valencia los profesores condujeron sus clases como si no hubiera guerra, haciendo del trabajo escolar un lugar de paz. Recuerdo en particular al profesor Eduardo Nicol de Barcelona, que fue el mejor profesor de filosofía que yo he tenido. Nos obligaba a escribir un «diario» de nuestras clases y lecturas, y aquello fue para mí el comienzo de las meditaciones históricas que han sido mi vida *universitaria* desde entonces.

En 1938, como centenares de miles de españoles republicanos, Juan Marichal, con su hermano y sus tíos, se vio obligado a salir de Barcelona y cruzar la frontera a Francia. Al llegar a París, pudo reanudar sus estudios en un excelente liceo francés, el Liceo Michelet. A partir de 1940, poco antes de la invasión alemana, los hermanos se trasladaron a Casablanca, y de allí, en un barco portugués, partieron a través del Atlántico en plena guerra mundial con destino a México, travesía que Juan ha relatado en un par de ensayos autobiográficos.

En 1945, Juan se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y de allí marchó a la Universidad de Princeton, donde se doctoró en 1949 con una tesis sobre Feijóo dirigida por el ilustre profesor exiliado don Américo Castro, su gran amigo y mentor. Entre 1953 y 1958, Juan fue profesor de Literatura Española en Bryn Mawr College, situado en un pueblo rural de Pennsylvania. Yo recuerdo de chico la belleza del campus, con grandes espacios verdes, gigantescos robles y austeros pero bellos edificios de ladrillo, algunos para salones de clases y otros para dormitorios de las alumnas, ya que se trataba de una escuela exclusivamente para mujeres. También me acuerdo de que muchas tardes mi padre me invitaba a acompañarle a casa de su gran amigo, el destacado filósofo Ferrater Mora, quien era asimismo profesor allí. Claro está que, siendo muy niño, no me interesaba mucho la

conversación entre los sabios profesores, ambos muy atentos y preocupados por lo que ocurría en la España de la dictadura franquista; yo me dedicaba a jugar con el hijo de Ferrater. Sin embargo, empecé a captar la importancia que mi padre daba a lo que ocurría en Cataluña, que, luego de 1959, siguió a través de la lectura atenta de la revista *Serra d'Or*; además, mantenía una extensa correspondencia con su cuñado, Jaime Salinas, quien era editor de Seix Barral en Barcelona.

Entre 1960 y fines de los años ochenta, mis padres vivieron en Cambridge (Massachusetts), sede de la Universidad de Harvard, y ambos se dedicaron con ahínco a labores universitarias. Fue legendario su curso conocido como Humanidades 55, sobre la literatura de los pueblos de lengua española desde el Cid hasta García Márquez, que dictó durante decenios: resultaba notable el hecho de que al término de sus clases-conferencias recibiera el aplauso de todos los alumnos y oyentes, que eran muchos, ya que tenía un extraordinario don para comunicar su pasión por los grandes escritores de lengua castellana desde la época medieval hasta nuestros días. Entre tanto, Solita daba clases en Simmons College, en Boston, adonde llegaba en tranvía y metro; casi nunca faltaba pese a las dificultades que frecuentemente presentaba el invierno gélido de Nueva Inglaterra. Al mismo tiempo, Juan y Solita editaron una serie de textos fundamentales de la cultura y la historia española reciente: mi padre se volcó a la titánica labor de reunir y publicar las *Obras completas de Manuel Azaña* (México, Oasis, 1966, 4 volúmenes), mientras que mi madre se dedicaba a editar poesía, ensayo y correspondencia de su padre, el poeta profesor Pedro Salinas.

Quizás el momento más difícil y trágico de tipo personal y familiar ocurrió en la primavera de 1975, cuando se suicidó mi hermano, Miguel, quien entonces vivía en California, donde estudiaba Lingüística en un posgrado en Stanford. El impacto de su muerte obviamente fue demoledor y, de hecho, podría decir que Juan y Solita nunca se recuperaron del todo. Yo volé para estar con ellos en el entierro y los días posteriores. En todo caso, como revelan las cartas que me escribieron unos meses después, hicieron un gran esfuerzo por volver a cierta normalidad y se volcaron con todas las energías y voluntades de las que disponían para lograrlo. El contexto, además, era crítico en España, ya que estaba a punto de cerrarse el régimen de la dictadura de Franco y de iniciarse la transición a la democracia. Las cartas que proporciono son de interés sobre todo porque nos permiten captar algunos aspectos puntuales y entrañables de la vida de Juan y Solita en esos momentos aciagos y subrayan su voluntad de sobrevivir y de seguir contribuyendo a la recuperación y proyección de aspectos claves de la literatura y la cultura españolas del siglo XX, como continuaron haciendo hasta ya ancianos.

Carlos Marichal Salinas*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org



Miguel y Carlos Marichal Salinas en Boston, c. 1956

[1]*

Lunes 14 de julio, 1975

Queridos Carlos y Soledad:

Hoy llegó vuestra carta de Madrid, la del día 1.º, y les pongo estas letras ya a Buenos Aires, calculando que no llegarían a España antes de su regreso a la Argentina, el 17.

Como les decía en la notita que quizá recibieron en Madrid (o que indiqué a Jaime [Salinas] como mensaje para uds.), hemos seguido el plan que tú, Carlos, indicaste. Vamos por las mañanas a Widener,¹ regresamos hacia la una, y luego descansamos, y por la tarde hacemos algunas cosas —Solita es la que ha hecho sus tareas con mayor regularidad. Ya ha terminado prácticamente la traducción de *LA REALIDAD Y EL POETA*² del abuelo.

Claro, como lo había advertido Hutton,³ los días más difíciles empiezan ahora.⁴ Ayer, domingo, fue particularmente duro porque solíamos hablar con Miguelón los domingos. Llovió bastante, pero por la tarde aclaró y fuimos al cementerio de Mont Auburn, y allí encontramos algo de paz, algo que no podíamos encontrar en casa. Creo que ha sido particularmente bueno para nosotros que Miguelín esté en ese lugar tan bonito.

Volvimos a casa, pero no pudimos hacer mucho. Estábamos muy verdaderamente cansados, lo estamos todavía. Hoy hablamos con el bibliotecario de la Houghton,⁵ y pronto esta semana tendremos todo organizado para el trabajo de Solita. Y quizás yo pueda empezar esta noche o mañana a organizarme para el curso próximo.

Acaba de llegar Peggy,⁶ y debo ir a buscarla. Les dejo. Añado a lo que dice Solita sobre Miguelín lo que nos dijo el médico: que se sentía querido por su familia (Car-

* Las nueve cartas que se transcriben a continuación las escribió Juan Marichal entre 1975 y 1976 en la casa que compartía con Solita Salinas en el número 29 de Lancaster Street en Cambridge (Massachusetts), y estaban dirigidas a su hijo Carlos y a la esposa de este, Soledad González Montes, que entonces vivían en Buenos Aires. No se reproducen algunos fragmentos, marcados con puntos suspensivos entre corchetes.

¹ Se refiere a la biblioteca principal de la Universidad de Harvard.

² La versión castellana del libro de Pedro Salinas *La realidad y el poeta* la publicaría Ariel al año siguiente, en edición a cargo de Solita Salinas de Marichal.

³ Lewis Hutton, el pastor que había casado a Juan Marichal y Solita Salinas en 1947 en Baltimore (Maryland), en una ceremonia nada religiosa y sui géneris, era uno de los amigos más queridos y antiguos del matrimonio.

⁴ Hacía prácticamente un mes y medio del suicidio de su hijo Miguel, a quien Juan Marichal se refiere indistintamente en sus cartas como Miguelín y Miguelón. Miguel Marichal está enterrado en el cementerio de Mont Auburn en Cambridge (Massachusetts).

⁵ La Houghton Library es la biblioteca especializada de la Universidad de Harvard donde se guarda el archivo personal de Pedro Salinas, del que existe copia en microfilm en la Residencia de Estudiantes.

⁶ Se refiere a una vieja amiga de Solita que vivía en California.

los Angulo⁷ tomó las palabras del médico literalmente, con lápiz y papel). Solita y yo, como uds. saben, hemos estado en el infierno de la depresión, y sabemos lo que es el sentirse como totalmente perdido. Tierno [Galván] —que nos ha escrito una carta muy buena— dice que solamente podemos pensar que Miguelín estaba enfermo, muy enfermo, y que no debemos pensar otra cosa. Mi dolor, el de Solita, es que no hubiéramos podido ayudarle, como nos han ayudado a nosotros. Es lo que siente también Dr. Sashin:⁸ que allí no se hubieran percatado [de] que había que ayudarle enseguida. Volveremos a hablar, claro, de todo esto. [...]

Hasta mañana o pasado. No dejen de escribir con regularidad.

[2]

A 31 de julio, 1975

Querido Carlos, querida Soledad:

Hoy hace dos meses exactamente que perdimos a Miguelón. Fuimos a Mt. Auburn esta tarde, solos, y ya está colocada la lápida rosada. Creo que me dejarán hacer una fotografía, que les enviaré enseguida. Solita está pasando malos días y esto me tiene bastante preocupado; no dejen de escribir, se lo ruego; ya sabemos lo fácil que es despeñarse. [...]

Por otra parte, ayer Steve McCarthy⁹ nos trajo copias xerográficas de las cartas de Miguelón, y Solita ha recibido fuerzas al leerlas y ver cuanto Miguelón hacía por los demás. Son cartas alegres, de alguien que ve cuán importante es la ayuda concreta a un ser humano (más bien que las abstracciones de los dizque bienhechores del género humano). [...]

Carlos, más adelante te escribiré largamente. No sé lo que tú harás en el futuro, pero he decidido que debo decirte lo que pienso de muchas cosas. Sufro ahora lo que ya imaginas por no haber hablado más largamente con Miguelín (aunque le escribí con frecuencia esta primavera pasada). Y digo esto simplemente porque no puedo saber (naturalmente) qué será de mí en el futuro más o menos inmediato; pero creo que tengo un «legado» (digamos así, de manera pedante), el del exilio español, que quizá no esté desprovisto de valor histórico. Pero sería mejor que hablemos de todo esto el invierno próximo en la península. Tendremos que hacer planes cuidadosos.

⁷ Este viejo amigo español del matrimonio trabajaba como profesor en la Universidad de Brown.

⁸ El doctor Sashin, del Hospital McLean, perteneciente a la Universidad de Harvard, era psiquiatra de Solita en los años setenta.

⁹ Steve McCarthy era un viejo amigo de Miguel Marichal de la escuela secundaria.

Hoy me han llamado para consultarme sobre un grupo numeroso de latinoamericanos que vendrán a estudiar aquí el año que viene. Di el nombre de Dorothy Marshall¹⁰ (desconocido para la persona que me consultaba), pero de todos modos tendrán que consultarme y les pediré consejos. Cuando venga Rex¹¹ quizá también pueda ser útil su consejo. [...]

Abrazos a los dos.

[3]

Martes 12 de agosto de 1975

Querido Carlos:

Cuánto bien ha hecho tu carta del martes pasado, día 5, que acaba de llegar. Solita te ha contestado, muy agradecida, y animada, esta misma tarde (yo lo hago un poco más tarde hoy también). Esta noche vendrán a cenar unos amigos de Barcelona (la gente usualmente de paso por Cambridge en el verano), y vendrá también Bill Callahan,¹² y Tati [Giral] (que es muy buena con nosotros). Y precisamente casi nada más llegar tu carta, Solita preparó toda la cena —ahora lo hace de antemano, con mucho «éxito» (el *Blender book* que le permite preparar comida sin guisar, dado lo que son los calores). Y yo también me animé mucho, y saqué la sopera que habíamos comprado en la fábrica del siglo XVIII, la del Castro, restaurada por Luis Seoane, el gallego de Buenos Aires (está ahora en La Coruña; no sé si volverá a Bs. As.; pero si vuelve has de conocerle). Precisamente Bill me llevó el año pasado a recoger aquella vajilla que llevaba más de un año en la aduana y tuvimos que ir al quinto pino de Boston (un depósito absurdo). Y sé que le dará alegría verla a Bill.

Anteayer encargué por fin los libros del curso de Humanities 55 y ahora estoy preparando la lista y el plan del nuevo curso, el de «Literatura y pensamiento del siglo XX en España (1906-1936)». Creo, de verdad, que son las tres décadas más significativas de la historia moderna de España en términos universales, para decirlo pedantemente. Te mandaré el plan a ver qué te parece, cuando lo tenga; ahora tengo que forzarme a seleccionar los textos. Quiero, además, hacer un curso con mucha participación de los alumnos.

¹⁰ Esta vieja amiga de la familia fue profesora y decana de Humanidades del Bryn Mawr College en Pennsylvania, donde Juan Marichal trabajó como profesor de Literatura entre 1953 y 1958.

¹¹ Se refiere a Alberto Rex González, padre de su nuera Soledad González Montes.

¹² Alude a su viejo amigo y exalumno William J. Callahan, profesor de la Universidad de Toronto y autor, entre otros libros, de dos volúmenes sobre la historia de la Iglesia en España desde mediados del siglo XVIII.

Te adjunto dos recortes (de algo que quizás ya han visto ahí). La posición Carrillo-Berlinguer puede, además, ser reforzada si los comunistas pierden en la casi guerra de estos días: anoche vi un programa especial con Tad Sculz (que acababa de regresar), muy bueno. Se veía el disgusto del único diputado de origen portugués (Republicano de Connecticut) ante las acusaciones directas a Ford-Kissinger (en relación con la visita de Costa Gomes y Soares en septiembre pasado). Ya veremos qué pasa. [...]

Tito Zubiría¹³ llamó, muy cariñoso, de regreso ya a Bogotá. En Middlebury dieron la película *Fe de vida*,¹⁴ la de Miguelín y John Ballantine sobre Guillén. Y Tito hizo que fuera un homenaje a Miguel: leyeron el poemita de [Eugenio] Florit, el del mismo Miguel, el de Willis.¹⁵ Le han nombrado decano de los Andes otra vez. De todos modos, si en alguna ocasión te interesara eso podría ser útil, lo de dar alguna conferencia, etc., allí.

No quiero retrasarme más, dado lo que tarda el correo ahora.

Muchas gracias de nuevo por tus animosas y animadoras palabras. Anoche llamó otra vez Lewis Hutton; está muy pendiente de nosotros.

Con un abrazo para los dos.

[4]

Lunes 18 de agosto de 1975

Querido Carlos, querida Soledad,

Dos letritas para tenerles al día. Solita está casi terminando la conferencia:¹⁶ quedará muy bien. Está un poco cansada ahora, pero como ya mañana (a lo más tardar pasado mañana) la daremos al «copista» podrá descansar. Y podré yo también empezar a pensar en mis cursos, que los tengo muy abandonados.

No hemos visto apenas gente estos días, porque hemos hecho mucho en la casa: podar árboles y arbustos, colocar mejor las enredaderas del jardín, etc. Seguimos llevando margaritas a Miguelín casi cada día y damos un paseito por el laguito. Llor-

¹³ Ramón (Tito) de Zubiría, otro viejo amigo de la familia, fue decano y rector de la Universidad de los Andes en Bogotá, Colombia.

¹⁴ Este documental sonoro en blanco y negro, protagonizado por Jorge Guillén y estrenado en 1972, lo realizaron Miguel Marichal y su amigo John Ballantine cuando eran estudiantes en Harvard. Ballantine trabaja actualmente en Boston como profesor universitario.

¹⁵ Se refiere a Willis Barnstone, poeta y traductor al inglés de san Juan de la Cruz, Antonio Machado y Borges, y viejo amigo del matrimonio.

¹⁶ A Solita la habían invitado a dar una conferencia sobre Machado en la Universidad de Puerto Rico, campus de Río Piedras.



Miguel Marichal Salinas, Solita Salinas, Juan Marichal
y Carlos Marichal Salinas en Boston, c. 1956

mos menos. Pero siempre nos sentimos mejor a la vuelta de Mt. Auburn: es como si Miguelón aprobara lo que hemos hecho en el día.

Te adjunto, Carlos, dos recortes del *ABC* y de *CAMBIO-16*. Bueno, el de *C-16* es más bien para Soledad. Llegan ahora directamente a casa y están aquí el lunes en general. O sea, con dos días de diferencia nada más...

Estaremos en Puerto Rico en casa de Arturo Echavarría y ya les daremos la dirección y a ver si nos ponen una postalita o cartita; también, claro, a casa de Flavia.¹⁷ Estaremos allí del 3 al 12. Bueno, les llamaremos el domingo —que es el día de uds. en muchos sentidos. ¿Hacia mediodía?

Hasta muy pronto.

[5]

Viernes 22 de agosto de 1975

Querido Carlos, querida Soledad:

Esta noche vienen el joven matrimonio Ros¹⁸ y su familia de España (cuatro personas, además de ellos dos; los españoles de la clase media viajan ahora en forma inusitada; también está aquí parte de la familia de Marina P[érez] D[íaz]¹⁹). Me interesa mucho esta familia, porque el Ros mayor, el padre, es director del instituto de 2.^a enseñanza de Lorca (Murcia). Nos ayudó a encontrar papeles importantes en Murcia relacionados con el abuelo. Y se gastó dinero sin pedirnos un centavo. Pero, además, me interesa como director de ese tipo de centro docente —¡cuánto bien lo hicieron, esos centros, en el siglo liberal! (ellos fueron los que hicieron posible a un Unamuno, por ejemplo, los que abrieron el camino de la restauración intelectual de España). Esta mañana leía unos recuerdos preciosos de un discípulo de Machado en Baeza, y se ve cómo en 1916 un instituto «rural» podía ser un centro de creación intelectual, de conciencia política, etc.; ¿lo son ahora? A ver qué nos dice el Sr. Ros. [...]

Hoy hemos recibido una carta preciosa de una persona del Fogg²⁰ —a quien no conocemos, pero que conoció a Miguelón. Voy a ordenar muchos textos y quizá hacer alguna forma de copia para que los tengan uds.: es como si lo mejor de muchas personas saliera al hablarnos de Miguelón. Don Jorge [Guillén] ha escrito también, muy conmovido por el poema de Willis.²¹ ¿Ha llegado ya?

¹⁷ Habla de su cuñada, la esposa de su hermano Carlos, decana de la Universidad de Puerto Rico durante muchos años.

¹⁸ Se refiere a Francisco Ros y Clementa Millán.

¹⁹ Habla de la esposa del sociólogo Víctor Pérez Díaz.

²⁰ El Fogg es el museo de arte más antiguo de la Universidad de Harvard.

²¹ Se trata del mismo poema que menciona en la carta 3.

Díganme si quieren que les envíe recortes del *N[ew] Y[ork] T[imes]* sobre la situación de ahí. Ahora estamos inquietos pensando en lo que se dice en la prensa. Mucho cuidado.

Hasta muy pronto. El lunes iremos con Bill [Callahan] a Duxbury, una playita donde está Cilveti²². Quiero que Bill le conozca, para su trabajo sobre la iglesia. Yo animo mucho a Bill a emprender trabajos de gran alcance, de «alto vuelo», como decía don Américo (y como te diré algún día, Carlos). Hay tanto por hacer en historia de los países «nuestros» —y de tanta importancia que hay que evitar lo que Tierno llama las trivialidades de los eruditos. Bueno, me vas a decir que me cuente el cuento a mí mismo —¡y tendrías harta razón!— y que soy un pedantón que quiero soñar con Tucídides («escribir para la eternidad...»).

Cuando tengamos la conferencia copiada, la de Solita, se la enviaremos. Hay cosas muy afines a lo que has dicho en relación con las coplas y adivinanzas del muchachito norteno²³ de esa casa.

No quiero retrasarme. Voy al correo.

[6]

Sábado 23 de agosto de 1975

Querido Carlos, querida Soledad,

Esta mañana me levanté a las 5 y recogí todos los platos, etc., de anoche; fue una cena muy agradable. Resulta que el padre de los Ros y yo estuvimos en el mismo congreso de la UFEH (Unión Federal de Estudiantes Hispanos) en Valencia en la primavera de 1937, él como delegado de Lorca (Murcia) y yo como representante de «bachillerato». Me gustó mucho y lo mismo el hermano de Paco Ros (arquitecto) y el de Clemen (Filo. & Letras). Esas gentes de Levante son buenas personas: lo que se decía en 1937, precisamente, «el Levante feliz». Quizá porque ha sido una tierra de pequeños agricultores, en directo contacto con la realidad (nada hostil). No sé. De todos modos, ¡los españoles no son unos monstruos! (por mucho que le pese a Juan Goytisolo [...]). ¡Viva la cultura! (Que Soledad no me llame fósil: me lo llamo yo mismo, y como el Inca decía, «a boca llena», soy un fósil de 1931 y de antes de 1759 o de 1812). Bueno, empiezo a ponerme pedantón.

Les adjunto un recorte que le gustará a Ana,²⁴ del *ABC* que ha llegado hoy. Hay también otra noticia muy importante: los leones de circos no tienen bastantes burros

²² Posiblemente se refiera al hispanista Ángel Cilveti.

²³ Aquí alude a un amigo de Carlos Marichal y Soledad González Montes.

²⁴ Se refiere a Ana Elsa Montes González, madre de su nuera Soledad.

para devorar en España y parece que tienen que contentarse con gallinas. ¡Maravillas del ABC!

Mañana les llamaremos, por ser su aniversario y el cumpleaños de Soledad. A ver si tenemos suerte y les encontramos en La Plata.

Hasta pronto. Estoy haciendo gestiones para ver si conseguimos suficiente dinero de España y cancelamos las deudas del banco, y así podremos saber si nuestros ingresos actuales (mi sueldo) alcanzan para que Solita no vuelva a Simmons [College].

Abrazos.

[7]

27 de agosto de 1975

Querido Carlos, querida Soledad,

Por correo aparte, como impreso aéreo, les he enviado la conferencia de Solita en Puerto Rico: a ver qué les parece. Ha tenido muy presente el ánimo que le dio Carlos para que la hiciera. La dará el día 9, y por supuesto el texto es para uds. nada más; le deben decir a Willis Barnstone (gran machadista) que ya Solita hablará con él. Pero no se la muestren a él por ahora. Solita quiere trabajarla más y convertirla en «disco» (o sea, conferencia que puede repetir: por ejemplo, en Miguel Ángel 8 en Madrid). He conseguido, a través de un librero cubano muy eficaz de N[ueva] Y[ork], publicaciones raras sobre Machado y he comprobado que no se ha hecho el trabajo de Solita. Tendrá que desarrollar más lo relativo al padre; ¿saben que el abuelo de Machado fue gobernador de Sevilla en 1868 y que el bisabuelo se llamaba, hacia 1834, «el amigo del pueblo»?

Ayer llegó una hermosa carta de Alberti, que emocionó mucho a Solita. Y anoche estuvimos con los Cohen,²⁵ Ella no está muy bien, ni tampoco Mary Handlin²⁶, otra vez en cama. En fin, estamos, es ley natural, entre unos amigos y entrados en años, aunque sean relativamente jóvenes, pero han trabajado o hecho mucho (como Frances Cohen durante la guerra civil). Hablando de guerras, las noticias de Portugal son muy malas. Y hoy dice el *N[ew] Y[ork] T[imes]* que hay ahí rumores de «golpe».

Hemos terminado de revisar *LA REALIDAD Y EL POETA*, se la enviaremos a Jaime [Salinas] el sábado. Así nos iremos a P[uerto] Rico tranquilos.

²⁵ Bernard y Frances Cohen eran muy buenos amigos del matrimonio. Bernard era un distinguido profesor de Historia de la Ciencia en la Universidad de Harvard, y su esposa Frances había participado como enfermera durante la guerra civil en Madrid en 1936 y 1937.

²⁶ Mary y su marido Oscar Handlin, profesor de Historia en la Universidad de Harvard, eran viejos amigos de Juan Marichal y su esposa Solita.



Juan Marichal y su hijo Carlos desayunando en su casa de Boston, c. 1958



Juan Marichal, Solita Salinas y su hijo Carlos en Chinchón (Madrid), 2003

De España nos llegan malas noticias. Han aprobado la ley anti-terrorista²⁷, hecha sobre todo contra la iglesia. Pero, además, claro, podrán entrar sin problema en cualquier casa. Me pregunto si el FRAP (los asesinos de policías) no serán agentes de la derecha. Les conviene ese ambiente.

[8]

Domingo de Pascua, 18 de abril de 1976

Querido Carlos, querida Soledad,

Acaba de marcharse María Luisa Bastos (¡otra porteña!), una muy buena amiga, no sé si la recuerden. Fue alumna en sus tiempos de Bénichou²⁸ ahí y le invitamos a cenar el viernes. Primera cena en mucho tiempo con invitados; y todo salió bien. Ayer fuimos con ella al Boston Tea Party y Solita tiró al agua (como buena turista) su saco de té (que estaba atado). Luego almorzamos por el puerto y anoche fuimos a Adams House a ver una obra de teatro, ópera. Hoy ha venido Willis [Barnstone], que nos acompañó a Mt. Auburn a llevar margaritas.

Hace un calor excepcional para este mes, más de 90° [Fahrenheit] ayer y hoy. Vamos a trabajar un poco en el jardín luego.

Tendremos que empezar a pensar en el verano. Yo tengo pocas ganas de moverme, en verdad. Pero no sé si será bueno para Solita. De todos modos, iremos a la boda de Flavi²⁹ en Puerto Rico en julio y podremos estar con toda la tribu insular un tiempito en la playa.

También quieren de Colombia que vaya en agosto —y también quizás a Lima. Podríamos en ese caso ver si nos daban los dólares para acercarnos a ese Buenos Aires querido. Pero todo depende de lo que hago finalmente. Quiero cortar amarras y meterme en mi estudio sin líos administrativos. Solita está muy ilusionada en que agrupe trabajos en torno al tema «el intelectual y la política». Está ya casi listo, con un mes lo podría redondear fácilmente. De todos modos, noto que cuando escribo me siento mejor, sobre todo si lo hago en castellano. He dejado demasiado en el tintero; ¿llegaré a disciplinarme —a ser más fiel a mi plumita? A ver si me ayudan.

Hasta pronto. Vamos a echar estas letras y dar un breve paseo, a pesar del calor. Abrazos.

²⁷ Se refiere al Decreto Ley 10/1975, de 26 de agosto, aprobado por el Gobierno de Franco.

²⁸ Alude al gran hispanista francés Paul Bénichou, profesor en la Universidad de Harvard y viejo amigo del matrimonio.

²⁹ Habla de su sobrina Flavia Marichal, que vivía en San Juan de Puerto Rico y actualmente es directora del Museo de Historia, Antropología y Arte de la Universidad de Puerto Rico.

[9]

Lunes 13 de septiembre de 1976

Querido Carlos, querida Soledad,

Nos dio mucha alegría poder hablar con uds. ayer. Ya saben cuánto creo en el teléfono y en Colombia desgraciadamente era imposible. Una noche quise llamar y una opulenta morena me dijo: «no se puede, mi amor». Y al insistir yo, reiteró: «que no mi amor» (esto en la recepción). Como Solita me acompañaba, no podía creerse que estaba rechazando la rotunda morenaza deshonestas propuestas del que suscribe. En suma, que más debajo de México se empieza a des-telefonizarse esta América. Habrá que llevarse radios diversas otra vez.

Ya les habrá contado Solita algunos de nuestros días. Ha sido un viaje bueno, por motivos muy diversos. En mi conferencia³⁰ había más de 12 ex alumnos de Harvard. Ventajas de ser profesor de cafeteros y similares. Todos muy trabajadores. ¿Les dijo Solita que se sentó en el curul en el Congreso, de José Vicente Mogollón?³¹ Estuvo una hora de diputada. Los gritos, en el micrófono, eran ensordecedores. El estilo ático de los bogotanos ha pasado a ser un recuerdo romántico. Por cierto, que un marxista me acusó de ser un historiador romántico. Y yo le dije que desde ese momento iba a ostentar esa designación, pues estaba ya un tantito cansado (y sobre todo Solita) de estar en el siglo XVIII. Como tienen sentido del humor (es verdad, aunque lo diga Borges), lo tomaron muy bien los estudiantes. ¡Y lo digo en serio!

Al ir hacia la iglesia del santo de los esclavos,³² un jesuita catalán, San Pedro Claver, me trajo [sic] un número de *Historia-16*, recién llegada a Bogotá, y traída por un amigo de la Universidad. ¡Mundo redondo! Les adjunto el artículo y cuando lleguen los ejemplares que pedí les mando uno, si no lo han recibido ya (pedí que lo mandaran a B[ueno]s A[ire]s también). Han puesto al padre de Tatí [Giral] en vez del abuelo, confusiones fotográficas de la España actual. ¿Qué les parece?

No hemos conseguido comunicar con Bleiberg, pero espero obtenerlo mañana, a más tardar. [...]

³⁰ Se refiere a la conferencia que dictó en la Universidad de los Andes.

³¹ José Vicente Mogollón, exalumno de Juan Marichal, había estudiado en Harvard. Era diputado a la sazón, y luego fue ministro del Gobierno colombiano y también senador.

³² Se refiere a Pedro Claver Corberó, misionero y sacerdote jesuita que defendió en el siglo XVII los derechos de los esclavos del puerto negrero de Cartagena de Indias (Colombia).

Roma, 27 marzo
/1968

Sig. Juan Marichal
Cambridge

Mi querido amigo:
no tiene que pedirme
ningún permiso por incluir mi esta-
dístico e J. Guillén en el volumen que
edita Finis Corra, e pienso con eso.

Espero un entusiasmo por el libro de
SSita. ¡Soy afortunado de haberlo terminado
y lo publico en "Gredos".

Yo ahora me muevo de Roma
a toré en Francia hasta mediados
de mayo. Lo doy mi dirección,
por si acaso: 2, Place du Barri
06-ANTIBES - France.

Saludos e I. Irack y un gran
abrazo por su obra

R-Alberti

La restauración de Manuel Azaña*

Juan Marichal

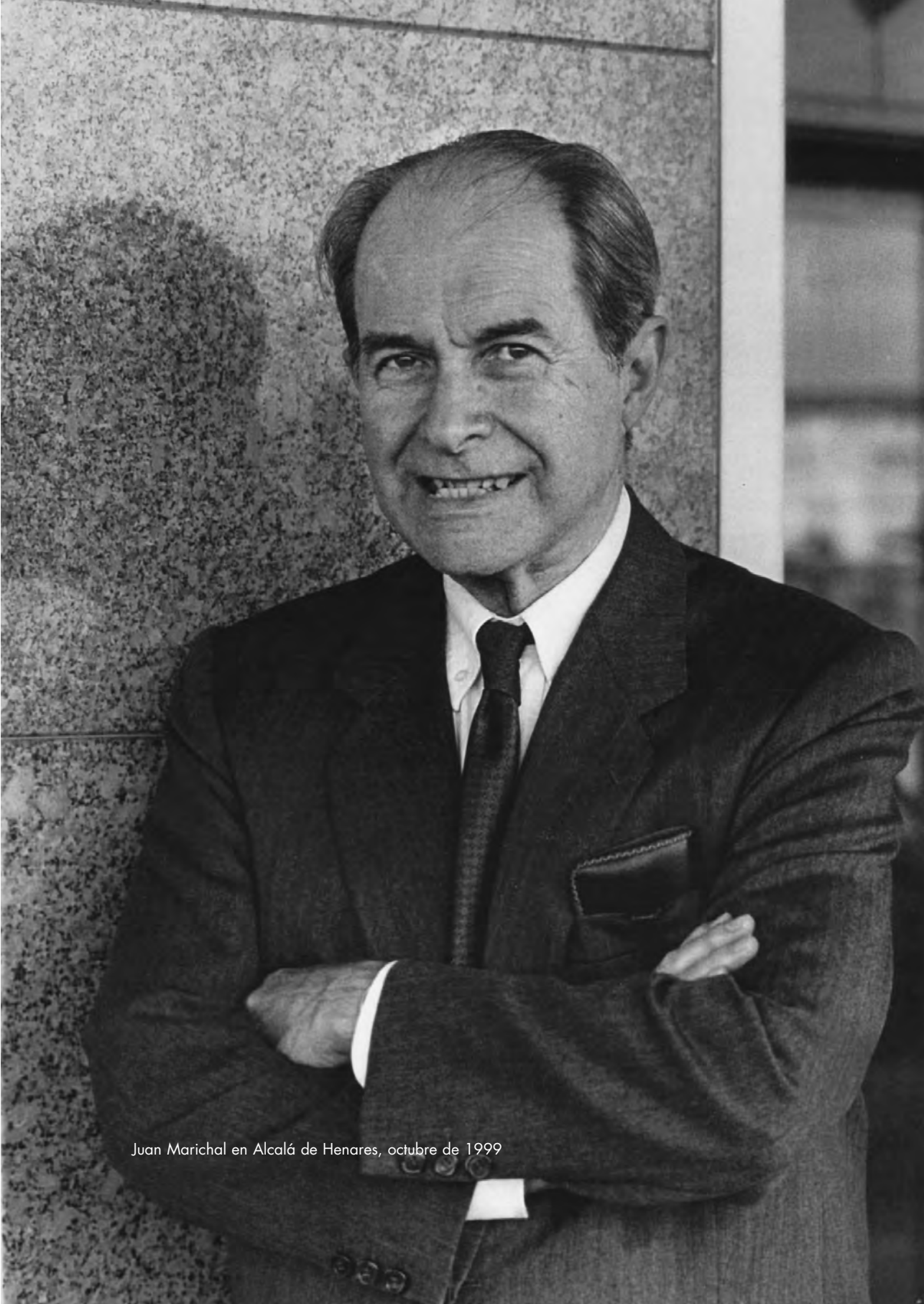
Quizás no haya en la historia política de España una figura política que haya querido dejar un autorretrato tan completo como la de Manuel Azaña. Resulta así verdaderamente irónico que todavía hoy —a más de medio siglo desde su muerte— no pueda verse al Presidente Azaña de cuerpo entero. En lo cual se transparenta, por supuesto, la enormidad trágica de la España de este siglo, el más cruento de su historia toda. Porque ni siquiera la muerte —en el siniestro otoño europeo de 1940— cumplió en su caso la función perfiladora que le asignan poetas e historiadores. «¿Quién era Azaña? ¿Cómo era?», se preguntaron algunos de sus más cercanos colaboradores políticos de la expatriación republicana. Además las últimas horas de su vida fueron utilizadas —y siguen siendo explotadas— para pretender desvirtuar la clara heredad de su integridad espiritual. Es, por lo tanto, reconfortante que desde el año de su centenario (1980) haya empezado aquí, en esta península —y en su Alcalá de Henares natal— un esfuerzo restaurador de la figura del Presidente Azaña: expresión, desde luego, de la nueva democracia municipal española. Mi propósito esta tarde es relatarles (sin abrumarles con demasiados datos) cómo se ha restaurado la figura de Manuel Azaña desde la preparación de sus *Obras completas* hasta nuestros mismos días: o sea, los treinta años, 1964-1994. Este relato me permitirá, sobre todo, dejar constancia precisa de mis propias deudas —como compilador de las incompletas obras del Presidente— y señalar las carencias que han impedido conocer todos los componentes del autorretrato tan cuidadosamente pergeñado por su autor.

«Quiero proponerle un tema para su tesis doctoral: Manuel Azaña» —me decía don Jorge Guillén, el 8 de junio de 1947, en el sencillo almuerzo de mi boda con Soledad Salinas, en Baltimore (Estados Unidos). La conversación que siguió con don Jorge (en

* Artículo publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 21 (diciembre de 1994), con la siguiente nota inicial: «Me es muy grato reiterar mi agradecimiento a la Casa de la Cultura de San Lorenzo de El Escorial (y en particular a doña Concha Calonge), por su invitación a participar (con la primera versión de esta conferencia) en la «Semana Literaria» de septiembre de 1994, dedicada a la vida y obra del Presidente Azaña. El texto ahora impreso es el de una conferencia en el «Aula Anthropolos» (noviembre 1994) de Barcelona y me es también muy grato dejar constancia de mi agradecimiento a Ramón Gabarrós y a sus colegas de *Anthropolos*, por su invitación».

el Club del Profesorado de la Universidad «Johns Hopkins», donde era catedrático Pedro Salinas) fue el punto de partida de mi dedicación *azañista*, aunque no empezó propiamente hasta 1956, cuando solicité una «beca» (o *Fellowship*) a la Fundación Guggenheim de Nueva York, para preparar un estudio, en dos volúmenes, sobre Manuel Azaña. Profesaba yo entonces en la única universidad femenina de los Estados Unidos, Bryn Mawr College, donde era catedrático de filosofía José María Ferrater Mora, el pensador catalán más importante de la historia intelectual hispánica moderna y el más alto ejemplo de laborar universitario de la comunidad española asentada en las Américas desde 1939. Y al ser consultado por su compatriota catalán, José Virgili, sobre un importante proyecto de la editorial que él regentaba en México —las *Obras completas* del Presidente Azaña—, José María mencionó al director de las Ediciones Oasis que como yo acababa (primavera de 1957) de recibir la «beca» Guggenheim aludida, quizás fuera el investigador universitario más indicado para emprender la edición *azañista*. Muy poco tiempo después don José Virgili me telefoneó desde México para ofrecerme el cargo de dicha tarea, asegurándome que Ediciones Oasis no repararía en invertir las sumas necesarias para publicar las *Obras completas* del Presidente Azaña con el rigor textual y la dignidad tipográfica que merecían. Muy conmovido por la oportunidad providencial —gracias a Ferrater— que se me hacía, acepté el encargo de Virgili, aunque me sentí obligado a poner una delicada condición excluyente: la de vedar la intervención en las tareas editoriales del cuñado del Presidente, Cipriano Rivas Cherif (a la sazón residente en México), que había anunciado hacía algún tiempo una nonata edición de obras completas de don Manuel. No debo añadir más sobre los motivos que me parecían imperiosos para aquella exclusión, que me fue garantizada de inmediato por don José Virgili: aunque sabía él, sin duda, que requeriría el ejercicio de todo su considerable tacto con la viuda del Presidente.

Un suceso favorable para mi carrera universitaria —la publicación, en Barcelona, por la editorial Seix-Barral, de mi primer libro (*La voluntad de estilo*, 1957)— tuvo como consecuencia adicional mi nombramiento de catedrático en la Universidad de Harvard (1958). Conté así, para mis trabajos *azañistas*, con los recursos excepcionales de la gran biblioteca de Harvard, la mejor, entre las universitarias, de todo el mundo. Recursos que ya pude aprovechar en el primer semestre de 1959, cuando estuve con licencia para iniciar la compilación de los escritos y discursos del Presidente Azaña. Y en el verano de 1959 pude visitar en el sur de Francia a dos leales *azañistas* —don Amós Salvador y don Carlos Montilla— que encarnaban la continuidad histórica del liberalismo español. Continuidad que tenía sus nuevos representantes en los españoles que como el profesor Enrique Tierno Galván (*azañista* a su modo) mantenían la fe en la restauración de la democracia española. Regresé así a Harvard y a mi celda de la Biblioteca Widener, con la convicción de que mis investigaciones *azañistas* no eran so-



Juan Marichal en Alcalá de Henares, octubre de 1999

lamente una empresa de reconstrucción histórica: Azaña tenía también una significación *futurible*. Sentimiento dominante, por supuesto, en los miles de españoles republicanos residente en la Ciudad de México desde 1939: y allí pasé el verano de 1960, conociendo entonces personalmente a don José Virgili y a doña Dolores Rivas Cherif, la viuda del Presidente Azaña, que me facilitó (en forma algo arbitraria) libros y documentos inéditos de patente importancia. No se habló, sin embargo, del texto confiado a Ediciones Oasis de la transcripción hecha por algún familiar de doña Dolores de las llamadas *Memorias* del Presidente. Pude consultarlo, concluyendo tras una rápida lectura que la mera evidencia interna mostraba que se trataba de una versión infiel de los *Diarios* de Azaña. Aconsejé, así, a don José Virgili que habría que obtener una copia fotográfica del manuscrito original, lo cual requeriría el ejercicio de toda su habilidad diplomática.

Hemos de retrotraernos ahora a 1937 y a un episodio hartamente doloroso para el Presidente Azaña. Recordemos que a mediados de octubre de 1936 el gobierno republicano —presidido por el dirigente sindical socialista, Francisco Largo Caballero— consideró que la situación militar al oeste de Madrid hacía temer que los ejércitos *rebeldes* pudieran apoderarse de la capital española. Varios ministros aconsejaron trasladar la sede gubernamental a Valencia, aunque el Presidente Azaña favorecía hacerlo a Barcelona. Y, aquí, efectivamente, se instaló la Presidencia de la Segunda República hasta mediados de mayo de 1937. Don Manuel trajo consigo una parte considerable de sus papeles personales: sobre todo (para nuestro propósito) el Presidente cuidó muy particularmente de salvar los cuadernos de sus diarios, destinados a permitirle redactar unas eventuales memorias. Y temeroso de que algo pudiera suceder a los diarios determinó enviarlos a un lugar seguro fuera de España: concretamente a Ginebra, donde su cuñado (Cipriano Rivas Cherif) tenía a su cargo el Consulado General de España. Aunque el trayecto entre Barcelona y Ginebra ofrecía un obstáculo muy peligroso, pues la frontera con Francia estaba en manos de las milicias anarquistas que ejercían su control en forma totalmente arbitraria. La señora de Azaña decidió, sin embargo, ser ella misma la encargada de esta delicada operación. No puedo precisar cuándo salió para Ginebra (ni ella lo recordaba al hacerme su relato) pero conjeturo que debió ser a finales de 1936 o principios de 1937, cuando la frontera catalana con Francia empezaba a mostrar cierta normalidad. Así doña Dolores Rivas Cherif se encaminó hacia la temible frontera, tras «encajar» entre el cuerpo y su faja, los *diarios* del Presidente. Los milicianos anarquistas (que veían seguramente a Azaña como un enemigo) exigieron a doña Dolores que descendiera del «Mercedes» presidencial para someterse al cacheo de rutina. Mas doña Lola alegando su condición de esposa del Presidente de la República se negó, consiguiendo entrar en Francia con su valioso tesoro, que entregó a su hermano en Ginebra.

Lo sucedido entonces a los *diarios* de Azaña podría calificarse de episodio cómico, si no fuera por todas las consecuencias que tuvo —y que sigue teniendo!— para la España que defendía sus instituciones democráticas en la Europa siniestra de entonces. Justamente, allí mismo, en Ginebra, en la patética Sociedad de las Naciones, los delegados de la Segunda República de España batallaban (en verdad) por *despertar* a la Europa Occidental que había optado por la suicida *No Intervención*. Pues bien, resulta sumamente paradójico que en aquella Ginebra —que el Presidente Azaña veía como un refugio seguro para sus *diarios*— el Cónsul General de España (que lo era exclusivamente por ser su cuñado), Cipriano Rivas Cherif, iniciara unas veladas para el personal consular y otras personas que consistían en lecturas comentadas de fragmentos de los *diarios* del Presidente. Abreviemos lo que siguió: el vice-cónsul (Antonio Espinosa) deseaba sumarse a los numerosos diplomáticos españoles que desde julio de 1936 habían ofrecido sus servicios a los sublevados. La defección de Espinosa —en la primavera de 1937— era, así, un tanto tardía, y le era indispensable contar con un aval de peso al llegar a Irún camino de Burgos. Lo obtuvo muy cómodamente: robando varios cuadernos de los *diarios* del Presidente Azaña que el cónsul guardaba en un cajón de su mesa. Tras la llegada de Espinosa a Burgos comenzaron a aparecer en el *ABC* de Sevilla —entre agosto y noviembre de 1937— abundantes fragmentos de los *diarios*, que dos años después el conocido libelista Joaquín Arrarás agruparía en el libro *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939. Además, en una hábil acción de «guerra psicológica», varios destacados políticos republicanos recibieron fotostáticas de pasajes de los diarios referentes a ellos, y nada favorables a diversos rasgos de sus personas. Uno de ellos —don Indalecio Prieto, a la sazón Ministro de Defensa— me relató una escena verdaderamente singular: la originada en un consejo de ministros presidido por don Manuel, cuando al llegarle su turno comenzó su intervención por la lectura de la fotocopia relativa a él mismo. El Presidente palideció visiblemente (me contaba Prieto, en México, en 1960) y se apresuró a negar la autenticidad del texto suyo en cuestión.

Saltemos ahora a 1968, cuando apareció en México el volumen IV de las *Obras completas* del Presidente Azaña, el de las llamadas *Memorias políticas y de guerra*. En mi prólogo omití toda referencia al triste episodio de Ginebra, dejando de explicar, por tanto, los huecos patentemente observables en los *diarios* de 1932 y 1933: quise así evitar a la viuda del Presidente el revivir lo sucedido treinta años antes. Mas, pronto, entre los lectores de las *Obras completas*, hubo comentarios sobre los «huecos» aludidos, y más particularmente sobre el número de *cuadernos* robados por Antonio Espinosa. Uno de estos lectores me conmovió por la intensidad de su voluntad de intentar averiguar el paradero de los *cuadernos* robados en Ginebra: se trataba de don Jesús Pabón, director de la Academia de la Historia. Consultó, así, al general Castañón de Mena, entonces Ministro del Ejército, y, durante muchos años, alto funcionario de las oficinas en El Par-

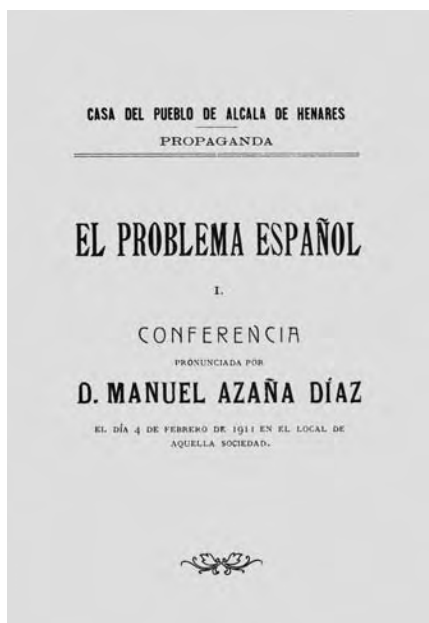
do del general Franco. Según me relató Pabón, la reacción del general Castañón tras ser enterado del episodio de Ginebra fue la de un indignado burócrata estatal: «¡Que un subordinado se haya atrevido a robar a un superior!». Pero, sobre todo, el general Mena aseguró a Pabón que los *diarios* de Azaña habían estado en El Pardo, y suponía que allí seguían. Noticia que determinó a Pabón solicitar audiencia con el general Franco para pedirle que los cuadernos de Azaña fueran depositados en la Academia de la Historia como muy valiosos documentos históricos españoles. Pabón contaba con obtener la audiencia rápidamente —según me decía, en una conversación con él, en Madrid, en 1970—, pues nunca había pedido «nada» al general Franco, a quien conocía desde 1929, cuando dirigía la Academia Militar General de Zaragoza (donde él, Pabón era catedrático de la Universidad aragonesa). La audiencia le fue concedida fácilmente y don Jesús me telefoneó para vernos a su término, esperando darme alguna buena noticia. Cuando fui a verle, Pabón estaba consternado, aunque sin poder refrenar un sentimiento de haber vivido un trance esperpéntico. Porque tras escuchar, atento y silencioso, la petición que le hacía Pabón en relación con los cuadernos robados de Azaña, el general Franco le dio una respuesta que era en sí una enigmática pregunta: «¿Es usted Pabón?» (y ahí terminó la audiencia). Por supuesto, la interrogación tenía varias posibles interpretaciones (sin excluir la utilización de una senilidad más hábil que real), pero para don Jesús podía «traducirse» así: «¿Es posible que el muy monárquico Pabón que yo conocí en Zaragoza venga a ponderarme los papeles de Manuel Azaña?».

Diez años (1970-1980) pasaron sin que se pudieran hacer nuevas averiguaciones sobre el paradero de los *diarios* hasta que en 1980 un diputado socialista (más tarde presidente del Parlamento europeo), Enrique Barón, pasó una tarde conmigo, en una visita suya a la Nueva Inglaterra, y al hablar del Presidente Azaña le repetí el relato de Pabón. Me aseguró que en cuanto estuviera de nuevo en Madrid haría una interpe-lación al gobierno de Adolfo Suárez sobre el archivo de El Pardo y más específicamente sobre los *diarios* de Azaña. Y así lo hizo, mas tampoco hubo respuesta por parte del gobierno de UCD, ya que era patente que no interesaba (en tiempos de la *dizque transición*) plantearse cuestiones de orden histórico que pudieran alterarla.

Aunque aquel año de 1980 marcó el comienzo efectivo de la restauración histórica del Presidente Azaña, en esta península natal suya: así el Ayuntamiento de Alcalá de Henares (de mayoría socialista) se *topó* con el significado de la fecha y se precipitó a poner una placa en la casa natalicia de Azaña, que había recuperado su familia después de una larga ocupación falangista. Mas la aludida *transición* no pudo impedir que la placa fuera rota y que aparecieran pintadas ofensivas en las paredes de Alcalá de Henares. Aunque en la villa del complutense más importante, desde Cervantes, en la historia y la cultura de España, se preparaba entonces un volumen de homenaje internacional que sigue siendo el mejor estudio colectivo sobre Manuel Azaña, aunque



Azaña en la finca La Barata, Tarrasa, 1938. (Archivo V. A. S.)



Vicente Alberto Serrano y José María San Luciano no tuvieron el apoyo periodístico que su espléndido volumen merecía. Coincidió, además, su presentación con la simultánea del libro de Josefina Carabias (*Los que le llamábamos don Manuel*), que contó con la destacada participación del entonces jefe de la oposición parlamentaria, Felipe González. Fue entonces que otro socialista —el singular alcalde de Madrid, don Enrique Tierno Galván— patrocinó la primera celebración oficial española del nacimiento de Manuel Azaña, con tres veladas en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, los días 25, 26 y 27 de noviembre de 1980. Mas aquellas veladas se apoyaron en el trasfondo madrileño de un excepcional acontecimiento teatral: la representación en el Teatro Bellas Artes —desde su clamoroso estreno la noche del 5 de noviembre de 1980— de la dramatización del «diálogo» de Azaña *La velada en Benicarló*, hecha por José Gabriel y Galán y José Luis Gómez. Al llegar yo a Madrid el 23 de noviembre —para participar en el homenaje del Ayuntamiento recién mencionado— y acercarme al atardecer al Teatro Bellas Artes me conmovió profundamente ver la larga cola ante las taquillas del teatro. Y gracias a la siempre atenta amistad de José Luis Gómez pudimos asistir (Solita y yo) a la representación de aquel 23 de noviembre de 1980: así, cuando hablé, el día 25, en el Centro Cultural me sentí fortalecido por la noche del 23 en el Bellas Artes, por aquel auditorio de españoles transidos de una emoción silenciosa que en muchos se vertía en lágrimas incontenibles al bajar el telón.

Volvamos de nuevo a 1960, cuando la figura de Azaña seguía en un limbo histórico español del cual intentaban rescatarlo los buenos propósitos de don José Virgili y Ediciones Oasis de México; mas al llegar la noticia del proyecto de *Obras completas* del Presidente a Madrid, sus familiares residentes en España se aprestaron a impedirlo mientras no se reconociera su condición de herederos parciales de los derechos de autor. Así empezó una penosa negociación cuyos detalles y fases me fueron desconocidos: sólo supe, en 1964, que el proyecto azañista de Ediciones Oasis salía de su atascamiento y, por lo tanto, podía yo terminar de preparar el primer volumen de las *Obras completas*. No podía, sin embargo, trasladarme a esta Península y acudí a varios auxiliares, cuya colaboración me fue obtenida por el Instituto Internacional de Madrid (Miguel Ángel, 8). No se consiguió, sin embargo, un texto que yo estimaba indispensable para el primer volumen: la tesis doctoral de Manuel Azaña defendida en 1900 en la Facultad de Derecho de la Universidad llamada entonces Central. El archivo universitario correspondiente la daba por perdida, como también sucedía con las de numerosos españoles coetáneos de Azaña. Al comentar esta carencia con un buen amigo español —que hacía su propia tesis doctoral en una universidad cercana a Harvard— me ofreció su experiencia como explorador de la que podríamos llamar «España inédita»: mi amigo era el especialista en historia intelectual española Rafael Pérez de la Dehesa, trágicamente fallecido en Madrid en 1972. A él debo más que a ningún otro

colega una colaboración en mis tareas azañistas siempre hecha con raro desprendimiento y con singular pericia investigadora. Así fue en el caso de la tesis doctoral de Manuel Azaña, porque Rafael decidió consultar el Archivo de Expedientes Universitarios, donde sí figuraba el de Azaña. Mas el archivero no le permitió examinarlo directamente, aunque le suministró los datos que Rafael buscaba. Lo cual hizo sospechar a Rafael Pérez de la Dehesa que dentro de la carpeta del expediente habría algún documento que el archivero quería ocultar. Aprovechando la hora del almuerzo, Rafael, pudo persuadir al ujier de guardia que le permitiera entrar para examinar de nuevo el expediente de Azaña: ¡y allí estaba el manuscrito de la «memoria» doctoral, *La responsabilidad de las multitudes* (3 de abril de 1900)! Grande fue la alegría de Rafael y mayor la mía cuando me lo hizo saber inmediatamente: más pesarasos fueron para él, y para mí, los días siguientes a aquella milagrosa tarde madrileña. Pues al regresar al archivo para tratar de obtener una micropelícula de la tesis de Azaña el archivero dejó atribulado a Rafael con su respuesta: «¡aquella memoria doctoral no podía seguir en un expediente universitario!». E inmediatamente la extrajo de la carpeta y la guardó en un cajón de su propia mesa.

Cuando supe todo esto se lo relaté al profesor Fainsod, director de nuestra biblioteca, la Widener Library ya mencionada, quien decidió dirigirse personalmente al Rector de la Complutense, puesto que era el director de todas las bibliotecas y archivos de la universidad madrileña. Supe, además, por las siempre discretas averiguaciones de Rafael Pérez de la Dehesa que el archivero de marras —seguramente dominado por el pavor (o el odio) que motivaba en muchos españoles el nombre de Azaña— había llevado personalmente la memoria doctoral a su superior, el Rector. La carta del profesor Fainsod no recibió respuesta alguna, y tras esperar algunas semanas acudí al entonces (1966) Cónsul General de España en Boston, Víctor Sánchez-Mesas, quien se mostró escandalizado por el silencio del Rector y me aseguró que notificaría inmediatamente lo sucedido al director de Relaciones Culturales, Alfonso de la Serna (debo hacer un muy breve inciso en recuerdo de mi muy querido amigo Luis Villalba, cónsul español en Boston, que me mostró, con creces, cómo él no era lo que estaba, para decirlo en un modo idiomático peculiarmente español). Por eso sentía yo que del lado del Ministerio de Exteriores podría venir quizás un gesto favorable en la cuestión Azaña. Y, efectivamente, una mañana de 1967 me telefoneó Sánchez-Mesas para darme una espléndida noticia: en la valija diplomática acababa de llegar de Madrid la micropelícula de la *memoria* doctoral de Azaña, obtenida por el propio Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Castiella, tras una sugerencia de don Alfonso de la Serna. Nada más darme Sánchez-Mesas la *memoria*, la hice transcribir —era, la caligrafía, muy clara pluma de amanuense— y fue incorporada al volumen tercero de las *Obras completas*, en curso de impresión en México. Todo aquel episodio me mostró ade-

más que la figura histórica de Azaña era respetada por españoles en quienes ya preveía —no obstante ocupar cargos oficiales— un ánimo de coexistencia liberal.

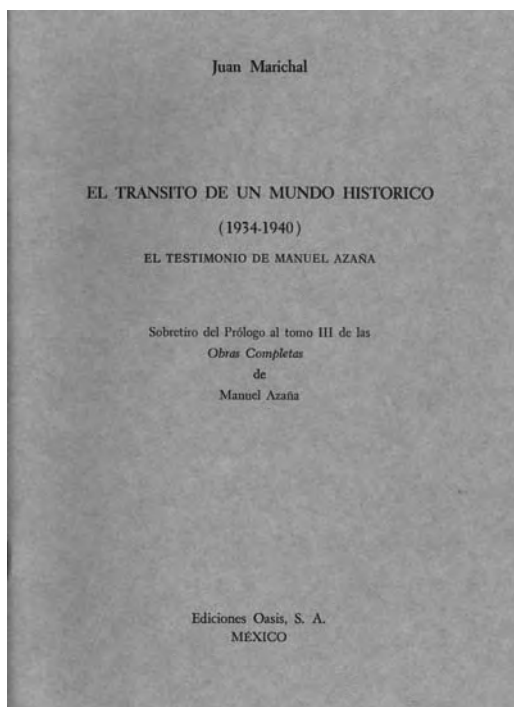
Otro hallazgo de Rafael Pérez de la Dehesa —muy poco después de su descubrimiento de la tesis doctoral— fue el del epistolario de Azaña con su amigo alcalaíno José María Vicario, que se extendía desde 1898 a 1929. No voy a relatar ahora cómo llegó a mis manos la micropelícula de las cartas conservadas por el fiel amigo de Manuel Azaña, mas, sin duda alguna, *José María Vicario* merece el agradecimiento póstumo de todos los estudiosos y admiradores del Presidente. También en 1967 (cuando se habían publicado los dos primeros volúmenes de las *Obras completas*) doña Dolores Rivas Cherif me sorprendió entregándome diarios personales y cuadernillos de apuntes correspondientes al período 1911-1928: habían sido llevados supuestamente a México por un viejo amigo que los conservaba en Francia. Dada la ausencia en las letras españolas de diarios íntimos, los de Azaña cobraban un valor literario e histórico excepcional. Y así el volumen tercero de las *Obras completas* permitía conocer al Azaña anterior a su notoriedad histórica, mucho más cabalmente que a numerosos españoles de su generación, la de Ortega, la de 1914. Es más, no creo ser arbitrario si sostengo que ningún político español del primer tercio de este siglo (1900-1930) ha dejado un autorretrato intelectual equiparable al de Manuel Azaña. Cabe, además, conjeturar (como lo ha hecho el profesor Franco Meregalli) que los diarios iniciados por Azaña en 1931 —para redactar unas eventuales memorias— no hayan sido un estreno diarístico sino la continuación de otros cuadernos probablemente desaparecidos o todavía ocultos.

La importancia histórica de los diarios de 1931 a 1939 exigía, por lo tanto, que su reproducción impresa fuera absolutamente fiel. Manifesté así a don José Virgili que era obligado utilizar el manuscrito ológrafo original del Presidente Azaña, en posesión de su viuda. Gracias al tacto persuasivo del director de Ediciones Oasis accedió finalmente doña Dolores Rivas Cherif a permitir que se hiciera una fotocopia de los diarios, en presencia de don José Virgili y dos testigos más. Aquel volumen (el cuarto) de las *Obras completas* del Presidente Azaña se convirtió desde mediados de abril de 1968 en uno de los libros más buscados por numerosos españoles de la España transterrada en las Américas y aquí mismo: aunque no fue, por supuesto, autorizado por la censura caudillista. Pero en 1968 un número apreciable de lectores —que podían pagarse el alto precio clandestino de los cuatro volúmenes— lo adquirieron y comentaron. Está de más decir que muchos de aquellos españoles descubrieron entonces la intensidad del dolor de Azaña durante la guerra que asoló estas tierras de España.

Saltemos ahora a 1984, más precisamente al jueves 26 de enero de 1984. Aquella mañana, cuando desayunaba en mi casa de Cambridge —acompañado por mi antiguo amigo Carlos Caridad, hijo del general republicano Rogelio Caridad Pita, asesi-



Juan Marichal, Solita Salinas, Asenchi
Madinaveitia y José Luis Gómez
en la Residencia de Estudiantes,
octubre de 2001



nado en 1936 en Ferrol—, recibí una de las mayores alegrías de mi vida. Me telefonaba el Ministro del Interior, José Barrionuevo, pidiéndome que me trasladara inmediatamente a Madrid para asistir a una rueda de prensa de manifiesta importancia para mí: porque se acababa de encontrar en la Escuela Superior de Policía, en la calle Miguel Ángel, 5, el archivo del Presidente Azaña que, en julio de 1940, la Gestapo había confiscado en su residencia de Pyla-sur-mer, junto a Arcachon, en la costa atlántica meridional francesa (recordemos que don Manuel y su esposa habían sido evacuados en una ambulancia por las autoridades francesas, que les habían llevado primero a Vichy y luego a Montauban, donde falleció la noche del 3 de noviembre de 1940). Hay varias versiones sobre el itinerario del archivo de Azaña de Arcachon a Madrid —empezando por la de Cipriano Rivas Cherif, que fue detenido por los nazis (acompañados de policías españoles) y llevado a Madrid— que no son pertinentes para nuestros propósitos: lo verdaderamente milagroso era el hallazgo del archivo en el edificio mencionado (hoy Dirección General de Policía), frente al Instituto Internacional donde tantas veces había tratado yo, con su personal bibliotecario, asuntos de mis búsquedas azañistas. El archivo había sido ocultado allí por un director de la Escuela de Policía, paranoico autor de panfletos y libros persecutorios, Eduardo Comín Colomer, que utilizó seguramente el archivo de Azaña para sus siniestras acusaciones. Gracias a él, paradójicamente se conservaron los papeles del Presidente.

Debo confesarles que he sentido, desde aquella muy deferente llamada del Ministro Barrionuevo, que cometí un error considerable al no volar en el acto a Madrid. Tenía aquella mañana un examen de un curso con numerosos alumnos, y según el reglamento universitario de Harvard, un profesor encargado de curso no puede ausentarse en días de exámenes. Además, el lunes siguiente se iniciaba el segundo semestre y tenía justamente que dar una clase para la cual no podía obtener un sustituto: en suma, expliqué todo esto al Ministro (a quien me atrevo a suponer que le pareció extraño tal puritanismo universitario) y delegué en un amigo madrileño para acompañar a Barrionuevo en la rueda de prensa. Lo que importa, ahora, al hacerles este apresurado relato no es el perjuicio en cuanto azañista que resultó de mi ausencia: lo grave fue lo que sucedió después, lo que llamé en 1990 «el secuestro de Manuel Azaña». Porque, contrariamente a lo que solicité al entonces Ministro de Cultura, Javier Solana, el archivo de Azaña fue «devuelto» (digamos así) a la viuda del Presidente, representada por su sobrino Enrique Rivas Cherif, que todavía lo tiene en su poder. Mi propuesta al Ministro Solana era muy clara: los papeles del Presidente pertenecían al patrimonio histórico de España y deberían depositarse, inmediatamente, en el Archivo Histórico Nacional. Porque así ofrecerían posibilidades de investigación a los jóvenes historiadores que deseaban trabajar (o estaban ya haciéndolo) sobre Azaña. Comprenden ustedes —lo sé— que todo este relato es muy doloroso para mí: a la confis-

cación de la Gestapo ha seguido la de una familia que tanto ha debido a la restaurada democracia española. Mi indignación responde, ante todo, a un simple hecho: la restauración de la figura histórica del Presidente no será posible mientras no se recuperen los *cuadernos* robados en 1937 —si todavía existen en algún escondrijo *franquista*— y los valiosos manuscritos del archivo descubierto en Madrid en 1984.

Aunque puede decirse que José Luis Gómez —con la colaboración de José María Marco— ofreció una fiel imagen del Presidente en su singular monólogo *Azaña: una pasión española*, estrenado en el Teatro Nacional María Guerrero, el 29 de junio de 1988, que representaría también en varios países de las Américas de lengua española, además de hacerlo en muchas provincias peninsulares. Puede así decirse que José Luis Gómez ha sido el verdadero restaurador del Presidente para centenares de miles de espectadores en el mundo hispánico. Dos años más tarde, en el otoño de 1990, se iniciaron las conmemoraciones del cincuentenario de la muerte del Presidente Azaña (en el terrible nocturno europeo de 1940), al filo de la media noche del 3 de noviembre. La primera conmemoración y quizás la más simbólica de la fortalecida democracia española, fue la de su villa natal, Alcalá de Henares. Porque fue, justamente una manifestación de la importancia que para Azaña debía tener la institución municipal en una democracia. De octubre a enero (de 1991) hubo en Alcalá actos diversos que culminaron en una exposición montada por Vicente Alberto Serrano que, añadamos, ha sido cedida al Instituto Cervantes para recorrer las Américas de lengua castellana. La conmemoración más destacada fue, sin embargo, la del Ministerio de Cultura (regido entonces por Jorge Semprún) en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño: allí había sido elegido Presidente de la Segunda República Manuel Azaña, el 10 de mayo de 1936. Allí —gracias al trabajo de José María Marco y su equipo— estaba el Presidente y su mundo histórico. Fue patentemente la mejor exposición de este género realizada en España. Y aunque estuvo presente el Ministro de Cultura, sorprendió, a muchos asistentes a su inauguración, que no hubieran acudido a rendir homenaje a la memoria del Presidente Azaña quienes ostentaban otros cargos gubernamentales, más altos.

Debo confesarles que, para mí, la conmemoración con mayor intensidad emocional fue la de la Villa de Montauban, en las fechas del temprano noviembre de 1990, que correspondían exactamente al cincuentenario de aquellos días trágicos de 1940. No voy a relatarles los actos, que constituyeron, además, un hermoso ejemplo de convivencia intelectual de franceses y españoles: el volumen de la Casa de Velázquez de Madrid —la capital simbólica del hispanismo francés— *Azaña el son temps* (Madrid, 1993) contiene los textos de los trabajos leídos en Montauban por el grupo internacional de los *azañistas* más distinguidos de nuestro tiempo. Mas hubo algo en el cementerio de Montauban que quedará en la historia como lo que fue, esos sucesos que

nunca más pueden repetirse. Allí estaban el Ministro de Cultura español y el embajador de España en Francia, que depositaron sus coronas con las cintas con los colores oficiales del Estado español actual, mas también, apartados, estaba un pequeño grupo de viejos (y pobres) exiliados españoles con su bandera tricolor, para siempre legendaria. Y cuando se retiró el grupo oficial de autoridades hispano-francesas, aquellos pobres exiliados se acercaron a la tumba del Presidente a rendirle su homenaje. Recordé, entonces, la lamentación de don Manuel algún tiempo después de llegar, en 1940, a Montauban, cuando decía a su mujer (mirando desde su habitación del *Hotel du Midi*) cuánto le gustaría bajar a la plaza para conversar con los españoles que allí solían reunirse. Añadía Azaña: «pero ellos no querrían hablar conmigo». Mas los que allí quedaban en noviembre de 1990 sí quisieron mostrar la fidelidad —por quijotesca que fuera— que veía en el Presidente Azaña la imagen perdurable de una España humanitaria.

Juan Marichal

Cronología de Juan Marichal

Julia Cela

2 de febrero de 1922	Nace en Santa Cruz de Tenerife Juan Augusto López Marichal, hijo de José López Marizatt y de Concha Marichal López.
1923	Nace su hermano <i>Chicho</i> , Carlos López Marichal.
1931	Carmen Marichal (hermana de la madre) se casa con Domingo Pérez Trujillo, quien ese mismo año es elegido diputado en Cortes por el PSOE, en la circunscripción de Tenerife; tendrá el acta hasta 1933.
1933	Su tío Rubén Marichal es elegido diputado en Cortes por el Partido Republicano Tinerfeño.
1935	Traslado de la familia López-Marichal a Madrid debido al trabajo de su padre en la empresa exportadora de plátanos Rodríguez López. Fallecimiento de la madre, Concha Marichal. Ingreso en el Colegio de Huérfanos de Telégrafos.
1936	Estalla la guerra civil española. Vive en la calle Rios Rosas con sus tíos Domingo Pérez Trujillo y Carmen Marichal. El 13 de diciembre, junto con su hermano, abandona Madrid y se instala en Valencia. Estudia en el Instituto Blasco Ibáñez. Inicia la publicación de la revista estudiantil <i>La Guanchada</i> .
1937	En el invierno se traslada toda la familia a Barcelona, y Juan prosigue sus estudios en el Instituto Nicolás Salmerón, en el que tiene como profesor a Eduardo Nicol.
1938	En el verano marcha a París con su hermano y su tía Carmen. Pronto su hermano se traslada a Bélgica. Prosigue el bachillerato en el Liceo Michelet.

- 1940 En el invierno abandonan París y se instalan en Casablanca. Continúa el bachillerato francés en el Liceo Lyautey.
- 1941 En octubre embarca con su familia en el barco portugués *Quanta* con destino a La Habana y Veracruz. Se instalan en México D. F. Juan ingresa en la UNAM, primero en la Facultad de Ciencias y posteriormente en la Facultad de Filosofía y Letras. Comienza a trabajar en la embotelladora Canada Dry, y al poco tiempo como profesor en el Instituto Luis Vives.
- 1945 Se licencia en Historia por la UNAM, donde contó con profesores como José Gaos, Rafael Altamira y Edmundo O'Gorman.
- 1946 En enero llega a Princeton (EE. UU.) para realizar su doctorado con Américo Castro. Consigue plaza de profesor ayudante en Princeton. Conoce a Solita Salinas. Da clases en la Universidad de Verano de Middelbury.
- 1947 En la primavera contrae matrimonio en Baltimore con Soledad Salinas Bonmatí.
- 1948 El 10 de marzo nace su hijo Carlos Marichal Salinas. Se doctora en la Universidad de Princeton con una tesis sobre el padre Feijóo.
- 1949 El 7 de noviembre nace su hijo Miguel Marichal Salinas. Es nombrado profesor ayudante de la Universidad de Harvard y vive con su familia en Boston.
- 1951 El 4 de diciembre fallece en Boston su suegro, Pedro Salinas, que será enterrado en Puerto Rico
- 1952 Publica su primer libro, *La españolización de España. La edad de oro liberal*. México: Publicaciones de las Españas.
- 1953: Es nombrado profesor de Literatura Española en el Bryn Mawr College (cerca de Filadelfia), donde dictará clases durante seis años. Allí entabla amistad con su colega el gran filósofo Jose María Ferrater, profesor en la misma institución.

- 1956 Publica la edición de la obra de Américo Castro *Semblanzas y estudios españoles*. Princeton.
- 1957 Publica *La voluntad de estilo: Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Barcelona: Seix-Barral, col. Biblioteca Breve.
- 1959 Obtiene la cátedra en el Departamento de Lenguas y Literaturas Románicas de la Universidad de Harvard, del que será jefe en los años sesenta.
- 1966 Publica *El nuevo pensamiento político español*. México: Finisterre.
- 1966-1968 Edita las *Obras completas* de Manuel Azaña, México: Oasis, 4 vols. Publica *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo (Edicusa).
- 1969 Publica, junto con Ivar Ivask, *Luminous Reality: The Poetry of Jorge Guillén*. University of Oklahoma Press.
- 1971 Edita la obra de Manuel Azaña *Ensayos sobre Valera*. Madrid: Alianza. Se reedita en Revista de Occidente *La voluntad de estilo: Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Publica, con Octavio Paz, *Las cosas en su sitio (sobre la literatura española del siglo xx)*. México: Finisterre. Alianza reedita *La vocación de Manuel Azaña*.
- 1975 Fallece en mayo su hijo Miguel Marichal Salinas.
- 1976 Publica *Tres voces de Pedro Salinas*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.
- 1978 Publica *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)* Madrid: Fundación Juan March.
- 1982 Reedita *La vocación de Manuel Azaña*, en Alianza.
- 1984 Reedita *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, en Alianza.
- 1987 Se le otorga el Premio Canarias de Literatura
- 1988 Se jubila como catedrático de la Universidad de Harvard y pasa a ser catedrático emérito.

- 1989 Abandona Boston y se establece definitivamente en Madrid. Imparte dos cursos de doctorado sobre historia intelectual latinoamericana en el Instituto Universitario Ortega y Gasset (1989-1991). En febrero se le concede la Medalla de Oro de las Bellas Artes. En abril dicta tres conferencias en la Residencia de Estudiantes sobre el papel político de los intelectuales.
- 1990 Es nombrado director del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, cargo que ocupará hasta su fallecimiento en 2010. Publica *El intelectual y la política*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- 1995 Publica *El secreto de España*. Madrid; Taurus.
- 1996 El 19 de abril se le concede la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. El 30 de octubre obtiene el Premio Nacional de Historia.
- 2002 Homenaje en Tenerife con motivo de su 80.º aniversario. Publica *El designio de Unamuno*. Madrid: Taurus.
- 2003 En julio se traslada, junto con su esposa, a vivir a Cuernavaca (México) en compañía de la familia de su hijo Carlos Marichal.
- 2007 En noviembre fallece su esposa, Solita Salinas.
- 2008 En junio se le concede la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica.
- 2010 El 8 de agosto fallece Juan Marichal en su casa de Cuernavaca (México).
- 2011 Se publica su libro *Testimonios de un isleño*, en colaboración con Julia Cela.

Julia Cela*

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

Bibliografía de Juan Marichal*

Christopher Maurer y James Valender

Libros

- El caballero del caracol*. Cuento con ilustraciones de Carlos Marichal, México, Secretaría de Educación Pública, 1946; 2.^a ed. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1990 (34 pp.).
- La españolización de España. La edad de oro liberal*, México, Publicaciones de Las Españas, 1952 (folleto de 31 pp.).
- La voluntad de estilo (Teoría e historia del ensayismo hispánico)*, Barcelona, Seix Barral (Biblioteca Breve), 1957 (= VE); 2.^a ed.: *La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Revista de Occidente (Selecta), 1971; 3.^a ed.: *Teoría e historia del ensayismo hispánico*, Madrid, Alianza, 1984 (= THEH).
- El nuevo pensamiento político español*, México, Finisterre (Colección Perspectivas Españolas), 1966 (= NPPE).
- La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo (Edicusa), 1968; 2.^a ed.: Madrid, Alianza, 1971; 3.^a ed.: Madrid, Alianza, 1982.
- Con Octavio Paz, *Las cosas en su sitio (sobre la literatura española del siglo XX)*, México, Finisterre, 1971 (= CS).
- Tres voces de Pedro Salinas*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1976 (= TVPS).
- Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*, Madrid, Fundación Juan Marichal/Cátedra, 1978.
- La revelación de Juan Negrín en la Valencia de 1937*, Valencia, Real Sociedad Económica de Amigos del País, 1986 (folleto de 17 pp.).
- El intelectual y la política en España (1898-1936)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990.

* En esta bibliografía, dedicada principalmente a la labor crítica e historiográfica de Juan Marichal, se recoge sólo una pequeña muestra de su colaboración en la prensa de España, Latinoamérica y Estados Unidos. Algunas publicaciones se mencionan de forma abreviada: BILE: *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), CCLC: *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (París), CSM: *Christian Science Monitor* (Boston), Cua: *Cuadernos Americanos* (México), HR: *Hispanic Review* (Filadelfia), LT: *La Torre* (Río Piedras-Puerto Rico), NRFH: *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México), PMLA: *Publications of the Modern Language Association*, PSA: *Papeles de Son Armadans* (Palma de Mallorca) y RO: *Revista de Occidente* (Madrid). Además se citan de forma abreviada algunos libros cuando se alude más de una vez a la misma edición.

El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política, Madrid, Taurus, 1995.

El designio de Unamuno, Madrid, Taurus, 2002.

Testimonio de un isleño, edición, biografía y cronología de Julia Cela, Las Palmas, Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, 2011.

Ediciones de Pedro Salinas

Confianza. Poemas inéditos (1942-1944), edición preparada y corregida por Jorge Guillén y Juan Marichal, con prólogo de Jorge Guillén, Madrid, Aguilar, 1955 (véase la «Nota preliminar», pp. 9-10).

Poesías completas. Presagios, Seguro azar, Fábula y signo, La voz a ti debida, Razón de amor, El contemplado, Todo más claro, Confianza, edición preparada y revisada por Juan Marichal, Madrid, Aguilar, 1955 (véanse la «Advertencia al lector», pp. xi-xii, y la nota sobre *Confianza*, p. 406); 2.^a ed.: Madrid, Aguilar, 1956.

Teatro completo, Madrid, Aguilar, 1957 (véase la «Nota preliminar», pp. 11-13).

Volverse sombra y otros poemas, edición a cargo de Juan Marichal, con una remembranza de Renato Poggioli, Milán, All'Insegna del Pesce d'Oro, 1957 (véase la «Advertencia editorial», pp. 15-18) (edición limitada a 500 ejemplares).

Ensayos de literatura hispánica. Del «Cantar de Mio Cid» a García Lorca, Madrid, Aguilar (Ensayistas Hispánicos), 1958 (véase «Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica», pp. 9-21); 2.^a ed.: Madrid, Aguilar, 1961.

El contemplado. Tema con variaciones, con introducción y notas de Juan Marichal, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1959 (véase «Pedro Salinas y su *Contemplado*», pp. ix-xvi).

La responsabilidad del escritor, Barcelona, Seix Barral (Biblioteca Breve), 1961 (véase la «Nota editorial», pp. 7-11); 2.^a ed.: Barcelona, Seix Barral, 1964.

El defensor, Madrid, Alianza, 1967; 2.^a ed.: Madrid, Alianza, 1983 (véase «Prologo para un retorno», pp. 7-12).

Otras ediciones

Américo Castro, *Semblanzas y estudios españoles*, edición, selección de textos y notas preliminares de Juan Marichal, Madrid, Ediciones Ínsula, 1956. [Esta antología fue concebida como homenaje a don Américo Castro por sus exalumnos de Princeton University].

Manuel Azaña, *Obras completas*, 4 vols., edición y prólogos de Juan Marichal, México, Oasis, 1966-1968.

Ivar Ivask y Juan Marichal (eds.), *Luminous Reality. The Poetry of Jorge Guillén*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969 (véanse pp. xxi-xxvi).

Manuel Azaña, *Ensayos sobre Valera*, edición de Juan Marichal, Madrid, Alianza, 1971 (véase el prólogo «Azaña y Valera», pp. 9-15).

Artículos y notas

«Cartas a nadie: Tierra y cultura», *Independencia*, París, septiembre de 1944, p. 5 (firmado: Juan de Teжина).

- «Cartas a nadie: Humanismo español», *Independencia*, París, enero de 1945, p. 6 (firmado: Juan de Teжина).
- «John A. Mackay, *The Other Spanish Christ*», *Independencia*, París, febrero de 1945.
- «Unidad y unificación», *Acción. Publicación española republicana independiente*, 1, México D.F., 4 de agosto de 1945, p. 5.
- «La guerra nuestra como fin de la decadencia», *Acción. Publicación española republicana independiente*, 2, México D.F., octubre de 1945, p. 5.
- «En Estados Unidos», *Las Españas*, año III, 8, México, 29 de abril de 1948, p. 3.
- «De Estados Unidos: La técnica y la vida», *Las Españas*, año IV, 11, México, enero de 1949, p. 10.
- «Biografía esquemática [de Pedro Salinas]», *Hispania*, xxxv, 2, Massachusetts, 1951, p. 131.
- «Feijóo y su papel de desengañador de las Españas», *NRFH*, v, 1951, pp. 313-323; reimpreso en *VE*.
- «Ramón Menéndez Pidal, *El imperio hispánico y los cinco reinos*», *NRFH*, v, 1951, pp. 338-340.
- «Notas sobre la literatura de ensayos», *Orígenes*, VIII, 28, La Habana, 1951, pp. 40-42.
- «Une image espagnole d'Alain», *Nouvelle Revue Française* (monográfico titulado *Hommage à Alain. 1868-1951*), París, septiembre de 1952, pp. 257-258.
- «Unamuno y la agonía de Europa», *Buenos Aires Literaria*, año I, núm. 6, marzo de 1953, pp. 5-16.
- «La voluntad de estilo de Unamuno y su interpretación de España», *CuA*, LXIX, 5, 1953, pp. 110-119; reimpreso en *VE*.
- «El drama histórico del liberalismo español», *CuA*, LXX, 4, 1953, pp. 161-174.
- «Montaigne en España», *NRFH*, año VII, núm. 1-2 (*Homenaje a Amado Alonso*, t. I), 1953, pp. 259-278; reimpreso en *VE*.
- «Gutierre Díez de Games y su *Victorial*», *Imago Mundi*, 5, Ámsterdam, 1954, pp. 40-55; reimpreso en *VE*.
- «La originalidad de Unamuno en la literatura de confesión», *LT*, año II, núm. 8, octubre-diciembre de 1954, pp. 25-43; reimpreso en *VE*; traducción italiana: «L'originalità di Unamuno nella letteratura di confessione», *Inventario*, año XIV, 1-6, Milán, 1959, pp. 221-234.
- «Ideas picudas, ideas redondas: Maupasant y Ganivet», *NRFH*, VIII, 1954, pp. 77-79.
- «España y las raíces semánticas del liberalismo», *CCLC*, núm. 11, marzo-abril de 1955, pp. 53-60.
- «Sobre la originalidad renacentista en el estilo de Guevara», *NRFH*, año IX, núm. 2, 1955, pp. 113-128; reimpreso en *VE*.
- «Lo humano y la universalidad de Ganivet», *Revista Hispánica Moderna*, año XXI, núm. 2, abril de 1955, pp. 141-143 [sobre *Ángel Ganivet. Su idea del hombre*, de Francisco García Lorca, Buenos Aires, Losada, 1952].
- «La unidad vital del pensamiento de Américo Castro y su significación historiográfica», *Revista Hispánica Moderna*, año XXI, núm. 3-4, julio-octubre de 1955, pp. 316-322; reimpreso en *VE*.
- «La singularidad estilística de Ortega», *Ciclón*, II, La Habana, enero de 1956, pp. 21-27; reimpreso en *VE*.

- «Unamuno y las afinidades electivas de su formación literaria», *Revista Hispánica Moderna*, año XXII, núm. 1, enero de 1956, pp. 37-39 [sobre *Temas de Unamuno*, de Carlos Clavería, Madrid, Gredos, 1953].
- «El liberalismo conservador», *CCLC*, núm. 20, septiem-bre-octubre de 1956, pp. 74-75.
- «Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica», *CCLC*, núm. 21, noviembre-diciembre de 1956, pp. 48-54; reimpresso en *VE* y *TVPS*.
- «Cadalso: el estilo de un "hombre de bien"», *PSA*, XII, 1957, pp. 285-296; reimpresso en *VE*.
- «Adiciones al pensamiento historiográfico de Américo Castro», *Revista Hispánica Moderna*, año XXIII, núm. 2, abril de 1957, pp. 154-155 [sobre *Dos ensayos*, de Américo Castro, México D. F., Editorial Porrúa, 1956].
- «Juan López-Morillas, *El krausismo español*», *HR*, XXVI, 1958, pp. 334-340.
- «Miguel de Unamuno, "En un cementerio de lugar castellano"», en Stanley Burnshaw (ed.), *The Poem Itself*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1960; reimpresso en *The Poem Itself*, Harmondsworth, Penguin Books, 1964, pp. 166-171.
- «Pío Baroja, *The Restlessness of Shanti Andía and Other Writings*, ed., tr. Anthony Kerrigan», *CSM*, 18 febrero de 1960, p. 11.
- «Pedro Salinas y su *Contemplado*», en *Studia Philologica. Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso por sus amigos y discípulos con ocasión de su 60º aniversario*, vol. II, Madrid, Gredos, 1961, pp. 435-442; reimpresso en *TVPS*.
- «Azaña o la tragedia del liberalismo», *CCLC*, núm. 48, mayo de 1961, pp. 38-46.
- «La melancolía del liberal español: de Larra a Unamuno», *LT*, año IX, núm. 35-36 (monográfico titulado *Homenaje a Miguel de Unamuno*), julio-diciembre de 1961, pp. 199-210.
- «Sherman Eoff, *The Modern Spanish Novel*», *CSM*, 3 de agosto de 1961, p. c-7.
- «Latin America's "Poeta Antena"», *CSM*, 21 de diciembre de 1961 [sobre *Selected Poems of Pablo Neruda*, edición y traducción de Ben Belitt, Nueva York, Grove Press, 1961].
- «Manuel Azaña (1880-1940) y la generación de 1914», *Ibérica*, IX, 1961, pp. 3-7.
- «Some Intellectual Consequences of the Spanish Civil War», *The Texas Quarterly*, IV (número especial titulado *Image of Spain*), Austin, 1961, pp. 39-47; reimpresso en castellano, y en versión refundida, en *NPPE*.
- «D. J. Flakoll y Claribel Alegría, *New Voices of Hispanic America. An Anthology*», *The New York Times*, 18 de noviembre de 1962.
- «Persona y sociedad en la España moderna (1837-1936)», en José Luis L. Aranguren, *Libertad y organización*, Madrid, Insula (Tiempo de España), 1963, pp. 87-97; reimpresso en *VE*.
- «Spain and Hispanic America», *PMLA*, vol. 79, núm. 4, parte 2 (suplemento), septiembre de 1964, pp. 26-37 [el texto de Marichal forma parte del artículo «Four cultures (German, Hispanic, Italian and Russian). Selective and Anno-

- tated Bibliographies by Else M. Fleissner, Juan Marichal, Donald Pitkin, and Ernest J. Simmons»].
- «La poesía de Pedro Salinas», *Letras*, xxxvii, 74-75, Lima, 1965, pp. 36-47.
- «Torres Villarreal: autobiografía burguesa al hispánico modo», *PSA*, cviii, 1965, pp. 296-306; reimpreso en *VE*.
- «Aldebarán y sus poetas: Hugo, Flammarion y Unamuno», *PSA*, cix, 1965, pp. 9-22.
- «Alberdi y Leroux: La originalidad de la generación argentina de 1837», *Revista Iberoamericana*, vol. xxxi, núm. 59, Pittsburgh, University of Pittsburgh, enero-junio de 1965, pp. 9-16; reimpreso en *Sur*, núm. 301, Buenos Aires, julio y agosto de 1966, pp. 25-31.
- «Pedro Salinas: La voz a la confidencia debida», *RO*, año iii, 2.^a época, 26 de mayo de 1965, pp. 154-170; reimpreso en *TVPS*.
- «El aprendizaje "ortodoxo" de Manuel Azaña (1900-1903)», en *Homenaje a Antonio Rodríguez Mo-nino. Estudios de erudición que le ofrecen su amigos o discípulos hispanistas norteamericanos*, vol. i, Madrid, Castalia, 1966, pp. 381-387.
- «The Originality of Latin American Intellectual History», en Henri Brugmans y Rafael Martínez Nadal (eds.), *Liber Amicorum Salvador de Madariaga*, Brujas, Tempelhof, 1966, pp. 297-305.
- «Unamuno y la recuperación liberal (1900-1914)», en Germán Bleiberg y Edward Inman Fox (eds.), *Spanish Thought and Letters in the Twentieth Century*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1966, pp. 331-344.
- «El nuevo pensamiento político español»: «I: Sus fases de expansión», *Mañana*, 11, París, enero de 1966, pp. 12-14; «II: Del neotacitismo al solidarismo (1946-1956)», *Mañana*, 12, febrero de 1966, pp. 14-16; y «III: El tránsito hacia otra España (1956-1966)», *Mañana*, 13, marzo de 1966, pp. 14-16; reimpresos en *NPPE*.
- «Vietnam: anverso y reversos», *Mundo Nuevo*, 4, París, 1966, pp. 77-80.
- «Dos lecturas de Ganiwet: 1937, 1965», *PSA*, cxx, 1966, pp. 245-251; reimpreso en *VE*.
- «Benjamin Welles, *Spain: the Gentle Anarchy*», *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 364, Filadelfia, 1966, pp. 200-201.
- «Presentación», en Enrique Anderson Imbert, *Los cuentos fantásticos de Rubén Darío* (conferencia inaugural Victor S. Thomas), Cambridge, Harvard University, 1967, pp. 11-15.
- «Apología de la literatura española», *PSA*, cxxx, 1967, pp. 104-114; reimpreso en *CS*; véase también Octavio Paz, «Una de cal...», *PSA*, cxi, 1967, pp. 174-197.
- «Antonio Machado. Poesía y vida nacional (1898-1917)», *Sur*, 311, Buenos Aires, 1968, pp. 52-58; reimpreso en Eleanor Krane Paucker (ed.), *Poemas y ensayos para un homenaje [a Phyllis B. Turnbull]*, Madrid, Tecnos, 1976, pp. 128-134.
- «Coloquios» (entre Juan Marichal, José Ferrater Mora, Manuel Durán, José Luis Aranguren, Germán Bleiberg, José María Valverde), *Symposium*, xxii (monográfico sobre el simposio dedicado a la gene-

- ración de 1936, celebrado por la Universidad de Syracuse como homenaje a Homero Serís), 1968, pp. 176-187.
- «Las fases políticas del exilio», *España Libre*, xxxii, 3, Nueva York, mayo-junio de 1970, pp. 1-2.
- «Criollos y peninsulares: una vieja cuestión docente», *Ínsula*, 284-285, Madrid, julio-agosto de 1970, p. 11.
- «Américo Castro y la crítica literaria del siglo xx», en Pedro Laín Entralgo (dir.), *Estudios sobre la obra de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 329-347; reimpreso en *VE*.
- «From Pistoia to Cádiz: A Generation's Itinerary», en Alfred Owen Aldridge (ed.), *The Ibero-American Enlightenment*, Champaign (Illinois), University of Illinois Press, 1971, pp. 97-110.
- «The Testimony of Literature, Spain (1618-1658)», en *Hispanic Studies in Honor of Edmund de Chasca* (número especial de *Philological Quarterly*, vol. 51), Iowa City, University of Iowa Press, 1972, pp. 245-254.
- «Unamuno, Ortega y Américo Castro: tres grandes naufragos del siglo xx», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 1, Madrid, enero de 1973, pp. 59-67.
- «La "generación de los intelectuales" y la política (1909-1914)», *RO*, núm. 140, noviembre de 1974, pp. 166-180.
- «Ciencia y gobierno: la significación histórica de Juan Negrín (1892-1956)», en Manuel Ramírez (ed.), *Estudios sobre la II República Española*, Madrid, Tecnos, 1975, pp. 187-200.
- «Historia y poesía de Jorge Guillén», *Phural*, núm. 47, México, agosto de 1975, pp. 47-49; reimpreso en Biruté Cipliauskaitė (ed.), *Jorge Guillén*, Madrid, Taurus (El Escritor y la Crítica), 1975, pp. 23-30 [el texto de Juan Marichal es su propia versión en castellano de un ensayo que escribió en inglés, «The Spain of Jorge Guillén's poetry», publicado en Ivar Ivask y Juan Marichal (eds.), *Luminous Reality. The Poetry of Jorge Guillén*, Norman, University of Oklahoma Press, 1969].
- «The New World from Within: The Inca Garcilaso», en Fredi Chiappelli (ed.), *First Images of America*, Berkeley, University of California Press, 1976, pp. 57-61.
- «El legado de Manuel Azaña», *Historia 16*, núm. 3, Madrid, 1976, pp. 39-53.
- «La nueva hora parlamentaria», *El País*, 2 de julio de 1977.
- «La legalización de la historia», *El País*, 15 de julio de 1977.
- «El joven Giner y la disyuntiva política de 1870», en *Les cultures ibériques en devenir. Essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977)*, París, Collège de France/Fondation Singer-Polignac, 1978, pp. 253-258.
- «Manuel Azaña. Un año de dictadura», en Vicente Alberto Serrano y José María San Luciano (eds.), *Azaña*, Madrid, Edascal, 1980, pp. 123-126.
- «Azaña en su centenario», *El País*, 11 de enero de 1980.
- «La recuperación de la democracia española», *El País*, 11 de mayo de 1980.
- «Un intelectual [Ortega y Gasset] en la historia y la política», *El País*, 18 de octubre de 1980.

- «Manuel Azaña: El legado de una melancolía española», *El País*, 25 de octubre de 1980.
- «Negrín: hombre de estado», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 37, 1980, pp. 111-118.
- «El pensamiento español transterrado (1939-1979)», separata de *Cultura, Sociedad y Política en el Mundo Actual*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo (Nuevos Cuadernos de la Magdalena), 1981; reimpresso en *VE*.
- «El pensamiento español de Ultramar (1939-1979)», en José Amor y Vázquez y A. David Kossoff (eds.), *Homenaje a Juan López-Morillas. De Cadalso a Aleixandre. Estudios sobre literatura e historia intelectual española*, Madrid, Castalia, 1982, pp. 325-332.
- «Socialista a fuer de liberal», *El País*, 19 de octubre de 1982.
- «El designio constitucional de Simón Bolívar», *Gaceta de Canarias*, II, 6, 1983, pp. 14-16.
- «Azaña y Ortega», en *Estética y creatividad en Ortega. Volumen de homenaje a José Ortega y Gasset en el centenario de su nacimiento*, Madrid, Sociedad Iberoamericana de Filosofía/Reus, 1984, pp. 42-57.
- «Los papeles del presidente de la II República: Día memorable para la paz de España», *El País*, 25 de enero de 1984.
- «La integridad histórica del Manuel Azaña», *El País*, 10 de marzo de 1984.
- «Bolívar and the Age of Constitutions», *Harvard Library Bulletin*, vol. XXXII, núm. 2, Cambridge (Massachusetts), primavera de 1984, pp. 176-189; reimpresso en «Bolívar y la Era de las Constituciones», *Claves de la Razón Práctica*, núm. 15, 1991, pp. 2-8.
- «Medio siglo de exilio: El humanismo exiliado (1939-1984)», *El País*, 21 de noviembre de 1984.
- «García Lorca y la segunda Edad de oro de España (1898-1936)», en *Tesoros de España. Ten Centuries of Spanish Books*, Nueva York, New York Public Library, 1985, pp. 394-395.
- «Germán Bleiberg: poeta de su tiempo español», prólogo a Germán Bleiberg, *Antología poética*, selección del autor, Madrid, Alianza, 1985, pp. 7-11.
- «Centenario del autor de *La realidad histórica de España*: Una España rectificadora», *El País*, 3 de mayo de 1985.
- «La significación de la historia intelectual de la América latina», *Rábida*, núm. 2, 1985, pp. 20-25.
- «*Apología pro Hispania sua*: la voluntad reconstructora de Américo Castro», *RO*, núm. 50 (monográfico titulado *España: historia y realidad*), junio de 1985, pp. 53-64.
- «La universalización de España (1898-1936)», en Andrés Soria Olmedo (ed.), *Lecciones sobre Federico García Lorca*, Granada, Ediciones de Cincuentenario, 1986, pp. 9-23.
- «La universalidad de Juan Rulfo», *El País*, 9 de enero de 1986.
- «1936: Una rememoración sin hiel», *El País*, 14 de enero de 1986. [Reproducido en *ABC*, Madrid, 15 de enero de 1986 con la supresión de algunos pasajes].
- «Apelación a la concordia de España», *El País*, 3 de marzo de 1986.

- «La segunda Edad de Oro de la literatura española», *ABC*, Madrid, 10 de abril de 1986.
- «La universalización de España (1898-1936)», *ABC*, Madrid, 17 de mayo de 1986.
- «Rafael Lapesa, retrato de la ecuanimidad creadora», *El País*, 26 de mayo de 1986.
- «La continuidad de la España liberal», *ABC*, Madrid, 2 de septiembre de 1986.
- «La españolización de Europa», *El País*, 30 de diciembre de 1986.
- «Ortega y Azaña, historia de una incompreensión», *Historia 16*, núm. 121, Madrid, 1986, pp. 41-50.
- «Reflexiones sobre la guerra civil», *Leviatán. Revista de Hechos e Ideas*, núm. 23-24, Madrid, 1986, pp. 201-210; reimpresso en Santos Juliá Díaz (ed.), *Socialismo y guerra civil*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1987, pp. 211-223.
- «La voluntad de estilo de Enrique Tierno», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 71-72, 1986, pp. 101-104.
- «Américo Castro y la Institución», en Joseph H. Silverman y José Jesús de Bustos Tovar (eds.), *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, Editorial Universidad Complutense, 1987, pp. 151-154.
- «La melancolía de un liberal [Larra]», *El País*, 14 de febrero de 1987.
- «Una colina legendaria», *BILE*, 2.^a época, año I, núm. 1, marzo de 1987, pp. 19-24.
- «La actualidad de un estadista [Manuel Azaña]», *El País*, 17 de marzo de 1987.
- «La utopía española de California», *El País*, 27 de septiembre de 1987.
- «La Francia profunda de Fernand Braudel», *Saber Leer*, núm. 3, Madrid, 1987, pp. 1-2 [sobre *L'identité de la France. Espace et histoire*, de Fernand Braudel, París, Arthaud, 1986].
- «Gana el ensayo» [sobre María Zambrano], *El País*, 26 de febrero de 1988.
- «Ser presidente del imperio», *El País*, 7 de marzo de 1988.
- «La conciencia unitaria de la cultura hispánica», *El País*, 21 de abril de 1988.
- «El legado de un patriota» [sobre Manuel Azaña], *ABC*, Madrid, 8 de mayo de 1988.
- «La última lección de Harvard», *El País*, 1 de julio de 1988.
- «Julián Besteiro: de Cartagena a Carmena», *El País*, 14 de julio de 1988.
- «La europeización de España (1898-1936)», *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 86-87 (monográfico dedicado a España-Europa), noviembre de 1988, pp. 53-60.
- «Cultura y democracia», *El País*, 24 de noviembre de 1988.
- «Antonio Machado: historia y poesía», en *Antonio Machado: el poeta y su doble. Intervenciones del simposio celebrado en la Universidad de Barcelona los días 14, 15 y 16 de marzo de 1989*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1989, pp. 37-54.
- «El secreto de España», *El País*, 24 de enero de 1989.
- «El fin del narcisismo español», *El País*, 18 de marzo de 1989.
- «La crítica humanizadora» [sobre Ricardo Gullón], *El País*, 15 de abril de 1989.
- «La obstinación de la iglesia española», *Saber Leer*, núm. 25, Madrid, 1989, pp. 1-2

- [sobre *Iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, de William J. Callahan, Madrid, Nerea, 1989].
- «La tradición liberal española» [sobre Manuel Azaña], *ABC*, noviembre de 1990, p. 59.
- «Presentación», *BILE*, 2.^a época, núm. 10, diciembre de 1990, pp. 5-6.
- «La singularidad de Julián Besteiro», *BILE*, 2.^a época, núm. 10, diciembre de 1990, pp. 57-59.
- «Brevisima historia de una recuperación: Manuel Azaña (1940-1990)», *Ínsula*, núm. 526, Madrid, 1990, pp. 1-2.
- «Manuel Azaña: una pasión intelectual», prólogo de Juan Marichal al libro de Jesús Ferrer Solá titulado *Manuel Azaña. Una pasión intelectual*, Madrid, Anthropos, 1991, pp. 9-13.
- «El auge del ensayo en la España transiterada», *RO*, núm. 116 (monográfico dedicado al ensayo), enero de 1991, pp. 5-12.
- «Pensador insobornable» [sobre José Ferrater], *BILE*, 2.^a época, núm. 11, abril de 1991, pp. 27-28.
- «Germán Bleiberg, poeta-profesor», *BILE*, 2.^a época, núm. 11, abril de 1991, pp. 89-92.
- «La voz entera del ensayista» [sobre Pedro Salinas], *ABC*, 22 de noviembre de 1991, p. 15.
- «De Pistoya a Cádiz: el itinerario ideológico de una generación española», *BILE*, 2.^a época, núm. 13, marzo de 1992, pp. 57-66.
- «En la España de Quevedo» [sobre Michel de Montaigne], *ABC*, 11 de septiembre de 1992, p. 15.
- «Sesión de clausura», en *Actas del Cuarto Congreso Internacional de estudios galdosianos (1990)*, vol. 2, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 643-647.
- «Homenaje a la memoria de Santiago Varela», *BILE*, 2.^a época, núm. 17, agosto de 1993, p. 95.
- «Jornada transatlántica», *BILE*, núm. 18 (monográfico dedicado a Canarias y la europeización de España), diciembre de 1993, pp. 83-90.
- «¡Aristotélico siempre!», *RO*, núm. 144 (monográfico dedicado a Jorge Guillén), 1993, pp. 57-60.
- «La restauración de Manuel Azaña», *BILE*, 2.^a época, núm. 21, diciembre de 1994, pp. 25-37.
- «Los refugiados españoles y la cultura mexicana», *BILE*, núm. 21, diciembre de 1994, pp. 77-78.
- «El discurso oral de Ortega», *Compás de Letras*, núm. 5 (monográfico dedicado al ensayo), 1994, pp. 191-201; reimpresso en Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado (eds.), *Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 411-420.
- «Azaña y Ortega: el designio de una República», *RO*, núm. 156, 1994, pp. 142-154.
- «Perdurabilidad de Constant», *Saber Leer*, núm. 72, Madrid, 1994, p. 3 [sobre *Benjamín Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, de María Luisa Sánchez-Mejía, Madrid, Alianza, 1992].
- «El universo de Ferrater», *Saber Leer*, núm. 84, Madrid, 1995, p. 12 [sobre *José Ferrater Mora. El hombre y su obra*, de Salvador

- Giner y Esperanza Guisán (eds.), Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1994].
- «Los intelectuales y la guerra», en Edward Malefakis (ed.), *La guerra de España (1936-1939)*, Madrid, Taurus, 1996, pp. 481-509 [primera edición: 1986].
- «Presencia de Giner (1898-1998)», *BILE*, núm. 28-29, diciembre de 1997, pp. 13-20.
- «La significación de la historia intelectual de América Latina», en *Homenaje a Rafael Segovia*, México, El Colegio de México, 1998, pp. 439-447.
- «Recuerdo de Mascarones», en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las primeras jornadas, celebradas en la Residencia de Estudiantes en noviembre de 1994*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, 1998, pp. 21-28.
- «Intolerancia y libertad en la España contemporánea, de Juan B. Vilar», *BILE*, 2.^a época, núm. 30, mayo de 1998, p. 109.
- «Unamuno y su “conquista de Europa”», *BILE*, núm. 32-33, diciembre de 1998, pp. 17-26; reimpresso en Cirilo Flórez Miguel (coord.), *Tu mano es mi destino. Congreso Internacional Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2000, pp. 319-326.
- «Tres diarios de Manuel Azaña», *Historia* 16, núm. 262, Madrid, 1998, pp. 3-5.
- «Historia de España de Joseph Pérez», *BILE*, 2.^a época, núm. 34-35, mayo de 1999, p. 185.
- «Sobre don Fernando de los Ríos», *BILE*, 2.^a época, núm. 37-38, mayo de 2000, pp. 59-60.
- «La ecuanimidad creadora», *BILE*, 2.^a época, núm. 40-41, febrero de 2001, pp. 9-10.
- «José Puche Planas (1920-2001). Un acendrado patriota español», *BILE*, 2.^a época, núm. 44, diciembre de 2001, pp. 111-112.
- «Poesía y verdad», *El País*, 22 de noviembre de 2003 [extracto del texto que Juan Marichal publicó sobre *El jardín de los frailes*, de Azaña, en su libro *La vocación de Manuel Azaña*, Alianza, 1982].
- «Carta desde México del director», *BILE*, 2.^a época, núm. 58, noviembre de 2005, pp. 9-10.

Nuevas actividades en el marco del programa dedicado a Francisco Giner de los Ríos como «autor del año 2011»

La exposición Francisco Giner de los Ríos. Un Andalúz de Fuego, organizada por la Junta de Andalucía y el Centro Andalúz de las Letras, con la colaboración de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, en el marco del programa dedicado a Giner como «autor del año», prosiguió su circuito de itinerancias por diversas localidades andalúzas y también por ciudades de otras comunidades autónomas.

La colaboración de la Fundación Sierra Pambley permitió llevar la exposición itinerante a su sede de Hospital de Órbigo (León), donde pudo visitarse del 30 de septiembre al 4 de octubre. Para ello se contó igualmente con la colaboración del Ayuntamiento de Hospital. A continuación se inauguró en León, el 13 de octubre, en la sede de la Fundación Sierra Pambley, coincidiendo con la inauguración de la exposición itinerante sobre el

centenario de la Residencia de Estudiantes en el Museo de León. Ambas exposiciones estuvieron abiertas hasta el 27 de noviembre.

En paralelo con las muestras, la Fundación Sierra Pambley, la Fundación Francisco Giner de los Ríos y la Residencia de Estudiantes organizaron un ciclo de conferencias que se desarrolló entre el 10 y el 22 de noviembre y en el que participaron José García-Velasco (con la conferencia «De la Institución Libre de Enseñanza a la Residencia de Estudiantes»), Cristina Fanjul («Residentes en León»), Pablo Martín Aceña («John Maynard Keynes en la Residencia de Estudiantes») y Margarita Sáenz de la Calzada, que pronunció la conferencia «Leoneses en la Residencia» con motivo de la presentación de su libro *La Residencia de Estudiantes, los residentes*.

Curso de formación de monitores de tiempo libre

El 30 de septiembre se inició una nueva edición del curso de formación de monitores de tiempo libre, homologado por la Comunidad de Madrid y organizado por la Escuela de Animación y Tiempo Libre Francisco Giner de los Ríos que dirige Elvira Ontañón. Para la organización del curso, la Fundación Francisco Giner de los Ríos y la Corporación de Antiguos Alumnos y Amigos de la ILE contaron con la colaboración de la Fundación Biodiversidad y la Residencia de Estudiantes, así como con la participación de varios patronos de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, que impartieron distintas sesiones docentes.

Esta fase teórico-práctica, que finalizó el 22 de diciembre, tuvo una duración de 150 horas y su objetivo es proporcionar a los futuros monitores una formación especializada en el ámbito de la educación en el tiempo libre y de la animación sociocultural, siguiendo los principios educativos de la Institución Libre de Enseñanza. De esta manera, se capacita a los alumnos que completan el curso para desarrollar actividades de ocio y tiempo libre y actividades socioculturales y deportivas en entornos urbanos y naturales que den respuesta a las nuevas necesidades en el ámbito de la educación no formal.

Sexta edición del Máster en Propiedad Intelectual

El 11 de octubre de 2011 se inauguró en la Residencia de Estudiantes la VI edición, para el curso 2011-2012, del Máster en Propiedad Intelectual que organiza la Universidad Autónoma de Madrid y en el que colabora la Fundación Francisco Giner de los Ríos. El acto de inauguración, presidido por Rodrigo Bercovitz, director del máster, contó con la participación de Jaime Chávarri, encargado de la conferencia inaugural, que

tituló «Un breve recorrido por nuestra percepción de la imagen cinematográfica: de lo victoriano a lo postmoderno». El cineasta trazó un recorrido por la historia del cine a través de la imagen, la fotografía y la luz, desde el expresionismo alemán de los años veinte, pasando por el cine negro americano de los años treinta, hasta la llegada del televisor en los años cincuenta.

Homenaje a José-Carlos Mainer

Con ocasión de la jubilación del profesor Mainer en su cátedra de Literatura Española de la Universidad de Zaragoza, se ha publicado el libro *Para Mainer, de sus amigos y compañeros de viaje*, preparado por iniciativa de Jordi Gracia y Andrés Trapiello y publicado por la editorial Comares.

El 15 de diciembre del 2011, la Residencia de Estudiantes acogió la presentación de esta obra, en la que han colaborado cincuenta personas con textos y poemas de homenaje a la trayectoria profesional y personal de José-Carlos Mainer. En la mesa redonda de presentación participaron, ade-

más de Gracia y Trapiello, autores de sendos artículos incluidos en el libro, otros tres autores que han colaborado en él: el poeta Antonio Martínez Sarrión; José García-Velasco, secretario de la Institución Libre de Enseñanza, y Francisco Rico, catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales de la Universidad Autónoma de Barcelona.

El profesor Mainer intervino, como colofón del acto, aportando su reflexión acerca de la idea de viaje como experiencia y sus palabras de agradecimiento a todos los que habían hecho posible este regalo.

Presentación del libro *Memoria*, de José Moreno Villa

Memoria, de José Moreno Villa, publicado por la Residencia de Estudiantes en edición de Juan Pérez de Ayala, se presentó en la Residencia, el 20 de diciembre, en un acto en el que participaron, junto con el editor de la obra, Enric Bou, catedrático de Estudios Hispánicos de la Universidad de Brown (Estados Unidos), y Adolfo Castañón, poeta y ensayista mexicano.

Este volumen reúne por primera vez los escritos autobiográficos de José Moreno Villa, uno de los más claros exponentes de la llamada generación del 14, protagonista y testigo de excepción del Madrid literario y artístico de los años anteriores al estallido de la guerra civil (cuando vivió durante casi veinte años, hasta 1937, en la Residencia de Estudiantes) y posteriormente del Méxi-

co que dio refugio a buena parte de los exiliados españoles y donde fue uno de los miembros fundadores de El Colegio de México, al que permanecería vinculado hasta su muerte.

El volumen incluye el libro de memorias *Vida en claro* (1944), uno de los más hermosos ejercicios autobiográficos de la literatura contemporánea en español, y recoge por primera vez y de forma unitaria las series de artículos publicados en México entre 1937 y 1955, así como una compilación de manuscritos inéditos y de artículos prácticamente desconocidos, entre los que cabe destacar los «Escritos sobre la guerra civil española», las series de «Memorias revueltas» y «Amistades mexicanas y extranjeras».

RESEÑAS

José Manuel Sánchez Ron y José García Velasco (eds.) (2010): ***100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario (Actas del II Congreso Internacional, celebrado los días 4, 5 y 6 de febrero de 2008)***. 2 vols. Madrid: Fundación Francisco Giner de los Ríos, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.

La Junta para Ampliación de Estudios, cien años después

Esta gran obra colectiva que tenemos hoy ante nosotros no es solo conmemorativa de los cien años del nacimiento, en 1907, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (en adelante, JAE). Es también y antes que eso un documentado balance de un trabajo muy elaborado y maduro que sobre esa institución y sobre la cultura y la ciencia del primer tercio del siglo xx español ha venido progresando al menos desde los años de la transición. Podemos afirmarlo con causa, porque quienes escribimos estas líneas, que no hemos colaborado en los volúmenes que ahora presentamos, realizamos en cambio en aquellos primeros momentos «el extraordinario trabajo pionero —como escribe generosamente Sánchez Ron— de sacar del olvido» a la JAE tras los cuarenta años de escamoteo que supuso para ella la dictadura franquista. En 1974, la Fundación March, dirigida entonces por José Luis Yuste, tuvo la sensibilidad nece-

saria para patrocinar una investigación, que entonces pretendíamos muy pormenorizada, sobre la JAE y sus resultados académicos. Los proponentes de esa beca colectiva fuimos nosotros dos, con Virgilio Zapatero y Javier Solana. Virgilio recorrió un razonable tramo con nosotros haciendo fichas y tomando datos antes de ser llamado a responsabilidades más perentorias en aquellos años de la transición. Javier apenas pudo dar un paso por la misma razón, aunque siempre sentimos detrás de nosotros su impulso entusiasta. Él tenía una cercanía mayor con el tema tanto por razones familiares como por su condición de discípulo de Nicolás Cabrera, es decir, su línea directa con la Junta.

Nosotros más bien intuíamos su importancia. La inspiración de nuestro comienzo se debió a aquel proyecto de investigación que Elías Díaz ideó entonces para la recuperación del pensamiento español liberal y socialista anterior al franquismo, del que surgirían tesis doctorales y libros sobre el pensamiento krausista (del propio Elías Díaz), Julián Besteiro (Emilio Lamo de Espinosa), Fernando de los Ríos (Virgilio Zapatero) o Adolfo Posada (Francisco J. Laporta). Al estudiarlos, nos iban saliendo aquí y allá menciones a la Junta y sus pensiones. Besteiro o De los Ríos, por ejemplo, fueron pensionados. Posada ofició por cuenta de la Junta de embajador de la cultura española en Argentina.

La investigación general se nutrió entonces en gran parte de los archivos de la JAE, tanto los relativos a las trayectorias de los pensionados como los

que se referían a los organismos relacionados con ella, como el Centro de Estudios Históricos, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, la Residencia de Estudiantes o el Instituto-Escuela. Esos archivos estaban depositados en los sótanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sucesor *manu militari* de la JAE tras la guerra civil. Las peripecias de esos archivos están también documentadas. Pero su naturaleza y nuestro trabajo en ellos merecen algún comentario, porque muchas veces no se aprecia lo que supone la distancia de los años. Leemos, por ejemplo, en estos estupendos libros que el archivo está prácticamente *digitalizado*. Tal cosa era entonces conceptualmente impensable, y nuestras aspiraciones, pese a ser ambiciosas, no podían llegar a tanto: a la sazón solo había una vieja fotocopiadora en la planta del Consejo, y tuvimos que ponernos a hacer las fichas a mano, una a una, pensionado a pensionado, tomando cada expediente y tratando de extraerlo en unas variables fijas que se nos ocurrieron y que mandamos imprimir en papeletas en una imprenta tradicional. ¡Buenas sentadas nos dimos allí! Nos amenizaba el día el conserje Almodóvar con sugerentes historias eróticas de su larga y dura posguerra. Fue de esos jóvenes que tuvieron que hacer un larguísimo y peligroso servicio militar por partida doble: en el bando republicano y en el bando golpista, de aquí para allá, de pensión en pensión, durante más de diez años. Pero nos gusta recordarlo sobre todo porque participaba de un rasgo popular muy característico de principios de siglo: profesaba una admiración sin límites a «don Santiago», como él llamaba siempre a Ramón y Cajal, del que tenía en aquel pequeño habitáculo una espléndida fotografía ante su microscopio.

Después del trabajo manual de componer las fichas, lo que hicimos fue buscar algunos especialistas para que analizaran los diferentes campos en los que las habíamos dividido. Entre ellos, ahora que estamos poniendo nuestras palabras en limpio, déjenos que recordemos especialmente a Natacha Seseña. Nadie mejor que ella para saber la importancia de los artistas y artesanos que promocionó la Junta. Pero no fueron menos compe-

tentes José Manuel Ribera en la importante rama de la medicina o Antonio Bernat para la pedagogía, o Francisco Abad en materias de lingüística. Y, en fin, por mencionarlos a todos o casi todos, Eusebio Fernández, Antonio Díaz Vargas, Elisa Hurtado, etc.

La obra se entregó en 1980, en seis volúmenes mecanografiados que según nuestras informaciones han sido abundantemente consultados desde entonces en la biblioteca de la Fundación March. Los primeros capítulos de esa investigación, aparte de un resumen divulgativo publicado en 1980 en *Historia 16*,¹ aparecieron a instancias de Miguel Ángel Quintanilla en dos números monográficos de la revista *Arbor*, en enero y julio-agosto de 1987, coincidiendo con el 80 aniversario de la JAE. A partir de entonces aparecen obras ya más cuajadas e importantes: en primer lugar, la coordinada por José Manuel Sánchez Ron, y publicada por el Consejo en 1988.² Más tarde, ya en el 2006, un excelente número monográfico doble del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.³ Y ahora esta excelente obra en dos volúmenes, en edición de José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco, que recoge las actas de un importante coloquio celebrado los días 4, 5 y 6 de febrero del 2008 y trata de realzar el centenario de la Junta. Ambos editores son incansables misioneros de esta noble causa. Dejando a un lado algunos contactos esporádicos (Alfonso y José Manuel coincidieron haciendo la «mili») nuestras relaciones con José Manuel Sánchez Ron se remontan precisamente a la época en que acabábamos nuestro trabajo, cuando nos contactó para que le permitiéramos consultarlo, lo que,

¹ Alfonso Ruiz Miguel (1980): «La Junta para Ampliación de Estudios», *Historia 16*, 49: 85-93, artículo enmarcado en el informe monográfico dedicado a la Institución Libre de Enseñanza.

² Vid. José Manuel Sánchez Ron (coord.) (1988): *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols. Madrid: CSIC.

³ *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 63-63 (diciembre del 2006).

naturalmente, hicimos. De Pepe García-Velasco y su pasión por estos temas de la llamada Edad de Plata no creemos poder añadir nada nuevo a lo que todo el mundo sabe ya.

Desde aquellos años ochenta hasta ahora, quienes escribimos estas líneas solo nos hemos podido ocupar de la Junta incidental y parcialmente. Eso nos puede autorizar, o eso esperamos, para juzgar estos volúmenes que hoy presentamos desde la distancia del observador a la vez que con la cercanía del cómplice. Esa doble perspectiva nos permite hacer un balance ajustado, nunca definitivo pero sí global, de los logros alcanzados. La pregunta central podría ser: ¿cuánto se ha avanzado desde nuestra primitiva investigación hasta la presente? En lo que sigue, tras algunas diferencias formales y sustanciales entre los dos momentos, nos gustaría señalar sobre todo algunas relevantes convergencias, tanto metodológicas como sustantivas, que señalan la maduración de un cuerpo de estudios hoy ya muy consolidado.

Entre las diferencias formales, destaca el contraste entre la esmerada edición de las 1800 páginas que suman los dos tomos aquí comentados y los seis volúmenes mecanografiados y muy rústicamente encuadernados que nosotros presentamos a la Fundación en 1980, que fueron «expuestos» en el acto de presentación que de aquella edición se hizo en la Residencia de Estudiantes el 23 de marzo de 2011. Además, en los más de treinta años transcurridos entre esas dos fechas se ha producido la transformación tecnológica ya mencionada, que no ha podido por menos que afectar a las investigaciones sobre la JAE: mientras nuestro modo de trabajo fue ese tan rudimentario para los tiempos que corren, el archivo se encuentra digitalizado en la red a disposición de cualquier investigador o simple curioso. Solo le faltarán las anécdotas de Almodóvar, que ni el mismísimo Carlos Wert, hombre ducho en esos menesteres de digitalizar, podrá, sin embargo, recoger (sobre «El archivo de la JAE, en la red» versa el capítulo de Carlos Wert: vol. I, pp. 462-479). Entonces existían, desde luego, los ordenadores, pero con un rendimiento y unos modos muy diferentes: cuando en cierto momento quisimos hacer

los análisis estadísticos que figuran en el tomo II de nuestro trabajo, tuvimos que acudir a un técnico y servirnos de un cuantioso número de fichas perforadas, que tramitó un gigantesco ordenador del centro de cálculo de alguna de nuestras universidades, cuyo volumen y velocidad de procesamiento debía de ser muy inferior al más pasado de moda de los actuales PCs de sobremesa. En fin, seguramente el dato más curioso que podemos traer al capítulo de las diferencias «formales» sea la sorpresa de ver historiada nuestra propia investigación en uno de los epígrafes del capítulo que Antonio Viñao dedica al tema «Pedagogía y experiencias educativas en la JAE: revisión historiográfica y nuevos enfoques» (tomo II, pp. 606-609).

También pueden encontrarse algunas diferencias de carácter temático. Si algo de cierto tiene, como afirma Sánchez Ron en su «Prólogo», que casi siempre hacemos historia desde las visiones y prejuicios del presente, un rasgo que seguramente es inevitable en la presente obra es el mayor distanciamiento de la mezcla de idealización de la JAE y de resentimiento contra el escamoteo franquista que pudieron traspasar las aproximaciones de los años de la transición. Pero sobre todo es el contenido lo que se ha enriquecido con la mayor documentación rescatada, la abundancia y la sucesión de publicaciones sectoriales sobre sus instituciones y órganos y el mayor y más especializado detalle de estos estudios. El mayor —y seguramente más sano— distanciamiento y esta más amplia acumulación de conocimientos permiten hoy mantener una perspectiva más crítica y justa en algunos aspectos, como lo ejemplifica bien el consenso sobre la relativa desatención de la JAE a la tecnología. En suma y en conjunto, esta obra muestra una profundidad mucho mayor y es más rica y más interdisciplinaria que todo lo anterior. Y la mayor profundidad, riqueza e interdisciplinariedad da como resultado la muy explícita maduración alcanzada en los estudios sobre la historia de la ciencia de este periodo de la cultura española.

Entre las diferencias temáticas, con todo, se encuentra la organización sistemática y los componentes específicos de ambas investigaciones, lo que

tomamos como pretexto para dar cuenta aquí de los contenidos más destacados de esta soberbia investigación. La estructura de *La Junta para Ampliación de Estudios, cien años después* se divide en seis partes: dos en el primer volumen, de aproximada extensión, una titulada «La JAE: temas generales»; la otra, «La ciencia en la JAE»; y las otras cuatro, en el segundo, también equilibradas entre sí, dedicadas respectivamente al Centro de Estudios Históricos, a «De la economía a la arquitectura», a las residencias de estudiantes (la Residencia de Estudiantes y la Residencia de Señoritas) y, en fin, a «La JAE y la educación».

No sería prudente reseñar aquí el índice de temas y autores de los casi sesenta capítulos que componen esas seis partes, aunque para animar a su lectura podríamos destacar escritos como los de José-Carlos Mainer sobre la cultura de la llamada Edad de Plata o el de Sánchez Ron sobre las relaciones personales en la JAE, los capítulos de Javier Puerto, Ana Romero de Pablos y Santos Casado sobre la contribución de la JAE al desarrollo científico, los estudios de José A. Pascual y de Rodríguez Adrados sobre la labor del Centro de Estudios Históricos, el extensamente documentado trabajo de Josefina Gómez Mendoza sobre las pensiones en economía, ingeniería, arquitectura y geografía, los estudios de Isabel Pérez Villanueva y de Álvaro Ribagorda sobre la Residencia de Estudiantes y los de Raquel Vázquez Ramil, Azucena López Cobo y Nere Basabe sobre la Residencia de Señoritas o, en fin, aparte del ya citado escrito de Viñao, el de Elvira Ontañón sobre el Instituto Escuela. Nada que nosotros podamos resumir aquí puede sugerir la riqueza y minuciosidad de los contenidos. Con esta obra puede decirse que, por fin, hemos no solo «recuperado», sino también dominado todo el espacio de investigación que abarca.

Por lo que a nosotros respecta, cabría mencionar también algo que nos salió súbitamente al paso y de lo que tal vez no son tan conscientes los autores y los editores de esta obra. Aprendimos una cosa que subyace a la labor de la Junta: que cuando se logra convocar a un grupo de intelectuales y científicos en torno a una idea pueden producirse con medios escasos grandes realizaciones (no se tome

esto como una defensa de los «medios escasos», tan caros a todos los ministros del ramo). Y aprendimos también otra cosa que hoy en día se ha olvidado lamentablemente en la práctica de la política de investigación: que el reglamentismo, la burocracia, las exigencias formales y las normas jurídicas son bastante inútiles sin una base humana y personal. Esta era la permanente canción de Castillejo. En la Junta no había normas para la organización, ni para la selección de profesores y becarios, ni para la financiación de temas, ni para casi nada. De lo cual puede deducirse algo que todos sabemos —o deberíamos saber—, salvo, al parecer, nuestras autoridades educativas: que la base de cualquier peripecia científica o filosófica es la honestidad intelectual, la probidad de los implicados, el juicio imparcial de los pares y la conciencia de estar actuando al servicio del bien común y de la verdad científica. Y si esto no se da, ningún tipo de controles, evaluaciones, oposiciones, baremos, indexaciones, formularios y tantos y tantos trajes y burocracias con los que nos incomodan hoy sirve para gran cosa. Comparar aquel mundo con el nuestro es un poco temerario, pero no olvidar ciertos principios y abandonarse a remedios y controles de los que en la Institución Libre de Enseñanza se llamaban «externos» también puede serlo.

Por lo demás, más allá de diferencias y matices, que no tienen tanta importancia, las convergencias entre nuestra investigación inicial y la presente son dignas de atención. En lo que atañe al modo de abordar los temas, destacaríamos primero el equilibrio entre el análisis general de la JAE como institución compleja y la evaluación del rendimiento de las distintas especialidades fomentadas mediante sus becas y centros, pero también, en un nivel menos superficial, la propuesta de entrelazar la historia de la cultura española y la europea con la intrahistoria de la JAE y de sus centros y responsables.

En cuanto a la sustancia, destacaríamos sobre todo la coincidencia en la persecución de la esencia o síntesis que permite compendiar los dos principales logros de esa Edad de Plata de nuestra historia, a la que la JAE contribuyó con especial protagonismo: por un lado, la expresión de la mejor tradición liberal (en el mejor sentido de la palabra) que probablemente ha producido nuestra historia, y, por otro lado, la internacionalización, o si se quiere,

europeización, de la ciencia y la cultura españolas, lamentablemente truncadas por la guerra civil.

¿Qué queda por hacer? Se diría que un conjunto de estudios tan intensivos como los que ha recibido la JAE no dejan mayor espacio para ulteriores exploraciones, salvo en aspectos de detalle: parafraseando a Giner de los Ríos, parecería que, de la JAE, al menos ya «todo lo que sabemos lo sabemos entre todos». Lo desmiente bien el «Colofón» de José García Velasco («La JAE, un mundo todavía abierto», vol. II, pp. 820-895), que propone hasta veintiún aspectos en los que es posible volver a pensar, profundizar, precisar, debatir contrastes, relaciones, influencias y, por qué no, también debilidades e insuficiencias. Por si esos

motivos de nueva reflexión parecieran pocos, todavía podrían proponerse dos más: uno, perenne y siempre irresuelto, las enseñanzas que para nuestro sistema educativo, incluido desde luego el universitario, cabría todavía extraer de las experiencias de la gran inspiradora de la JAE, la Institución Libre de Enseñanza; y, segundo, el estímulo que de los aciertos y errores de la JAE podríamos obtener en las políticas de fomento de la ciencia y la investigación. En ambos aspectos, por cierto, la conclusión no puede ser de mera complacencia.

**Alfonso Ruiz Miguel
y Francisco J. Laporta***

* Dirección para correspondencia: bile@fundacionginer.org

COLABORADORES DEL NÚMERO 83-84

Miguel Ángel Aguilar. *Periodista*

Julia Cela. *Universidad Complutense de Madrid*

Juan Cruz. *Escritor y periodista*

Elías Díaz. *Universidad Autónoma de Madrid, patrono de la Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]*

José García-Velasco. *Secretario del Patronato de la Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]*

Javier Garciadiego. *Presidente de El Colegio de México*

Santos Juliá. *Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Francisco Laporta. *Universidad Autónoma de Madrid, patrono de la Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]*

José-Carlos Mainer. *Universidad de Zaragoza, patrono de la Fundación Francisco Giner de los Ríos [Institución Libre de Enseñanza]*

Carlos Marichal. *El Colegio de México*

José Antonio Martínez Soler. *Periodista*

Christopher Maurer. *Boston University*

Raúl Morodo. *Jurista*

Alfonso Ruiz Miguel, *Universidad Autónoma de Madrid*

Andrés Soria Olmedo. *Universidad de Granada*

Elvira Ontañón. *Patrona de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, presidenta de la Corporación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Institución Libre de Enseñanza*

James Valender. *El Colegio de México*

Normas para la publicación en el *BILE*

Para facilitar las tareas de edición y publicación de los trabajos que lleguen al *Boletín*, rogamos a nuestros colaboradores que cumplan las siguientes normas:

- 1.^a Las colaboraciones tendrán en general una extensión máxima de 15 folios de 30 líneas, incluida la bibliografía.
- 2.^a Se presentarán en soporte informático (Word, Work o LaTeX para PC) y podrán enviarse por correo electrónico a la dirección bile@fundacionginer.org.
- 3.^a Irán firmadas con el nombre y los apellidos del autor o autores. En hoja aparte se indicarán su dirección postal y electrónica, su número de teléfono y su dirección profesional. Se señalará asimismo una dirección (postal o electrónica) para correspondencia a la que puedan dirigirse los lectores interesados.
- 4.^a Los artículos irán precedidos de un resumen (con un mínimo de 50 palabras y un máximo de 100) en español y en inglés, y de una lista de palabras clave (entre 5 y 10, también en los dos idiomas) que permitan localizar el texto a los buscadores en Internet.
- 5.^a Es preferible que los artículos no lleven notas, pero si se consideran imprescindibles, aparecerán a pie de página.
- 6.^a Para las referencias bibliográficas se seguirá el siguiente orden:

Apellido(s) del autor, nombre del autor, fecha (entre paréntesis). Título del capítulo o artículo (si procede), título del libro (en cursiva). Lugar de edición: entidad editora, páginas (si procede).

En el caso de las publicaciones periódicas:

Apellido(s) del autor, nombre del autor, fecha (entre paréntesis). Título del artículo, nombre de la publicación (en cursiva), volumen, número (entre paréntesis): páginas.

- 7.^a Si se incluyen ilustraciones (imágenes, gráficos, cuadros...), se presentarán aparte, preferentemente en soporte informático, con la mayor resolución posible, y se indicarán en el texto los lugares en los que deben reproducirse.

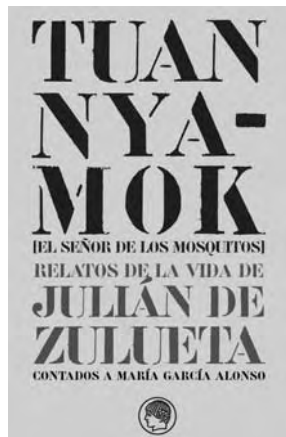
El autor recibirá dos ejemplares de la revista y quince separatas de su colaboración.



Publicaciones de la Residencia de Estudiantes

NOVEDADES

MONOGRAFÍAS



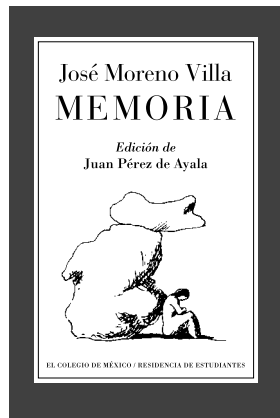
Tuan Nyamok
[El señor de los mosquitos]

CONFERENCIAS



José Ramón Fernández
*La colmena científica
o el café de Negrín*

OBRAS COMPLETAS



José Moreno Villa.
Memoria

**PREMIO
NACIONAL
DE LITERATURA
DRAMÁTICA
2011**

EXPOSICIÓN



100% RESIDENCIA UNA TRADICIÓN RECUPERADA

De lunes a sábado, de 11 a 20 h; domingos y festivos, de 11 a 15h. Visitas guiadas para grupos en visitas@residencia.csic.es



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA

100
Residencia de Estudiantes

FACSIMILES



*Facsímil de los veinte números
de la revista RESIDENCIA
publicados entre 1926 y 1934*



CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO

Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capítulo primero. Que trata de la condición,
y exercicio del famoso hidalgo don Quixote
de la Mancha.*



En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco, y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos, y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los Domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino. Tenía en su casa

Miguel de Cervantes
la vendedra

RAZON DE LA FABRICA Alegorica, y aplicacion de la Fabula.



A Sido el Lucimiento de los ARCOS TRIVMPHALES erigidos en obsequio de los Señores Virreyes, que bñ entrado á Governar este Nobilissimo Reyno. Delvelo de las mas bien coradas Plumas de sus lucidos Ingenios: porque segun Plutarco, *Præclaræ gestæ præclaris indigent orationibus*. Segun lo qual la mia estava bastantemente escufada de tan alto Assumpio, y tan desigual á mi insuficiencia, quando el mismo Cicero Padre de las Eloquencias temia tanto la censura de los Lectores, que juzgava todos los extremos en ellos peligrosos, buscando la mediocidad: *Quid scribimus nec des. Alique indolenti legant: alteri animi nubi intelligat: alteri plus feriam, quàm de nobis nos ipsi*. Causas que me huvieran motivado á escufarme de tanto empeño, á no aver intervenido insinuacion, que mi rendimiento venera con fuerza de mandato: ó mandato que vino con alagos de insinuacion. Gustando el Venerable Cabildo de obrar á imitacion de Dios con instrumentos flacos: porque como juzgava su magnificencia corrala demonstracion de su amor, para obsequio de tanto Principe, le pareció que era para pedir, y conseguir perdones mas apta la blandura inculca de una Muger, que la eloquencia de tantas, y tan doctas almas. Indultia que usó el Capiti loab en

Juana (nes de la tñ)

Precio de suscripción por un año (12 números): España: 52 € Europa: 109 € (correo aéreo: 151 €). Iberoamérica: 90 \$ (aéreo: 150 \$). USA y el resto del mundo 100 \$ (aéreo: 170 \$). Ejemplar suelto: 5 € más gastos de envío.

Pedidos y correspondencia: Administración de Cuadernos Hispanoamericanos
Instituto de Cooperación Iberoamericana. Agencia Española de Cooperación Internacional.
Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid (España). Teléfono (91) 583 83 96

La cultura pasa por aquí



AV Monografías	Clarín	La Estafeta del Viento	Más Jazz	Reseña
Ábaco	Claves de Razón	Exit, Imagen y cultura	Matador	Revista
Academia	Práctica	Experimenta	Melómano	HispanoCubana
ADE Teatro	CLIJ	El Extramundi y los	Mientras Tanto	Revista de Estudios
Afers Internacionals	El Croquis	Papeles de Iria Flavia	Nación Árabe	Orteguianos
Álbum	Cuadernos	FotoVideo	Nickel Odeón	RevistAtlántica
Archipiélago	de la Academia	Goldberg	Nuestro Tiempo	de Poesía
Arquitectura Viva	Cuadernos de Alzate	Grial	Nueva Revista	Revista de Libros
Archivos	Cuadernos Escénicos	Guaraguao	Ópera Actual	Revista de Occidente
de la Filmoteca	Cuadernos	Historia, Antropología y	La Página	Ritmo
Ars Sacra	Hispanoamericanos	Fuentes Orales	Papeles de la FIM	Scherzo
Arte y parte	Cuadernos de Jazz	Historia Social	Papers d'Art	El Siglo que viene
Atlántica Internacional	DCidob	Ínsula	Pasajes	Sistema
Aula, Historia Social	Debats	Intramuros	Política Exterior	Telos
L'Avenç	Delibros	Jakin	Por la Danza	Temas para el Debate
Ayer	Dezeme	Lápiz, Revista	Primer Acto	A Trabe de Ouro
Boletín de la	Dirigido	Internacional de Arte	Quimera	Tribuna Americana
Institución Libre de	Doce Notas	Lateral	Quórum	Turia
Enseñanza	Doce Notas	Leer	El Rapto de Europa	Utopías/Nuestra
CD Compact	Preliminares	Letra Internacional	Reales Sitios	Bandera
El Ciervo	Ecología Política	Letras Libres	Renacimiento, Revista	El Viejo Topo
Cimal	El Ecologista	Litoral	de Literatura	Visual
	Er, Revista de Filosofía			Zona Abierta



Asociación de
Revistas Culturales
de España

Exposición, información, venta y suscripciones:

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: +34 913 086 066
Fax: +34 913 199 267
www.arce.es
info@arce.es

REVISTA DE libros

—10.º aniversario—



Consiga gratis el
CD-ROM único
de REVISTA DE libros
con todos los artículos
desde el número
0 al 119

Suscríbase a Revista de libros por dos años y recibirá en un
único CD-ROM diez años de Revista de libros

Si quiere conseguir este CD-ROM y ya es suscriptor, lo único
que tiene que hacer es renovar su suscripción por dos años

No deje pasar esta oportunidad

Consígalo ahora mismo llamando al teléfono 91 319 48 33
o a través del correo electrónico:
suscripciones@revistadelibros.com

REVISTA DE
libros
DE LA FUNDACIÓN CAJA MADRID

Rafael Calvo, 42, 2.º esc. izda.
28010 Madrid
www.revistadelibros.com

La colección de la

**ASOCIACIÓN
EDUCACIÓN Y BIBLIOTECAS**



9€

En febrero de 1938, Juan Vicéns publica *L'Espagne vivante: le peuple à la conquête de la culture* (París, Editions Sociales Internationales) con el objeto de dar a conocer al lector francés el impulso dado a las bibliotecas populares españolas en la época republicana. En este libro, que por primera vez vemos traducido al español, se recoge la labor de inspección realizada por Vicéns en las bibliotecas creadas por el Patronato de Misiones Pedagógicas y Cultura Popular.

Coeditado por Ediciones Vosa y la Asociación Educación y Bibliotecas

145 págs., fotografías.

10% de descuento a suscriptores de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA



160 fichas de libros para "animar" a leer a los lectores considerados "difíciles". Está estructurada en cuatro grupos: libros recomendados a partir de 7, de 10, de 12 y de 14 años. Cada ficha reseña los datos fundamentales de la publicación, el argumento, los temas principales y el gancho para iniciar a su lectura. Los títulos están vivos y pueden adquirirse con facilidad.

Coeditado por ANABAD y la Asociación Educación y Bibliotecas.

192 págs., ilustraciones.

10% de descuento a suscriptores de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA

OFERTA

12€

Libro + CD-ROM = 28€



"Palabras por la biblioteca": es un libro que recoge las palabras que por las bibliotecas y por su reconocimiento en la sociedad actual han querido escribir cuarenta y un personalidades del mundo de las bibliotecas y la cultura. José Luis Sampedro, Rosa Regàs, Lolo Rico, Javier Azpeitia, Michèle Petit, Belén Gopegui, Gonzalo Moure... y otras 34 personas han reflexionado a través de textos inéditos sobre la biblioteca como servicio público de todos y para todos.



"Edición Digital en CD-ROM de los 15 primeros años de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA":

Este material responde a la petición de muchos bibliotecarios y profesionales de la cultura de tener un mejor acceso a la revista. En él se recopilan en formato pdf los 141 primeros números de la revista. Editados por la Consejería de Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha y por la Asociación Educación y Bibliotecas.

Individualmente 12€

Individualmente 20€

A todos los productos hay que añadir los gastos de envío

TILDE SERVICIOS EDITORIALES. Príncipe de Vergara, 136, oficina 2ª. 28002 Madrid ☎ (91) 411 16 29 📠 (91) 411 60 60

✉ suscripciones@educacionybiblioteca.com

HOMENAJE A JUAN MARICHAL

Javier Garciadiego

Tres momentos mexicanos de Juan Marichal

José-Carlos Mainer

*La «articulación» de la voluntad de estilo
(Juan Marichal en 1957)*

Andrés Soria Olmedo

*Juan Marichal y la españolización/universalización/
europeización de España. (Una nota)*

Elías Díaz

El designio político-intelectual de Juan Marichal

Santos Juliá

Ateneo y Residencia, a propósito de Azaña y Ortega

José Antonio Martínez Soler

Marichal saca petróleo de Góngora

Miguel Ángel Aguilar

Algunos encuentros con Juan Marichal

Raúl Morodo

Juan Marichal: memoria histórica y enlace exilio-interior

Christopher Maurer

La huella de un maestro

José García-Velasco

Juan Marichal, reconstructor de la tradición liberal española

Juan Cruz

Juan Marichal, la melancolía del hijo pródigo

Elvira Ontañón

Solita Salinas, contrapunto de Juan Marichal

Carlos Marichal Salinas

Después de una tragedia personal: nueve cartas de Juan Marichal

Juan Marichal

La restauración de Manuel Azaña

Julia Cela

Cronología de Juan Marichal

Christopher Maurer y James Valender

Bibliografía de Juan Marichal